



NO
SÉ
TU

NOMBRE



*Aracelis
Kerry*

NO SÉ TU NOMBRE

Anairam Mírez

Correo electrónico: anairammirez@hotmail.com

Imagen de la cubierta: Allvectors.com Diseño de la cubierta: Gerard Gallardo “Me gustaría saber”, se dijo, “que pasa realmente en un libro cuando está cerrado.

Naturalmente, dentro hay sólo letras impresas sobre el papel, pero sin embargo... Algo debe pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia eterna.

Dentro hay personas que no conozco todavía, y todas las aventuras, hazañas y peleas posibles...

y a veces se producen tormentas en el mar o se llega a países o ciudades exóticos.

Todo eso está en el libro de algún modo.

Para vivirlo hay que leerlo, eso está claro.

Pero está dentro ya antes.

Me gustaría saber de qué modo.”

Michael Ende –La historia interminable.

“En algún lugar de un libro
hay una frase esperándonos
para darle un sentido a la
existencia”.

Cervantes

“Respondió Rut: No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera de tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada;...”

Ruth 1:16-17

“Y debo decir que confío plenamente en la casualidad de haberte conocido. Que nunca intentaré olvidarte, y que si lo hiciera, no lo conseguiría. Que me encanta mirarte y que te hago mío con solo verte de lejos. Que adoro tus lunares y tu pecho me parece el paraíso. Que no fuiste el amor de mi vida, ni de mis días, ni de mi momento. Pero que te quise, y que te quiero, aunque estemos destinados a no ser.”

Julio Cortázar - Rayuela

NO SÉ TU NOMBRE

A todas las mujeres que, a pesar de estar perdidas, siguen adelante y consiguen cambiar su mundo

A mi madre

EL CAOS

Era casi medianoche, pero aún daba vueltas por la cama. El móvil vibró en la mesita de noche y dejó una luz intermitente y cansina. Miró la pantalla con desidia. Tenía una nueva notificación.

Leyó con los ojos entrecerrados:

-Soy Alba. No quiero seguir huyendo. ¿Y tú?

La sangre se le agolpó en la cabeza. Sentía latir su corazón con fuerza mientras miraba el mensaje en la pantalla de su móvil.

A su lado una mujer joven dormía echada boca abajo en la cama.

Le asustó. Le dolió. Había deseado durante tanto tiempo tener noticias de Alba, sin éxito, que dejó de esperar. Y ahora... Dudó. Sintió aquel deseo reprimido resurgir de nuevo, una ilusión conocida dolorosa y dulce subiéndole a la boca. No tenía por qué contestar. No debía hacerlo. Pero aquéllas palabras significaban demasiado. Sabía que la curiosidad que le despertaban no le dejaría indiferente, hasta que averiguara más. Más de Alba. Otra vez Alba.

Con cuidado se deshizo de las sábanas y se incorporó intentando no despertar a la mujer.

Salió de la habitación a oscuras llevándose el móvil. Llegó hasta la cocina y se sirvió un vaso con zumo de la nevera al que añadió un par de dedos de whisky. El trago le quemó la garganta. Salió al balcón a fumar un cigarrillo, todavía con el móvil en la mano y la inquietud en el cuerpo.

- Me voy a la cama y me olvido del tema, -se repetía-. Paso de contestar.

Después de varios cigarros y otros dos tragos de whisky, miró el móvil y sin pensarlo más escribió.

- Sólo di dónde y cuándo. -Y lo envió-.

Tras hacerlo fue al baño a vomitar.

1

Llegaba pronto. Estaba demasiado nerviosa y no pudo evitar estar antes de la hora prevista.

Había aparcado el coche y se acercaba al punto de encuentro con muchas dudas. Se habían puesto en contacto a través de mensajes de móvil. No había tenido valor para más, después de tanto tiempo, después de todo...

Se detuvo en mitad de la acera para respirar. Le faltaba el aire: “todavía puedo echarme atrás, aún hay tiempo”. Las preguntas se agolpaban en su mente: “nos volveremos a ver ¿y si hemos cambiado tanto que ya no nos reconocemos o el rencor no nos deja ni mirarnos?, ¿y si nada es como antes?, o peor aún: ¿y si todo es como antes?”.

Siguió caminando, respirando con fuerza y al coger aire podía oler su ciudad, recuperando olores que había perdido. Lugares que le traían recuerdos. No sólo se dirigía a un reencuentro, también caminaba hacia ella misma, hacia lo que había sido. No dejaba de asombrarse de cómo había cambiado todo. No dejaba de sorprenderle que todo continuara donde lo dejó. Los olores venían a ella y con ellos los temidos recuerdos.

Empujó la puerta y entró en la cafetería. Notó el corazón galopar en su pecho. Miró con ojos inquietos el local, amplio pero acogedor. Tras un mostrador, asomaba una enorme vitrina repleta de dulces. El aroma de café y chocolate caliente flotaban en el aire tibio. Pensó que no había mejor decorado para un encuentro, porque... ¿vendría? Sintió un pinchazo en la sien. Había dudado hasta el último minuto en si debía o no presentarse pero no se había planteado lo contrario: “¿y si no viene?”. El temor la asaltó, igual que hace años. Pero se sentó de todas formas y se dispuso a esperar, impaciente y nerviosa.

La camarera no tardó en acercarse hasta ella:

-Hola, ¿qué va a tomar?

Quiso explicarle que estaba esperando a alguien, pero... ¿en serio esperaba que apareciese?

-Mmmm...

-Puedo volver en un momento si todavía no...

-No, está bien. Un café solo, por favor.

¿Qué iba a explicarle?: ¿qué a lo mejor aparecía alguien?; ¿que

probablemente la dejara plantada y que no podría reprochárselo? ¿Qué estaba haciendo allí?, ¿a qué jugaba?

-¡Dios!, ¿qué estoy haciendo?, -pensó en voz alta-

La chica regresó al momento con el café humeante y lo dejó ante Alba que apenas hubo de esperar mucho más.

A través de los cristales de la cafetería la vio llegar. Paso seguro, cabeza alta, como si en vez de caminar por la calle cruzara la alfombra roja. Sí, sin duda era Laura. Algo se le encogió en el estómago, anudándose, haciendo que le costase volver a tragar saliva. Notó un leve temblor de piernas. Y no pudo dejar de mirarla hasta que la tuvo delante, cerca, muy cerca, aspirando con fuerza su presencia, el olor de Laura, regresando con él a un pasado olvidado.

Se levantó para saludarla. Ahora temblaba toda ella. . Laura la miró profundamente, en silencio. Un silencio que dolía. Un silencio que le gritaba por los años de ausencia, de no estar ahí.

Los años de no contestar sus llamadas, de no estar junto a ella. Los ojos de Laura eran fríos, haciéndole sentir que no sería fácil.

-Estás perdiendo modales, antes solías esperarme, -y señaló la taza frente a ella-. Ya veo, creías que no vendría, es tan típico de ti. Siempre dudando. -Negó con la cabeza-

Alba acudía al encuentro con la cabeza baja sabiendo que Laura tenía las manos llenas de reproches. No supo qué contestar ni por dónde empezar. Esperó a que se sentara: -Ha pasado mucho tiempo.

-Lo sé, -hizo una pausa-. Mucho tiempo... -Laura la miraba con descaro sin apartar los ojos de Alba-, ...tiempo que te ha sentado de maravilla. Estás genial, aunque me fastidie reconocerlo.

Confieso que tenía la esperanza de verte... ya sabes, en peores condiciones. Una manera como otra de venganza. No te lo tomes a mal.

Alba sonrió.

-Tú estás...igual que siempre. Al verte he tenido la sensación de que el tiempo no había pasado, como si...

Laura endureció el gesto:

-Que haya venido no significa que esté dispuesta a olvidar.

-Pero quizás sí a perdonarme.

Soltó una carcajada fría:

-Pero, ¿tú de qué vas? Después de estos años.... Si crees que el hecho de encontrarnos aquí hoy cambia algo, te equivocas.

Alba había llegado hasta allí y ahora no estaba dispuesta a tirar la toalla: - Pero has venido. Eso significa mucho.

-No para mí.

Alba callaba, sintiendo su rabia:

-Cuando te envié aquel mensaje no sabía si querías saber de mí. Me costó mucho atreverme a hacerlo.

-Puedo imaginármelo. Debo reconocer que me sorprendió tu osadía después de todo. Pensé que si eras capaz de pasar por encima de tus temores y atreverte a dar ese paso sería porque realmente era importante para ti. O eso, o... que te habías vuelto completamente loca. Por eso estoy aquí, me pica la curiosidad. Me dije a mí misma, ¿qué será lo que querrá decirme? Así que adelante. Aquí estoy.

Convénceme de que no soy una ingenua, ni una idiota por darte esta oportunidad. Hazme sentir que venir aquí hoy no ha sido otro gran error.

Alba acababa de ver caer la pelota sobre su tejado. Cogió aire y no demoró más sus razones, sus motivos para estar allí hoy:

-Te he echado de menos, -bajó la voz para continuar, sabiendo que hablar de sentimientos no era su fuerte-. Aunque no siempre era capaz de reconocérmelo a mí misma. He tardado más tiempo del que debía en darme cuenta que fui muy cobarde, que me porté fatal contigo, tú no te merecías que yo...

Laura la miraba con lágrimas en los ojos y Alba desvió la suya incapaz de ver el dolor que le producía. El dolor se volvió rabia y fuego:

-¡Dime de una puta vez qué es lo que quieres de mí! Deja de jugar a la niña buena, no lo soporto.

No soporto que encima quieras darme pena.

Alba la veía alejarse, sentía que con cada razón le daba alas para salir de allí.

-Escúchame Laura. -Hizo una pausa para captar toda su atención-. Lo siento. Lo siento muchísimo.

Sé que te hice daño y no me importó. En su momento ni siquiera fui consciente del dolor que te causaba. Pero ahora lo sé y... si pudiera volver atrás, hacer las cosas de otra manera. Si pudiera evitar que sufrieses... pero no puedo. No puedo y eso me está matando. Perdóname, Laura, por favor, perdóname.

Después de tanto tiempo, por fin una disculpa, por fin un lo siento. Los ojos de Laura la miraban, perdida y triste. Ahora... su dolor era diferente. Era

rabia y odio. Y Alba no sabía si estaría dispuesta a perdonarla:

-Quiero que volvamos a ser amigas, que recuperemos lo que teníamos, aquella complicidad... Nos separamos y...

Laura no podía evitar gesticular furiosa frente a Alba, que bajaba la cabeza ante la mirada de fuego de aquella mujer, asombrada ante su falta de sensibilidad y que, una vez más, hacía gala de su egoísmo anteponiendo sus necesidades a todo lo demás. Alba y el universo girando a su alrededor.

Se impacientó y protestó:

-Nos separamos porque me enamoré de ti, ¿recuerdas?, porque yo sí. Recuerdo tu mirada perdida mientras te lo confesaba, tu cabeza girada sin querer oírme porque aquello no entraba en tus planes.

Y luego el silencio, tu ausencia, las llamadas sin contestar... ni siquiera llamaste para ver si estaba bien, porque no lo estaba, ¿te enteras? No estaba nada bien. Estaba jodida. ¡Tú me habías jodido!

Me habías jodido tanto... -y cerró fuertemente los ojos, como si al recordar doliera todavía demasiado. Hizo una pausa intentando serenarse-. No puedo culparte por no compartir conmigo los sentimientos, pero puedo culparte por desaparecer sin importarte que me dejabas atrás. Por eso nos separamos. Deja de engañarte y ten el valor de llamar a las cosas por su nombre. Si no eres capaz de enfrentarte a eso no sé qué hago aquí. Te fuiste, me dejaste, corriste a esconderte detrás de Dani. Pobre tonto, menudo favor le hice.

Hubo un silencio incómodo y real entre ambas. Alba notaba el resentimiento de Laura, podía sentir su dolor, el dolor que ella le había causado y empezaba a dudar que pudiera perdonarla. Laura se removía inquieta en la silla y prosiguió empujada por el derecho del que se sabe con ventaja y cayendo en la cuenta que poco sabía ya de ella:

-Por cierto, ¿qué fue de Dani?

Alba apenas podía aguantarle la mirada, avergonzada y nerviosa, sabiéndose condenada antes del juicio. Contestó, se lo debía:

-Sigo con él.

Los ojos de Laura se abrieron asombrados:

-¿En serio? ¿Te casaste con él?

- No.

La negación marcaba la diferencia entre seguir con Dani y el compromiso que le suponía el matrimonio para el que siempre pensó que no estaba preparada. Laura parecía disfrutar con toda aquella nueva información, como

si el hecho de saber que Alba no había encontrado su camino la reconfortase.

-No lo ha conseguido. Vaya, vaya...Te diré algo... -hizo una pausa para tener a Alba pendiente de sus palabras-, ...quizás tú no me quisieras de la misma manera que yo a ti, pero a Dani jamás podrás quererlo de la manera que tú ansías amar a alguien.

Alba se ofendió. Siempre se enfadaba cuando le llevaban la contraria, como la niña que nunca dejó de ser:

-Tú no puedes saberlo.

Laura, desafiante, se divertía:

-Lo sé, te conozco.

Alba no estaba dispuesta a darle la razón:

-Ya no me conoces. He cambiado.

Laura casi sintió pena por ella, intentando convencerla de algo que sabía que no era cierto: -Alba no te engañes. Tienes treinta y muchos años, no te has casado a pesar de tener pareja y andas buscando recuperar a una amiga que pertenece a tu pasado. ¿Para qué? Quizás para llenar tu vida, probablemente porque se ha vuelto monótona y ha dejado de ser emocionante. ¿Me equivoco?

Laura la miraba en silencio.

-No. No has cambiado, aún te conozco.

Alba se quedó callada. Casi derrotada. Dio un sorbo a su café olvidado y volvió a dejar la taza sobre la mesa, lentamente, intentando alargar el momento de responder porque no tenía respuestas.

Ni para Laura, ni para ella. Cuando se fue lo hizo sin remordimientos, dejándola atrás, pero se había arrepentido tanto... y ahora necesitaba volver por las mismas extrañas razones que necesitó alejarse.

Y cayó en la cuenta que provocar el encuentro con Laura no era un medio para encontrar las razones, sino un fin, un propósito, una necesidad que no quiso aplazar más. Sólo Alba conocía su propia verdad y no era justo pedirle cuentas a nadie.

-Sé que no tengo derecho a pedirte nada, ni siquiera que estés aquí hoy, pero me alegro que hayas decidido venir.

Entonces entendió que Laura, a pesar del dolor, también quería estar allí con ella. Las dos llegaban tarde al encuentro pero ninguna quería faltar. Los motivos no importaban, se habían vuelto a encontrar, las cartas estaban sobre la mesa sólo tenían que decidir a qué iban a jugar: -Estamos locas, ¿en qué estamos pensando?, yo tengo a Dani y tú...

Se quedó en silencio pensando que si habían llegado hasta allí poco importaba lo que había tras ellas. Laura parecía entender los pensamientos de Alba. La observaba con una sonrisa en los labios, divertida con sus cavilaciones, sintiendo de nuevo su complicidad.

-Siempre lo hemos estado un poco. Era como vivir en una montaña rusa, ¿te acuerdas?

Hizo una pausa y suspiró dándose por vencida, como si todo el rencor acumulado hubiera acabado por caer, resbalándole hasta el suelo y sólo quedara la verdad: -Entendí que te fueras, sabía que si te decía lo que sentía por ti pasaría. Igual que sé que volverás a marcharte.

Alba respiraba, ahora, tranquila. Se entendían. Lo había echado tanto de menos, alguien que la entendiera más allá de las palabras. Dani era Dani. La quería y ella a él, a su manera, también.

Siempre estaba a su lado pero, a veces, no le bastaba.

Recordó cuando se conocieron los tres y sonrió. Fue en la facultad. Laura y ella estudiaban psicología y Dani empresariales, aunque frecuentaban más el bar que las clases. Allí empezó todo, entre partidas de cartas y cigarros de marihuana. El primer curso fue emocionante, un universo por descubrir, una madurez que no encontraron en las aulas. Aparentemente ya eran adultos, en realidad sólo jugaban a serlo.

Recordó la intransigencia hacia todo lo que resultaba diferente, y como algunos compañeros intentaron convencerla para que se alejase de Laura: “no te pega ir con ella, tú no eres así. No tiene buena fama, no te conviene”.

Pero a pesar de eso o, quizás porque la insistencia de los demás despertó en ella la curiosidad, el caso es que Alba se dejó conquistar por Laura y empezó a sentir que nunca había congeniado tanto con nadie como con ella.

Laura poseía cualidades suficientes como para ser envidiada por el resto de las mujeres. Alta, esbelta, rubia de pelo largo ondulado. No era perfecta, no le hacía falta, poseía ese tipo de belleza casi angelical e inocente que acostumbra a dar problemas. Cuando Alba la conoció la encontró vulnerable pese a su segura apariencia. Quizás por eso no la juzgó y pudo ver en ella algo que acabó por unirlos.

-Quiero volver a tener lo que teníamos, quiero que vuelvas a mi vida, que todo sea como entonces.

Sé sincera, ¿tú no lo has echado de menos? Te entendía y nadie me escucha como tú. Cuando hablábamos daba igual si era de día o de noche porque tenía la sensación que el tiempo no existía.

Éramos divertidas, la vida me parecía más feliz. Quiero volver a sentirme así.

Laura la escuchaba asombrada:

-Eres increíble, de verdad que lo eres, sólo tú serías capaz de dejarme a mí el peso de tomar una decisión.

De repente dejó de hablar. El silencio era doloroso para ambas. Se miraron interrogándose con la mirada.: “¿dónde estabas?, ¿por qué nos separamos?”, parecían decirse en silencio, en un diálogo mudo sólo para ellas dos, “vuelve conmigo”. Laura bajó la mirada incapaz de seguir buceando en ella. El rencor, el dolor, los años. No podía olvidar sin más. Prosiguió: -Te fuiste y lo respeté. Ahora vuelves y estoy aquí escuchando tus motivos, pero no puedes pretender que estos años no hayan pasado, que nada se rompiera entre nosotras, tú lo sabes como yo.

No puedes pretender que todo continúe donde lo dejamos, igual que antes. Dime la verdad Alba, ¿por qué has vuelto?

Se removió incómoda en la silla. Su mirada, su presencia, su olor recordándole lo que eran y ahora... la juzgaba y no podía reprochárselo, tenía todo el derecho del mundo a odiarla si quisiera.

Pero no era eso lo que veía en sus ojos. No supo contestar: -Yo... no sé porqué. Sólo quiero...

Laura estalló por fin, dejando salir los reproches guardados bajo llave durante demasiado tiempo:

-Quiero, quiero, quiero... ¡Siempre tú y lo que tú quieres! ¿Te has parado a pensar por un momento en que quizás yo no necesito esto? No, claro que no, porque sólo piensas en ti. ¿Por qué no me preguntas qué quiero yo? ¿Quieres saber qué es realmente lo que quiero? ¿Estás segura? ¿O volverás a largarte de nuevo?

Alba no era capaz de responder. Quería saber pero temía las respuestas.

-Te diré lo que realmente quiero.

Se levantó y ocupó la silla al lado de Alba, que la miraba sin articular palabra, pendiente de las suyas. Laura puso su boca cerca de su oído y susurró: -Quiero levantarme de esta silla, abalanzarme y comerte la boca. Te metería la lengua tan dentro que casi te ahogaría de tantas ganas que tengo de ti. Te desnudaría y te recorrería con la lengua el cuerpo entero hasta que gritaras de gusto, luego te masturbaría con los dedos hasta hacer que te corrieras con mis dedos dentro mientras acaricio tus pezones con mi boca.

Laura puso una mano sobre el muslo de Alba, que dio un respingo en la

silla, y notó como se estremecía. Su respiración era agitada. Era tan tentador, sólo tenía que acercarse un poco más y podría rozar sus labios. Alargó su mano hacia ellos y los acarició casi sin tocarlos. Luego se alejó y volvió a sentarse frente a ella, sin dejar de mirarla, esperando su reacción.

Alba respiraba agitadamente. Tenía el corazón desbocado, el estómago encogido y un cosquilleo agradable en todo su cuerpo. “¿qué acaba de pasar?” se preguntaba. Miró a Laura y le sostuvo la mirada incómoda. Se inclinó hacia ella y le dijo: -Eso es exactamente lo que quiero.

El silencio se instaló entre ellas. Alba aprovechó para serenarse. Estaba excitada y se sentía intimidada. Nerviosa, miró impulsivamente el reloj de la pared. No era buena jugando sus cartas.

Laura acababa de poner las suyas sobre la mesa y ganaba la partida. Ahora se sentía desnuda ante ella pasando una prueba de fuego. Se rompió de golpe, el silencio.

-¿No vas a decir nada? Dime al menos si te he puesto cachonda.

-Te estás divirtiendo ¿verdad? Y ni siquiera puedo reprochártelo porque sé que me lo merezco.

Laura continuó, sabiendo que la tenía contra las cuerdas, justo dónde quería tenerla desde hacía mucho tiempo.

-¿Sabes lo que creo? Creo que me estás utilizando para salir de la rutina y vienes a buscar la nota de color que te haga sentir viva otra vez. ¿Es que Dani ya no es suficiente para ti?, por cierto, tengo curiosidad, ¿porqué no te has casado con él? ¿No será que te da miedo comprometerte porque en realidad sabes que no le amas?, pero...tampoco te arriesgas a perderlo porque te horroriza estar sola.

Dime, princesa, ¿en qué punto de tu vida estás? -Hizo una pausa para sentenciar-: me temo que las respuestas que buscas no las tengo yo.

Alba se estremeció. Nadie, excepto ella, era capaz de hablarle así. Le dolía, igual que todas las verdades que Laura acababa de tirarle a la cara como un dardo envenenado. Pero no protestó.

Sabía que era cierto. No se equivocaba.

-Lo sé. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero... no puedo dejar de hacerlo porque no me lo perdonaría. No sería justo, estaríamos dejando escapar una segunda oportunidad y...

-Abre los ojos, Alba. Para lo nuestro nunca habrá una segunda oportunidad. Tú vienes buscando una amiga y yo te metería en mi cama sin dudar. Y volver atrás es imposible, el tiempo siempre corre hacia delante.

Alba bajaba, una vez más, la mirada porque no soportaba la fuerza con que le recordaba lo que había hecho. Ahora Laura tenía una vida en la que ella no estaba y no sabía si le permitiría entrar.

-Aunque...no he dicho que vaya a dejar que te marches sin más. Podría ser divertido, ver si soy capaz de pasarte al lado oscuro y follarte como nadie. Es tentador. -Y alzó las cejas varias veces-.

Alba no pudo evitar reír. Reír de verdad. Sólo Laura era capaz de decir semejante barbaridad en público y quedarse tan ancha. Luego vio como su rostro volvía a ensombrecerse: -Te he echado de menos cada día, y cada día dolía un poco menos. Me hiciste daño Alba. No quiero que vuelvas a hacérmelo. Dame un poco de tiempo.

Alba asintió, cogiéndole la mano por encima de la mesa: - No puedo pedir nada más. Lo haremos a tu manera. No voy a irme esta vez, Laura.

Sonrió con tristeza:

-Te conozco. Sé que volverás a marcharte.

Alba la abrazó en silencio y Laura cedió ante ella.

2

SEPTIEMBRE, 2006

La casa estaba desordenada. Cuando entró echó la mirada sobre la estancia como un manto frío, alcanzando hasta el último rincón. Apretó la mandíbula y avanzó su bastón que golpeó con rabia el suelo. Arrastró el pie izquierdo. Luego el derecho. Hasta que estuvo en el interior del piso, un cuarto de altura. Eran las cinco de la tarde y el sol de finales de verano acariciaba el balcón repleto de macetas. Las persianas levantadas hacían bochornoso el aire.

Soledad se paseó con parsimonia revisando su casa. Enseguida se dio cuenta que alguien había movido las cosas de sitio, entorpeciendo el paso. Le dolía la cadera al moverse y su habitación parecía alejarse a cada paso que daba por el pasillo que llevaba hasta los dos únicos dormitorios del piso. Después de pasar un par de semanas en un hospital, añorando su hogar, no renunciaría a aquel doloroso paseo. Al pasar delante del baño empujó la puerta con el bastón.

Apoyó la mano que le quedaba libre en el marco para poder inclinar su torpe cuerpo. Vio su rostro en el espejo. Cómo había echado de menos estar en casa. Fuera de ella le costaba reconocerse.

Consiguió llegar hasta su dormitorio donde se encontró con puertas de armarios abiertas y ropa dejada aquí y allá.

Aurora lanzó una mirada furiosa a Miguel a la vez que le daba un codazo: -Podrías haber recogido un poco. Parece mentira que no la conozcas.

Miguel se encogió de hombros:

-Podrías haberme avisado que le daban el alta esta misma tarde, de haberlo sabido...

Soledad seguía revisando, tomando nota para luego ponerlas. Y un largo y cansado suspiro salió de su garganta gastada. A pesar del evidente desorden lo que más le molestaba era el olor que subía por el patio de luz y se colaba por la puerta del lavadero, abierta de par en par.

No encontró nada a su gusto. Nada estaba en su sitio y empezó una ronda de quejas, lamentaciones y reproches hacia sus hijos, que la habían acompañado hoy y habían cuidado de ella y su casa en su ausencia. Ni siquiera se molestó en utilizar un tono menos hiriente. Se despachó a gusto y

los echó cerrándoles la puerta en las narices. Cuando se encontró sola se sintió torpe y cansada. Y pensó cuánto le quedaba por hacer.

Apenas habían hablado mientras bajaban en el ascensor, como si el hecho de estar aún en sus dominios fuera suficiente para silenciarlos. Ya en la calle sus rostros parecían relajarse volviendo a ser dueños de sus palabras.

A pesar de sus años y de sus achaques, Soledad mantenía intacto el poder que ejercía sobre ellos. Eran conscientes que nada de lo que hicieran sería suficiente.

Caminaban pensativos, sopesando la situación hasta llegar a la esquina, disponiéndose en corrillo como si estuvieran celebrando una reunión clandestina.

Aurora, la hermana mayor, no podía aguantar más las palabras quemándole la garganta: -¿Qué hacemos ahora?, -dijo preocupada-, es evidente que no puede estar sola. Necesitará ayuda para casi todo, tendremos que hacer turnos, serán muchas horas. Yo puedo venir por la mañana si vosotros estáis trabajando y...

Tuvo que parar a coger aire, hacer una pausa para comprender bien el punto en el que estaban y pensar cómo lo harían para salir airosos.

Aurora era una luchadora. La mayor de los tres hermanos que siempre cuidó de ellos. Había acabado por convertirse en una mujer de aspecto estirado y serio que ya había pasado de los sesenta.

Trabajó en el negocio familiar hasta que se casó, hacía ya casi cuarenta años, con Gregorio, su marido. Un muchacho noble que la enamoró con dulces promesas que fueron quedando olvidadas, aparcadas a un lado del camino, para dar paso a la rutina, la costumbre, una seguridad difícil de cambiar a aquellas alturas de la vida. Era delgada y de caderas anchas. Una mujer resignada y gris.

Sólo había vivido para su única hija, sabiendo que hacía lo que debía y lo que su corazón le dictaba.

Ahora tan solo esperaba llegar a ser pronto una buena abuela. Se dirigió a su hermano Miguel con desdén:

-No me vayas a decir que las cosas no están mal.

Miguel era cinco años menor que Aurora. Su carácter enérgico y positivo le daba un aire incombustible que la ponía de los nervios y le alejaba más de ella. De piel morena, canoso y alto.

Recio, aunque no grueso. Agraciado, pero no guapo. Aurora no soportaba su exceso de amabilidad intentando complacer siempre a todo el mundo. Ni

tampoco soportaba a su mujer, su cuñada Rosa.

Llevaba veintinueve años casado, con una mujer sumamente egoísta que jamás le quiso y que, precisamente por eso, nunca quiso separarse de él ni renunciar a la estabilidad que le daba. Miguel hacía tiempo que había dejado de quererla pero seguía dependiendo de ella en muchos aspectos.

Además no podía olvidar que Rosa le había dado dos hijos sanos y cariñosos. Con cincuenta y siete años seguía en la misma fábrica en la que empezó a trabajar de joven y sólo esperaba jubilarse y envejecer tranquilamente.

-Deja de sonreírme que estoy nerviosa y preocupada.

Cuantas veces había escuchado palabras similares de boca de su hermana. De sobras sabía que los problemas no iban a desaparecer. Conocía la sensación de derrota y desesperación que le había arañado las entrañas y dejado sin ganas de seguir, en más de una ocasión. Era realista y sabía lo imperfecta que era la vida.

-No se puede negar que tenemos un problemón encima, -reconoció Miguel-, pero tampoco hay que dramatizar. Hay muchas familias que se encuentran como nosotros. ¿Qué me dices de los hijos únicos que se ven obligados a soportar solos todo el esfuerzo emocional y económico que algo así comporta?

Jaime, el pequeño de los tres, ponía los ojos en blanco. “Lo estás arreglando, chaval”, pensó.

Aurora resoplaba, las palabras de Miguel no iban a resolverles el problema que se les venía encima y a una mujer pragmática como ella no era fácil de convencer: -Hombre, si lo miras así... siempre habrá quién esté peor. Pero eso no nos soluciona nada. ¿Qué hacemos?

Lanzaba de nuevo la pregunta al aire, dirigiendo esta vez la mirada hacia Jaime que estaba en un discreto segundo plano, intentando evitar que aquella discusión le salpicase en la cara como estaba a punto de ocurrir. A sus cincuenta y dos años parecía instalado en una eterna y ficticia adolescencia. Su falta de implicación, las manos en los bolsillos traseros del tejano y la mirada perdida delataban una actitud rebelde que sabía no era del agrado de su hermana.

Jaime era escéptico e independiente, hermético y distante. Se había abierto camino a base de esfuerzo y dedicación a un trabajo que se le daba muy bien y que le hacía ganarse sobradamente la vida. No sintió, cuando creyó necesitarlo, el apoyo de la familia que nunca encontraba el momento

para él, el pequeño, que por serlo no parecía importar a nadie. Era algo más bajo que Miguel. Sin embargo, Jaime sí era guapo, vestía bien y olía mejor. No se había casado a pesar de la incomodidad que eso provocaba en el seno familiar. Ni siquiera se le conocían parejas oficiales, planeando sobre él la duda sobre su orientación sexual, que no se molestaba ni en confirmar ni en desmentir, creando a su alrededor una atmósfera incómoda para los demás y reforzando la sensación de parecer estar siempre por encima del resto de aquella familia. Jaime no deseaba renunciar ni a su modo de vida ni a su tiempo que dedicaba casi por completo a trapicheos bursátiles difíciles de entender. Eso era lo único que conocía su familia de su intimidad. Nada.

Aurora no podía evitar sermonearlo de vez en cuando, que solía ser demasiado a menudo para su gusto, por no tomarse las cosas más en serio y sentar la cabeza. Miguel, en cambio, intercedía por él, como si necesitara disculparlo por elegir la libertad al compromiso. Jaime sabía que lo tenía de su lado aunque no entendía por qué debía justificarse siempre ante su familia, optando por un distanciamiento que cada vez era más evidente. Ante la mirada impertinente de Aurora, intervino con desgana:

-No lo sé. Sinceramente no sé cómo vamos a poder hacerlo. ¿Qué proponéis vosotros? Aurora, sabes que lo que decidáis me parecerá bien. Aunque si queréis saber mi opinión creo que deberíamos buscar ayuda, una persona que pueda estar con ella mientras nosotros no podemos.

Quizás alguna vecina. Podríamos preguntarles, ¿no?

Buscó la aprobación en el rostro de su hermana que parecía sopesar detenidamente la opción sin atreverse a darla por buena. Jaime se adelantó a su respuesta adivinando la preocupación de ella:

-Hablaré primero con ella. Intentaré convencerla de que es la mejor solución. -Aurora seguía sin verlo claro. Continuó-: le diré que la idea es mía a ver cómo reacciona.

Aurora hizo un gesto con la mano:

-Como si fuese a creérselo. Con lo mal pensada que es seguro que piensa que es todo cosa mía. Pero habrá que intentarlo, ¿qué otras opciones tenemos? Habla con ella..., -dijo dirigiéndose a Jaime- ...y a ver qué pasa. - Miró el reloj de su muñeca-: me marchó que se me hace tarde, luego os llamo.

Un beso rápido en la mejilla y se alejó caminando calle abajo con paso firme. Quedaron solos los dos hombres en la esquina de la calle que los había visto crecer. Con su marcha, Aurora dio por acabada aquella fugaz reunión.

Miguel se dirigió a su hermano: -¿Te acerco a casa?

Aunque sólo los separaban unos pocos años, las diferencias entre ellos eran insalvables. A Jaime no le apetecía entablar otra conversación banal y tediosa pero lo cierto es que no había venido con su coche.

-Ummm... pues no te digo que no. ¿Me puedes acercar al centro?

-Claro. Vamos.

Volvieron sobre sus pasos en busca del coche aparcado cuatro calles más abajo. Se quejaban de la falta de aparcamiento, del deterioro notable del barrio, del aumento de inmigrantes en la ciudad...

El sol suave de la tarde deslumbraba tras los cristales mientras rodaban lentamente por calles repletas de coches. El centro era un atasco perpetuo de filas inacabables de vehículos. No habían dicho una palabra desde hacía rato y Jaime decidió poner fin a aquel incómodo silencio: -Ostia qué atasco. Déjame por aquí. Lo siento tío no imaginaba que iba a ver tanto tránsito a estas horas.

- No importa, ya que estoy... Esto es una ratonera en cuanto empiezan los colegios. -Prosiguió tímidamente-: oye, si quieres podemos hablar los dos con ella. Aurora te ha dejado a ti un buen marrón. Es casi come echarte a los leones. - Y le dedicó una sonrisa que Jaime encontró forzada-

De sobras conocía el mal carácter de Soledad y lo testaruda que podía ser pero confiaba en hacerla entrar en razón.

-No te preocupes, es mejor así. Prefiero hablar a solas y tantearla primero si no parecerá que estamos todos conspirando contra ella y se cerrará en banda.

Miguel insistió:

-De todas formas me gustaría estar por si...

-Gracias pero no. Hablo con ella y luego os cuento.

- Como quieras.

Jaime no tenía intención de alargar más aquella conversación. Giró la cabeza y miró a través del cristal el ritmo desaforado de aquella ciudad que latía envolviéndolos en su incansable trajín.

Deseaba desconectar. Los asuntos familiares le agobiaban y necesitaba encontrar cuánto antes una solución. Sabía que Miguel tenía algo de razón, “¿por qué no podían hablar los tres con ella?”.

Quizás sí había sido tonto. Sintió que se hundía en el abismo del asiento al lado de su hermano al que conocía demasiado y del que apenas nada sabía. Dispuesto para la batalla. A veces odiaba a la familia. Aurora tan recta, tan

sufrida y tan hipócrita con él. Pero sobretodo con su madre. Por eso ellas dos no se llevaban bien. Soledad escupía las verdades sin importarle la ocasión ni el alcance de sus palabras. Aurora, en cambio, amparada en hacer lo correcto, no solía salirse del guión, manteniendo el tipo por muy revueltas que estuvieran las aguas, esperando la ocasión para clavar el puñal por la espalda. Debía resultar agotador estar siempre en pie de guerra. No quería entrar en aquella pugna por el poder en que se estaban convirtiendo los encuentros familiares aunque sabía que era mal momento para abandonar el barco.

-Buenos días, pregunto por la señora Soledad. Soy...

La chica se quedó mascando su nombre mientras desde el otro lado del interfono pulsaban para que el portón de la entrada se abriese. Yamila empujó con fuerza y entró en el interior del bloque de pisos. La temperatura dentro era más fresca que el bochornoso ambiente del mediodía en la calle y, al cerrarse la puerta tras de sí con gran estruendo, quedó todo en penumbra. Tuvo la misma sensación de vértigo en el estómago que cuando entraba en una iglesia, húmeda y silenciosa.

Se sintió sola e incómoda en aquel refugio urbano, mientras sus manos inquietas buscaban ansiosas el interruptor de la luz. La entrada era estrecha y sombría. Dudó entre subir en ascensor o caminando. Era un cuarto piso y todavía llevaba calor en el cuerpo de la caminata bajo un sol de finales de verano que se resistía a relajarse, haciendo imposible la idea de un otoño cercano. No deseaba llegar sofocada a su primer encuentro. Se subió al ascensor con reparo. Mientras ascendía no dejó de prestar atención a cada uno de los ruidos, sospechosos todos ante sus oídos recelosos, empujando con su mente para que nada lo parase. Las puertas se abrieron y escapó aliviada al rellano de la escalera.

Buscó con la mirada la puerta número dos. Se colocó delante y pulsó el timbre repasando mentalmente las palabras que diría para presentarse. No hubo tiempo de ordenar ideas. La puerta se abrió al instante dejándola en blanco, nerviosa porque necesitaba aquel trabajo. Dejó escapar lo primero que le vino a la mente, sonando extraño en su boca, como si fuese la voz y la determinación de otra persona que lo pronunciase:

-Hola. Soy Yamila y vengo a cuidarla.

Soledad la miraba desde el quicio de la puerta, sin querer verla a pesar de saber que era real.

Llevaba puesta una bata azul sobre un pantalón de pijama. Su lacio pelo gris caía alborotado sobre la faz azulada por la sombra de largas venas que

recorrían su rostro pálido y mate, dándole un aspecto serio y desmedrado. No sostenía la puerta, la puerta la aguantaba a ella medio encorvada en el umbral, juzgando con su mirada inquisidora a aquella chica morena y bajita, replegada con un moño apretado en exceso que se atrevía a sacarla de la cama aunque fuesen más de las doce del mediodía.

Yamila le devolvía estupefacta la mirada. Ecuatoriana, de veintiocho años, achaparrada y regordeta. Aspecto agradable. Llevaba a sus espaldas una vida dura y los bolsillos cargados de penas que le pesaban como piedras, evitando así que sus pies se levantaran del suelo ni siquiera para permitirse el imaginar que su suerte podría cambiar. Por eso no le extrañó cuando en vez de una dulce ancianita que se cogiera de su brazo para dar paseos con pasitos cortos y lentos en tardes templadas, se encontrase, en cambio, frente a una mujer mayor malhumorada y poderosa, consciente de su deterioro. Era una reina defendiendo su trono. Una sacerdotisa asida a su cetro para no desmoronarse.

A Yamila le pareció una bruja con mal genio que, aunque le diese el trabajo, no se lo pondría fácil. Pero eso tampoco era nuevo para ella.

Apenas había permanecido unos diez minutos en el interior de la vivienda y no había pasado del recibidor. Tal y como intuyó aquella mujer odiaba tener que depender de alguien y se lo había dejado claro:

-No quiero tener a nadie enganchado a mí todo el día, pero lo necesito. Necesito que me ayuden a valerme hasta en las tareas más sencillas. Así que si eres fuerte para sostenerme, sabes cocinar y recoger la cama a mí ya me vales. El horario es de diez de la mañana a seis de la tarde, pero te advierto que tengo mal genio y me gusta que se hagan las cosas a mi manera.

Soledad continuó:

-No me esfuerzo en ser amable y no aguanto a los charlatanes. No puedo estar mucho más rato aquí, plantada, de pie ante ti, me duele demasiado la cadera, así que ¿qué decides?

Yamila descendió a pie las cuatro plantas que le separaban de la calle. Buscó el móvil en su bolso y miró la hora. Si se apresuraba en ir hacia la parada podría volver en autobús a casa. Pensó que debería cogerse un bono de bus si a partir de mañana iba a utilizarlo a diario.

Yamila vivía en un mal barrio. Un barrio que antaño había sido un barrio obrero de gente trabajadora y en el que los niños bajaban a jugar tranquilamente a la calle después de volver del colegio. Un barrio simpático de bloques contiguos donde la gente bajaba a hacer la compra el sábado por

la mañana mientras se ponían al día de las incidencias de la semana. Con los años los obreros acabaron de pagar sus pisos y muchos fueron los que cayeron en la tentación de mudarse a casas más grandes, con la intención de mejorar, aislándose en zonas nuevas en las que no conocían a nadie. El barrio fue quedándose vacío y los bloques, antes lugares de encuentro para los vecinos, iban siendo habitados por extraños, la mayoría inmigrantes que se veían obligados a compartirlos con más parentela. Las fachadas se iban deteriorando, las tiendas cambiaban de dueño. El ayuntamiento miraba hacia otro lado dejando de invertir en aquel barrio, que había sido un buen barrio y, que ahora, ya no lo era. Tan sólo era el lugar en el que vivía Yamila, en uno de aquellos pisos que tiempo atrás fueron bonitos, junto a su hermano, su cuñada y sus dos sobrinas, todos ellos sintiéndose afortunados por estar allí, por haber escapado de la miseria, ocupando el lugar que otros abandonaron. El único deseo de Yamila era conseguir un trabajo y ahora no sabía si estaba satisfecha por haberlo conseguido o lamentarse por ello. Hay cosas difíciles de valorar sobre todo cuando no puedes elegir.

3

NOVIEMBRE, 1921

Corría un aire frío. El lugar atardecía en soledad. Sólo el rodar de algunas hojas secas rompía el silbar del viento, deslizándose entre hileras de árboles desnudos, troncos enjutos disimulando la vida bajo su corteza. Espantapájaros de sombras y luz, fantasmagóricas figuras que acompañaban, en la decrepitud del día, el paso ligero de un hombre que se aventuraba a pasar entre ellos. Se dirigía hacia una de las cuatro casas de la calle, guardadas que escondían familias refugiándose del frío y la oscuridad que se extendían sobre el pueblo. El hombre guardaba bajo el abrigo la sensación de que quizás llegaba demasiado tarde, a pesar de su prisa. La tarde, cerrada y muerta, hacía presagiar lo peor.

Alcanzó con fatiga la última casa de su derecha. El alboroto, inusual a aquellas horas, traspasaba los muros llegando hasta él.

El frágil sol otoñal apenas calentaba en su corto recorrido diario y las habitaciones de la casa eran gélidas estancias que abrazaban a los cuerpos sometiéndoles a la helada condena de un otoño más frío aún que el invierno. De uno de los dormitorios, alumbrado a medias por un candil, se escapaban gritos empujando un quejido que se hacía desgarrador al extenderse al resto de la casa, prácticamente en penumbra, adentrándose ya en la noche.

El hombre, acompañado por su maletín, golpeó nervioso la puerta de la casa sin número de la calle del cantón, que se abrió casi al instante dejándole paso.

El médico corría, ahogándose por las escaleras que lo separaban de la parturienta, subiendo los escalones de dos en dos empujado por los gritos que se escapaban del dormitorio, deshaciéndose del abrigo por el camino. Subía, remangándose las mangas de la camisa, con el tiempo justo de llegar para sacar a la criatura que asomaba ya cuando él entraba por la puerta de la habitación, para alivio de la madre y del resto de mujeres que la asistían, porque la criatura nacía de nalgas, envuelta por el cordón que le daba la vida y la asfixiaba a la vez.

En la austera habitación, improvisado hospital para asistirla, una mujer todavía joven paría a su quinto hijo bajo la experta mirada de un par de vecinas que hacían las veces de comadronas, ayudando a la madre que,

dolorida y cansada, intentaba con todo su amor, echar a su hijo de su interior, extraña manera de llegar el mundo, abriéndose paso entre las carnes blandas y tibias de una mujer diminuta y fértil que sufría, sudando sudor amargo y llorando lágrimas de dolor, sangrando una sangre roja y viva como la vida que estaba a punto de nacer.

El médico gritaba a la madre indicándole el momento de empujar para que le permitiese ayudarle a traer a la criatura al mundo. Mientras ella, desgarrada y exhausta, se aferraba a las manos de las vecinas que le secaban la frente con paños frescos y rezaban por ella en voz baja, porque el niño tardaba en nacer y porque en la cara del médico veían la urgencia. En el aire corrompido del dormitorio se respiraba preocupación.

Mientras, sus otros pequeños recorrían la casa jugueteando entre divertidos y asustados por el extraño devenir de aquel día que les privaba de su cotidiana rutina. El marido, como correspondía, esperaba abajo en la cocina con un vaso de vino en la mano para darse valor y para aplacar los nervios o el miedo que le daba imaginarse el milagro de la vida, imaginar que su mujer se partía en dos para dejar nacer a un nuevo hijo, uno más que llegaba a aquella casa con la miseria enganchada a la espalda.

No tardó más de treinta minutos en bajar, todavía azorado, don Enrique, médico y vecino del pueblo desde hacía más de veinte años. Se dirigió a la cocina secándose las manos, bajándose las mangas de la camisa porque ya nada más podía hacer. El padre siquiera tuvo fuerzas para levantarse cuando lo vio aparecer por la puerta. Don Enrique se acercó a él, el miedo todavía en sus ojos de mochuelo tras sus lentes. Puso una mano sobre su hombro: - Prométeme que intentarás no preñarla más.

El padre asustado se levantó, temiéndose lo peor: -¿Qué ha pasado?

-No creo que tu mujer pudiese soportar otro parto como éste. La he ayudado en todos y cada uno ha sido diferente, pero ahora... casi los perdemos a los dos.

Los ojos del padre se abrieron y se aflojaron sus piernas pidiendo una respuesta.

-Anda, ponme un vino que ya me lo he ganado y respira tranquilo que tu mujer está bien y tu hija también, aunque buena faena nos ha dado para sacarla.

-¿Niña?

El médico asintió y le tranquilizó:

-Las dos están bien.

El padre dejó a don Enrique con el vaso en la mano para retomar fuerzas y la palabra en la boca y salió disparado a la calle. Ni la oscuridad ni el frío le detuvieron. Deambuló por entre las casas del pueblo, hasta parar frente a una. Entró sin llamar.

-¡Juana!

La mujer no tardó en aparecer. Reconoció al instante al hombre, sobresaltándose al verle allí a aquellas horas:

-¡Pedro!, ¿qué pasa?

Se adelantó hacia ella cogiéndola por los brazos.

-¡Que ya ha llegado mi Esperanza! Ya está aquí. Ya tenemos la Esperanza en casa.

A la niña, de poco más de dos kilos, la llamaron Esperanza porque necesitaban gritar ese nombre al viento para no olvidarse de ella. Los años, la vida, se hacían si cabe más difíciles y nada indicaba que tuviera que cambiar.

La última de cinco hermanos, la segunda niña. Su madre la miraba y la acogía en su pecho alimentándola, mientras la pequeña, con los ojos todavía cerrados, se bebía la vida ignorando aún que sabor le dejaría la suya.

La noche que nació Esperanza, la oscuridad caía como un negro manto sobre aquel pueblo andaluz. Como un presagio. Mientras la noche, magia y misterio, se apoderaba de él, trayendo con ella la calma y una luna de plata que vigilaba desde el cielo despreciando todo lo que quedaba bajo sus pies, conociendo sus secretos y el futuro que estaba por llegar.

Una mañana de aire húmedo y olor a lluvia, tres semanas después del nacimiento de Esperanza, la madre amaneció hirviendo y tiritando a la vez, con unas fiebres que la tendrían en la cama más de lo que podía permitirse, consumiéndola entre viejas sábanas, quedando reducida a la mitad.

Unas fiebres que desaparecieron de madrugada, igual que empezaron, haciendo dudar al mismo don Enrique sobre su causa. Aquellas calenturas obligaron a quitarle al bebé la leche materna. El padre, incapaz de escuchar el llanto de sus hijos, consiguió hacerse con una cabra vieja de ubres pellejudas que acabó por convertirse en el único alimento de la pequeña, manteniéndola milagrosamente viva.

Esperanza creció en el alboroto de una gran familia; en el mundo de sus hermanos que la hacían crecer a empujones; en la escasez de las malas épocas; en la ilusión de tiempos mejores; en el cariño repartido de sus padres; en los juegos de la calle; en las historias de pueblo; con el ir y venir de los trabajadores del campo. Creció entre olivos y animales de corral. Y

sobrevivió a la infancia, igual que la familia sobrevivió a la historia, desgastándolos cada día algo más, acompañados siempre por aquella luna de plata, persiguiéndolos dispuesta a reírse con cada tropezón que diesen, con cada piedra que encontrasen en sus caminos.

4

-Abuela soy yo, Alba.

Se oyó un portazo retumbar por el piso y pasos en el recibidor de la entrada dirigiéndose a la cocina.

-Te traigo la compra. Sé que no me esperabas pero ya sabes lo pesada que se pone mi madre, no deja de perseguirte hasta que le haces caso y estaba empeñada en que te la subiese hoy. Te voy a ir guardando la compra, ¿vale?

Soledad contestó:

-Muy bien, ya sabes dónde colocarlo todo. Estoy en la sala.

La voz de su abuela sonaba amable.

-Alba, ha venido visita.

¿Una visita?, eso explicaba su amabilidad. Mientras organizaba las bolsas prestó atención a la voz que oía sin poder identificarla. Se resignó a pasar a saludar aún a riesgo de que fuese alguna vecina de las de toda la vida que, sabiendo el estado de su abuela y las semanas que acababa de pasar en el hospital por culpa de su cadera, se hubiese acercado a visitarla.

Suspiró pensando en alguna excusa que darles para escabullirse de allí lo antes posible, antes incluso de que empezaran a avergonzarla con algún detalle humillante de su infancia y la enredaran en una conversación de abuelas en la que no le apetecía participar. Además le había prometido a Laura que la llamaría para verse un rato y no quería fallarle justo ahora que acababan de reencontrarse.

Cogió aire y entró en la sala de estar, una habitación rectangular con dos grandes ventanales donde en días de noviembre como aquellos, tocaba un tímido sol matinal.

Era miércoles por la tarde. El día, que se despedía ya, había sido frío y seco regalándoles un cielo flamante y turquesa.

Estaba preparada para interpretar su papel. Preparada para enfrentarse a la actuación de familia feliz al lado de su abuela y hacerle quedar bien ante los extraños, sonriendo incómoda cuando escuchara lo orgullosa que se sentía de su nieta mayor.

Estaba preparada para muchas cosas pero no para lo que se encontró. De espaldas le contrarió. Era un hombre. ¿Algún amigo del abuelo? Alba sabía que, durante años, sus abuelos habían sido propietarios de una pequeña tienda

que les ayudó a sobrevivir durante los años de postguerra. Una bodega que abastecía al vecindario. Eso hizo que fuesen muy conocidos en el barrio y que el abuelo tuviese muchos amigos con los que jugaba a cartas cuando ya se había jubilado.

Pero aquel hombre no era tan mayor. Aquel hombre... cuando se volvió hacia Alba, y pudo verlo de frente, la descolocó, como sólo los imprevistos que arroja la vida pueden hacerlo. En décimas de segundos buscó en los registros de su memoria aquel rostro, intentando ubicarlo, sorprendiéndose al reconocerlo y verlo allí. Soledad, en cambio, parecía complacida con la compañía del señor, ajena al caos que acababa de desatarse en el interior de su nieta. La mirada cordial de Alba se tornó fría mientras recorría la distancia entre uno y otro, atónita, esperando que alguno le diera la respuesta a aquella improvisada reunión a tres bandas.

El invitado, tan contrariado como ella, la interrogaba con la mirada. Él tampoco esperaba encontrarla allí. Soledad pasó, en un instante, de maestro de ceremonias a intrusa; de dominar la situación a quedarse fuera de juego, con una ancha sonrisa que se le desdibujaba por momentos sin adivinar, ni imaginarse siquiera, la extraña situación que acababa de provocar.

La habitación la llenaban sólo dos personas. Cada uno creía que el otro no debería estar allí.

Alba se abalanzó sobre el hombre, cogiéndolo del brazo, en un acto inconsciente e impulsivo que molestó a su abuela. El extraño había dejado de serlo: -¡Pep!, ¿qué... haces aquí? ¿Cómo...?

El hombre intentaba reaccionar buscando una explicación razonable para aquello, pero no la encontraba. Soledad intervino, sorprendida por el comportamiento de su nieta: -Alba, ¡por favor!, ¿qué maneras son esas?

Pep balbuceó algo a modo de disculpa. Se sintió un intruso.

-Alba...

-¿Qué haces aquí? -repitió-.

-Yo... ¿tú eres su nieta? -preguntó atónito-.

-Soledad es mi abuela, -respondió-.

-No tenía ni idea. No sé qué decir... ¡qué casualidad por dios! Yo... en serio que no...

Se giró a mirar a Soledad rogándole una explicación que no obtuvo. En su rostro pudo ver la misma perplejidad que en los demás.

-Abuela, ¿qué hace aquí él?

-Pero... ¿os conocéis?, -acertó a decir su abuela, totalmente descolocada-.

Pep, viendo la extraña situación que acababa de producirse intentó esclarecer el asunto. Se dirigió a Alba:

-Tu abuela...mi madre... se conocen desde hace muchos años, desde jóvenes. Mi madre ahora está muy mayor y apenas sale ya de casa. Tu abuela tampoco está en su mejor momento, por eso he venido a verla. Soledad es para mí... es como de la familia. Pero en todos estos años yo... no tenía ni idea que tú...no se me habría ocurrido jamás que pudieseis ser su nieta. Soledad es tan reservada con sus cosas...

Pep pensaba a la vez que hablaba de lo que estaba viviendo en ese momento: Alba era la nieta de Soledad. No sabía si eso cambiaba o no en algo las cosas. No parecía que ninguno de ellos fuese consciente de aquel casual hecho.

Soledad los miraba escuchándolos intentando aclarar por qué se pedían explicaciones el uno al otro y entonces lo supo: ellos ya se conocían. Pero... ¿cómo era posible? No. No podía ser. Su mirada se petrificó y se le heló la sangre. No sentía ni veía, sólo su corazón latiendo con una fuerza olvidada en ella. Se sintió desfallecer y por un momento se le nubló la habitación y los perdió de vista.

-Abuela, ¿estás bien?, ¡abuela! La voz de Alba la espabiló sacándola del limbo en el que quedó sumida durante décimas de segundos.

Pep se acercó a ella sujetándola por el cuello impidiendo que la cabeza cayese hacia atrás: -Trae un poco de agua.

Soledad espabiló enseguida:

-Estoy bien, sólo se me ha ido un poco la cabeza. No te preocupes, hijo, ya se me pasa.

-Soledad, me dejas muy preocupado, no deberías estar sola si sientes mareos.

-No me pasa nada, estoy mayor y cansada. ¿Ves?, ya estoy bien.

Pero no estaba bien. Nada de lo que estaba pasando estaba bien. Toda una vida intentando hacer lo correcto...Quizás todo tuviese una explicación sencilla que le devolviera el ánimo y le quitara el peso que se le había puesto en el pecho desde que notó que se reconocían. No quería volver atrás.

Alba regresó con el vaso de agua y Soledad se diluyó en él intentando no saber, no sentir, temiendo respuestas que no quería oír. Jamás imaginó que Pep, la persona que consiguió salvarla de la locura y que había sido el ungüento que la ayudó a cerrar heridas, se volvería contra ella en aquella fría

tarde de noviembre dejándola tan helada como el aire que castigaba los cristales de la ventana. Sorbía, ya sin ganas, el agua intentando retrasar el momento de conocer el por qué. Alba seguía sin salir de su asombro aunque intentaba mantener la calma.

-Abuela, ¿cómo te encuentras? ¿Quieres que llame al médico o a mi madre?

-Ya os he dicho que estoy bien, ha sido un mareo tonto. Sólo me faltaba que viniera tu madre a ponerme de peor humor. No llames a nadie, en serio.

Por el simple hecho de mencionar a su madre, Soledad se había puesto a gruñir, señal de que estaba bien. Y continuó:

-Bueno, decidme de una vez, ¿os conocéis?

No quería saberlo, quería cerrar los ojos y olvidar aquella tarde, pero necesitaba saberlo. Alba y Pep se miraron de nuevo haciendo que a Soledad le recorriese un escalofrío por el cuerpo.

Finalmente Pep se explicó como mejor pudo:

-Insisto en que yo no sabía nada, no tenía ni idea que Alba fuese tu nieta, de haberlo sabido puedes imaginar que... en fin, bueno... -Hizo una pausa y prosiguió-. Dani, mi hijo, la trajo un día a casa, llevan tiempo siendo novios o amigos o como se hagan llamar ahora...

Soledad se quedó muda, escuchando, rumiando el significado de aquellas palabras. Alba intervino.

-Conocí a Dani mientras estudiábamos en la facultad y... hasta hoy.

Alba, su nieta, era la novia del hijo de Pep, ¿era eso lo que intentaban explicarle?, ¿pero cómo podía ser? La coincidencia la sumió en un laberíntico caos de pensamientos, dudas y miedos.

Nunca habría podido imaginar aquella treta del destino uniendo a estas dos familias, trayendo de vuelta un pasado doloroso y difícil de olvidar. ¿Qué podía ocurrir? El equilibrio que la mantenía erguida se desmoronó y con él toda una vida construida como un mecano, pieza a pieza, aferrándose a un estricto orden para seguir adelante, para continuar viviendo sin mirar atrás. Ahora el pasado volvía para quedarse con ella y sabía que no podría soportarlo.

Al cabo de un rato, se disculpó ante ellos y les pidió que se marchasen. Dijo que estaba cansada, que no se sentía con fuerzas y que prefería acostarse y descansar. Pero Soledad sabía que sólo eran excusas, estaba derrotada en su terreno, asustada, con una historia que cabalgaba desbocada sin que pudiera controlarla, temiendo que se volviera contra ella.

Y mientras continuaba sin saber cómo había podido ocurrir, cómo podía darse aquella coincidencia, pensaba cuán caprichosa resultaba la vida, devolviéndole una y otra vez aquello que creía enterrado. Y sintió miedo. Un miedo conocido y familiar. Porque temía a la vida más que a la muerte.

Mientras volvía a casa, Pep sólo podía pensar en lo que acababa de ocurrir. Lo único que le venía a la mente era el momento en que conoció a Alba, unos seis años antes, un domingo por la tarde que su hijo pasó por casa. Venía a recoger la ropa que su madre le lavaba y planchaba religiosamente cada semana a pesar de que ya no vivía con ellos. La madre continuaba con aquella tarea por devoción y porque, de esa manera, le imponía la obligación de recogerla una o dos veces por semana y asegurarse así la visita de su hijo, el menor de dos hermanos, el chico de ojos dulces al que se resistía a dejar marchar del todo.

Aquella tarde que ahora recordaba, Dani apareció con una joven seria, estirada y tímida que apenas intercambió un par de palabras con ellos intentando no soltar la chaqueta del brazo para no alargar más allá de lo indispensable, la visita que se notaba la incomodaba enormemente, haciendo añicos el plan de su mujer que pretendía que se quedaran a cenar, convirtiendo aquel encuentro en una reunión familiar en toda regla. Dani la sacó allí evitando que la asustaran más de lo que ya lo estaba, porque la conocía y sabía lo poco que le gustaban aquellas formalidades.

La chica era Alba, aunque no supieron su nombre hasta tiempo después, porque Dani no se molestó en darles explicaciones, a pesar de que seguían juntos en una relación extraña suspendida en el tiempo, como colgada en el espacio, una relación que Pep no veía avanzar, probablemente porque ninguno de los dos quería llevarla más allá. Desde aquel día se habían visto en pocas ocasiones, casi siempre encuentros casuales, breves y distantes, aunque cordiales.

Pep no era alto y con la edad había ganado canas, experiencia y peso haciendo de él un hombre panzudo y bonachón de piel morena. A sus sesenta y siete años aún no había conseguido entender a sus hijos y empezaba a pensar que jamás lo haría. Él pertenecía a otra época, no tan lejana como diferente, con otros valores que le alejaban de la especie de anarquía moral en la que, según él, vivían instalados sus hijos. Andrés, el mayor, tenía dos hijos, una niña de cinco años y un niño de tres, los nietos de Pep, lo mejor que tenía, los que le hacían reír con cada palabra nueva que aprendían, emocionarse con cada abrazo que le daban.

Y luego estaba Dani, el más mimado, que se resistía a irse del todo, alargando la salida definitiva del nido, dando vueltas en círculo sin pararse a sentar de una vez la cabeza y darle nietos también, formando una familia, algo sagrado para Pep, quizás porque era lo único que le quedaba a un hombre después de haber trabajado toda la vida. Pero los chicos no lo veían igual. Andrés, el mayor, se había separado de su mujer poco tiempo después de nacer el pequeño y Pep no podía entender cómo había sido capaz de abandonar a su familia, cómo no había luchado por mantenerse junto a sus hijos. No entendía la facilidad con que los jóvenes abandonaban el barco al menor contratiempo, sin luchar, sin aguantar, sin quedarse hasta el final, como los héroes de los cómics que él había leído de pequeño.

Pep se había criado con su madre y su marido que le había hecho de padre lo mejor que pudo.

Pero aunque le quiso, siempre supo que no era su padre biológico el que estaba junto a él. Cuando su hijo mayor le explicó que se separaba de su mujer, sólo pudo pensar en sus nietos echando de menos a su padre en tantas ocasiones en las que ya no estaría con ellos y le culpó por permitirlo, por dejar que pasara a pesar de tener la solución en sus manos. Pero Pep nada podía hacer salvo pensar que se equivocaba y tragarse su opinión junto con el café y las magdalenas que su mujer ponía para desayunar juntos cada mañana desde que lo habían jubilado del taller mecánico, que él había ayudado a hacer grande, después de tantos años de trabajo.

De vuelta a casa, meditaba sobre sus hijos y sobre el extraño encuentro en casa de Soledad, pensando en lo frágil que la había encontrado y en lo caprichoso del azar. Su hijo salía con la nieta de Soledad, ¿cómo era posible que se hubiesen encontrado?

Era miércoles por la tarde y anocheceía ya cuando oyó el ruido inconfundible de las llaves en la cerradura de la puerta de la entrada. Sonrió. No esperaba a Alba. Ella lo sabía. Entraba y salía del piso de Dani con total libertad, disponiendo a su antojo de su tiempo y su espacio.

Cuando llegó se lo encontró en el sofá, liándose un cigarro de marihuana. Dani trabajaba en la oficina de una sucursal bancaria. Un trabajo que lo encasillaba y aburría y que realizaba sin pasión.

Pero era un trabajo. Según su padre, podía darse por satisfecho si era capaz de conservarlo. Sin embargo él hubiera preferido otro modo de vida. Se veía confinado a un horario y unas reglas que no compartía. Pero era incapaz

de abandonar y saltar al vacío. Su padre no se lo hubiera perdonado nunca. En cuanto pudo se independizó. Se buscó un refugio donde poder ser él y nada más. Hasta que llegó Alba.

-Hola, -dijo mirándola, esperando una reacción que no se produjo-.

Alba dejó el bolso, la chaqueta, que se había quitado a tirones y las llaves encima de la pequeña mesa del comedor y se sentó junto a Dani en el sofá, hundiéndose en él, intentando desaparecer, poniéndoselo fácil para que la engullera. Miró hacia el frente fijándose en el color de la pared que quizás necesitaba ya un par de manos de pintura.

El piso de Dani era limitado, tanto en metros como en posibilidades. Los escasos muebles estaban donde podían estar y la decoración o la ausencia de ella, lo convertían en un lugar neutral donde Alba se refugiaba.

Dani se giró hacia ella y la rodeó por la cintura, acercándola hasta besarla. Alba lo apartó desdeñosa. La miró preocupado. Conocía bien sus arrebatos de mal genio y sus inseguridades que la hacían parecer, a sus ojos, una niña caprichosa, a veces, otras sólo asustada y perdida, de la que se había enamorado. Sabía que era mejor seguirle el juego: -¿Te ocurre algo?, a ver... ¿qué he hecho esta vez?

Alba continuaba sin mirarle directamente:

-Tenemos que hablar.

-Vaya por dios, y yo que pensaba fumarme un cigarro tranquilo.

-Oye, esto es serio. No entiendo qué está pasando y si tú sabías algo y me lo has ocultado, yo... si has sido capaz...

Dani contemplaba impávido el numerito de Alba. Le extendió el cigarro que ella aceptó, sopesando cómo empezar, e hizo una pausa que él encontró excesiva.

-¿Vas a decirme, de una vez, qué te pasa?

Y, Alba lo soltó sin más, esperando su reacción.

-Acabo de ver a tu padre donde jamás hubiera imaginado encontrármelo.

-Alba lo miró. Dani intentaba aguantarse la risa, pero la expresión grave de Alba le impedía bromear-. He encontrado a tu padre en casa de mi abuela.

Y recalcó estas últimas palabras esperando el efecto que causarían en Dani, Imaginaba que se contrariaría tanto como ella.

Alba no se equivocaba. Estaba tan desconcertado como ella: -¿Mi padre?, ¿estás segura? -Ella observaba su reacción-. ¿Qué hacía mi padre...? No lo entiendo, Alba. Te juro que no sé de qué va esto. ¿Mi padre estaba en casa de tu abuela?

Alba asintió.

-Visitándola, sabía que había estado ingresada y que no se encuentra bien de salud. Está informadísimo. Se conocen, Dani. ¿Puedes explicármelo?, porque yo... bueno, he flipado bastante.

-Pues no. No puedo explicártelo porque yo también alucino, y mucho. Voy a hablar con mi padre, que me lo explique. Aunque... ¿no será cosa de tu abuela?, no habrá sido capaz de llamarlo para averiguar qué clase de familia es la que está con su nieta, ¿no? -Regañó a Alba-. Esto no habría ocurrido si hubiésemos hecho las presentaciones pertinentes: comida familiar, todo el mundo se queda contento y a nosotros nos dejan tranquilos, fin. Ya le vale a tu abuela. Encuentros clandestinos, la tía no se anda con chiquitas...

Dani parecía haber encontrado una razón de peso, una explicación suficientemente convincente como para justificar aquel encuentro, pero mientras más hablaba, más se desvanecía la fuerza de su argumento:

-...pero... ¿por qué tu abuela?, ¿por qué no con tus padres directamente?, y... ¿por qué no nos lo han comentado a nosotros primero? No, no tiene sentido. Tiene que haber algo más...

Alba, a su lado, se sorprendía de escuchar tantas teorías: -Yo sí que no entiendo nada. Me he quedado de piedra y la cara de tu padre al verme allí... creo que él no tenía ni idea. Ni siquiera mi abuela sabía de qué iba todo aquello, yo creo que hasta le ha impresionado que tu padre y yo nos conociéramos. No sé, todo esto es muy extraño.

-Y ellos, ¿qué te han dicho?

-Bueno, no mucho. Algo así como que mi abuela y tu padre se conocían de hace muchos años. Por lo visto tu abuela y la mía eran amigas de jóvenes y siguen en contacto. -Se giró hacia Dani-.

Todo esto es muy raro, ¿estás seguro que tú no sabes nada?

Alba le quitó el cigarro que se consumía y se respiraba por la habitación y le dio una calada, tragándose el humo, volviéndose a dejar caer hacia atrás, intentando que desapareciesen los últimos años de su vida que le pesaban especialmente. Dani se había quedado callado, recopilando información mentalmente, sorprendiéndose de que la explicación de Alba le encajara.

-Es cierto que mi abuela mantiene contacto con amistades de su juventud. Que una de ellas sea tu abuela... es... ¡joder una casualidad de la ostia!

Alba no podía conformarse con aquella explicación que apenas le aclaraba nada: -Pues yo no me lo trago. Están tramando algo, seguro. Tú no les has visto la cara como yo, mi abuela... tu padre... como si les hubiera

pillado in fraganti.

- No seas ridícula, ¿qué quieres que trame mi pobre padre?, ¿qué interés puede tener en tu abuela?

- Quizás no le interese ella y sólo la utiliza para llegar hasta mí.

Dani la miró atónito:

-Eso es, sencillamente, una gilipollez y lo sabes.

Alba estaba confusa y espesa como el humo del cigarro sobre sus cabezas.

-Ya sé que no tiene ni pies ni cabeza, pero es que es muy..., verlos allí juntos y saber que se conocen...

-Pero... ¿por qué sería tan terrible que se conociesen? -Se atrevió a preguntar Dani que empezaba a encontrarle las ventajas a todo aquello-

-Pues claro que es terrible, es... No puede entrar en mi casa y conocer a mi familia, no quiero que lo haga, ¿está claro? Deberías hablar con él.

-Estás siendo injusta e irracional como una adolescente, por favor Alba no saques las cosas de quicio.

Alba se alteró aún más, igual que ocurría cuando no le daba la razón: -Tu padre invade mi intimidad y ¿soy yo la que me comporto como una adolescente?

Había conseguido acabar con la paciencia de Dani, que se levantó bruscamente del sofá: -¿Por qué tienes que sacar las cosas de quicio?, joder. Su único crimen es conocer a tu abuela.

¿Quieres decirme qué culpa tiene él? ¡Dios, déjalo ya!, has conseguido amargarme el porro.

Y se marchó de la habitación dejándola por imposible. Había conseguido enfurecerlo con su testarudez y su manía de hacerlo todo más complicado, remando siempre contra corriente. Se metió en la ducha intentando dejar atrás aquella absurda conversación, pensando en lo caprichosa que resultaba a veces la vida y lo difícil que podía llegar a ser Alba.

5

1921

Aparentemente lo tenían todo. Prácticamente no tenían nada.

En un pueblo sin nombre de la provincia de Jaén, la familia de Esperanza vivía en la vieja casa de los abuelos maternos, Luis y Paca, heredada a su vez de sus padres. Nadie podía precisar cuántos años tenía aquella vivienda húmeda castigada por el paso del tiempo, pero a nadie parecía importarle, los mayores por estar demasiado ocupados y porque tenían otras penas en las que pensar.

Y los niños porque la casa les ofrecía pasadizos y rincones para explorar y dónde esconderse, disfrutando de una libertad de la que no eran conscientes.

El pueblo era todo lo que conocían, apenas una mota de polvo en el mapa. Para ellos todo su universo. Un pueblo andaluz como cualquier otro, con casas blancas y lutos negros; sillas en el portal en las templadas noches de verano; la cuesta para llegar a la iglesia y un paseo para lucirse en el día de los santos. Así era el lugar donde crecía Esperanza, con ese sol de fuego que hiere la tierra agrietando los campos sembrados de olivos; con el aire seco quemando la piel; con un río de aguas heladas y transparentes; con sus cortijos, sus señoritos y sus campos de girasoles; y con mulas cargadas pasando lentamente por caminos de arena y piedra.

Los padres de Esperanza, Pedro y Dolores, llevaban a sus espaldas una vida dura hecha a base de trabajo y poco descanso, con las manos doloridas y el rostro marcado por surcos prematuros.

Eran jóvenes envejecidos a fuego lento, acostumbrados a cargar con todo el peso sobre sus hombros, ansiando una excusa para sonreír.

Se conocían desde siempre, aunque nunca se enamoraron. Se casaron sin amor, con aquella amistad de toda la vida, sabiendo ella que se llevaba a un buen hombre y él a una mujer de su casa que cuidaría de él, pasase lo que pasase. Ambos tenían las obligaciones bien aprendidas, fruto de una época y de los conocimientos heredados que les llegaban de generaciones anteriores, de tiempos remotos que ellos no habían vivido, pero que aceptaban con la

resignación tatuada en la piel. Se eligieron el uno al otro como el mal menor, como la única posibilidad que tenían dentro de aquel pueblo, de aquella sociedad, de aquel tiempo. Un año y medio después de la boda, llegó el primer hijo al que llamaron como el padre. Y al año siguiente nació Luis, más menudo que su hermano. La familia crecía con orgullo sabiendo que cumplían con las leyes de la vida y con las de aquel Señor que dijo que debían crecer y multiplicarse sin importarle que pudiesen, o no, alimentar a sus hijos o darles un porvenir diferente al de ellos.

A los pocos meses de nacer su segundo nieto, la abuela Paca enfermó. Y siguió enferma hasta que ese dios, al que todos rogaban, quiso llevársela para alivio de la enferma y del resto de la familia, que descansó junto con la muerta de un tormento que compartían con ella de día y de noche.

El abuelo Luis, su marido, acostumbrado como estaba a mandar a su mujer, se quedó sin ella, gritándole al viento órdenes que ya no podía obedecer. No lograba acostumbrarse a su ausencia, ni olvidar la costumbre de tantos años juntos. Malhumorado, más que triste; enfadado, más que añorado. No entendía por qué su mujer no había sido capaz de sanar para seguir allí, cuidándolo, como era su deber y había muerto, dejándolo solo, temeroso de su soledad, echándola de menos, recordando toda una vida a su lado, reconociendo en el aire su olor, sabiéndola cerca a pesar de su ausencia.

El alcohol rebajado que tomaba a todas horas, ayudándole a seguir, haciendo de él un hombre grueso de pies hinchados, le llevó a una cirrosis y la cirrosis al cielo. O eso creían quienes lo velaban aquella larga noche, antes del sepelio, apenas dos años después de la muerte de su mujer.

Mientras, su hija Dolores, vomitaba por los rincones. Muchos decían que del disgusto, pero ella sabía que era por su preñez, una nueva semilla germinando, resguardada felizmente del mundo.

A pesar de no haberse enamorado de Dolores y de llegar rendido del trabajo en el campo, cuando Pedro, su marido, se metía en la cama y olía a hembra se le desataba el instinto y ya nada podía pararlo. Su mujer aceptaba, complacida como una bendición, que su marido la poseyera a su antojo, como hombre y señor de la casa, dueño de todos ellos.

A los siete meses de la muerte del abuelo, nació la pequeña Teresa, que, aunque dormida no se le notaba, era anormal. Nadie quiso decir nada para no poner el dedo en la llaga, pero todos creían que había sido a causa de las calenturas que pasó la madre por el enfriamiento que cogió el día que enterraron al abuelo Luis. Un día que amaneció lloviendo y que así continuó

hasta que el difunto estuvo bajo tierra. Nadie podía asegurarlo, pero siempre era mejor pensarlo que pasarse la vida mortificándose creyendo que aquello era un castigo divino. El sentimiento de culpa ya no tenía cabida en aquella casa, ocupada en sobrevivir. Y por si con eso no tuviesen suficiente, aquel dios generoso les regaló un cuarto hijo, Antonio, que era como la reencarnación del abuelo.

Pequeño e inquieto, parecía hecho de la piel del diablo, dándole a su madre innumerables quebraderos de cabeza. Desde bien pequeño, lo perseguía con la zapatilla en la mano para hacerle entrar en razón. Ni siquiera el párroco consiguió doblegarlo durante la temporada en que lo tuvo como monaguillo. No fueron pocas las veces en que lo pillaba tomándose a sorbos el vino dulce que guardaba en la sacristía. Por mucho que quisieran convencerlo de que aquello no era licor, sino la sangre del Señor, a él no parecía importarle. Aquel Señor del que todos hablaban y tanto temían y que él nunca había visto.

El quinto hijo fue Esperanza, pálida y delgada como su madre; suave y frágil como el viento, rodeada de olor a pueblo y a campo. Olor a tierra mojada, a sol y a pan recién hecho. Olor a mulas y gallinas; a perros vagando en el corral; a sudor de hombre; a pies descalzos; a ropa desgastada; a miseria envuelta en sueños dorados al sol. Todo formaba parte de la vida de Esperanza, aunque apenas era nada.

6

Alba recogió sus cosas de malas maneras y salió del piso de Dani dando un portazo. Salía con la valentía del que se sabe vencedor, del que sabe que puede marcharse y volver cuando desee, sintiéndose poseedora de las llaves que abrían el piso de Dani y también su corazón.

Se iba porque había tiempo para volver. Tiempo para esperar que pasase la tormenta. Tiempo para rectificar si fuese necesario. Tiempo. Todo se reducía a eso, al agobio de tenerlo y no saber qué hacer con él. La posibilidad de aplazarlo todo para más tarde.

Si Alba no tuviera la certeza que Dani seguiría allí cuando ella deseara volver, no se habría marchado. Si no le quedase tiempo... no hubiera salido de aquel piso. Hubiera ido tras él y le hubiera seguido hasta la ducha. Se hubiera desnudado frente a él y hubiera entrado en la ducha para hacerle el amor, llevándolo a su terreno. Haciendo que olvidara todo lo que no era ella.

Pero Alba tenía todo el tiempo del mundo. Si no tuviese tiempo, si no le quedase... iría a buscar lo que realmente importa. Haría las cosas de otra manera, con pasión, una pasión que hacía mucho que a Alba le faltaba. Pero su tiempo lo emborronaba todo, le nublaba y la hacía una autómatas, repitiendo las mismas pautas para no avanzar, acabando siempre en el mismo lugar, el mismo en que llevaba demasiado tiempo, porque todo se reducía a eso, tiempo.

Entró en casa de sus padres, su casa, con la misma decisión y el mismo mal humor con que salió del piso de Dani, en busca de respuestas:

-¡Mamá, mamá!

Aurora le contestó desde la cocina, enfrascada como estaba en preparar la cena: -Estoy aquí, ¿cómo ha ido? - La voz provenía del otro lado del pasillo-.

Alba dejó las cosas sobre el sofá del comedor y fue hacia su madre. Cuando entró en la cocina notó el calor húmedo que desprendían las sartenes tapadas y el olor de guisos a medio acabar que su mente intentaba adivinar. Se dejó embriagar por la seguridad de aquella cocina, de aquel ambiente que la protegía, de la sabiduría de su madre que parecía conocerla mejor que ella misma.

Intentó no distraerse de su preocupación.

-¿Has dejado la compra a la abuela? -Alba asintió mientras destapaba una

de las sartenes puestas al fuego. Su madre continuó:- ¿cómo estaba hoy?

-Bueno... bien. Tenía una visita...extraña. -Hizo una pausa-. Mamá, ¿tú me ocultas algo?, -y puso aquella cara de preocupación, igual que cuando era pequeña, que su madre conocía tan bien.

Suspiró, sabiendo de antemano lo que le esperaba-.

-Alba tengo que acabar la cena. Anda lávate las manos y me ayudas un poco, cariño.

No cejó en su intento de sacar información:

-No me estás escuchando, ni siquiera me has prestado atención.

-Es que ahora tengo trabajo.

-Mamá, esto es importante.

-Alba, hija, contigo todo es importante. Reconoce que siempre haces una montaña de un grano de arena y yo ahora no tengo tiempo para tus historietas.

Alba bajó la cabeza avergonzada:

-Vale. Reconozco que a veces soy un poco exagerada pero es que esto es muy gordo.

Cogió aire y miró a su madre atentamente para no perderse ni un solo gesto.

-He visto al padre de Dani en casa de la abuela. Estaba visitándola. Dicen que se conocen de hace muchos años. Y yo... no sé qué pensar. Dime por favor que tú no tienes nada que ver y que tienes una explicación más que razonable porque desde esta tarde no se me va de la cabeza y no me puedo quitar esta sensación rara de encima.

- ¡Hija, por dios!, ¿qué dices? ¿Pero de qué estás hablando?

- Ya te lo he dicho, el padre de Dani estaba con la abuela esta tarde.

Alba acabó la frase irritada porque en su mente sentía que había algo más que a ella se le escapaba. Si su madre también estaba detrás de aquello...

-¿El padre de Dani?, ¿tú estás segura?

Aurora apartó una de las sartenes del fuego para poder seguir la conversación con su hija y salvar la cena al mismo tiempo. Se secó las manos y miró a Alba: -Entonces... ¿tú no sabes nada?

Su madre se deshizo del delantal y se sentó en uno de los dos taburetes que escondían bajo la mesa de la cocina. Apoyó el brazo sobre ella y dejó caer la cabeza sobre su mano en una expresión que preocupó a Alba. Aurora levantó los ojos con mirada de disculpa, sintiéndose indirectamente culpable por no haberla alejado de Soledad y permitir que continuase ejerciendo su

poder y voluntad sobre ellos:

-Cariño, yo...Tu abuela es mucha abuela, ya lo sabes. Es una persona difícil, como te diría... está acostumbrada a hacer las cosas a su manera sin entrar en razones. Si se le pone algo en la cabeza...

Nunca da explicaciones, así que difícilmente puedo saber de qué va todo esto. Siempre tiene que controlarlo todo, pero esto ya es demasiado, no le dejaré que se entrometa también en tu vida, ¡no se lo permitiré! Hablaré con ella y espero que pueda convencerme de que lo que te ha dicho sea verdad, si no yo...

Miró a su hija con lástima y dolor como si todavía fuese una niña. Le tocó el pelo, en un gesto maternal que Alba agradeció, acariciándola, consolándola de algo que iba más allá de ella y que retrocedía hasta su abuela y su madre, al duelo que mantenían.

-Lo siento tanto, cariño. Intentaré aclararlo cuanto antes.

Se levantó del taburete derrotada, como si el peso de la memoria la hubiera atrapado de golpe.

Continuó con la cena en silencio y Alba tuvo la sensación de haber herido profundamente a su madre. Estaba a punto de marcharse cuando Aurora le preguntó: -¿Has hablado de esto con Dani?

Alba pensó en el encuentro que habían tenido esa misma tarde y en lo mal que habían llevado la situación. Pensó cómo salió de su piso, dando un portazo, dejándolo atrás sin remordimientos, sin saber exactamente qué pensaba él, porque tampoco había querido escucharlo. Miró la cara de su madre y mintió:

-No, todavía no he hablado con él.

1931

Bajo la sombra de una magnífica higuera, Esperanza había pasado muchas tardes de su infancia. El árbol, infatigable compañero de juegos de varias generaciones familiares, continuaba en el patio de la casa de la tía Juana, hermana menor de la difunta abuela Paca. Juana se recogía su larga y canosa cabellera en un apretado moño a la altura de la nuca, tirando de la piel hacia atrás, una piel gruesa y madura pero sin apenas arrugas, despejándole las facciones, recibiendo a la vida como la vivió, de cara, sin miedo.

Había enviudado joven, dejándola con todo el peso de la casa en sus manos. Unas manos que ella creía vacías, pues dios o el destino le habían privado de lo que más deseaba: hijos. Maldecía su suerte por no tener lo que por naturaleza le correspondía y que resultaba tan fácil para otras mujeres.

Los niños parecían conocer su secreto, pues siempre que podían se escapaban a su casa, tres calles más abajo de la de Esperanza, donde Juana se deshacía en atenciones para ellos.

Cuando su marido murió, con tan solo treinta y siete años, sin haber podido sembrar en ella su descendencia, Juana se vio demasiado sola, demasiado triste. Su hermano pequeño, Francisco, se trasladó a vivir con ella para siempre, devolviéndole la obligación de cuidar de alguien, obligándola de nuevo a ser feliz, su estado natural.

Francisco se hizo mayor y solterón al lado de su hermana. No quiso o no pudo encontrar a nadie más. De joven fue soldado en la guerra de Cuba y también en la de Melilla, llevando una vida mercenaria. Dejó atrás una novia que lo esperó mientras pudo, mientras hubo indicios de que seguía vivo. Pero después de años de silencio, de no saber que habría sido de él, todos pensaron que habría muerto, enterrándolo a pesar de seguir vivo. Cuando regresó a casa, el pueblo entero se apartó dejándole paso, creyendo que era su fantasma el que volvía. Su amor, no lo había esperado lo suficiente, casándose con otro que sí estaba allí, junto a ella para darle una casa y la posibilidad de abandonar su soltería, para alivio de la muchacha y su familia.

Regresó porque ya no tenía más batallas que librar y era hora de volver.

Regresó con la medalla al valor colgada en su pecho y su pecho dolorido por el peso del valor. Regresó porque su hermana lo necesitaba. El pueblo entero, tras reponerse del susto y dejar de llorarle, le rindió homenaje. En honor a su valentía le brindaron el puesto de jefe de municipales, cargo que desempeñó con honradez y tesón, sirviéndose de la experiencia de tantas luchas.

Pero sus batallas no habían acabado. Estaban por todas partes, en su cabeza, en sus sueños.

Muchas noches el vino ganaba la partida, transformándolo en un perdedor, y regresaba a casa de su hermana derrotado y arruinado por apuestas sin sentido en partidas de cartas.

Esperanza y sus hermanos los veían como a los abuelos que ya no tenían, haciéndoles sufrir y reír. Acompañándolos en su soledad, sabiéndose a salvo con ellos, bajo la divertida mirada de Juana que los animaba a jugar, disfrutando de ellos como si fuesen sus propios hijos.

En las afueras, vivía una familia vecina del pueblo. Se habían instalado de manera provisional en una casa a medio hacer, como si tuviesen que continuar su camino a ninguna parte. Pero años más tarde seguían allí, viviendo en un rincón olvidado de la montaña. Buscando refugio en ella.

Una mula, una cabra y algunas gallinas eran todos sus bienes y su única compañía. Juan, el padre, era un buen hombre que trabajaba a temporadas como jornalero en el campo. El resto del tiempo, se dedicaba en cuerpo y alma a un pequeño huerto, intentando sacar de aquella tierra seca y dura algo que llevar a casa y poder alimentar a su familia. Esa preocupación le robaba el sueño.

La mujer, Ana, dormía al lado de su marido compartiendo su angustia, callando y rezando para que su dios no los olvidara, aún más, de lo que ya los tenía, ignorando sus súplicas que ni siquiera eran para ella ni para su marido, sino para sus hijos, lo que más le dolía en el mundo. Sobre todo por ellos, no cejaba en su empeño de hacer de aquella casa un hogar, evitando así que se sintieran como lo que eran, príncipes desterrados por leyes absurdas. Unas leyes que no atendían a razones y que impedían que Ana pudiera casarse con el hombre al que amaba por no ser de su raza.

Habían tenido tres hijos, dos varones y una chica, la pequeña, la única que fue al colegio, dándole a ella una oportunidad que no tuvieron sus hermanos, una oportunidad que, por ser mujer, de poco le serviría. Los chicos ayudaban al padre cuando había trabajo en el campo. Cuando no, cargaban sacos en la carbonería, hacían recados para las tiendas del pueblo o robaban

de noche en algún huerto más fructífero que el suyo.

El hermano mayor, Juanillo, era como el padre: alto, delgado, desgarrado y pacífico. Mirada clara y pensativa. La hija, Anita, era como la madre, bajita y ancha de cadera, de sensuales y voluptuosas formas. Ojos pardos de mirada pícara. Lista, charlatana y zalamera, no había en el pueblo quién no la conociese. El mediano, José, nadie sabía a ciencia cierta de qué rama de aquel desconocido árbol familiar descendía. Era más bajo y más fuerte que su hermano. Piel morena, pelo oscuro que caía hacia atrás dejando al descubierto un rostro tentador, de labios gruesos y ojos color miel, dulces y traicioneros de los que fácilmente quedabas preso. Su cuerpo desprendía la osadía de quién se ha criado libre. Hábil embaucador, adulador y carismático, sabía ganarse a la gente. Leal a su familia, sobre todo a su madre, a la que adoraba y con la que compartía mucho más que su sangre. Desde niño solía recorrer el pueblo, trapicheando con cualquiera que se dejara engatusar por sus halagos y encantos de hombre sin acabar, de viejo prematuro, de sabio de la calle.

Le apodaban el gitano. Su madre, temerosa, le prohibía usar aquel apodo. Pero a él le enorgullecía demasiado. Una vez quiso dejarse el pelo más largo de lo que solían llevarlo los hombres. Ana no se lo consintió y José tuvo que conformarse, aunque sabía que no podría parar la fuerza de su sangre corriendo por sus venas.

Anita era un año menor que Esperanza pero desde que se conocieron en el colegio se hicieron inseparables, con esa amistad infantil que todo lo perdona y todo lo puede. Aquel primer día de escuela Esperanza no dejaba de sollozar y Anita la cogió de la mano, consolándola, a pesar de ser más bajita que ella, protegiéndola, como si de su muñeca se tratara, la que nunca tuvo. Eran muy diferentes. Esperanza tímida. Ana espabilada y valiente. Las dos lo eran más de lo que imaginaban.

Durante aquellos años de su niñez todo parecía posible. Cualquier tarea era una aventura y, cualquier aventura se convertía en una tarea, como coger fruta de los árboles del patio interior de la iglesia, con riesgo de que el párroco los pillase en aquella falta. O distraer a doña Encarnita, la dueña de una tienda del pueblo, para poder llevarse mantecados a escondidas. Algunas tardes, Esperanza y Anita las pasaban siguiendo a José, sin que él lo supiese, en sus andanzas diarias, dejando aquí, recogiendo allá, entrando y saliendo de casas de dudosa reputación... Con sólo once años ya corría como un potro salvaje por un pueblo que se le hacía pequeño, ansiando crecer para

marcharse de allí, soñando con lugares más amables, con tiempos mejores en los que vería a su madre feliz, en una gran casa rodeada de flores. Y en algún descuido las descubría. Anita y Esperanza risueñas, medio escondidas detrás de alguna esquina, jugando a espiarlo, divirtiéndose a su costa. Entonces salía tras ellas, persiguiéndolas con una vara en la mano para disuadirlas, de la única manera que sabe hacerlo un niño, de que lo dejaran en paz. Aquellos días parecían que nunca iban a acabarse.

Una tarde que José no había bajado al pueblo, los tres niños brincaban por la montaña, entreteniendo el tiempo y sus vidas. José se pavoneaba antes ellas, sintiéndose superior, como si sus apenas dos años de diferencia le dieran la madurez para ello, creyendo acumular la experiencia que a ellas les faltaba. Presumía de su apodo, defendiéndolo como un gallito: -Soy el gitano, -decía orgulloso pavoneándose ante las dos niñas-, el rey de la montaña, nadie la conoce mejor que yo.

Su hermana y Esperanza se aguantaban la risa tapándose la boca con las dos manos en un gesto exagerado, sabiendo que podían provocarlo cuánto quisieran: -Tú no eres gitano, -le gritó Esperanza-.

-Claro que lo soy.

-De eso nada.

-Sí lo soy, me lo dijo mi madre.

-¿Ah sí? No es verdad.

-Sí lo es. Pero no quiere que nadie lo sepa.

-¿Por qué no? Te lo estás inventando...

-¡Es verdad!, lo que pasa es que le da miedo que nos pase algo si se enteran.

- ¿Si se entera quién?

-No se... sólo sé que tuvo que escaparse con mi padre para poderse casar con él porque su familia se lo prohibía. Y no quiere que nos encuentren.

-¿De verdad?, -preguntó Esperanza dirigiendo la mirada hacia Anita-. Entonces, ¿no conocéis a vuestra familia?

José respondió:

-No, sólo sabemos algunas cosas que mi madre nos cuenta de ellos.

Anita se encogió de hombros sin dar demasiada importancia a aquel detalle, mientras José se entretenía tirando piedras al río, intentando hacerlas botar sobre él, porque la conversación ya no le interesaba:

-Mi madre dice que es mejor así. Aunque a veces mira unas fotos viejas y se pone un poco triste.

Esperanza no pudo evitar un pensamiento en voz alta: -Vaya, que pena, debe echarlos mucho de menos.

José se giró incómodo, todavía con algunas piedrecillas en la mano. Era demasiado orgulloso como para permitir que nadie se compadeciera de ellos: -Nosotros siempre hemos estado solos y nos ha ido bien. No necesitamos a nadie.

Esperanza se enfadó con él por ser tan brusco:

-Ya salió el orgulloso. Pues que sepas que sigo sin creerme que seas gitano.

Las palabras de la chica le dolieron como si le clavasen alfileres: -¡Sí que lo soy!, -gritó rabioso mientras tiraba las piedras a los pies de Esperanza para hacerla callar-.

Anita, que conocía sobradamente a su hermano, recogía flores y hierbas para su madre sin darle demasiada importancia, mientras Esperanza seguía contestándole como una niña que era: -No lo eres. Si fueses gitano de verdad harías cosas como...

Esperanza se dio cuenta que, en realidad, no sabía que es lo que debía hacer. No sabía más que lo que había oído en casa o en la calle, sólo leyendas, la mayoría inventadas, que en su imaginación infantil creía ciertas. Recordó alguna: -...como...echar maldiciones.

José la miraba con el ceño fruncido, desafiante:

-Tú lo has querido, ahora verás.

José se puso de rodillas en el suelo, cogió con ambas manos puñados de tierra húmeda y hojas secas. Alzó los brazos al cielo escenificando una petición y con voz profunda y clara dijo aquellas palabras:

-Yo te maldigo a ti, Esperanza García, que se te lleve el demonio si a partir de ahora no me llamas gitano. - Y dejó resbalar la tierra entre sus dedos devolviéndola al suelo-.

Esperanza lo miraba con furia en los ojos:

-Eres un..., -apretó los puños con fuerza-, no tenías que maldecirme a mí. Te vas a enterar.

Y repitió, a pesar de no creérselos, los gestos de su amigo, ceremoniosamente, como había hecho él:

-Yo te maldigo a ti, José Sánchez, por haberme maldito.

Un fuerte crujido retumbó en la montaña cuando Esperanza acabó de pronunciar las palabras, asustándolos, creyendo quizás que los árboles les regañaban por su osadía o estupidez. Salieron corriendo, volando sobre el

suelo, esquivando troncos, saltando piedras hasta llegar jadeantes a la puerta de la cuadra donde guardaban la mula. Asustados y en silencio siguieron el camino que les llevaría a casa sin mediar nunca más palabra sobre lo que acababan de hacer, fingiendo que nunca había pasado, que la montaña no les había hablado, como lo hizo, avisándoles de su error.

8

La vieja no le daba tregua. Si llegaba pronto le molestaba. Si llegaba tarde era peor. Decía que no le gustaba la comida que le preparaba, ni la manera que tenía de recoger la casa. Cuando la ayudaba a bañarla o vestirla gruñía molesta con cualquier gesto de Yamila. A veces, recostada en el sillón del comedor, la incordiaba ordenándole varias tareas a la vez, intentando demostrar que no estaba a la altura. Yamila entendía que no era nada personal, había visto como hacía lo mismo con sus hijos, eso la ayudaba a aguantar. Pronto descubrió que Soledad era de ese tipo de personas que no se acostumbra nunca a que nadie haga las cosas por ella, sin ceder ni un milímetro de su terreno, manteniéndose firme hasta el final. Testaruda, sin contemplar la posibilidad de que, quizás, pudiese estar equivocada.

Yamila demostró que no sería tan fácil asustarla. Aguantaba con resignación y paciencia infinita las embestidas de aquella mujer que se desmoronaba a cada grito que daba, con cada orden, con cada decisión, haciéndose cada vez más débil y vulnerable a sus ojos, más dependiente de Yamila. Soportaba aquel trabajo por dinero, como su única salida para poder ayudar a los que no habían podido escapar con ella de su país, sus padres, sus hermanos. Su hijo. Su recuerdo le repetía que no podía permitirse caer.

A pesar de los pesares de ambas, con el paso de las semanas, entablaron una rutina sobre la que intentaban comportarse la una con la otra. Soledad sabía que Yamila intentaba agradarla. Y

Yamila sabía de antemano que era una batalla perdida. Pero era lo único que Soledad tenía, la certeza de que aquella chica morena y repeinada entraría cada mañana por la puerta con buen ánimo para ayudarla. Y, casi avergonzándose por ello, Soledad llegó a sentirse cómoda con ella. Lo que al principio le pareció un tormento fue convirtiéndose en un dejarse cuidar, en algo más llevadero, la única forma de permanecer en su casa, en su vida. Su crónico malhumor topaba con las más variopintas melodías que Yamila canturreaba a todas horas sin poder evitarlo, un ritmo que llevaba en la sangre, llenando una casa que llevaba demasiado tiempo vacía.

Secretamente la esperaba cada mañana, sin bajar la guardia, esperando cualquier descuido para recordarle que no lo hacía bien. Secretamente, Soledad se alegraba de no estar tan sola.

Era jueves. Noviembre. Yamila entró por la puerta a las diez y cinco de la mañana, cuando todavía no calentaba el sol de otoño, con las orejas frías y el corazón caliente, silenciosa en la medida que sus formas le permitían serlo, sin querer despertar a Soledad hasta no haber preparado el desayuno y recogido los platos sucios de la cena del día anterior.

Mientras se deshacía de la bufanda y el abrigo vio luz al final del pasillo, en el dormitorio. No se extrañó. Frecuentemente Soledad se despertaba de madrugada desvelada por la falta de cansancio o de compañía con la que acurrucarse envolviéndose y contagiándose del sueño del otro. En ese caso le relajaba hacer ganchillo, escuchando la radio, hasta que volvía a coger el sueño, muchas veces amaneciendo, mientras la luz permanecía encendida el resto de la noche.

Ese día Soledad no dormía. Cuando Yamila llegó a la altura del dormitorio la vio sentada a un lado de la cama, con sus cansados pies descalzos sobre el suelo, la cabeza hundida entre los hombros, la mirada perdida, el rostro enjuto. Estaba tan lejos de aquella habitación que no escuchó a la joven saludarla desde la puerta:

-Soledad, buenos días tenga. ¿Qué tal durmió? Hace un frío del demonio allá afuera. Le voy a preparar el desayuno y me tomo un cafetito bien caliente con usted.

La anciana levantó la cara y, entonces, vio que había estado llorando.

-¡Ay señora!, ¿qué pasó?, ¿a qué viene esa cara? -Soledad seguía muda-. ¿Acaso está mal o tiene algún dolor? Soledad, vamos no me asuste, dígame qué le pasó.

Pero Soledad ni siquiera la miraba, había vuelto a hundir la cabeza entre los hombros, empequeñeciéndose, intentando, quizás, desaparecer. Yamila se puso nerviosa, hasta entonces todos los días habían sido idénticos, iguales unos a otros, sin contratiempos ni sorpresas, todos los días le había acompañado la misma rutina. Pero aquel jueves Soledad no parecía estar bien: -Ahora mismo llamo a sus hijos que vengan acá. ¡Mírese, está temblando!

Yamila se concentró en el resto del dormitorio, tal vez, buscando las respuestas que Soledad no le daba. Se percató de un desorden inusual en ella. Había cajones abiertos, hojas de papel escritas a mano por el suelo, fotografías sobre la cama y un bote de pastillas abierto sobre la mesita de noche. Aquello la alarmó temiéndose lo peor:

-Soledad, contésteme, ¿qué hizo con las pastillas, se tomó alguna? -

Soledad la miró sin verla mientras las lágrimas caían resbalando sin remedio por su rostro-.

-¡Ay virgencita!, enseguida llamo y que nos socorran. No se apure que ya regreso.

Salió en busca del teléfono. Avisar enseguida a los hijos le pareció lo mejor. No sabía qué más hacer. No sabía qué había hecho Soledad y sintió miedo de aquella mujer. Antes de alcanzar la puerta de la habitación, un grito seco y ronco a su espalda la paralizó.

-¡No!

Yamila se giró sin entender. Soledad ahora la miraba directamente. No entendía cómo ni de dónde había sacado fuerzas para incorporarse de la cama, mientras escupía frases incoherentes sin sentido:

-¡No puedes llamar a nadie!, nadie debe saberlo, -le susurró-. Si se enteran vendrán y...

A Soledad se le rompió la voz, como si lo que hubiese de decir fuese tan amargo que ni siquiera pudiera pasar por su garganta. Volvió a dirigirse a Yamila intentando que la entendiera: -Es un secreto. Debes callar como yo he hecho siempre.

No podía entenderla, pero trató de tranquilizarla e insistió con la intención de poder convencerla:

-Soledad, escuche, usted no está bien y tengo que avisar a sus hijos para que la lleven al médico y me la pongan buena. Ande deje que la acompañe a la cama y ahora regreso, ¿sí?

Pero no parecía entrar en razón ni estar dispuesta a dar su brazo a torcer. Dio un paso torpe hacia adelante y agarró a Yamila del brazo, clavándole sus largas uñas, haciéndola sentir todo su peso como si estuviese a punto de derrumbarse y, sin embargo, luchando contra la ley de la gravedad impidiendo así que la chica saliese de aquella habitación: -¡No vayas! No dejaré que me descubras. He confiado en ti, tienes que ayudarme. Si se lo explicas a alguien..., prométeme que no se lo dirás a nadie, ¡promételo! -gritó-.

Yamila contemplaba la escena como una espectadora, igual que en un sueño, sin poder creer lo que estaba pasando. Tan sólo la fuerza con que la sujetaba Soledad, apretándola con rabia, le daba la certeza de que era real, tan real como la negra mirada de Soledad clavada en sus ojos, una mirada de pánico que le calaba hasta el alma. No la miraba a ella, ni siquiera la veía y dudaba si era capaz de reconocerla. Supo que lo que movía a Soledad era el

miedo, un miedo profundo que Yamila conocía muy bien y sabía lo peligroso que podía resultar, como un animal acorralado dispuesto a atacar para salvarse. Intentó sujetarla, acompañarla lentamente a la cama con frases de consuelo que chocaban con el eco interior de la mujer, pero no se lo permitió. El horror que parecía vivir Soledad se había apoderado de su mente dotándola de una energía impropia de una mujer de su edad, con un único fin que sólo ella conocía y que pasaba porque Yamila no hablase de aquello con nadie, como si en ello le fuese algo más que la vida.

En un acto violento y desesperado agarró a Yamila por el pelo, tirando de él, insultándola y jurándole mil barbaridades si explicaba algo a los demás. Forcejearon y gritaron, ninguna de las dos quería perder hasta que, finalmente, Soledad, cayó de rodillas empujada por el peso de sus años, llorando impotente, arañando el suelo, mientras Yamila escapaba magullada y temblorosa compadeciéndose por las dos, a la vez que le juraba a gritos que le guardaría para siempre aquel secreto que la atormentaba y que nunca le contó. Ignoraba qué había provocado el estado de Soledad pero supo que aquella mujer necesitaba mucho más que su compañía.

9

1931-1936

El tiempo imparable pasaba y ellos crecían dejando atrás la niñez, llena de momentos mágicos y libres para entrar en la juventud, la siempre complicada adolescencia, acompañada en sus casos por miles de tabús. El círculo que formaba todo su mundo parecía cercarlos, sintiendo que el pueblo empequeñecía, como si hubiesen agotado todas las posibilidades y ya no tuvieran rincones que descubrir, ahogándolos como una corbata demasiado apretada.

Esperanza lo percibía de especial forma dentro de su familia que, como tantas otras, se regía por una rígida jerarquía donde el padre y el hermano mayor gobernaban aquel barco de la mejor manera que sabían o podían, siguiendo normas no escritas que anulaban su voz, la voz de Esperanza.

Decidían por ella, ignorando casi siempre su voluntad, haciéndola sentir menos que el resto, un eco olvidado en los pasillos de aquella casa. La última en llegar, para ellos sus deseos no contaban, su palabra valía menos que nada, equiparándola a su hermana mayor, que por ser inútil nadie tomaba en serio.

Teresita era como una niña que había decidido no madurar, pese a que su cuerpo decía lo contrario, idiotizándola, dibujando una sonrisa imborrable en su rostro, haciendo de ella la única persona de aquel pueblo capaz de perpetuar su felicidad indefinidamente. Teresita sonreía siempre.

Sonreía a las gallinas picoteando libremente en el corral; a las mulas pasando cargadas ante la puerta de su casa; a su madre mientras tendía la ropa o amasaba fatigosamente en la enorme y vieja mesa de madera de la cocina; a sus hermanos mientras le miraban debajo de la falda; y a su padre cuando lloraba ante ella sabiendo que no lo juzgaría, con la cabeza hundida entre las manos, avergonzado por dejar salir aquellos lagrimones fruto de la rabia y la desesperación, del cansancio y la miseria. Sonreía por encima de todo y pese a todo, por un retraso mental o una dichosa jugada del destino que la había tocado con su varita mágica, haciéndola inmune a la tristeza. “Es un ángel de dios”, le decían las vecinas a la madre que acariciaba la cara de Teresita con la mirada puesta en ninguna parte, mientras se sentía terriblemente culpable

por haberla hecho de aquella manera, buscando consuelo en aquellas compasivas palabras.

Esperanza, en cambio, sí podía notar la tristeza calándole el alma. Quizás por eso cada vez que podía escabullirse de sus tareas y quehaceres diarios salía de la casa familiar resoplando aliviada, soltando un peso que la oprimía. Suspiraba, sintiéndose liviana y libre para correr a ver a su amiga Anita, la única que la entendía, con la que compartía mucho más que juegos: el universo que las limitaba, el hambre, secretos de adolescentes y la certeza de que las cosas cambiaban demasiado rápido, haciendo de ellas balas en el cargador de una pistola, siempre a punto para explotar.

No sabía por qué y tampoco había nadie que la tranquilizara explicándole que, lo que ocurría en su interior formaba parte de ella, de su madurez, de la fortuna que había querido que continuase viva. Todos los cambios que se producían en su cuerpo, Esperanza ya los había visto antes en su hermana y, por esa razón, los vivía con vergüenza, casi con asco, despreciándolos, padeciéndolos, soportándolos como soportaba las burlas crueles de sus otros hermanos a los que su madre apenas podía parar, hombretones jugando a lo de siempre, a ver quién podía más, hasta sacar de quicio al más débil, como llevaban haciendo desde pequeños en sus juegos y, Esperanza, harta de ser un juguete en sus manos, corría a consolarse en Anita y Anita en ella, pareciendo dos almas en pena, ignorantes e ignorando que lo peor siempre está por llegar.

Doña Ana las entretenía muchos ratos, escuchando sus historias que, a ella no le parecían tan terribles y, a veces, peinandolas de mil formas diferentes, riendo con ellas para hacerlas sentir mejor en una edad de continuo desconcierto, donde las dudas asaltaban a diario sus torpes mentes, arrinconando a la mujer que llevaban dentro.

Pero aunque Esperanza no era capaz de apreciarlo, sus hermanos la querían y protegían como a un cachorro por ser siempre la pequeña y por ver los peligros que ella no veía. Una tarde llegó a casa corriendo y jadeando, pálida y temblorosa. Su madre la había enviado a casa de la tía Juana, a llevarle unos trapos que le había remendado. A cambio sabía que su tía la recompensaría con un trozo de pan mojado en aceite y azúcar. El camino no era largo pero debía pasar por una calle corta y estrecha y luego girar a la derecha, pasando muy cerca de la ventana de una de las otras casas de la calle. Esperanza jamás había visto a nadie en aquella vivienda, tan sólo un fiero can expectante, siempre en la ventana que la aterrorizaba cada vez que

pasaba por delante. Las rejas eran lo suficientemente anchas como para que el perro pudiese sacar parte del morro entre ellas, haciendo que Esperanza palideciera al verlo tan cerca de su frágil cuerpo. Ese día fue incapaz de pasar y tuvo que volver atrás en busca de consuelo en brazos de su madre. Al llegar, su hermano Antonio se encontraba ya en casa, aseándose después de una jornada en el campo. Cuando oyó a su hermana no se lo pensó dos veces, cogió una vara de hierro en una mano y con la otra agarró a Esperanza que luchaba por no volver a aquel callejón:

-¡Me morderá!, -gritaba mientras intentaba soltarse de su mano-.

Pero Antonio no la dejaba ir. Llegaron a la altura donde asomaba siempre el perro y su hermano le dijo:

-El animal huele tu miedo y te reconoce. Sabe que puede asustarte y no dejará de hacerlo. No debemos permitirselo. Ahora te pido que pases junto a él.

Esperanza estaba paralizada por la proximidad del animal que ella imaginaba capaz de devorarla. Su hermano la sujetó por los hombros y mirándola fijamente le habló: -No temas, no dejaré que te muerda. Dame la oportunidad de escarmentarlo.

Vio en la mirada de su hermano la confianza y ternura que nunca le mostraba y, aunque temblorosa, avanzó, confiando, dispuesta a saltar en cualquier momento.

El perro no se hizo esperar, así que percibió el olor se tiró a la ventana sacando todo el morro, intentando alcanzarla. Antonio no lo dudó. Alzó la vara que llevaba en sus manos y arremetió contra él. El animal paró de ladrar para dejar escapar un aullido. Nunca más volvió a atacarla.

Desde aquel día su olor le recordaba al dolor.

La familia de Esperanza desconfiaba. En su obligación de cuidarla, les disgustaba que anduviera todo el día con aquella gente de las afueras que apenas se hacían con los vecinos del pueblo. Sin embargo, la alegría de Anita limaba las asperezas del serio carácter de Esperanza y siempre era amable con Teresita, sin reírse jamás de ella, como le había enseñado su madre.

Además, sus insinuantes y voluptuosas formas le merecían la aprobación de los hermanos mayores que no dudaban en alegrarse la vista y el alma con aquella simpática joven que les dejaba el pensamiento ocupado y la entrepierna dolorida. Pese a todos y pese a todo, con la fuerza de lo que no se elige, Esperanza y Anita seguían siendo inseparables.

Una tarde en la que iba al encuentro de su amiga, ocurrió algo tan

inesperado como previsible, que haría que su vida tomara un rumbo insospechado para ella hasta entonces. Aquel día lo guardaría por siempre en su memoria.

El sol caía sobre las montañas, anunciando el regreso de los hombres del campo. Ella bajaba del pueblo con la luz cegadora de una tarde de marzo, casi primaveral, vendándole los ojos, dirigiéndose hacia casa de Anita por escondidos senderos que le había descubierto sólo para ella, para que atajara distancia y tiempo, para ahorrarlo y poder gastarlo juntas.

El aire le devolvía una mezcla de aromas de pueblo y monte, de tierra y agua, de flores acabadas de nacer, de hierbas medicinales, pájaros y árboles, de vida renaciendo bajo sus pies.

Disfrutaba de esa pizca de libertad que su tiempo le bridaba, sin ser consciente de lo efímera que era.

Llegó cerca del camino que todos conocían, hecho a base de usarlo, de no dejar crecer matorrales, de aplastarlos al paso. Allí tropezó con José. Volvía a casa después de un día duro, con la vieja mula al lado, con cansancio en el alma y desazón en la mirada. Una mirada triste y profunda. Una mirada dulce y rota, conocida y extraña a la vez, porque nunca lo había mirado con otros ojos que no fuesen los de una niña y sin embargo... Aquella tarde lo miró con ojos de mujer y se quedó cautiva para siempre de los suyos.

Esperanza salió de improvisto de entre los arbustos, sobresaltando a José, que iba ensimismado en sus pensamientos. Ella notó el temor en la cara del muchacho y no pudo evitar reírse:

-¿Te he asustado, gitano?, -dijo en tono burlón, conociendo de antemano lo gallito que siempre había sido, ocultando la satisfacción que le producía haberlo asustado de aquella manera-.

-No te he oído llegar, ¿por dónde has venido?, -preguntó intentando reconducir la conversación-.

-Bordeando el río y luego...

-No sabía que conocieses ese camino.

José la cortó sin darle tiempo a responder a su pregunta ni dejar que se explicase, intentando volver a recuperar el control y la seguridad que, desde que Esperanza se plantó delante de él, junto a él en aquel camino, no encontraba.

-No lo sabes todo. Hay cosas de mí que no conoces.

Sólo cuando hubo acabado de pronunciar las palabras fue cuando notó lo provocadoras que parecían. Esperanza enrojeció y desvió la mirada hacia la

mula, testigo mudo de aquel casual encuentro. José la miró con rabia, sabiéndose desafiado por ella y respondió disparando donde más podía dolerle:

-Sólo eres una niña, -dijo despectivo-.

Esperanza se encendió:

-Seré una niña, pero he conseguido asustar al “gran hombre”, al gitano que no teme a nada. Te he asustado, reconócelo. Verás cuando se lo cuente a tu hermana lo que nos vamos a reír.

José pensó que debía darle un escarmiento. La asustaría y entonces vería lo fácil que resulta reírse de ella. Pensó que no le costaría mucho, que la haría subir a la mula y luego fingiría dejarla caer, seguro que gritaría o quizás rompiera a llorar. No le importaba, tenía fuego en la mirada de rabia o vergüenza por haber permitido que aquella niña se riera de él, porque ante ella dudaba y se sentía inseguro. Pero José aún no podía saber que las cosas no siempre salen como uno planea.

-Anda, no te enfades. Si quieres te llevo hasta mi casa en la mula.

Esperanza lo miró desconfiada. Lo conocía y sabía que era vengativo. José se esforzó por convencerla:

-Venga, en serio, todavía queda un trecho y la mula ahora va descargada. Hoy no ha sido un buen día ¿sabes?

Los ojos de José clavados en Esperanza, pidiéndole que confiara en él, algo sorprendente y nuevo que a ella le pareció muy turbador, deshaciendo poco a poco su recelo, convirtiéndolo en ternura, un sentimiento nuevo que descubría, mientras aquellos ojos color miel la invitaban a confiar. Y Esperanza confió, por alguna extraña razón interior que le empujaba a hacerlo. La cogió por la cintura para ayudarla a montar, susurrándole suave al oído, casi una caricia: “tranquila, te tengo”. Esperanza se estremeció. José, al notar su temblor, olvidó todo lo demás. Olvidó su venganza. Notó el calor que desprendía su cuerpo, su olor, su respiración en la cara, sus labios tan cerca que tan solo pudo pensar en que Esperanza no cayese, concentrándose en aquel frágil cuerpo que adivinaba bajo sus firmes manos. Tenerla entre sus manos fue una revelación. Mirarla ya no era sólo verla, ahora casi podía sentirla.

Aquella tarde fue el principio del final. El destino cruzó sus caminos y Esperanza se quedó por siempre con la mirada penetrante de José mientras la ayudaba a subir a la mula, colgada de aquellos ojos que serían, desde ese momento, su vida y su muerte, como lo son los amores adolescentes.

Anita se reía, porque su hermano no despertaba ningún misterio para ella. Más para su amiga se convirtió en el universo entero, pues no necesitaba mirar nada más cuando él aparecía. Desde aquella tarde, desde que sintió sus manos sosteniéndola, cada vez que José la miraba con sus ojos color miel, le fundía el corazón.

José lo había notado y sabía lo que significaba. Esperanza era bonita, con unos grandes ojos oscuros y curiosos que todavía no conocían el juego de la vida. Ya no se peinaba con coletas, ahora lucía su morena melena trenzada, con algunos jirones de pelo escapados molestándole en la cara. Sí, José también la observaba y, a veces, creía ver dentro de ella imaginando el final de sus largas piernas de mujer a medio terminar, el plano vientre fruto del hambre y su discretos senos firmes y esponjosos que él imaginaba libres, por fin, entre sus manos, saboreándolos con sus labios salvajes e inexpertos. Soñaba con ella y sentía resurgir con fuerza la virilidad entre sus muslos.

Iban ambos a la deriva en un mar de dudas sin saber hacia dónde remar, cada uno arrastrando su propio lastre, intentando encontrarse sin hacerlo, intentando mirarse sin mirar, olerse, sentirse.

Saber el uno del otro, dejando señales para ser descubiertas, una especie de cortejo reprimido, evidente para todos menos para ellos que se esforzaban por creer fortuito un encuentro, un roce, un susurro, cualquier gesto que alimentara esa llama traicionera que acabaría perdiéndolos.

Lo que empezó como una ilusión casi infantil, derivó en una obsesión adolescente para Esperanza, que no la dejaba vivir. Su vida entera giraba en torno a José, intentando verlo, encontrárselo o coincidir con él en el pueblo, en casa de Anita o en algún recado. Conocía bien sus costumbres e intentaba acoplarse con la intención de poder pasar algunos segundos a su lado o intercambiar tres palabras con él y poder mirar esos ojos color miel que la abrasaban por dentro.

Había llegado a oídos de sus hermanos los rumores que corrían entre la gente del pueblo, a cerca del gitano y Esperanza. Habían sido testigos de alguna que otra mirada entre ellos. José no entraba en los planes de la familia y acudieron a su madre. Dolores, que no estaba por nada pero que estaba en todo, sabía del dulce tormento de su hija: -No hagáis caso de todo lo que dicen las malas lenguas. Éste es un pueblo de envidiosos. Esperanza no haría nada que faltase a su honra. Confiad en vuestra hermana. Es sólo una chiquilla. Cambiará en cuanto crezca y un hombre de bien le haga una

proposición decente.

Pero se equivocaba. Esperanza no era como ella. Y se equivocaba al creer que aquellas palabras pararían a sus hijos, posesivos y vanidosos, animales a la hora de proteger a su manada.

Poco tardaron en ir en busca de José.

Cuando los vio aparecer por el sendero que iba hasta su casa, supo que venían por él. No quiso esconderse. Sabía lo que iba a pasar y lo aceptó: palabras, empujones, amenazas, más empujones... Las cosas quedaron claras y José por el suelo. Le habían avisado, no querían que rondara a su hermana. A José le dolió el orgullo de verse impotente ante ellos. Pero eran su familia y nada podía hacer ante eso.

La niña también recibió su parte. No dijo nada, avergonzada bajaba la mirada mientras apretaba la mandíbula con rabia. Cuando llorando acudió a consolarse en brazos de su madre, Dolores notó como las lágrimas de Esperanza le quemaban la piel, ardían y eso no podía ser bueno.

Supo entonces que lo que sentía por José no se le pasaría ni la dejaría dormir, ni comer, ni respirar sin él. Dolores la abrazó y consoló sabiendo que poco más podía hacer por ella, envidiándola desde lo más profundo de su alma, porque su hija tenía el privilegio de amar, algo que a ella le habían arrebatado, llenando los rincones huecos de su corazón con el amor de sus hijos, apenándose y llorando ella también por Esperanza porque se sabía impotente para ayudarla y algo le decía que sólo podría amar a aquel hombre.

10

Soledad hubo de pasar por urgencias mientras le realizaban pruebas.

El diagnóstico no era claro. La posibilidad de una incipiente demencia senil, tan temida por los hijos, no acababa de confirmarse, aunque tampoco podían descartarlo. Debería seguir controles médicos y continuar en observación por el momento, aunque, según los médicos que la atendieron todo apuntaba a un importante ataque de ansiedad. La familia no entendía, no podían explicarse qué le ocurrió.

Le dieron una habitación en la primera planta. La compartía con una mujer gruesa a la que habían operado mil veces de la pierna derecha, llenándola de clavos por dentro y por fuera, una especie de acupuntura salvaje, gigante y descabellada que atravesaba sin piedad la carne inflamada de la resignada señora que veía perpetuada su estancia en aquel hospital. La mujer había visto pasar por aquella habitación a muchas pacientes y recibió con agrado la presencia de Soledad, aunque ésta fuese una compañía apática.

Yamila se acercó hasta el hospital para interesarse por el estado de Soledad y, de paso, pedir la cuenta. Dijo que no podía seguir cuidándola, que la señora necesitaba atenciones médicas que ella no podía darle, que necesitaba estar controlada y quizás medicada. Todavía estaba nerviosa y asustada. Lo que había visto en sus ojos negros era miedo convertido en locura, un miedo capaz de matarla. Aurora la entendía y en el fondo se sentía reconfortada escuchando las razones de Yamila, porque apoyaban la teoría que ella siempre había tenido, que, tarde o temprano, acabarían por tener que buscar un centro hospitalario o un geriátrico para ella. Miguel, aquella vez, parecía realmente preocupado mientras veía cerrarse tras ellos las puertas, acabándose las opciones, adelantándose a lo que se les venía encima. Jaime intentaba no desprenderse del móvil, escudo protector, barrera mágica evitando así que nadie se le acercase demasiado ni que él entablase conversaciones sin fondo con sus hermanos, llenas de silencios oscuros, como si fuesen desconocidos a lo que se les habla por cortesía en el pasillo de un hospital, queriendo evitar lo inevitable, dar la cara y decidir.

No conseguían ponerse de acuerdo con respecto a la mejor solución. Aurora siempre lo había tenido claro y eso le valía las críticas de Miguel, más sensible. La opción de ingresar a su madre le hacía sentirse realmente

culpable. Jaime, acataría la decisión que tomaran sus hermanos. Tenía su propia opinión, pero no quería entrar en el juego del bueno y el malo, sobretodo porque sabía que si tomaba partido acabaría salpicándole. Él tenía otros frentes abiertos y había decidido no jugar aquel partido así que escuchaba, asentía y comprendía los argumentos y soluciones que los dos aportaban, intentando que se encontrasen en algún punto para empezar a negociar.

Tras el ingreso de Soledad, todos habían querido hacer piña en torno a ella. Se pasaban los días en el hospital, haciendo turnos, alternándose para no dejarla sola. Soledad parecía tolerarlos sin quejarse demasiado. Ellos suponían que la medicación ayudaba a tenerla conformada. Jaime la miraba con compasión porque, conociéndola como la conocía, sabía que aquel teatro familiar le repugnaba.

Los descansos para fumar un cigarro en el patio del hospital, servían para alargar la interminable discusión sobre el futuro de aquella mujer y levantar la voz contenida durante horas en el interior del recinto hospitalario:

-Deberíamos esperar a ver cómo se recupera y qué nos recomiendan los médicos.

Miguel necesitaba más tiempo para acabar de decidirse, agarrándose a cualquier excusa para no tomar ninguna decisión.

-¿Pero qué quieres que te digan los médicos?, si no hay más que verla. Aunque consiga recuperarse sigue teniendo problemas de movilidad. No puede valerse sola y esto sólo es el principio porque si, finalmente, se confirma que es demencia...

Aurora contestaba molesta a Miguel, que parecía no querer ver lo que pasaba: -Tú no quieres ver la realidad. Lo hemos discutido miles de veces y sabes que no tenemos más opciones. Pero, ¿tú te crees que a mí me resulta agradable esa idea?, pero es que no veo otra salida.

Miguel seguía sin dar su brazo a torcer:

-Yo lo entiendo, claro que lo entiendo, pero es que... no lo veo bien. Me preocupa. Creo que sacarla de su casa es un gran error. El control que ejerce sobre lo que la rodea la mantiene en pie, da sentido a su vida. Si le quitamos eso, se lo quitamos todo y sin nada, ¿cómo sabemos que saldrá adelante?, con sus ochenta y cinco años y obligarla a empezar de cero me parece despiadado. ¡No!. No podemos hacerle eso.

Aurora se desesperaba ante los argumentos de su hermano, la negativa era su única opción sin aportar alternativas viables.

-¡Ya está el señor don cargo de conciencia! Pues si te vas a quedar más tranquilo, vete a vivir con ella, o, mejor, llévatela a vivir contigo. ¿Cuánto tiempo aguantarías?, ¿de verdad crees que hay otra solución? No seas tan hipócrita. Sabes tan bien como yo que todos nos vamos a beneficiar si la ingresamos. De otra manera, seremos sus esclavos hasta el fin de sus días. Nadie quiere oírlo pero es cierto. Ya la conoces, sabes cómo es. Así que deja de lloriquear y de ponerle pegas a todo, en esto tenemos que estar todos de acuerdo. La cosa está clara: ella o nosotros.

Miguel tuvo que callarse. Aprovechó para dar una calada al cigarro olvidado que se le consumía entre los dedos y tragarse junto con el humo sus posibles soluciones porque sabía de sobra que con el carácter de su madre ninguna funcionaría. El silencio que obtuvo por respuesta otorgó a Aurora la razón, zanjando la decisión, aplazada por incómoda y por creer que con ello rompían el círculo vital que todos debían cumplir: -Esto es una cadena, -les había dicho alguna vez Soledad-, mis abuelos lo hicieron por mis padres, mis padres por mí, y yo por vosotros. Vosotros también lo haréis. Es una larga cadena de la que no imaginamos el principio ni alcanzamos a ver el final, pero de la que todos formamos parte y eso nos une con familia que no hemos conocido y otra que jamás veremos aunque formen parte de nosotros. Antes no se hablaba de sentimientos, ni los padres lo explicaban a sus hijos como ahora, tan solo se seguía el instinto y el deber de mantener viva a la familia. Yo lo veía, notaba que para mis padres éramos lo más importante. Uno siempre lo valora demasiado tarde y confía en que sus padres lo entiendan. Yo sólo transmito lo que me enseñaron.

Ahora, en la cabeza de los tres hermanos, lo recordaban y la traicionaban una vez más, rompiendo la cadena.

En la extraña calma del patio interior del hospital, rodeados de bancos en los que se sentaban los pacientes en bata a descansar, a dejar pasar su enferma vida, a desear mejores momentos, acompañados por cuatro árboles donde algún pájaro atrevido se posaba, mirándolos sin temor, acababan de decidir perpetuar indefinidamente el ingreso de Soledad, como dueños de una vida cuyo destino quedaba en sus manos.

11

1937

Desde entonces, la vida de Esperanza fue un llorar por los rincones, un continuo inspirar profundo, como si en el aire hubiese algo más que sólo aire. Como si a través de él pudiese conocer el rastro de su amado, como un animal en celo y enjaulado, esperando el mínimo descuido para escapar y acudir a su destino.

Su amiga Anita, siempre cómplice, le traía noticias de su hermano que parecía continuar su existencia, su ir y venir sin inmutarse. Aparentemente frío e imperturbable. Aparentemente duro y lejano. Pero el corazón de José latía rabioso y encendido, ahora más que nunca, deseando ver a Esperanza, su cenicienta cautiva que pagaba por los dos la tiranía de unas costumbres, de un pueblo, de un país que se resquebrajaba en dos, ajeno e indiferente a sus vidas.

Quizás la mala fortuna, hizo que coincidieran en espacio y tiempo con una guerra que vino a complicar aún más sus historias particulares, su quehacer diario, su existencia y subsistencia, que sería lo único que importase a partir de entonces: sobrevivir a la guerra y al miedo.

El dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis fue la avanzadilla de lo que acabaría siendo, de la catástrofe que estaba por venir. Catástrofe repleta de miles de minúsculas tragedias entre las que se encontraban ellos dos, que crecían y se amaban pese a la oposición de su familia y pese a aquella guerra estúpida y peligrosa que les ponía las cosas aún más difíciles.

-Sagrado Corazón de Jesús dame fuerzas. Corazón de María no me dejes sin mi gitano.

Esperanza rezaba musitando palabras sin querer ser descubierta. Rezaba con fe ciega, rezaba deseando y deseaba, rezando, estar a su lado.

Estoicamente esperaron que los ánimos de su familia se calmasen y el aire fresco de principios de otoño se llevara los susurros que hablaban de ellos lejos del pueblo, para torear la realidad y encontrar sus propios momentos, ajenos a todo lo demás.

Quedaban cerca del río, fuera de miradas intrusas, casi siempre por la

tarde, a la hora convenida, cuando José regresaba a su casa y Esperanza esperaba a que él descargara a la mula y la atara con paja nueva y agua fresca. Entonces bajaba a buscarla. Afloraba, de nuevo, la vergüenza, el juego de miradas y caída de ojos; la sonrisa que se escapa, el delicioso cortejo que hace de un simple roce, la caricia más deseada, el momento más excitante, si cabe, por la prohibición que sobre ellos recaía. Y por el miedo a ser encontrados por algún pusilánime con fusil, siempre atentos a cualquier ruido de voces extrañas. Esperanza se refugiaba en brazos de José, perdiéndose en ellos, encontrando lo único que le importaba. Inspirando para guardar dentro de ella su esencia, comiéndoselo, por fin, a besos. A José le costaba controlarse. Le sobraba la ropa y le quemaba la piel. Sólo deseaba tocarla, deslizar sus dedos por su piel blanca y suave. Pero debían ser cautos. Él lo sabía. Esperanza se debatía entre el deber y el querer. Y ella quería. Quería que su gitano se quitara la ropa y que se la arrancara a ella también. Quería luchar con él y perderse entre sus piernas porque cuando la miraba con sus ojos de miel, ella se derretía y sólo quería fundirse en él. No había palabras, ni tiempo. Sólo la montaña y ellos, deseándose con tal fuerza que les dolía. José apartó un mechón de pelo de la cara de Esperanza y apoyó su frente en la de ella.

-Debemos tener cuidado, si nos descubren... esta vez no sé qué podría pasar.

-Lo sé. Pero no hacemos nada malo. Quiero estar contigo.

-Es lo que más deseo en el mundo. Pero... ¿estás segura? Yo... puedo esperar si tú...

Esperanza le puso un dedo en los labios, dejando en el aire la frase, acariciándole la piel. Le besó y José supo que no quería esperar. La cogió por la cintura, atrayéndola hacia él, besándola.

Esperanza le quitó la chaqueta y todo se volvió fácil. Desapareció el miedo, la vergüenza, la guerra y su familia. Y sólo quedaron ellos, dos jóvenes amándose por primera vez. Las manos luchando, moviéndose nerviosas, apretando carne, separando para volver a juntar. Enganchados a la química del amor, al éxtasis del momento, al ansia de devorar al otro. Porque había rabia, deseo al límite de saberse siempre en la última vez que pudiesen estar juntos, ahogando susurros, sudando a pesar del fresco, miedo y dolor, padeciendo y devorando cada oleada de mágico deleite. Acabando revolcados y jadeantes, contando los minutos que les quedaban, con el río como testigo de paso, acompañando con su melodía de agua y piedras duras, como el

momento de separarse.

Esperanza rezaba todo lo que sabía para que en su casa no le notaran la felicidad escapándosele por los poros de la piel.

Cada vez que regresaba de estar con José, intentaba hablar poco, fingir tristeza y rehuir la mirada de su madre. Contentaba en todo lo que podía a su padre y hermanos, celosos de sus hembras, guardianes de su honor y de su honra. No podía cometer errores, necesitaba demasiado a su gitano. No confiaba en nadie de aquella casa para compartir su oasis de felicidad, en mitad de aquel desierto de angustia. Tan sólo Teresita escuchaba, con la boca abierta y su media sonrisa, las historias que Esperanza quisiera explicarle, con la seguridad de que, aunque las estuviese entendiendo, a nadie podría contárselas.

El amor que sentía la alimentaba, llenando su estómago de engañosas mariposas que le sabían a gloria y, su alma de una plenitud que la hacía brillar como una princesa de cuento, flotar por encima del miedo y la amargura en la que estaba sumido aquel pueblo. Allí mismo, en tierra de nadie, recibiendo puñaladas, bombas y disparos de asesinos de ambos bandos sin escrúpulos, mercenarios de la muerte, sembrando el pánico en las miradas de la gente de bien. La guerra de fuera condicionaba su futuro. La guerra que mantenían entre José y la familia de Esperanza, condicionaba su presente. Amar es combatir. Ellos combatían en su propia contienda, rodeados de más lucha que los cercaba y, a la vez, les quedaba muy lejos. Aunque cuando oían disparos en la noche, el alma se les encogía. Y cuando el aire les traía olor a muerte, apretaban las mandíbulas y rezaban a su dios, que maldito el caso que les hacía, para que el muerto descansara en su gloria y no fuese ninguno de los suyos.

Se respiraba olor a pólvora, a sangre y a indecencia. Silencio. Un silencio denso y oscuro lo llenaba todo, ahogándolos en sus propias tragedias, un silencio que les calaba el alma. José y Esperanza vivían en medio de nada, mientras todo giraba a su alrededor. Maestros del engaño, jugando bien sus cartas para no ser descubiertos, abriendo un rayo de luz entre tanta tiniebla, salvándose ellos, sin importar nada más, porque, al fin y al cabo, amar es combatir.

Avanzaba el tiempo y la guerra y José era consciente del riesgo que corrían. A medida que iba despertando de la dulce anestesia que le producía Esperanza, volvía a la realidad valorando el momento en el que se encontraban, temiendo estar en el punto exacto en que las cosas siempre

pueden ir a peor. Un animal salvaje barruntando la tormenta.

Una mañana de finales de diciembre, la niebla lo bañaba mientras se dirigía con la mula hacia el pueblo, como todos los días, a vender, cambiar, a traer algo que comer a casa. Había dejado a su madre ya en pie y a su padre y hermano saliendo para el campo. Él caminaba hacia su destino, ignorando que estaba a punto de tropezarse con él. Con los ojos medio entornados por el sueño y dándose golpes para calentarse, animaba a la mula que, cansada y vieja le costaba moverse entre el frío y la humedad calándolos en aquel solitario y angosto camino que José recorría cada mañana desde que era niño, para llegar al pueblo. A punto de cumplir los diecinueve años, a medio camino entre el niño que fue y el hombre que se le intuía, conocía cada recoveco de aquellos parajes mejor que nadie, sabiendo dónde estaba cada árbol, cada piedra del camino. Podía orientarse incluso en noches cerradas.

A través de la espesa niebla le llegaron voces lejanas y ruidos de animales. Se extrañó. No debía haber nadie por allí. Los sonidos venían a su encuentro. Se alarmó. No podía ver a través de aquella densa capa blanquecina, pero su intuición le decía que se apartara del camino. Quiso desviarse, pero la mula, asustada y terca se negaba a moverse delatando su presencia.

-¡Alto! ¿Quién va?

La niebla vomitó ante José a dos hombres a caballo. Iban armados y de uniforme. Supo que ése era el momento al que tanto temía, y que había creído poder esquivar, como quién pasa por la vida dando esquinazo a la muerte, sabiendo que, tarde o temprano, acabará por llegar.

-Un jornalero. Gente de bien.

A pesar que el frío era intenso y se había apoderado de él, sintió una ola de calor subirle dolorosamente hasta la cabeza y una angustia en la garganta, intuyendo que aquellos desconocidos tenían más poder sobre su existencia que él mismo.

-¿A dónde va este camino?, preguntó uno de los hombres mirándolo con desdén.

-Hacia el río.

-Y tú, ¿hacia dónde te diriges?, el jinete interrogaba a un José pálido.

-Voy al pueblo, señor. A ganarme el pan de mi familia.

José se había quedado agarrado a la mula como su única salvación, paralizado por el miedo.

Los soldados le abordaban desde sus monturas, como amos y señores de aquel camino y todo lo que en él hubiese.

- ¿De dónde vienes a estas horas tempranas?

-Yo...

-Responde.

-De casa, señor.

-¿Vives fuera del pueblo?

-Sí señor.

-Y... ¿quién más vive contigo?

-Mi madre y mi hermana pequeña. Mintió intentando proteger a su padre y hermano.

-Tu nombre. Dinos tu nombre.

-José Sánchez, respondió con un hilo de voz, sorprendiéndose de casi no poder hablar.

Los hombres se miraron entre sí. Uno de ellos, adelantó su caballo unos pasos hacia él, que tuvo que esforzarse en aguantar a la mula para que no se alejara por la cercanía de los animales.

José notó el resoplo cálido del caballo en su rostro, apenas se atrevía a levantar la mirada, que tenía fija en las botas del jinete, llenas de barro, como el pantalón, como las patas del animal que seguía respirando frente a él. Oyó la voz del hombre resbalar hasta sus oídos y colarse dentro de su cabeza, retumbando en ella:

-Te buscábamos. Necesitamos a todos los hombres que podamos reunir para ir al frente.

Defendemos la libertad y la república. ¿Entiendes lo que te digo?

Un inmóvil e impotente José asentía, sin alcanzar a comprender la magnitud de aquellas palabras, que le golpeaban como martillos.

-Partiremos mañana al amanecer. Puedes llevar un pequeño bulto con tus cosas. Preséntate en la carretera de la entrada del pueblo. No faltes o vendremos a buscarte. A ti o a tu familia, tú decides.

Una vez allí se te informará y se te dará instrucción para ir al frente. ¿Está claro?

José asintió de nuevo:

-Sí señor.

-Suerte. ¡Por la república!, -gritó mientras hacían girar los caballos y la niebla volvía a tragárselos, convirtiéndolos en fantasmas, en una pesadilla-

Pero eran reales, él lo sabía y sabía que no podía escapar a su destino.

Continuaba inmóvil, sin sentir el frío, sin sentir el calor. Sin sentir. Tan sólo oía su corazón galopar asustado bajo su pecho, con la imagen en sus pupilas de los dos extraños que acababan de robarle su vida. Y el eco de sus palabras en sus oídos.

Se dio la vuelta y volvió a casa. Ya no tenía sentido seguir el camino. Su vida se había roto y deshecho. Se preguntaba cómo y porqué. Tan sólo era un joven, pero ahora debía ser un hombre.

Todo había cambiado. Él había cambiado porque ahora su vida ya no le pertenecía. Sólo era una marioneta, un peón en un tablero de ajedrez, en una partida empezada sin posibilidad de escapar.

Su madre se echó a llorar en cuanto lo vio regresar cabizbajo. Lo supo. No le hacía falta hablar porque ella lo sabía. Ella, que los creía a salvo en la montaña, no entendía como habían dado con él ni por qué se lo arrebataban, arrancándole un pedazo de alma que se iría volando tras José para intentar protegerlo.

El día se abría paso, dejando atrás la bruma y el alba, trayendo un sol valiente pero escaso para calentar la tierra o sus corazones que tiritaban de rabia y miedo. Su hermana Anita se negaba a soltarle la mano, mientras su madre, aturdida, le preparaba el pequeño bulto para el camino, donde fuera que se lo llevaran. Intentaba no derrumbarse, haciéndose la valiente delante de sus hijos. Su padre y su hermano lo sabrían en cuanto regresasen y mañana nada sería lo mismo, pensaba la madre.

-Tengo un encargo para ti.

José miró a los ojos de su hermana y ésta entendió lo que quería pedirle. Asintió.

-Anda y dile que la busco.

Anita se abrazó a él antes de salir de casa, aprovechando los escasos momentos que les quedaban. José le besó la frente apartándole el pelo color canela que le caía sobre los ojos chispeantes, intentando no soltar todavía las lágrimas que ya asomaban. Y se fue en busca de Esperanza, sollozando y corriendo porque el tiempo apremiaba, abriéndose paso entre rayos de luz y gotas de rocío, entre árboles secos y hojas desgastadas, entre el frío y el dolor. Sin tan siquiera imaginar que en aquella otra casa Esperanza vivía su particular tragedia.

José no era el único que se había fijado en Esperanza. Algunos mozos del

pueblo también la miraban y veían en ella una buena oportunidad para abandonar su soltería. Los padres de Esperanza habían aceptado la propuesta de matrimonio de un joven y se preparaban para desposar a su hija pequeña con él, un amigo de sus hermanos mayores, de agrado de toda la familia, excepto de ella.

Su voz seguía sin escucharse en esa casa. Casar a su hija con un buen muchacho, con un porvenir labrado, era lo mejor que podían hacer por ella y de nada servía el llanto de Esperanza. Estaba decidido, el enlace se llevaría a cabo.

Cuando oyó llegar a Anita, vio el cielo abierto y la puerta de su casa también, y la cerró tras de sí decidida a no volver, a fugarse, a marcharse con su amor para que todos entendieran que sería suya o de nadie. Ni siquiera se percató de la palidez de su amiga. De sus ojos enrojecidos, ni de la mueca desencajada que traía agarrotándole la cara. Fue verla y se lanzó a sus brazos, creyéndose salvada y lejos de su pesadilla.

-¡Vámonos, Anita! ¡Corre!, -le gritó-, vámonos a buscar a José, tengo que hablar con él.

Esperanza echó a correr empujada por el ansia de libertad, sabiendo que, en cualquier momento, podía regresar dentro de su casa y no volver a ver a su gitano. Anita corría tras Esperanza.

Corría porque no podía parar. Corría porque era lo único que podía hacer para desgastar su rabia y porque, mientras lo hacía, evitaba decirle a su amiga la verdad. Corría porque así sus lágrimas se las llevaba el viento frío que le cortaba la cara y hasta la respiración, sin darles tiempo a resbalar, como si no hubiesen caído nunca.

Cuando llegaron frente a José, no sabía nada, pero se agarró a él como un naufrago a un trozo de tabla que flota, su único salvavidas. La única salida que deseaba ver.

-Gitano, llévame contigo, -le dijo con el corazón en la garganta-.

Jamás se había creído capaz de proponerle algo así, pero no era ella quién hablaba sino su corazón adolescente y acorralado. Era su corazón joven y enamorado quién pedía a gritos que la salvara y, Esperanza, enloquecida con la sola presencia de José, sólo quería quedarse con él.

-Llévame contigo, -repitió con la voz rota-, mis padres... quieren casarme y yo... -suspiró derrotada-, ...yo sin ti me muero. -Y se desplomó llorando ante él-.

José la recogió abrazándola. Sabía que no podía consolarla, ni decirle lo

que ella necesitaba oír. Y su alma se resquebrajó, allí mismo. Ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos, mientras intentaba explicarle con frases inconexas:

-Esperanza me han encontrado... Me marchó al frente, mañana. Yo no sé si...

No pudo seguir. Las palabras le quemaban la garganta. La rabia trepaba por él desde la boca del estómago hacia fuera, hasta convertirse en un grito amargo que tuvo que aguantarse para no asustarla más, por lo que José no conseguía explicar. La abrazó con fuerza.

Sus vidas se pararon en ese abrazo. Les habían privado del tiempo necesario para saborear su juventud y su relación, congelando su amor que ya no maduraría, ni se desgastaría con el paso de los años, porque no sabían si los tendrían. El destino les abofeteaba en aquella mañana fría de finales de diciembre, una mañana de la que difícilmente podrían olvidarse.

Esperanza no daba crédito a lo que José intentaba explicarle: -Pero... dijiste que no te encontrarían, que podrías quedarte conmigo. Que estaríamos juntos. ¡Me lo dijiste!, -le gritó golpeándole el torso con las manos, cargando su dolor contra él-. Tú lo dijiste, tú...

José no dejaba de abrazarla, sujetándola contra él para calmarla: -No sé cómo han dado conmigo. No sé cómo...pero han venido en mi busca.

José se quedó pensando en lo que acababa de decir, sin entender cómo habían podido encontrarlos a ellos, que vivían fuera del pueblo y de sus normas, amparados en la soledad de la montaña.

-¡Escapémonos! Huyamos para que no puedan encontrarnos. Los dos, como habíamos planeados tantas veces.

Esperanza lo miraba quemando su último cartucho, con la valentía del loco enamorado.

-Déjalo, Esperanza, es una locura, nos moriríamos de hambre o de frío antes de salir del pueblo.

José odiaba ser el sensato, pero ahora debía serlo por los dos.

-Si no estuviese esta maldita guerra, las cosas serían menos difíciles. Tendríamos alguna oportunidad. Pero no tengo alternativa, debo marcharme con ellos o vendrán en busca de mi familia.

José maldecía su suerte, mientras Esperanza parecía volverse loca y no entender. Sabía que su amor era difícil, que estaba su familia por medio. Sabía de los impedimentos que iban a encontrar, pero él estaba hablando de algo ajeno a ellos. Se preguntaba qué tendría que ver la guerra con dos

jóvenes enamorados y no entendía lo que su gitano le decía con un hilo de voz, tragándose la bocanada agria de rabia y dolor que le hacía arder por dentro: -No tengo forma de escapar de esto. Pero te juro que volveré a buscarte y me quedaré contigo para siempre. Te lo juro por lo más sagrado.

José alzó la cabeza de Esperanza, buscando sus ojos: -Júrame que me vas a esperar, júrame que si ahora no puedes ser mía no lo serás de nadie. ¡Júralo!, -gritó-.

Esperanza lo juró, mientras bebía la miel de sus ojos y creía firmemente que podría cumplir su promesa.

Los labios se buscaron desesperados y perdidos, devorándose con ansia y dolor. José secó las lágrimas de Esperanza, intentando hacer desaparecer aquella pena que los acompañaría para siempre.

LA BÚSQUEDA

12

Alba salió del recinto hospitalario con el bolso y la chaqueta en la mano y se dirigió hacia el grupo en el que se encontraba su madre junto a sus tíos, acabando de hacerse a la idea del poder que tenían sobre Soledad, sintiéndose, más de uno, un judas.

-Mamá, me voy a marchar, -dijo tras saludarlos a todos-.

Aurora caminó unos metros hacia Alba, yendo a su encuentro, distanciándose del resto, buscando la privacidad dentro de aquel espacio público: -¿Quién se ha quedado con la abuela?

-Está tía Rosa.

-Uff. Pues me subo. No quiero dejarla sola con esa arpía.

-¡Mamá!, que pueden oírte.

-Tampoco iban a sorprenderse. El tío ya sabe que no la soporto.

- Ya, pero aún y así...

-¿Viene Dani a buscarte?

Alba recordó de qué manera se había marchado de su casa el día anterior y los mensajes que Dani le había dejado a lo largo de todo el día, intentando, sin éxito, hablar con ella. Sabía que le cogería el teléfono cuando estuviera dispuesta a volver. Hasta entonces él esperaba, y ella acabaría por salirse con la suya. No había hablado con él. No sabía nada del ingreso de su abuela, pero no le apetecía darle explicaciones a su madre, así que mintió: -No. No puede.

A Aurora le extrañó que Dani no apareciese por allí, pero no era el momento ni el lugar de reprochárselo.

-Pues entonces deberías esperar a que viniese tu padre a recogerme y nos vamos juntas con él, -miró su reloj, eran casi las nueve de la noche-, “ya no tardará”.

Alba suspiró:

-Llevo aquí todo el día. Estoy agobiada. Prefiero marcharme ya.

Su madre insistió:

-Espérate un poco, Alba. No me gusta que te vayas sola a estas horas.

Alba protestó nuevamente sabiendo de antemano que cualquier razón que le diera sería rebatida.

-Pero si no es tan tarde.

-Pero es de noche. Y no me quedo tranquila. ¿Qué te cuesta esperarte un poco?

A punto estaba Alba de ceder, incapaz de hacerla cambiar de opinión, cuando Jaime se les acercó, interrumpiéndolas:

-Perdonad, pero me marcho ya. Miguel se queda a pasar la noche y yo vendré mañana a primera hora por si pasan más médicos. Así tú puedes venir más tarde y descansas un poco. ¿Te parece?

Aurora asintió:

-Claro, sí. Descansa tú también, ya continuaremos hablando mañana.

-Hasta mañana, entonces.

Jaime se despidió de ellas y se dirigió hacia la salida. Sólo llevaba tres pasos cuando oyó tras él, nuevamente, la voz de su hermana, que, casi sin pensar, le preguntaba: -Jaime... ¿te importaría llevar a Alba a casa?

Alba la miró perpleja y tuvo la certeza de que al lado de su madre, nunca sería una mujer adulta. ¿Cómo podía ponerla en semejante aprieto?, si hubiera sido con su tío Miguel... pero con Jaime... Aunque nunca se atrevió a preguntar los motivos, estaba distanciado de la familia y eso hizo que ella también se mantuviera lejos de él. Se negó: -No hace falta, mamá, esperaré a que venga papá.

Aurora se dirigió hacia ella como a una hija desagradecida: -Hace un momento querías irte incluso caminando. No seas tonta, Jaime te acercará a casa.

Se dirigió de nuevo hacia su hermano.

-¿Puedes acompañarla?

Jaime sonrió, maliciosamente, sabiendo el compromiso en el que acababan de poner a Alba: -Claro, no me cuesta nada.

- No, en serio, no hace falta, -protestó-.

Su madre la empujó hacia la salida, en la dirección donde estaba Jaime, a punto de salir.

-Vete, cena y descansa. Tu padre y yo llegaremos más tarde.

Alba se resignó, odiando interiormente a su madre, estrangulándola con la mirada.

-Bueno, me voy. Nos vemos luego. Si hubiera cualquier cambio...

-Si hija, vete tranquila. Hasta mañana Jaime.

No estaba de humor. El extraño encuentro en casa de su abuela; la discusión con Dani; el ingreso de la abuela; su trabajo, su vida... Decididamente, lo último que le apetecía era pasar un rato con su tío. Apenas

le conocía, ¿de qué iban a hablar durante el trayecto? Debería haberse ido sola, era lo que más le apetecía en ese momento.

Salieron del hospital donde Soledad ahora descansaba, medicada y tranquila. Las luces de los faros de los coches se reflejaban en un pavimento de espejo, brillante por la lluvia que había ido cayendo a lo largo de la tarde. Jaime se subió el cuello de la cazadora. El aire húmedo hizo estremecer a Alba.

El hospital estaba en el casco antiguo de la ciudad, entre una maraña de callejones estrechos y aceras desgastadas. De día, un lugar para conocer y perderse en sus rincones de mercados y plazas, de añejas tiendas por descubrir. De noche, un mágico paseo entre el pasado y el futuro, entre murallas de piedra y portales de vidrio. Luces y sombras reflejadas sobre cafeterías escondidas en recodos imposibles, dentro del barrio viejo.

El aire frío se paseaba sin miedo, barriendo las calles de transeúntes, acercándoles el olor a comida italiana de alguna pizzería cercana.

Jaime carraspeó indeciso, sin atreverse a romper el silencio, esperando quizás, que fuese Alba quién hablase primero. Pero no fue así.

-Oye... ¿Has comido algo?

Alba lo miró sin contestar.

-Algo decente, no algo salido de una máquina expendedora.

Lo miró sin saber qué decir:

-Bueno hoy ha sido un día de muchos cafés y... poco más.

Jaime asintió:

-Por eso lo digo. Iba a cenar antes de volver a casa. ¿Te parece bien si comemos algo antes de que te deje en la tuya?

Alba sólo quería estar sola y descansar. Descansar del duro día que habían tenido, de tantas horas de espera. Pero sobretodo desconectar de ella misma y de todos. Ahora había escapado y sólo necesitaba ir a casa. Jaime vio la negativa en su rostro antes de que pudiese verbalizarlo, e insistió, con la esperanza de poder convencerla: -Necesito comer. Y creo que a ti también te vendría bien tomar algo. Ha sido un día largo y pesado.

Cenamos algo rápido y te llevo a casa. Por aquí cerca hay varios restaurantes, ¿qué dices?

No quería resultar desagradable. Tenía que reconocer que estaba siendo considerado. No sabía cómo negarse:

-La verdad es que estoy más cansada que hambrienta...

Jaime la cortó antes de que pudiera acabar la excusa.

-Por eso mismo. No tendrás ganas de prepararte nada cuando llegues. Venga, que no diga tu madre que no te he cuidado bien. ¿No querrás que me lleve una bronca?

Torció la cabeza, en un gesto divertido, consiguiendo arrancarle una sonrisa a Alba que conocía la tensa relación entre ellos. De cerca no parecía un tipo tan siniestro como le había hecho ver su madre, más bien era simpático y atento. Aunque no estaba dispuesta a bajar la guardia.

Caminaron en silencio acompañados por el alboroto de las céntricas calles en un día raro por lo acontecido y, por la calma con la que paseaban, uno junto al otro, en busca de un refugio en el que aparcar, por un momento, sus vidas.

Dos calles más abajo, entraban en un bar. La gente se arremolinaba en la puerta fumando y charlando. Tuvieron que sortearlas para llegar hasta el viejo portón de madera. Jaime lo empujó con fuerza. Una bofetada de aire caliente y denso les invadió. El aire estaba cargado de aromas, haciendo de ellos animales hambrientos. El lugar estaba bastante lleno, pero no tardaron en ocupar una mesa.

Apenas les había dado tiempo a sentarse, cuando el móvil de Alba sonó dentro de su bolso.

Lo buscó con una mano. Era Dani. Ni siquiera se apartó para mantener la conversación. Contestó brevemente con monosílabos y colgó, dejándola pensativa, gravando la preocupación en su rostro.

Jaime la rescató de sus pensamientos:

-Cuando las conversaciones duran unos cuantos segundos y te dejan esa cara de preocupación, es mala señal. ¿Estás bien?

Alba suspiró, cansada:

-No es nada, es que....

-No hace falta que me des explicaciones.

-Supongo que son malas rachas. Últimamente es como si todo se estuviese yendo a pique.

Jaime asintió en silencio:

-Conozco esa sensación. A veces la vida puede ser muy cabrona.

-Joder. Hacerse mayor es un asco.

Jaime rió, asintiendo:

-¡Qué me vas a contar! Te llevo unos cuantos años.

-Yo no diría que son tantos.

-Los suficientes para saber que hay momentos en los que uno ve como

todo a lo que se agarra, se desmorona y se queda sólo, en pie. Y piensa, ¿y ahora qué hago?, ¿hacia dónde debo ir?, ¿cómo lo hago para no equivocarme?

-¡Uau! ¿Tan transparente soy? ¿Sabes leer la mente? -Jaime sonrió complacido-. Pensaba que era la única rara de la familia, pero ya veo que no.

-¡Ah! Gracias. Lo tomaré como un cumplido.

-Yo no..., perdona no pretendía ser grosera... No quiero decir que tú... seas un tío de esos raros...

-Vaya, lo estás arreglando. Ya me siento mejor. -Rió-.

-No quiero decir eso... disculpa, -suspiró-, soy buenísima metiendo la pata.

Sonrió avergonzada.

-No, por favor, no te disculpes. Supongo que te han hablado poco y mal de mí.

-No, no que va...

-¡Por dios, que mal mientes! -Y soltó una carcajada, divertido-. No te preocupes, lo tengo más que asumido. No hace falta que te molestes en disculpar a nadie. Las cosas son como son.

Hizo una pausa que aprovechó para examinarla y, de paso, hacerla sentir un poco intimidada.

Prosiguió.

-Pero, y ¿qué me dices de ti?

Alba se extrañó:

-¿De mí?

-Sí. Acabas de decir que eras la rara de la familia. ¿Qué te hace pensar eso? ¿No pretenderás seguir mis pasos? Piensa que el título es mío, me lo he ganado a pulso, te lo aseguro.

-Bueno vale, quédate con el título, yo me quedaré con mis rarezas.

-No creo que seas rara, Aurora no permitiría que te convirtieras en un segundo Jaime. Ella... es una buena madre.

Hizo una pausa para llevarse a la boca una aceituna del plato que les habían dejado mientras les traían el resto de la comida.

-Como hermana, en cambio, la mataría a veces. ¡Uy! Perdón. No me delates o no me dejará tranquilo, -hizo una mueca de desesperación que hizo reír a Alba-.

-Eres divertido.

-Y a ti te sorprende. A saber lo que te habrán contado de mí. Que me

como a los niños para desayunar, eso como poco.

-Deberías venir a las comidas familiares. Contigo no serían tan aburridas.

-No son aburridas. Son insoportables, sofocantes, angustiosas, claustrofóbicas...

-Vale, vale lo pillo. Sí, un poco latazo sin son, la verdad. Pues deberíamos hacer una comida familiar diferente.

-Ummm, te escucho. ¿Qué propones?

Alba llevó su mirada hacia el fondo del local. Un camarero apareció y les sirvió las bebidas, un par de cervezas frías, que se apresuraron en probar. Luego continuó, como si tuviese muy bien pensado lo que iba a decir:

-Un encuentro que resulte agradable y divertido, como deberían ser las reuniones familiares. Gente riendo, comiendo y haciéndose bromas. Nada de caras serias, incomodidad, ni reproches por debajo

de la mesa.

-Suena bien. Si lo consigues me apunto.

-Sí claro, estás invitado. Como si eso fuese posible. -Suspiró decepcionada-

-No sabía que eras una idealista. Casi romántica, diría.

-Más bien casi frustrada. -Se relajó en la silla y mientras jugueteaba con los cubiertos continuó explicándose-. Mi madre no soporta a tía Rosa, ni se hablan. Los primos son más jóvenes y están a otras cosas. Mi padre se limita a comer, asentir y callar. Tío Miguel intentando animar a todo el mundo con sus bromitas que todos conocemos, y que ya no nos hacen gracia. Y la abuela dando órdenes, que todo el mundo obedecemos, para tener todo bajo control. Un fiestón, vamos. Deberías participar alguna vez. Para que realmente me sintiera cómoda, no debería venir casi nadie.

-Suena desastroso. La próxima vez haremos una tú y yo solos. Quizás salga mejor. -Jaime la miró y comprendió que no bromeaba-. Lo siento. No sabía que te molestara tanto. Sé lo asfixiantes que pueden resultar.

-¡Bah!, te acostumbras, supongo.

-¿Y tú?

-¿Yo qué?

-¿En qué lugar quedas?, entre tanta gente, ¿tú dónde estás? Pienso en ti e intento imaginarte...

Alba tuvo un escalofrío que la recorrió entera. Jaime pensaba en ella. Ese pensamiento la desconcertó.

-No lo hagas. Me da vergüenza, -reconoció-.

-No pretendía molestarte. -Hizo una pausa en la que ambos quedaron en silencio, retomando sus papeles-. Dime al menos en qué lugar quedo yo. Seguro que soy el plato principal, -y sonrió-.

-Bueno...digamos que eres el entrante, el segundo y el postre, -hizo una mueca de disculpa-, eso sí, siempre cuando creen que no los oímos. Mi madre, tío Miguel y la abuela te hacen picadillo.

Alzó los brazos, triunfal, como si acabara de quedar en primer puesto.

-Caray, y eso que ni siquiera asisto a las comidas. Debes reconocer que soy bueno, -y le guiñó el ojo a Alba, que no supo porqué pero que le pareció un gesto muy sexi-.

-Ya te digo. No hay quién te gane.

-Cuéntame más por favor, ponme al día. Al final esta cena me va a ser de lo más provechosa.

-Oye, yo no soy ninguna cotilla. Vete a sacarle información a otra. Me estás poniendo en un compromiso, -y sonrió divertida-

-Venga por favor. Además, ¿a quién quieres que pregunte?, ¿a tu madre?

- Mis labios están sellados, además... mi información tiene un precio.

-Encima chantajista. Sí señor. Cada vez estoy más orgulloso de ti.

Sonreían divertidos, mientras cenaban, expectantes y complacidos de ver que la compañía resultaba más grata de lo que hubieran imaginado.

-Venga dime que me va a costar, negociemos. Pero te advierto que es mi especialidad.

-Información a cambio de información.

- ¿Cómo?

-Yo te explico, tú me explicas.

Jaime se apoyó en el respaldo de la silla, divertido, mirando a Alba, intentando adivinar sus intenciones.

-¿Qué quieres saber?

- La verdad.

-¿Qué verdad? Nadie quiere conocerla, solemos preferir el autoengaño. Es más fácil mirar hacia otro lado.

-Supongo que tienes razón. Pero... soy un poco curiosa y se me ocurren muchas cosas que preguntarte.

-Pues sí que vas a resultar cotilla, sí, -dijo sonriente e intrigado-

-Tú quieres saber cosas de esta familia y yo también. Hay trato o no hay trato.

-No sé en qué te puedo servir yo, pero si puedo responder a tus preguntas lo haré. Trato.

Se dieron las manos teatralmente, en un acto que pretendía sellar un negocio rentable para ambos. Alba tenía las manos heladas y se avergonzó por ello, porque las de Jaime eran firmes y cálidas.

-¿Seguro que puedo confiar en ti?, -dijo Alba entrecerrando los ojos-

-¿Cómo dices? Que yo sepa no tienes ningún motivo para desconfiar de mí.

-Tampoco lo tengo para fiarme. ¿Y si fueses a explicárselo luego a mi madre?, ¿en qué lugar quedaría yo?

-¿Tan malo crees que soy?

-No sé si eres malo o bueno. En realidad no sé cómo eres. Casi no te conozco...

-Tienes razón. -Jaime suspiró y la miró en silencio por unos instantes que,

a Alba le parecieron demasiado intensos. Luego continuó-Por esa regla de tres yo puedo pensar que tú harías lo mismo.

Podrías ir a explicarle a tu madre que he intentado sonsacarte información y ponerte contra ellos.

-Cierto, pero yo no haré tal cosa.

-¿Y cómo sé que no lo harás?

-Porque vas a confiar en mí.

-Exacto. Si no me fiara de ti, no estaríamos teniendo esta conversación. Simplemente hubiera dado una excusa para no llevarte a casa. Así que, estoy en tus manos.

Alba resopló, quedándose sin argumentos:

-Vale, tú ganas. Voy a confiar en ti. Supongo que ninguno de los dos saca nada malmetiendo contra el otro.

-Gracias es un bonito gesto. Sobre todo teniendo en cuenta que soy, ¿cómo me has llamado antes “un tío raro de esos”?

Alba rió. Realmente era un tipo bastante divertido. ¿Qué le hacía tan especial y tan diferente al resto? Alba puso los ojos en blanco:

-Ya me he disculpado por la expresión. Bueno, ¿quieres saber qué dicen de ti o no?

-Adelante. Te escucho.

-Bueno, casi siempre que se refieren a ti es con algún reproche: que vas a tu aire, que no los llamas, que no te dejas ver, que nunca vas a las comidas familiares... Y luego se hacen preguntas. Esta es mi parte favorita, porque las hacen y luego intentan responderlas ellos mismos. ¿Porqué serás tan reservado?, ¿Porqué no haces las cosas de otra manera? ¿Qué le habremos hecho nosotros? ¿Porqué no te has casado?... Ese tipo de cosas, aunque me imagino que no te sorprende.

-No mucho, la verdad. Me interesa más saber cuáles son sus respuestas ¿Qué piensan que me ocurre?

Alba sonrió maliciosamente, negando con la cabeza.

-No pienso seguir hablando. No hasta que tú respondas a alguna de mis preguntas. Un trato es un trato.

Jaime se llevó las manos a la cabeza:

-Eres perversa. Y un poco tramposa...

-No soy tramposa.

-Apenas me has dicho nada que no pudiera imaginarme.

-Es que lo bueno se hace esperar.

Se arrepintió al momento de haber utilizado esa expresión, porque Jaime la miraba sorprendido y desconcertado. Así que quiso desviar su atención: - Además si yo te cuento todo lo que quieres saber, ¿quién me asegura que luego tú responderás a mis preguntas?

-Porque te he dado mi palabra. Y porque has dicho que ibas a fiarte de mí.

-Vale pero ahora respóndeme tú.

Jaime negaba con la cabeza mientras sonreía divertido: -Sé que voy a arrepentirme. Pero seguro que no me dirás nada más si no te respondo, ¿cierto?

-Cierto.

-Está bien. Dispara.

- Ummm... déjame pensar.

-Por el amor de dios, ¡ni siquiera tienes pensada la pregunta!

-Claro que sí, estoy decidiendo cuál preguntar. Sólo puedo hacer una así que debo meditarlo bien.

Jaime dejó los cubiertos en el plato, dando por finalizada su cena. Se acomodó en la silla fingiendo impaciencia:

-Bueno avísame cuando la tengas, a ser posible antes de mañana.

-Vale, la tengo.” -Alba puso los codos sobre la mesa, juntó las manos y las puso bajo su barbilla, en un gesto distinguido que quiso darle seriedad a su pregunta-. Antes te he dicho que no sé si eres bueno o malo porque apenas te conozco. -Jaime asintió atento-. Cosa que no deja de sorprenderme por momentos, porque estás resultando una compañía muy agradable. Diría que divertida e interesante.

Jaime sonrió complacido.

-Gracias, yo también me estoy divirtiendo.

-Mi pregunta es: ¿por qué no te conozco?, ¿dónde has estado mientras yo crecía? Si siempre eres como hoy, me hubiese encantado crecer con alguien como tú al lado. -Alba bajó la voz casi entristeciéndose-, las comidas familiares hubiesen sido muy diferentes. -Y lo miró interrogante-: ¿por qué, Jaime?

Le costaba sostener la mirada inquisidora de Alba, tan profunda que creía que podía ver dentro de él. Se removió inquieto en la silla, nervioso.

-Alba yo... Esto no me lo esperaba, quiero decir que son muchas preguntas...

-Sólo es una.

Alba lo miraba, esperando una respuesta. Jaime se pasaba la mano por el

pelo, pensativo. Y

se sorprendió al notar que, cuando lo hacía, le resultaba atractivo.

-No sé qué responder. No ahora. Para darte una mínima explicación necesitaría explicarte antes muchas cosas y ahora... ahora no es el momento ni el lugar.

-He confiado en ti.

-Lo sé, y no te estoy diciendo que no. Sólo te digo que ahora no. Aquí no.

-Lo sabía. Sabía que no querías hablar conmigo.

-Oye, eso no es justo. Apenas he podido acercarme a ti en años. -Jaime respiraba incómodo, quería poner las cosas en su sitio-. Tampoco te he visto llamándome para interesarte por mí.

-¿Qué? ¡Encima tendré yo la culpa!

-No quiero decir eso. Me pides explicaciones, pero no sé si estás preparada para oírlas sin juzgar.

-Pruébalo.

Alba lo miraba retándolo. Era encantadora, dulce y curiosa. Durante muchos años había sido inaccesible, y ahora estaba ante él, pidiéndole explicaciones. Quizás se lo debía, pensó: -De acuerdo. Pero aquí no.

-¿Por qué?

-Entre otras cosas porque se está haciendo tarde. -Miró su reloj-. Debería llevarte a casa. No sea que tu madre me mande a la policía al ver que no te devuelvo sana y salva.

Tenía razón. El tiempo se le había pasado volando. Alba se resignó. Si él no estaba dispuesto a sincerarse con ella, no pensaba insistir. Se levantaron y salieron del bar. La noche seguía fría y cada uno se refugió en sus pensamientos. Hicieron el camino de vuelta en silencio. Jaime estaba pensativo y Alba tenía la sensación de que lo había alejado con sus preguntas y que, lamentablemente para ella, se quedaban muchas cosas en el tintero.

Jaime condujo concentrado hasta casa de Alba. Aparcó en doble fila a la altura del portal y, para su sorpresa, paró el motor del coche. Lo miró interrogándolo. La música seguía encendida y la luz amarillenta de las farolas se colaba entre los cristales, iluminando levemente sus rostros. El de Jaime era serio:

-Soy un hombre de palabra. Sé que te mereces que te conteste con sinceridad y, la verdad, no es algo a lo que esté acostumbrado. Dame un poco de tiempo, me has dado mucho en qué pensar. Y

luego quedamos nos vemos y hablamos. Una comida, una copa, una cena.

Tú eliges.

Su voz y su mirada la hacían sentirse cómoda. La situación no dejaba de ser extraña. Estaba en un coche con un hombre al que apenas conocía, pero que era su tío y, acababa de descubrir que podía ser una persona muy interesante, con la que podía conectar bien. No había nada de malo en intentar conocerlo más y descubrir más cosas de él, ¿no? Entonces, ¿por qué se sentía como si estuviese a punto de pasar una línea prohibida, o de traicionar a su madre? Respondió: -Pero...

-Pero, ¿qué?

-Siempre hay un “pero”.

-Sin excusas. -Su mirada seria, su tono grave, confundían a Alba y hacían aquel encuentro emocionante-. Prométeme no juzgarme demasiado duro...

-No te entiendo, ¿por qué te importa tanto lo que piense de ti?

Jaime reclinó la cabeza hacia atrás, dejándola reposar en el asiento del coche, mientras dejaba escapar una larga respiración. Alba dejó que se tomara su tiempo antes de contestar, observándolo atenta en silencio.

-Siempre he sido el hijo pródigo. Supongo que para mí es importante saber que alguien puede escuchar y entenderme. Tampoco pido tanto. Sobre todo si eres tú la que vas a juzgarme.

Alba se giró hacia él, apoyando el codo en el respaldo, sosteniéndose con la mano la cabeza.

-Con cada respuesta tuya me dejas más dudas. ¿Qué crees que pasaría si voy directa a mi madre y le cuento nuestra conversación?

-Nada nuevo, imagino. Te diría que no soy de fiar y que te alejes de mí.

-Pero no tiene sentido. ¿Por qué?

-Porque te protege.

-¿De ti?

-De todo. También de mí.

Hizo una pausa mientras observaba el rostro de Alba. Era un rostro contrariado, pero enigmático, en el que le daba miedo perderse. Quiso relajar el ambiente.

-Aunque siempre podré defenderme diciendo que te llevé a comer algo antes de devolverte a casa.

Así que como canguro espero no haberlo hecho mal.

Alba sonreía maliciosa:

-Nada mal.

-Debes irte.

Bajó del coche. Jaime puso en marcha el motor y vio como se alejaba hasta el portal. Se bajó y la llamó.

-Alba.

Alba se giró sonriente. Algo le decía que no la iba a dejar marchar sin más.

-Pídele mi teléfono a tu madre y llámame para vernos.

-¡Estás loco! ¿Cómo voy a hacer eso? Le va a parecer muy raro. Pero ¿qué quieres que le diga?

-No sé. Ya se te ocurrirá algo. Digamos que si tantas ganas tienes de que te dé explicaciones, vas a tener que ganártelo.

-¿A ti no te han dicho nunca que eres un poco cabrón?, -dijo sonriendo divertida-

-Constantemente. Pero no hago mucho caso de lo que dicen los demás. Ahora me interesa más lo que pienses tú.

Se deslizó dentro del coche y se fue calle abajo, dejando a Alba entre divertida y desconcertada. Con la sensación de que aquel camino no la llevaba a ninguna parte, o... ¿quizás sí?

13

Diecisiete de marzo de 1938

Querida Esperanza:

Te escribo estas letras para decirte que estoy bien dentro de lo posible. Viajamos mucho y pasamos por lugares que me gustaría que vieses, aunque ya te contaré a mi vuelta, dios mediante.

Aquí todo es muy diferente aunque, a dios gracias, comemos todos los días, también nos dan tabaco y pocas cosas más. Lo peor de todo es el frío y no poder dormir en una cama decente. Se echa mucho de menos a la familia, al pueblo y a ti sobretodo, que estás en mi pensamiento y me acompañas en los ratos perdidos de espera de nada.

No sé si he matado a alguien porque tenemos que disparar para defender las posiciones. Se oyen gritos y ruidos ensordecedores a los que no logro acostumbrarme, explosiones a uno y otro lado. Y luego el silencio, al que tememos más que a nada, porque es espeso y esconde la muerte tras él y nos impide conciliar el sueño. Yo prefiero pensar que las balas se pierden por el aire y nunca dan a nadie, para quedarme tranquilo. La gente de los pueblos por donde pasamos nos recibe bien y nos cuentan sus problemas, como si pudiéramos hacer algo por ellos, como si el vernos allí les diera esperanzas de que sus vidas pudiesen mejorar.

Los mandos están convencidos de que si no se gana esta guerra, no tendremos tierras para trabajar y vivir libremente, ni habrá futuro digno para nuestros hijos, pero aún hay demasiadas cosas que no entiendo y, si te digo la verdad, tiros pegamos todos. Es difícil saber si nuestra causa es más justa, sobre todo cuando dejas atrás tanta gente sufriendo y tantas injusticias. Como la que cometieron contigo y conmigo.

Están pasando muchas cosas y no sé cuándo vamos a poder volver a casa. Algunos dicen que pronto, pero a mí me da que de cierto nadie lo sabe. Me quedaré más tranquilo cuando reciba noticias vuestras. Os envío besos y abrazos. No dejes de esperarme. Te quiere: tu gitano.

Veinte de Abril de 1938

Querido José:

Cada carta que nos llega tuya es un descanso para nuestro padecimiento. Recibir noticias nos da fuerzas para seguir rezando, rogando cada día para que nuestro Señor te guarde y te proteja, y te devuelva sano y salvo con nosotros. A tu madre, tu hermana y a mí nos duelen las manos de poner velas a los santos suplicando que así sea.

Las cosas por aquí están como antes de tu marcha, un poco más revueltas, pero nos vamos apañando. Se hace muy difícil tu ausencia. Duele como una herida abierta, pero intentamos seguir porque la fe en tu vuelta nos da fuerza. Lo demás ahora no importa.

Tus padres y hermanos bien, a dios gracias. A mis hermanos Luis y Antonio también se los llevaron pero todavía no hemos tenido noticias tuyas. Todos rezamos para que esta guerra acabe y podáis volver a casa. En nuestro pensamiento estás tú. No dejo de pensar en ti, ni de día ni de noche, con la esperanza que en cualquier momento regreses y vengas a buscarme para llevarme contigo.

Contigo para siempre. Me imagino una vida mejor en la que podamos estar juntos y ese pensamiento me ayuda a pasar los días, esperando que vuelvas. Besos y abrazos. No dejes de cuidarte gitano. Tuya: Esperanza.

14

Mientras su madre se paseaba por la cocina, Alba desayunaba pensativa.

-Oye mamá, ¿exactamente por qué estás peleada con tu hermano pequeño?

Su madre la miró perpleja.

-Y a ti, ¿qué te pasa esta mañana?, menuda pregunta. Además ya lo sabes, no nos llevamos bien. Él va mucho a lo suyo y los demás le traemos al fresco.

-Ya... es que el otro día... cuando me trajo a casa...

-Supongo que no sería capaz de importunarte o...

-No, no, al contrario. Fue muy educado y estuvo muy amable. Pero me pareció raro estar con él. No era como estar con tío Miguel, ¿me entiendes?

-Claro que te entiendo. Miguel ha estado siempre, y Jaime...

-A eso me refiero, no sé exactamente por qué nunca ha estado con nosotros. ¿Os peleasteis? Porque si fue hace tiempo deberíais...

-Ya sé que no me creerás, pero jamás me he peleado con ninguno de mis hermanos.

Alba frunció el ceño dudando de su respuesta.

-Sí, lo que oyes. Ya sé que soy mandona y que ejerzo de hermana mayor, pero eso no significa que no los quiera. Son mis hermanos y me duelen casi como si fuesen mis hijos. Nunca dejaría de hablarles por muy fuerte que fuese la discusión.

-Entonces, ¿qué pasó?

-No sé qué le hace ser como es. Supongo que cada uno tenemos nuestro carácter y el de Jaime... en cuanto tuvo oportunidad salió de nuestras vidas para vivir la suya. Un día dejó de llamar, ni venir, ni vernos...

-Y... ¿no será que cuando volvía se encontraba con los reproches de toda la familia?, quizás eso le hizo dejar de venir.

-Hija, no lo sé. Es mi hermano, le he cuidado siempre, pero... a veces pienso que no le conozco.

-Ahora parece que habéis firmado una tregua, ¿no?, quizás ahora sea diferente y podáis...

-Yo no pondría la mano en el fuego. En cuánto la abuela mejore, volverá a desaparecer. Así que no te emociones. Además, ¿a qué tanto interés en tío Jaime?

-¿Yo?, ninguno, es que el otro día me pareció que era simpático y que quizás me hubiera gustado conocerlo un poco más.

-No es buena idea. Desaparecerá antes que vuelvas a coincidir con él. Alba no me gustaría que te hicieras ilusiones. Él decidió hace mucho tiempo que no quería compartir su vida con nosotros. No creo que eso haya cambiado.

-Pero...

-No quiero que te haga daño. -Y dio por acabada la conversación, cerrando cualquier puerta que Alba intentase abrir sobre aquel asunto-. Y espabila o llegarás tarde al trabajo.

-No te preocupes, voy bien de tiempo.

-Vale, pero no te encantes que se te va el santo al cielo. Voy a bajar a comprar, luego te veo.

Y la besó en la frente antes de salir de la cocina.

Abstraída y somnolienta, pensaba en lo que acababa de decirle su madre, sumiéndola todavía en más dudas.

Miró el reloj de la pared mientras tomaba el último sorbo de su café. No había dormido mucho, el encuentro con Dani la noche anterior, le había dejado un regusto amargo, siendo consciente de lo deteriorada que estaba su relación: -Estás jugando conmigo.

-No. Yo no juego, Dani.

-No es una pregunta, sino una afirmación.

Tumbado en la cama, la miraba mientras Alba recuperaba piezas de ropa repartidas por la habitación.

-¿Por qué crees eso?

-Lo sé, Alba. Lo noto. Y sé que ahora no estás bien conmigo. Es como me miras... como me hablas... Aunque ya me estoy acostumbrando a tus ausencias. Mi duda siempre es si volverás.

-No me he ido a ninguna parte, Dani. Y déjalo ya.

Se incorporó sobre un costado, mirándola de lado: -¿Qué te pasa, Alba?

-No me pasa nada, joder. ¿Por qué te gusta complicarlo todo?

- ¿Me quieres?

-¿A qué viene eso ahora? Eres idiota.

-¿Pero me quieres?

-Déjame...

-¡Siempre tengo que dejarte ir, vamos al ritmo que tú marcas! Damos un paso adelante y otro atrás.

No avanzamos y ya no tenemos veinte años.

-¿Qué quieres decir?, ¿quieres casarte, niños?, ¿qué quieres, Dani?

-Quiero que te quedes conmigo.

-Ya estoy contigo.

-No es verdad. Apareces y desapareces a tu antojo. Últimamente, todo son broncas, reproches, como si estuvieras harta de mí. Ni siquiera el sexo es como antes.

-Yo... no lo veo así. Estoy como siempre. Lo que pasa es que quieres que vea las cosas como tú y no puedo hacerlo.

-Mírame.

-No.

-¡Mírame, coño!

Alba se asustó, Dani había alzado la voz y la había agarrado del brazo obligándola a girarse hacia él. Lo miró y vio como la tensión en él se rebajaba. Se deshizo de su mano y buscó sus ojos, dulces y tiernos de los que se había enamorado hace mucho, quizás demasiado. Dani no sabía cómo continuar, como si lo que había de decir le costase terriblemente: -Quédate conmigo esta noche. No te vayas. Te echo de menos. -Alba se tensó, no esperaba aquello-

A veces te noto tan distante...como ausente, como si siguiésemos juntos por inercia. Te echo de menos incluso cuando estás aquí. Quiero que volvamos a estar bien. Eso es todo.

Alba le pasó suavemente la mano por la mejilla y sonrió tristemente, sabiendo que tenía parte de razón:

-No dramatices, sabes que hoy no puedo quedarme.

-No me hagas esto, Alba, hoy no.

-No seas bobo. Creo que ves fantasmas donde no los hay. ¿Qué puedo decir?, ya me conoces, tengo mis momentos. Últimamente no parece ir nada bien, mi abuela... el trabajo..., no sé, estoy más apática. Será que me hago mayor. No le des más vueltas.

Y se incorporó de la cama, dándole un beso en los labios, dejándolo pensativo y preocupado.

-Voy a vestirme.

Recordaba ahora, éstas y otras discusiones recientes en las que huía de dar respuestas escabulléndose, llevándoselo a su terreno para convencerlo de que nada ocurría, para convencerse de que todo estaba bien. Las dudas

siempre la habían acompañado en su relación con Dani, pero él la miraba con tanta dulzura, era tan fácil dejarse querer que había aplazado infinitamente el tomar una decisión sobre ellos. Él lo sabía, pero seguía allí, queriéndola, enganchado a ella. A veces sentía que Dani era un jarro de agua fría resbalándole por la espalda, la irritaba de tal modo que se preguntaba por qué seguían juntos. Otras veces, en cambio, veía que le hacía tocar con los pies en el suelo, compensando su falta de arraigo a las rutinas. Dani dormía el animal que llevaba dentro, era la melodía que la mantenía en calma. Sin él Alba era un caos. Él la centraba y la aceptaba cual era, la hacía real como los demás y Alba sólo pretendía ser aceptada más allá de sus dudas y de esa manera peculiar de ver el mundo. Con Dani todo era más fácil porque, teniéndolo a su lado, sentía que seguía un orden lógico establecido, un camino que no sabía si era el suyo, pero que recorría sabiendo que era la manera, quizás la única, de avanzar.

Escuchó a su madre todavía en casa, acabándose de arreglar, antes de salir a la calle. Inspiró y pensó: “ahora o nunca”.

Dos horas más tarde estaba marcando el número de Jaime, con un nudo en el estómago y con la sensación de haberse convertido en una traidora.

A las siete apareció por la puerta Jaime, puntual y sonriente. Varias mujeres de mesas cercanas lo miraron de reojo al pasar. Alba sonreía satisfecha, pues hoy él era su cita y, esperaba que llevase encima algunas respuestas. Había dejado de sentirse traidora en cuanto escuchó su voz al otro lado del teléfono:

-Hola, soy... Alba, -titubeó insegura esperando una reacción-.

-¿Alba?... no conozco a ninguna Alba. Lo siento señorita ha debido equivocarse.

-Yo... no... ¿cómo que no...?

Lo escuchó reírse. Su risa era contagiosa. Y lo imaginó divertido, riéndose de ella: -Certifico lo dicho el otro día. Eres bastante cabrón.

-Lo siento, en serio, pero es que...no he podido evitarlo, me lo has puesto perfecto para quedarme contigo. No te enfades. -Y siguió riendo-. Además ya pensaba que te habías echado atrás.

-Me he tomado mi tiempo.

-Sí, ya veo. Dime la verdad, no sabías como conseguir mi teléfono ¿no?

-Muy gracioso, sigue así y colgaré.

-No, por favor, espera. Dime, al menos, cómo lo has conseguido. ¿Se lo pediste a tu madre?

- Si quieres saberlo tendrás que quedar conmigo.
- Tentador, pero no sé si podré...
- Podrás.
- ¿Me está usted amenazando, señorita?
- Si es necesario... -empezaba a ser un juego muy divertido-.
- No, no será necesario. Estaré encantado de quedar contigo.

Alba se levantó para saludarlo. Jaime le dio dos besos mientras su mano se posaba discretamente sobre su espalda. Le pareció atractivo y galante. Y además olía a perfume caro. No quería distraerse. Tenía una conversación pendiente con él. Le debía unas cuantas respuestas.

Esperaba mantenerse firme. Se sentó frente a ella.

-¿Qué quieres tomar?

Jaime miró la mesa y a su alrededor. Su cara entre interrogante y divertida con el ceño fruncido, la desconcertó:

-¿Me tienes miedo, Alba?

-¿Yo, miedo? ¿Por qué?

-No sé, dímelo tú: siete de la tarde, lugar muy concurrido y estás bebiendo ¿una infusión?, -y levantó una ceja interrogante-. Sólo te ha faltado traerte a tu madre de guardaespaldas.

-Dijiste que yo eligiera. Ahora no te quejes. Además te he llamado, ¿no? Señal que sigo interesada en hablar contigo y sólo contigo, sin testigos.

-Sí claro, no vaya a ser que nos vea alguien tomando una tila juntos y se declare la tercera guerra mundial. -Rió-.

-¿Qué pasa?, ¿qué tienes en contra de las infusiones?

-No, nada. Pero de paso podríamos haber quedado en casa de la abuela y merendamos con ella. No me dio la impresión el otro día de que te fuese el rollo este de tomar el té con las amigas.

Jaime había cogido la taza de Alba y la olía poniendo cara de tener que estar horrible.

-Eres bastante grosero si te lo propones, ¿lo sabías?

-Y tú un pelín ñoña y susceptible.

-Caray, chico, para venir en este plan podrías haberme dado cuatro explicaciones por teléfono y listo. Te hubieses ahorrado venir hasta aquí y ponerte guapo para la ocasión. Además no sé qué esperabas.

-¿Te parezco guapo?, -sonrió abriendo mucho los ojos-. Vaya, que agradable descubrimiento.

Gracias, tú tampoco estás mal.

Alba enrojeció, avergonzándose de sí misma. Quizás el subconsciente la había traicionado.

Debía mantener el control. Aquel hombre la hacía bailar a su son. “Tierra trágame. Bocazas, más que bocazas. Di algo ingenioso, rápido”, se decía a sí misma, pero no lo conseguía. Jaime fue al rescate.

-Bueno señorita, ¿vas a decirme cómo conseguiste que tu madre te diera mi móvil?

-No lo ha hecho.

Jaime puso cara de no entender y Alba continuó:

-Le miré el móvil a sus espaldas.

-Madre mía, eres peor de lo que imaginaba. Recuérdate que no deje mi teléfono a tu alcance.

-¡No me dejaste otra opción!

-Oye no quiero ser mal educado, pero diría que tienes edad de tomar tus propias decisiones. Así que no me echas a mí la culpa. Eres una cotilla, -sentenció-.

- Esto parece el patio del colegio. ¿En qué edad te quedaste y decidiste no crecer más?

-¿Me estás llamando inmaduro?

Jaime estaba disfrutando con aquello, mientras Alba empezaba a perder la paciencia.

-Pues la verdad, con lo que he visto hasta ahora de ti, quizás tengas el síndrome de Peter pan.

Domicilio del Sr. Jaime en el país de nunca jamás.

-Y tú en el papel de Campanilla, al rescate. Ya me lo estoy imaginando.

-¿Eso crees, que intento rescatarte?

-Bueno eres psicóloga, te dedicas a eso, ¿no? Puedes alegar que es defecto profesional. A no ser que tu interés en mí sea más... personal.

-¿Qué quieres decir con eso?

-No sé muy bien todavía lo que pretendes. Dímelo tú, para eso estamos aquí ¿no abuelita?

-Eres un provocador.

-Y... ¿tú qué eres?

-Yo... soy yo...

-Te veo perdida.

-Me estás liando.

-¿Te gustaría que te liara?

-Es imposible mantener una conversación contigo. Creo que me iré, no estoy segura que vayas a darme ninguna explicación. De hecho creo que nunca has tenido intención de darme ninguna.

-Te di mi palabra. Responderé a lo que me preguntes.

- ¿En qué trabajas?

-¿Ves como eres una cotilla? -Rió-.

-¿Por qué no has venido a ninguno de mis cumpleaños?

-Suenas a reproche más que a pregunta. Aunque tiene fácil arreglo: invítame al próximo, intentaré no perdérmelo.

-Venga, Jaime. En serio. Dame algo con lo que pueda ver que estás aquí porque de verdad quieres conocerme y no para mofarte más de mí.

Se reclinó en el asiento. Cruzó las piernas ante ella y la miró.

-No me mofo de ti. Juego contigo, que es diferente. ¿No se supone que es lo que deben hacer los tíos con sus sobrinos? -Alba hizo un mohín, impacientándose-. Está bien. No te enfades. Nunca he estado ahí, es cierto. ¿Por qué? Razones hay muchas, la más evidente es que soy una persona “non grata” en tu casa. Tu madre y yo somos muy diferentes. Somos hermanos y llevamos la misma sangre pero en todo lo demás somos extraños. Sabes de sobra que ella no aprueba casi nada de mí.

Lo más sensato era poner tierra de por medio. Luego fue muy difícil volver, por orgullo, por falta de costumbre, por resentimiento, miedo... qué se yo. Los años pasan. Tú creces y yo... seguía muy lejos de todo. No tengo otra respuesta Alba, tendrás que creerme. El interés en que yo no me acercara a ti más allá de lo indispensable, tendrás que preguntárselo a tu madre.

Alba lo miraba expectante y silenciosa, ahondando en sus ojos grises, decidiendo si podría confiar en él. Jaime sentía su mirada, incómodo por su intensidad.

-Ni siquiera sé por dónde empezar para entenderos a todos. Durante toda mi vida ha sido muy fácil.

Tú eras la nota discordante. Pero ahora te conozco y... se me hace difícil ponerte de nuevo la careta de villano. Ahora ya no eres invisible. Estás aquí y... ya no sé qué pensar.

-Dudas, luego existes. Bienvenida al complejo mundo de los adultos. Llegas un poco tarde pero...

más vale tarde que nunca. Quizás ahora estás en un momento en tu vida en que te permites a ti misma plantearte más cosas y eso hace que estés

abierta...

-¿Abierta?, eso ha sonado muy mal.

-... abierta a encontrarte a ti misma. ¡Qué mal pensada eres!

Rieron para rebajar la tensión del momento.

-Supongo que traías muchas expectativas. Pero yo no puedo darte todas las respuestas. Y tampoco lo descubrirás todo en una tarde tomando el té.

-¿Qué quieres decir?

-Te llevará tiempo entender las cosas. Te llevará tiempo tener una opinión de mí.

-Y... ¿qué propones?

-Conóceme.

-Lo intento y que sepas que me siento una traidora por ello.

-Queda conmigo, sigamos hablando, cuéntame cómo eres, que haces, como te ha ido, qué es lo que me he perdido.

-Será difícil si vuelves a desaparecer. La teoría de mi madre es que te volverás por dónde has venido en cuanto el tema de la abuela se aclare un poco. Creo que ha tirado la toalla contigo y no quiere que me haga ilusiones, porque volverás a tu mundo y te olvidarás de que existimos, igual que siempre has hecho.

-Pues convénceme de que vale la pena volver.

-¿Yo?, ¿Qué esperas que haga?... ¡no puedo ponerme en contra de toda la familia por ti!

-Nunca te pediría eso.

-¿Entonces qué quieres que haga?

-No me juzgues a través de los ojos de tu madre. Sólo queda conmigo una vez más. Si no crees que valga la pena cada uno vuelve a su lugar, y todo seguirá como siempre. Jamás me he entrometido en las decisiones que tu madre tomaba, siempre he respetado que te mantuviera al margen. Ahora eres adulta, Alba. Eres libre para conocerme. Pero esa decisión es tuya y sólo tuya. Yo la respetaré igual que lo he hecho siempre.

Alba lo miraba atenta a sus palabras. ¿Era una encerrona o una oportunidad? ¿Era amigo o enemigo? Despertaba interés en ella aunque... si su familia lo había mantenido al margen sería por algo. Pero no le parecía una amenaza, al menos no para ella. Y le caía bien. Muy bien. ¿Por qué renunciar sin tan siquiera comprobar cómo sería tener un tío más? Se rindió sin saber si aquello los llevaría a alguna parte.

-Vale.

-Esta vez elijo yo. ¿Cena en mi casa?

-¡Ni loca!

Jaime reía divertido. Era tan fácil provocarla. Y era tan tentador hacerlo, sabiendo que se estaba convirtiendo en un juego irresistible.

-Vale, vale. Ni mi casa, ni té con las amigas. ¿Qué tal... cena en lugar público y luego una copa?

Alba puso cara de no estar muy convencida.

-Te prometo que será un lugar con muchísima gente.

-Ummmm, no sé...

-Si te sientes más cómoda podrías traer a alguien. ¿Alguna pareja...?

-¿Me estás interrogando sobre mi vida sentimental? ¡Qué cara más dura!

-No te confundas, estoy preguntándote si te sentirías más cómoda viniendo acompañada a la cena, ya que por lo visto te doy tanto miedo...

-¡No me das miedo!, y no necesito guardaespaldas. Además...

-¿Además, qué?

-Además, nada. No tiene importancia. No tiene que venir nadie, creo que somos capaces de cenar y charlar tranquilamente, ¿no?

-Eres tú la que estás constantemente poniéndome en duda. Por mi parte no hay problema. Cena para dos. Pero me da a mí que acabo de poner el dedo en la llaga. ¿No van bien las cosas con tu pareja?

-¿Qué te hace pensar que tengo pareja?, y, en caso que así fuese, ¿qué te hace pensar que no me iban a ir bien las cosas?

-Para empezar, eres una mujer adulta, atractiva y estoy convencido que no te faltan pretendientes.

Otra cosa es que esos pretendientes estén o no a la altura de tus expectativas que, intuyo son elevadas. Ya te lo dije el otro día: me pareces una romántica.

-A ver si te entiendo. Por un lado como soy “mona” debería estar emparejada para sentirme plena.

Y por otro lado, como soy “romántica” hago que las relaciones sean imposibles. ¿Es eso lo que has dicho de mí? Porque me ha parecido un análisis simplista y retrógrado, como poco, -dijo ofendida-

-Lo que yo te decía, pelín susceptible. Y siempre a la defensiva. Alba, no te estoy atacando. Sólo había comentado que podíamos ir acompañados si con eso te sentías más cómoda. Intento ponerte las cosas fáciles para que confíes en mí, pero...

-Soy complicada.

Jaime la miró perplejo. Tan pronto arremetía contra él, como se encogía, hecha un ovillo en un rincón.

-Antes me has preguntado qué te habías perdido. Te has perdido esto. -Y se señaló. Jaime le costó tragar saliva-. He crecido siempre así, con millones de dudas, de inseguridades. Mis rarezas son marca de la casa. Soy complicada. También para las relaciones.

-Vaya, no sé qué decir. Agradezco tú sinceridad, pero tampoco tenías que inmolarte ante mis ojos.

Tú es que no tienes punto intermedio, por lo que veo. Ni filtros.

-Soy un desastre.

-A mí me pareces el desastre más adorable del mundo.

-No hagas eso, por favor.

-No hago nada, sólo te miro.

-Pues deja de mirarme así.

-Vale. Tengo que marcharme. Ésta vez te llamo yo.

Estaba ya de pie, cuando Alba dijo:

-Mi madre cree que serías capaz de hacerme daño, porque hiciste tú elección hace tiempo y nosotros no estamos en tus planes.

-Vaya, veo que has hecho los deberes.

-¿Es verdad, Jaime?

Volvió a sentarse frente a ella. Admirándola y temiéndola, viéndola vulnerable y perdida.

Sintió ternura pero no podía ahorrarle la verdad.

-Sí, tu madre tiene razón. No tengo interés en quedarme y participar del paripé familiar. No me interesó nunca y eso no ha cambiado.

-Ya veo.

-¿Decepcionada?, supongo que no pensarías que por charlar conmigo unas cuántas veces ibas a conseguir lo que no hemos conseguido los demás en toda una vida, ¿o sí? Lo que yo decía, eres una idealista.

-Pues yo no tengo palabras para decir lo que me pareces. ¿Qué pretendes?

-Conocerte.

-Sí claro, yo voy a ser tu pasatiempo mientras la abuela mejora, ¿no?

- Madre mía. No entiendes nada.

-¿Qué tengo que entender?

-Pues que no te comparo con ellos. Ni con tu madre, ni con la abuela. Contigo quiero partir de cero.

Creo que nos lo merecemos. Tú siempre has sido el daño colateral y

siempre me he sentido un poco culpable por ello. Ahora tenemos esa oportunidad y me parece que debemos aprovecharla. Pero tú tienes la última palabra.

-Jaime, ahora mismo no sé qué pensar... por un lado me encantaría creerte. Me resultaría fácil confiar en ti, pero...

-Siempre hay un pero...

-La abuela, mi madre... ellas no se fían de ti. No quiero hacerles daño, ni tampoco tener que llegar a oírles decir "te lo dije, te dije que te haría daño". No sé si es mejor dejar las cosas como están.

Un Jaime serio asentía con la cabeza. Se inclinó hacia ella, buscando un poco de intimidad y sus ojos para continuar.

-Te diré lo que voy a hacer. Te llamaré. Y tú decides si me coges el teléfono o no. Si en dos días no me has devuelto la llamada, sabré lo que has decidido. Respetaré tu decisión aunque crea que te equivocas.

-¿Cómo sé que no voy a equivocarme?

-Esa no es la cuestión. Puedes equivocarte, de hecho debes equivocarte. Todos nos equivocamos.

Lo importante no es qué decisión tomas para no equivocarte. La cuestión es: ¿qué quieres hacer Alba?, indistintamente de que sea lo correcto o de que le guste o no a tu madre. Piénsalo. Te llamaré.

-No sé si podré contestarte.

-Correré el riesgo, -dijo, mientras se marchaba caminando con paso seguro y le guiñaba un ojo cariñosamente-

En cuanto lo vio desaparecer se enfadó consigo misma.

-Ufff. ¿Qué estás haciendo, Alba?, ¿es que no tienes suficientes problemas?, ¿qué vas a sacar de esto? Y si se entera mi madre... no quiero ni pensarlo. Tengo que dejarlo correr. ¡No puedo! ¿Por qué seré tan...?

Y se quedó en la mesa golpeándose la cabeza con las manos, mientras la camarera retiraba las consumiciones y la miraba extrañada.

1938-1939

Esperanza vivía, únicamente, para la escasa correspondencia que les llegaba del frente. Su único consuelo comprobar que José seguía vivo y seguía queriéndola. Ansiaba su vuelta para fundirse de nuevo en su cuerpo cálido, en sus manos fuertes, en sus ojos dulces. Creía morir sin él.

Pero le engañaba para no herirlo, ni alejarlo más de lo que ya estaba. No quería decírselo, porque lo hundiría más en la guerra que los mantenía separados. Si José hubiese estado junto a ella... no lo hubiera permitido. Pero no estaba. Y ella sólo pudo revelarse contra lo que su familia le imponía, como una noble salida de su casa.

Celebraron la boda en silencio, sólo roto por el llanto de Esperanza. Rogaba, desgarrada, a su Dios, para que el cura, don Francisco, se apiadase de ella y suspendiera la ceremonia por pura compasión, un sentimiento que el párroco nunca conocería, haciendo entrar en razón a sus padres y al muchacho. El novio, Fernando, la cogía de la mano sudorosa por miedo a que Esperanza echara a correr. Sólo los familiares ante el altar de la iglesia del pueblo. Sólo los novios y el impertérrito cura.

Sin flores. Sin emoción. Sin su amor. Sin el resto del pueblo vitoreando a los recién casados. Tan sólo el silencio y el eco de palabras huecas, rebotando en los muros de piedra.

Esperanza dejó un pedacito de su alma en aquel altar, le resbaló vestido abajo, cuando oyó las sagradas palabras saliendo de don Francisco: "...y por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro marido y mujer..." Supo que no había piedad para ella y se le partió el corazón, recordando la promesa que le había hecho a José.

Junio de 1938

Querida Esperanza:

Hoy he matado a un hombre. La guerra te cambia, porque no me arrepiento. Siento que he hecho lo que debía, aunque no negaré que matar

deja una sensación de vacío, el eco del disparo retumbando dentro de mí, difuminado, superado por las circunstancias de esta guerra.

Nos acorralan y debemos huir. El ánimo decae y la sensación de derrota se apodera de los mandos que se desesperan y gritan y a veces lloran asustados a escondidas, tocándonos con su desánimo el alma que se nos está volviendo negra de estar aquí. Lo único que me aguanta derecho es saber que tú sigues ahí, esperándome, que volveré y todo habrá acabado, como si sólo hubiese sido un sueño, y empezaremos una vida juntos.

Pienso mucho en ti y hago planes, eso me distrae y me ayuda. Tengo tantas ganas de estar ahí, contigo. Me alegra saber que estáis bien a pesar de todo. No dejes de escribirme porque necesitamos vuestras cartas más que el escaso alimento que nos dan. Besos y abrazos para todos y una caricia para ti, por siempre mi Esperanza.

La guerra y el miedo se alargaban, como la sombra al pasar delante de la tapia del cementerio al atardecer, desdibujando y estirando sus minúsculas figuras, asfixiándolos, obligándolos a ser nada, a ser eslabones insignificantes en una larga cadena que sujetaba sus vidas, que los unía y separaba a la vez.

El tiempo corría en su contra. Las escasas cartas que llegaban les tranquilizaban, porque eran la prueba de que José seguía vivo. Pero, a medida que pasaban los meses, eso no bastaba. Sus cartas hablaban de muerte, huídas, miedo y pesadillas que Esperanza sabía estaban haciendo mella en el corazón de su gitano y, ella, se volvía loca en aquella estéril espera que no la llevaba a ninguna parte. No quería desesperar, pero desesperaba, ansiando el momento en que José regresara, temiendo su vuelta, porque le juró que le esperaría y... seguía esperándolo, pero no pudo evitar los planes de su familia.

Pocas semanas después de la marcha de José hacia el frente, la familia de Esperanza preparó su ajuar para desposarla con un buen muchacho del pueblo. Un muchacho que, bien pudo haberla hecho feliz en otras circunstancias. Esperanza no podía odiarlo, sólo sentir pena por él porque, por más que le explicase que ella no podía amarlo, Fernando contestaba que mientras pudiese estar a su lado no le importaba.

La familia, satisfecha, creía que le daba un porvenir decente a su hija menor, que salía de su casa para irse a la de sus suegros, una humilde vivienda cerca de la iglesia. El joven, conseguía desposarse con una bonita muchacha. El trato parecía justo para todos. Menos para Esperanza, que sólo vivía ansiando la vuelta de su gitano para que se la llevase lejos.

Su vida se resquebrajaba, como el país, la sociedad, el pueblo o su familia. Su hermano mayor, Pedro, tenía una ligera cojera a la que sacó partido para salvarse de ir a luchar por algo en lo que no creía. Sus otros hermanos, Luis y Antonio, no tuvieron tanta suerte y se los llevaron, igual que a José, a defender, a luchar. Marionetas bailando al son que les tocasen, soldados de pacotilla sin saber guerrear, jornaleros frotándose los ojos incrédulos al ver el mundo fuera de su pueblo.

El padre seguía envejeciendo sin lograr descargarse el peso de la responsabilidad de su espalda. La madre sufría por dentro y por fuera. Sufría por los hijos que estaban con ella, pero sobretodo por los que no. Sufría en silencio por sus desgracias y las que habrían de venir. Sufría como tantas otras madres, hijas, hermanas, alejadas de sus hombres que ya no regresarían. O, quizás sí, con la mirada turbia, el alma rota y las manos salpicadas de sangre. Regresarían para seguir sufriendo al lado de sus mujeres que, se consumirían por no poder borrar el horror de sus memorias.

Por muchos años que pasasen, por mucho que cambiaran, por muchas vueltas que dieran, el recuerdo les acompañaría atormentándolos en largas noches de insomnio, en días densos y grises, por siempre.

Lentamente pasó el tiempo de guerra. Y más lentamente volvían los mozos del pueblo desde el frente devastado. Unos a pie o en camiones. Algunos lisiados, mutilados o heridos. Muchos no volvían, perdidos para siempre en campos de batalla, en fosas comunes bajo tierra, atrapados en la memoria de los suyos, en la historia que no les haría justicia.

16

Casi hacía una semana de su encuentro con Jaime, cuando sonó su móvil. Alba estaba saliendo del trabajo, pero no se atrevió a descolgar. Todavía no había tomado ninguna decisión al respecto. ¿Por qué debía complicarse la vida? ¿Por qué no hacerlo? ¿Por qué no darle una oportunidad? Quizás Jaime tenía razón y por culpa de las batallas familiares ellos habían perdido la suya de conocerse.

Su madre seguía nerviosa, preocupada por la abuela, ingresada todavía en el hospital, mientras la presionaba para que le consiguiera una plaza en la residencia donde ella trabajaba. Dani no estaba en la ciudad. Llevaba unos días fuera por motivos de trabajo. Alba no tenía muy claro si le habían obligado a irse o se había ofrecido voluntario, para alejarse de ella unos días. Se le hacía raro no tenerlo cerca, aunque no le echaba de menos.

El móvil sonó, insistente, haciéndole bajar de nuevo a la tierra.

-Hola Laura, -dijo alegremente-. Estaba pensando en ir a verte un rato.

-Hola princesa. Qué bien porque estoy con Sara. ¿Te acuerdas de ella?

-¿Sara?, sí claro que me acuerdo.

-Le estaba explicando que has salido de las sombras después de tanto tiempo viviendo en el lado oscuro.

-¡Qué bonito! Va a creer que he regresado de entre los muertos. Siempre has tenido mucha imaginación.

-Y tú muy poco sentido del humor.

-Lo tomaré como un cumplido, viniendo de ti...

-Bueno, estamos arreglando el mundo ya sabes...

-Sí, ya sé, criticando a discreción, imagino.

-¿Te apuntas?

-Quería hablar contigo de algo, pero si estás liada lo dejamos para otro día.

-No seas tonta, te esperamos. A Sara le apetece un montón verte. Ya le he dicho que habías engordado veinte kilos y que te estabas quedando calva.

-¡Habrás sido capaz! -Laura rió a carcajadas, contagiándole su risa-. Pobre Sara, no sé qué estará pensando de mí. Bueno dónde estáis, me apunto al bombardeo, aunque sólo sea para demostrarle que lo que le has contado de mí es falso. Total tampoco tengo nada mejor que hacer.

-Caray, princesa, quién te ha visto y quién te ve. ¿Qué pasa con tu vida social, o con tu novio? ¿Por qué no estás follando como una loca con Dani?

-No preguntes.

-Esto me huele a crisis. ¿Problemas en el paraíso?

-Más o menos. Yo diría que me he escapado del paraíso y me estoy pensando volver.

-Ostia, que fuerte. -Tapó el auricular con una mano, pero aún y así Alba pudo oírla gritar-: Sara, vete preparando algo para picar que Alba viene con crisis sentimental incluida.

-Laura, por dios, que te estoy oyendo. Además, yo diría que es más bien una crisis existencial.

-Podría decirte que me sabe mal por ti, pero te mentiría vil mente y no quiero hacerlo. Ya sabes, aún albergo la esperanza que caigas tan bajo que tu única salida sea yo.

-Eres una guarra y muy mala persona. Con amigas como tú quién necesita arpías...

-Venga, no tardes. Mientras voy poniendo al día a Sara.

-Oye córtate un poco que ya nos conocemos. A ver qué le explicas de mí. ¿Dónde estáis?

-¿Estás en tu casa?

-No. Saliendo del trabajo, ¿por qué?

-Para explicarte cómo llegar.

-Pero... ¿dónde estáis?

-¿Sabes dónde está la piscina municipal?

-Eeeeeeh...sí, creo.

-Está junto al parque.

-Sí, ya sé.

-Entre el parque y la piscina hay un camino estrecho sin asfaltar, subiendo te queda a mano derecha.

Entra en él y síguelo hasta el final, te encontrarás con un pequeño aparcamiento y enfrente una casa.

Te esperamos allí.

Alba no era muy dada a improvisaciones que la ponían más bien nerviosa.

-Pero... ¿es un restaurante? No sé si sabré llegar. Mejor nos vemos otro día...

-Vamos princesa. No te hagas de rogar. Tengo ganas de verte. Además las vistas desde aquí son espectaculares.

-Está bien, no sé lo que tardaré, pero ahora voy. -Suspiró-.

Laura tenía razón, el lugar no se encontraba muy lejos, aunque el tránsito denso haría que tardase en llegar. Nerviosa y escéptica encontró el callejón de tierra que se adentraba hacia las entrañas de un parque para ella desconocido. Llegó a pensar en volver atrás, justo cuando atisbó una luz que alumbraba tímidamente el pequeño trozo desierto, vacío y solitario al que debía referirse Laura.

La tarde se consumía y Alba pensó que no debería estar allí. Pero estaba. Quieta, expectante y sola dentro del coche de segunda mano que, le daba más problemas que satisfacciones y del que no se pensaba bajar hasta tener garantías de que aquel lugar era totalmente seguro. La casa, deteriorada pero señorial, fue apareciendo ante ella entre sombras y luces paupérrimas, que alcanzaban apenas a dibujar su silueta en el aire frío y húmedo de aquel parque de ciudad venido a menos, descuidado, convertido en montaña de nuevo, arrancándole a la ciudad que, lo bordeaba amenazante, un salvaje recodo donde respirar olor a tierra mojada.

Había llegado, pero deseaba marcharse. Unos golpes rápidos y secos en el vidrio de su ventanilla la asustaron, haciéndola botar en el asiento. La cara de Laura la miraba divertida, mientras Alba se agarraba el pecho y suspiraba, comprobando que el corazón continuaba en su sitio.

-¡Has llegado!

-¡Joder! Me has dado un susto de muerte. ¿Se puede saber qué es este sitio y qué coño hacemos aquí?

Alba salió del coche, las piernas apenas la aguantaban, mientras Laura sonreía envuelta en un largo abrigo de paño color crema que, en otras circunstancias hubiera elogiado.

-Relájate, princesa, no quería asustarte. Estamos en casa de mi tía.

Puso cara de no entender.

-¿Me has hecho venir a casa de tú tía?, -y señaló el caserón ante ellas-.

-Sí, pero tranquila, ahora la casa está vacía, ella está de viaje. Sólo he venido a ver que todo estaba bien.

-Y qué piensas, ¿hacer un fiestón aprovechando que ella no está? ¿No te daba lo mismo quedar en cualquier cafetería? Este lugar da escalofríos.

-Qué mal te está sentando la edad, en serio, no te recordaba tan... aguafiestas. Ahora está oscuro porque está anocheciendo. Tienes que venir otro día, con la luz del sol es precioso. Yo le hago la rosca a mi tía a ver si enternece y me deja la casa en herencia.

-Sí, ya te veo aquí viviendo, rodeada de gatos... y gastándote una pasta en calefacción. ¡Qué frío hace aquí!

-Entremos, -y la envolvió con su abrigo mientras caminaban hacia la entrada, como sombras moviéndose ingravidas con el paso del viento-.

El interior de la casa no deparaba sorpresas, tenía el aspecto de lo que era, una casa antigua de alguien que probablemente tuviera la suficiente edad como para que le costase doblarse para ponerse los calcetines. La nota de color, Sara, sonriente, se abalanzó sobre ella, avasallándola.

-¡Cuánto tiempo, Alba! ¿Qué es de tu vida? ¿Te has casado? ¿Tienes niños? ¿Cómo están tus padres?

Uy, no pareces tan gorda... ¿Cómo has estado perdida tanto tiempo...?

-Sí, ya ves, mucho tiempo. Esto... ¿tú qué tal? Se te ve muy bien. ¿Cómo te va?

Alba miró a Laura y ésta fue al rescate:

-Bueno venga, no seáis ñoñas, que me estáis recordando a mi tía. Vamos a sentarnos y cotilleamos.

A ver, ¿qué queréis tomar?

-Yo algo caliente que vengo congelada, -dijo Alba-.

-¿Tienes un Gin Tonic?

-A ver, Sara, bonita, que estamos en casa de mi tía y tiene casi ochenta años. ¿Cómo va a tener Gin Tonics en la nevera? Como mucho algún licor. – Puso los ojos en blanco y suspiró.- A ver qué encuentro.

-Lo que yo decía, en una cafetería hubiéramos quedado y tan a gusto. Bueno, Sara, cuéntame. ¿Qué tal?

-Estoy divorciada, -sentenció, haciendo una mueca de resignación-. Pero tengo trabajo y un hijo increíble, así que no me puedo quejar, -resumió sus últimos diez años en dos frases-.

-Vaya, no sé si decir “lo siento” o “enhorabuena”, yo no he llegado a tanto.

-¿No tienes hijos?

-Ni siquiera me he atrevido a casarme y mucho menos plantearme descendencia. -Sara levantó la mano como para aportar algo, pero Alba se lo impidió espontáneamente-, sí, ya sé lo que vas a decir, que estoy tardando demasiado y que cuando me decida quizás sea tarde. Vamos, lo que me dice mi familia, que me quedo para vestir santos como no espabile. Pero... yo creo que el hecho de estar casada no cambia demasiado mi realidad. Quiero decir que si ahora estoy hecha un lío, la solución no es un matrimonio, ¿no?

-A mí, desde luego, no me funcionó. Pero nunca se sabe, esto es una lotería. O como los melones, que hasta que no lo pruebas no sabes si están buenos.

-Vaya comparación. Si llego a casa y le digo a mi novio que es un melón y que tengo que probarlo primero, me manda de vuelta a casa con la maleta hecha.

-Es que los hombres no están hechos para entendernos. Para darnos algún momento glorioso sí, pero nada más. ¿No estás bien con él?

-Estamos... como siempre. Yo creo que ahora mismo no estoy bien con nada. Sé que no quiero seguir así, pero no sé cómo arreglarlo. Estoy siempre a medio camino entre su casa y la mía, como entre dos tierras.

Desde el fondo del pasillo, vino hacia ellas un grito de Laura: -No se ocurra empezar sin mí, -y la vieron aparecer haciendo malabarismos con unos cuantos vasos y una botella-

-Alba me explicaba que, de momento ni boda ni niños, y yo estaba a punto de decirle que mejor para ella. Si me lo llegan a explicar a mí antes...

Laura se acomodó en el sofá del salón y las invitó a que hicieran lo mismo. Sara la imitó, sentándose junto a ella. Alba miraba a su alrededor, sin atreverse a tomar asiento.

-¿No te vas a sentar?

-Es que me siento una intrusa en este lugar. ¿Por qué no vamos a algún sitio a tomar algo?

-Técnicamente eres una intrusa, pero como he sido yo quién te ha invitado a venir, eres mi invitada.

Así que por favor, ¿serías tan amable de sentarte y tomarte el café?

Alba intentó relajarse acomodándose entre los rancios cojines del sofá. Laura se incorporó y sirvió a Sara un poco del licor que había encontrado. Luego se giró hacia Alba, balanceando la botella ante ella.

-¿De dónde ha salido eso?

-Lo he encontrado en un armario de la cocina.

Laura y Sara chocaron sus vasos: “¡salud!”, y dieron un largo trago.

-Te vendría bien probarlo, no está mal, ¿verdad?, -asintió mirando a Sara que, hacía muecas al tragar-

-Si no hay otra cosa...

-Venga Alba, un chorrito en el café no te hará daño. Es sólo para que te relajes un poco.

-Ni de coña, tengo que conducir.... -Pero antes que pudiera acabar la

frase Laura ya le había regado el café con el licor-. Muchas gracias, si me pillan conduciendo borracha y me retiran el carnet, será culpa tuya. Tendrás que llevarme a todas partes hasta que me lo devuelvan.

-¡Menudo castigo! Tú y yo solas en mi coche, en esos atascos interminables, con los vidrios empañados por el calor... La de cosas que se me están pasando por la cabeza, y en todas apareces tú y mis maravillosas manos.

Sara por poco se atraganta de la risa, y Alba se removi6 inc6moda en el sof6.

-Tú, de verdad, es que no tienes arreglo..., lo haces para incomodarme, ¿verdad?

Sara giraba la cabeza entre una y otra:

-Esto... chicas, ¿qué me he perdido? A ver... ¿vosotras dos no estaréis...?

-¡No!, -exclamaron ambas-, porque ella no quiere, -sentenci6 Laura-.

-Es que como Alba estaba hecha un lío... mira qui6n sabe... - se justific6 Sara-.

-Ya no sé c6mo decirte que, hasta el d6a de hoy, me van los tíos. Y mira que me duele rechazarte porque creo que contigo estar6a mejor que con cualquier hombre, pero no me sale.... ¿entiendes?, dime que lo entiendes por favor, -rog6 Alba-.

-Que sí pesada, s6lo era una broma. Estás que no hay qui6n te sople, la verdad Alba, estás muy susceptible últimamente.

Alba baj6 la cabeza para no tener que mirar a Laura, quer6a explicarle muchas cosas pero a veces su car6cter la frenaba. Sara intervino:

-Pues deber6as probarlo, aunque s6lo sea para descartarlo del todo, o como experiencia vital. No digo con Laura, claro, eso ser6a... raro, inc6modo, bueno si quieres sí, pero... yo lo hice con una chica de la "uni", un par de veces. No era lo mío. ¿Tú no dices que estás hecha un lío?, pues aunque s6lo sea por descartar posibilidades...

-Es el peor consejo que me han dado nunca.

Alba se puso las manos sobre el rostro. Cogi6 mec6nicamente la taza de caf6 y le dio un sorbo para esquivar las miradas de ambas, clavadas en ella. Escupi6 levemente al toser el líquido que le hab6a quemado la garganta.

-Está mal6simo. Voy a pillar un coloc6n por tu culpa.

-No te hagas la estrecha. Se te olvida que has probado cosas peores, -dijo Laura sonriendo maliciosamente. Luego ańadi6:-

-Bueno... ¿qué me he perdido?

-Alba me explicaba que está hasta los huevos de todo.

-Joder Sara, qué bruta eres. Asqueada y aburrida suena mejor.

-Suena horrible, de cualquier modo. Debe ser la crisis de los 40 que te está acechando.

-Yo creo que con buen sexo arreglabas la mitad de tus malos rollos. ¿Qué tal en la cama con tu novio?

Laura la miraba divertida, relamiéndose con la charla: -Eso, princesa, ¿qué tal el sexo con Dani? Porque así, a primera vista, parece un poco soso el chico...

Alba la miraba con ojos de fuego. Pero no podía rehuir la respuesta: - Bien, normal, no sé, como todas las parejas, creo yo...

-Vamos que es más aburrido que un telediario.

Sara intervino salomónica: -Pues sólo tienes dos opciones: o animas el asunto y das el paso definitivo, o... le dejas. Yo, si quieres mi opinión es que si no lo ves claro, aparques la relación y a otra cosa mariposa. Mi experiencia me dice que el amor no existe, yo ya no creo en el amor. Y mi "ex", es un pedazo de c...

-Tú qué dices, Alba, ¿crees en el amor?

Otra vez Laura, pinchándola.

-Bueno... el enamoramiento inicial sólo dura un tiempo, luego los sentimientos evolucionan y...

-Déjate de panfletadas de tus libros de psicología.

-Yo estoy de acuerdo, el amor sólo dura un tiempo... lo que viene después es un coñazo, -añadió Sara, que cada vez bebía más rápido y entendía menos que pasaba con ellas dos-

-El amor existe. Y es lo mejor y lo peor que te puede pasar, -sentenció Laura-

-Lo dices porque ahora estás al principio de tu relación, verás de aquí a un tiempo si sigues pensando igual.

-¿Qué relación, tú estás saliendo con alguien?

-¿Eso te molesta?

-No, me sorprende. No me habías dicho nada...

- Pues ya ves, tú estás con Dani y yo con mi chica. Todo bien, entonces, ¿no?

-Sí, sí. Claro, -tragó un sorbo de café mirando a Laura-

-Chicas, chicas... cómo echaba de menos estas reuniones. Podíamos

hacer una salidita para celebrar el reencuentro. ¿Qué tal una cena?

Sara emocionada por los grados del alcohol, hablaba sin percatarse del aumento de tensión entre sus dos amigas. El teléfono le sonó en el bolso.

-Es la canguro, voy fuera a hablar, -y salió-.

Alba y Laura, separadas por dos cojines, se miraban ahora fijamente. Esperaron hasta que Sara hubiese salido para continuar.

-Había venido a verte, no a que me tiraras toda la artillería encima.

-No exageres, sólo bromeaba.

-Tú y yo sabemos qué es algo más que broma. Si no podemos ni hablar sin sacar los trapos sucios...

-Vale, lo siento, me he puesto un pelín pesada.

-Yo también lo siento. Si te sirve de consuelo lo que he dicho antes iba en serio. No sabes la de quebraderos que me quitaba de encima volviéndome lesbiana.

-Joder, Alba. No bromees con eso.

-No, en serio. Me quitaría un montón de problemas de golpe, y sé que contigo estaría bien.

-¿Qué problemas?

-Pues... líos mentales. Líos de no saber si quiero lo que tengo o si tengo lo que quiero... Está Dani, y yo... mi trabajo, y luego Jaime que no sé si juega conmigo o si puedo fiarme de él... y mi abuela en el hospital...

-Un momento, a ver rebobina un poco. ¿Quién es Jaime?, porque me he perdido.

-Quería hablarte de él. Es mi tío.

-Pero, ¿tú tío no se llamaba Miguel?

-Éste es mi "otro" tío. Es el hermano pequeño de mi madre. Pero casi no le conocía. Estaba desaparecido en combate. Vamos que ha pasado de nosotros, hasta que...

-Hasta ¿qué?

-Hasta que el otro día me acompañó a casa y tuvimos oportunidad de charlar un rato y es un tío bastante genial, divertido, un poco cabrón... pero..., -Alba sonrió al recordarlo-

-Pero... ¿qué?, ¡joder tengo que sacarte las palabras con sacacorchos!

-Que... creo que me gustaría conocerle más. En mi casa es un proscrito, así que es jugar con fuego, si se entera mi madre... y tampoco estoy segura de poderme fiar de él.

-Pues chica, adiós muy buenas, que se vaya por donde ha venido. Así de

fácil.

-Ya, claro, es lo más racional.

-Pero no te convence la respuesta.

-Es que es muy...no sé... debería presentártelo para que me dieras tu opinión. Tiene un puntito...

irresistible...

-Alba, por favor, ¡que es tú tío!

-Ya...

-Si es por liberar tensión, sal de fiesta con Sara, seguro que te presenta a varios tipos con los que...

-No es eso..., no se trata de que sea irresistible físicamente, qué bueno, tampoco está mal, la verdad.

Me refiero a que hace la conversación interesante. Hace que me pregunte qué me he perdido al no conocerle, ¿sabes?

Laura la miró desconcertada:

-¿Cuándo vas a hacerte mayor?, -y cabeceó sin entenderla-. Ven. Quiero enseñarte algo.

Alba obedeció sin hacer preguntas, y siguió sus pasos adentrándose en el pasillo que llevaba hasta la cocina. Entraron en ella. La cocina debía tener mil años. Laura intentaba, con esfuerzo, abrir una puerta que daba al exterior. La puerta, hinchada por la humedad, se resistía a abrirse.

Finalmente cedió. Pulsó un interruptor antes de salir. Fuera se iluminó levemente, apareciendo ante ellas una terraza donde se amontonaban polvo, arena y hojas secas. Alba pensó que era un lujo de espacio desaprovechado, pensando en el piso de sus padres en el que apenas tocaba el sol en invierno. El frío se agarraba a la ropa. A pesar de la oscuridad que las rodeaba, en el cielo todavía no había anochecido del todo. Laura se inclinó hacia adelante apoyándose sobre una baranda oxidada.

-Éste es mi oasis particular. Desde aquí se puede ver la ciudad, cuando despierta, cuando duerme...

Alba se acercó a ella, imitándola, viendo lo que Laura le mostraba.

-La vista es espectacular, no puede negarse, -hizo una pausa y luego preguntó-, ¿qué has querido decir antes?

Laura suspiró, cansada de volver a encontrarse en el mismo punto en el que se juró no volver a caer mil veces. El mismo punto que la llevó a perderla hace años. Suspiró porque sabía que, de nuevo, Alba no la entendería.

-No sé si eres consciente de que nos tienes a todos pendientes de tus

decisiones. A tus padres, a Dani, a mí... Tú indecisión te hace imprevisible, añadiendo incertidumbre a nuestras expectativas, sabiéndonos, continuamente, en la cuerda floja contigo. Cada vez que aplazas una decisión, alargas nuestra espera, porque todos esperamos algo de ti. Sé que nadie, y menos tú, nos obliga a ello, pero hay cosas que no podemos o no queremos evitar, en ese punto masoquista que tenemos los humanos de desear siempre aquello que se nos niega. -Laura la miró suplicante-, no nos hagas más daño, princesa.

Alba se quedó petrificada. El frío le agarrotaba los músculos y Laura... acababa de tirar hielo sobre su conciencia.

-¿Qué quieres decir?, ¿qué esperas...? Yo...no...

-Lo sé, -dijo mirando sus ojos profundos y oscuros a los que tanto temía-, pero debes decidir de una vez qué camino vas a seguir y a quién eliges para recorrerlo contigo.

Se sintió desamparada, como si hubiese quedado al descubierto su interior. Las dos mujeres se miraban en silencio, sintiendo la una la aflicción de la otra, contemplando cómo se encendían ante ellas, en la oscura urbe, miles de puntitos de luz lejanos, mientras anochecía a sus pies, en aquella ciudad que crecía imparable e imposible, desbordándolas.

Un par de aviones infatigables dibujaban efímeros garabatos de humo sobre un rincón de cielo que todavía era azul, mientras el cansado sol teñía de fuego retales de nubes anaranjadas, regalándoles una puesta de sol sólo para ellas, haciéndolas sentir minúsculas y lejanas dentro de la inmensidad de la vida.

-No quiero perderte otra vez.

-Ya lo sé, pero debes dejarnos ir, Alba. Todos debemos continuar con nuestras vidas, incluida tú.

-No lo entiendo, cuánto más intento acercarme a ti, más me alejas, ¿por qué?

Laura la miró cara a cara, a pesar de la escasa luz, intuyendo que sus ojos estarían atentos y perdidos en ella, sabiendo que lo que tenía que decirle le iba a doler y quizás no lo entendería, pero no podía evitarle más la verdad, ni tampoco quería evitársela a ella misma: -¿Tienes idea de lo que me duele estar cerca de ti? No sabes..., tienes que ser consciente de ello.

Alba cerró los ojos, en un acto mecánico de protegerse, como si las palabras de Laura fuesen balas salidas de su boca y acabasen de estallarle encima.

-Creí que podría tenerte cerca y no volver atrás, pero...no puedo.

-Pensé que estabas bien, siempre pareces tan segura y fuerte que... además, estás saliendo con alguien...

-Tú también estás con Dani, y eso no significa que estés bien, tú misma lo has dicho antes.

-No soporto ser yo la que te haga daño. Lo siento tanto...

Y con la mirada triste y silenciosa, Alba no dejaba de suplicarle: “no me dejes sola”. Mientras a Laura se le atragantaban las ganas de estrecharla y sentirla, esquivando y sintiendo aquella mirada muda que le pedía a gritos: “abrázame”.

Diciembre, 1939

Era una tarde sombría del recién estrenado otoño. El fresco y la oscuridad temprana de los días acortándose mantenían las calles casi desiertas y a las mujeres encerradas, recogidas al lado del fuego, con las labores en la falda y la mente ocupada en olvidar y recordar imposibles, zurciendo calcetines y sueños rotos, bordando manteles y un futuro posible, con las manos en un sitio y la cabeza en otro muy lejano.

Esperanza se perdía en el fuego, quemándose en las llamas, consumiéndose cada día en las brasas, preguntándose cómo había llegado hasta allí, cómo había pasado del cielo al infierno, para acabar en una casa que no era la suya, con un hombre al que nunca amaría y que, sin embargo, estaba obligada a cuidar el resto de su vida. Condenada a seguir enganchada a su gitano, dónde fuera que estuviese.

Unos golpes secos y nerviosos en la puerta la sacaron de su limbo, sobresaltándola en el taburete que la sostenía. Su marido nunca llamaba. Tampoco llegaba antes de la hora de la cena.

Abrió la puerta con temor. Los tiempos estaban revueltos y las noches peligrosas. Bajo un pañuelo negro que la cubría, camuflándola en la noche, la mirada de Anita apareció ante ella, quemándole el alma, recordándole todo lo que había perdido.

Se echó a sus brazos y mientras permanecían unidas, Anita le susurró al oído tres palabras que lo cambiarían todo.

Se le helaron las entrañas y se le cuajó la sangre. Sintió que el mundo se movía bajo sus pies y una náusea, como un puñetazo en la boca del estómago, le oprimió la garganta sin atreverse a salir.

Anita tuvo que zarandearla, cogiéndola por los hombros y repetirle lo que Esperanza llevaba deseando demasiado tiempo:

-José ha vuelto.

Cuando cerró la puerta tras de sí de la que, durante ese tiempo fue su casa, no imaginaba que sería para siempre. Ni recordaría, más tarde, que las piernas no la aguantaban, y que tuvo que sostenerse en el quicio de la puerta para no caer de rodillas. No recordaría la palidez de su rostro, la boca seca, el temblor de manos. Ni a su amiga diciéndole que se diera prisa, que era

peligroso. El frío. La noche. El camino eterno. Ni que tuvo que parar a vomitar antes de llegar. No recordaría la luna en el cielo, ni las labores abandonadas junto a un fuego que se apagaba. Ni vería nunca la cara de su marido al descubrirlo, ni tantos otros detalles que ya no le importaban, porque su gitano había vuelto. En su recuerdo sólo quedaría el nerviosismo y el miedo. Miedo a lo desconocido, a volver a perderlo. Miedo a la certeza de estar viviendo en la cueva del diablo y un temor infinito a no encontrar la salida.

Cuando llegó junto a José, supo explicar su miedo. Ante ella un hombre envejecido, demacrado y extremadamente delgado. Su aspecto la aterró. Su mirada la ahogaba porque, aquellos ojos dulces, ahora sólo le devolvían dolor. No quedaba en él nada de lo que recordaba. La vida se le había ido cayendo, dejándola derramada en lugares que Esperanza no podía imaginar y a los que José no quería volver.

Quería correr hacia él, abrazarlo, saciarse después de tanta ausencia, de tanto recordarlo y desearlo. Pero aquél no era su gitano. Tenía el cuerpo consumido, desaliñado y herido. Le despertaba repulsión y, a la vez, un cariño infinito, un amor diferente al que recordaba, un deseo impotente de hacer desaparecer su sufrimiento y sanarlo. Miraba sus ojos y no lo reconocía. ¿Dónde se había quedado José? El muchacho que se fue, ya no regresaría nunca, y esa certeza la mató un poco más por dentro.

Deseaba abrazarlo, quería hacerlo. Pero ni siquiera supo si debía. Iba vendado por encima y debajo del hombro derecho, con el brazo pegado al costado, y apenas tenía fuerzas para mantenerse erguido. José fue el primero en pronunciar su nombre, casi un susurro: “Esperanza”. Quiso incorporarse para recibirla, esperarla de pie como un hombre. Pero no pudo correr hacia ella, ni levantarla por los aires, y él también murió un poco más por dentro. Ninguno de los dos eran ya los que habían sido, quedaba por saber qué pasaría. Quedaba por saber si serían capaces de vivir de recuerdos.

De José salió un hilo de voz ronca que retumbó en el establo dónde estaba escondido.

Esperanza, asustada y sobrecogida, dudada entre correr hacia él o escapar de aquella pesadilla, sin tiempo para asimilar lo que estaba sucediendo. Nunca creyó que el reencuentro tan ansiado podía ser tan doloroso.

Se acercó hasta él. Le tocó el rostro, el pelo, sus ojos... intentando reconocerlo debajo de su aspecto. Puso sus dedos sobre sus labios. Le besó, reconociendo el sabor en ellos y también a su gitano. Y sólo entonces pudo

abrazarlo. Abrazarlo y llorar. Por ella, por él, por lo que les habían hecho a los dos. Ahora sólo podían llorar.

Los días que siguieron fueron una vuelta más a la tuerca que apretaba su dolor, hasta hacerlos insensibles, inmunes. Las heridas de José le acortaban la vida con rapidez. Esperanza tenía la certeza de que no les quedaba mucho tiempo para estar juntos.

Se convirtió en su sombra, a pesar de su miedo, a pesar de saber que no debía estar con él. Le curaba las heridas, lo aseaba, le ayudaba a comer. Sólo la hermana y la madre de José compartían su pena, su encierro y los cuidados que le prodigaban con todo el amor del mundo, como si sólo con eso bastase para salvarlo, con todo el sigilo que podían para no descubrir su escondite.

El amor adolescente se convirtió en ternura y sufrimiento al reconocer, poco a poco, a su gitano en aquellos ojos febriles, arrancándolo, un día más, de las garras de la muerte, arañando algo más de tiempo para estar a su lado. Los ojos vidriosos, los labios llagados. El sueño era una pesadilla constante, un descanso sin descanso, reviviendo un horror todavía muy próximo. Le costaba mirar aquellos ojos de miel que la habían enamorado, por miedo a descubrir lo que había vivido José hasta llegar a ella en aquellas condiciones, oscuro y derrotado. Ella despidió a un muchacho vivo y asustado. Y recibió a un fantasma, una sombra pegada a la pared.

Esperanza no se perdonaba haberlo dejado marchar. La madre se volvía loca, sin entender por qué ya nadie podía ayudar a su hijo. Hubiera dado su vida por él, si al diablo le hubiese interesado el trato. No fueron suficientes los esfuerzos de José por aguantar. Ni los de ellas por salvarlo. Las heridas abiertas no curaban y el agotamiento restaba fuerzas a su maltrecho cuerpo para seguir luchando.

Era madrugada. Un aire frío y seco sacudía el establo donde se escondían. El mismo establo que había servido de cobijo a la mula de José, que murió pocos meses después de su marcha. Como si ella tampoco pudiese soportar su ausencia, dejó el lugar vacío, preparado por si él regresaba, el mejor refugio que supieron encontrarle, por miedo a represalias de los vencedores. El mismo que les había servido en tantos encuentros furtivos. Ahora el recuerdo parecía muy lejano.

Los árboles crujían, la montaña lloraba y el aire gritaba su nombre al pasar entre las ramas, agitándolas. Era una mala noche para morir.

Ana, su hermana, lo vigilaba dormitando a su lado. La respiración agitada y el cuerpo intranquilo de José, la alarmó, espabilándola, comprobando que

no era otra de sus pesadillas, sino algo peor. José se apagaba, se moría y le faltaban manos para retenerlo.

Despertó a Esperanza a gritos y la dejó con él mientras salía en busca de su madre. José era consciente de que aquellos eran los últimos momentos que pasaría con Esperanza. Sólo quería quedarse en paz y decirle lo más difícil que se le tiene que decir a alguien a quien se ama.

-Esperanza, debo decirte algo.

Ella, temblaba y lloraba, no quería dejarle hablar por miedo a que aquellas fuesen sus últimas palabras.

-No hables.

-Escúchame, debes saber algo. Tienes que saberlo y...perdonarme.

-No tengo nada que perdonarte. Ahora sólo importa que te recuperes.

Pero Esperanza sabía que ya no se recuperaría y que debía dejarle hablar.

-Si no hubiera sido por tu recuerdo...me hubiera vuelto loco. Pero eso sólo no basta para sobrevivir a una guerra...

Hizo una pausa, tenía miedo a contarle más, pero su tiempo se acababa y ella se merecía conocer la verdad. Su último aliento de vida sería para rebelársela y confiar en que su amor fuese más fuerte que el odio. Tomó fuerzas para seguir.

-Mientras intentábamos escapar, conocí a una mujer que también huía de Barcelona. Esperanza..., -le cogió una mano con fuerza para que entendiera lo que iba a decirle-, ...le debo la vida y la oportunidad de regresar a tu lado. Yo estaba herido, perdido, derrotado y... ella me salvó. Si no la hubiese encontrado, probablemente hubiera muerto antes de llegar a la frontera. ¿Entiendes lo que te digo?, ella cuidó de mí, arriesgando su vida. Esperanza, yo no he dejado de quererte ni de pensar en ti ni un solo momento pero... creíamos que íbamos a morir, que no regresaríamos. Estábamos solos, teníamos hambre, frío y... miedo y... yo...

No quería escuchar más. No podía.

-¡No sigas! No tienes que decir nada más. Ahora estás aquí, conmigo.

Pero la voluntad de José iba más allá, porque su momento junto a ella se escapaba y debía morir en paz.

-Sí, debes saberlo todo porque... necesito tu perdón y... tu ayuda.

Sabía que más de dos años de ausencia era mucho tiempo. Intuía lo que podía haber sido y las cosas que podrían haber pasado, pero confiaba en que si José volvía a casa, junto a ella, tendrían la oportunidad de empezar de cero, dejando atrás aquellos años de horror.

No podía negarle la confesión a un moribundo. Pero no sabía que, al permitirle hablar, tomaría el relevo de algo que ignoraba y le sobrepasaba. Lo que escuchó de los agotados labios de José, era algo difícil de dejar atrás. Escuchó con los puños apretados y sin fuerzas para interrumpirle.

-Falté a mi promesa y no me lo perdonaré, ni en la vida, ni en la muerte. Lo siento tanto, nunca quise que me alejaran de ti, no quería que nada hubiera ido así... Tienes que perdonarme, Esperanza.

¡Dilo!, por dios.

Ahora sabía que, ninguno de los dos, habían podido ser fieles a su palabra. Ella estaba casada con otro hombre. No pudo esperarlo, ni ser sólo suya. Él no lo sabía, nunca lo sabría. Lo había ocultado en sus cartas esperando su regreso y una recuperación que no se producía. ¿Cómo podía no perdonarlo? Sería capaz de dejarse morir ella también, porque le amaba por encima de todas las cosas, a pesar de las palabras que acababa de escuchar de su boca, que le arañaban el corazón.

-No importa lo que pasara, has vuelto conmigo. Has vuelto a buscarme. Lo demás no importa. Te perdono gitano, -dijo en un susurro, acercando su rostro al suyo-.

José puso en sus manos un pedazo de papel escrito a lápiz, desgastado y medio roto que Esperanza recogió, doblándolo y ocultándolo junto a su pecho.

-Recuérdalo, le debo la vida.

-¡Deja de repetir eso!

-Sé que no tengo derecho a pedirte nada pero si me quieres... si me ayudas... te prometo que...

-Shhhhhh...

Esperanza puso un dedo sobre los labios, ya pálidos, de José, haciéndole callar, evitando así que dejase escapar promesas que no podría cumplir, jurándole que le ayudaría para dejarlo ir en paz.

Los ojos de José se cerraban.

-No dejes de pensar en mí, Esperanza, es lo único que me llevo. Tu recuerdo seguirá conmigo siempre.

Y dejó que los lánguidos dedos de José recorrieran por última vez sus finos labios temblorosos, mientras las lágrimas se escapaban mejilla abajo, llevándose el recuerdo en las yemas de sus dedos, para que le acompañara más allá de la vida, por siempre, mientras le repetía: "...no dejes de pensar en mí...", como un deber o una maldición, como si en el hecho mismo estuviera

la clave para que pudiera salvarlo, ella, su única esperanza, que desgarrada lloraba desconsolada, mientras la mano de José resbalaba ya sin vida por su rostro de chiquilla, regalándole su última caricia. Y lo besó, para que en sus labios llevara el sabor de los suyos.

El silencio se hizo eterno. José se llevó el aire, la tormenta y la vida de Esperanza con él. No se movió de su lado. No podía. Ni dejar de mirar su cuerpo sin vida. Atónita. Incrédula. Vacía.

Tuvieron que arrancarle a José de sus brazos, y con él le arrancaron el corazón que ya no le latía. Lo enterraron antes de que nadie tuviera tiempo de hacer preguntas, en un rincón de la montaña, su montaña, de la que ya no se separaría jamás. Murió temprana e injustamente, igual que tantos otros, en el más absoluto abandono y desamparo, olvidados por un pueblo derrotado y abatido que paseaba con miedo la vida por sus calles.

Esperanza lo veía todo y no entendía nada. La fe en que José regresara con ella era su fuerza.

Sin su gitano, no tenía nada. Y la nada se hacía tan grande que la engullía y ella, también era nada, nada en absoluto.

18

Jaime la observaba. No podía sentir indiferencia ante aquella mujer que paseaba, distraída, la mirada sobre la mesa, en un ejercicio absurdo de repasar cada uno de los objetos que en ella se encontraban.

Dentro de su familia, Alba era diferente al resto. Era aire fresco. La resistencia a madurar por miedo a dejar cosas en el camino, la eterna duda, el aplazamiento perpetuo de decisiones. Era el miedo a equivocarse, como si no pudiese permitírsele, caminando siempre al borde del precipicio, mientras la vida le lanzaba bolas que esquivar, trapealista sin red, un mérito que nadie le reconocía.

Quizás por el distanciamiento que siempre hubo, Jaime la miraba en la distancia y la veía tal como era: enigmática y caótica. No quería dejarla caer hacia ninguna parte, tan perdida como estaba en ella misma y, sin embargo, poseedora de todas las respuestas. Sabía por lo que estaba pasando, como si él mismo ya hubiese estado allí.

-Quizás estaría bien que me explicaras por qué no me devolviste la llamada.

-Quizás estaría bien que me explicaras por qué, a pesar de no devolverte la llamada, volviste a llamarme. Dijiste que respetarías mi decisión.

-Mentí.

-Sí, ya lo veo. ¿Tienes por costumbre mentir?, lo digo para sucesivas promesas.

-Aún no te he prometido nada.

-Aún.

-¿Por qué no querías volver a verme?

-¿Siempre eres tan directo?

-Cuando tengo interés, sí.

Alba lo miró, y pensó que debía darle una mínima explicación.

-No es que no quiera volver a verte. Pero no sé si es buena idea meterme en más líos.

-¿Yo soy un lío? ¿Qué hago, me lo tomo como un cumplido?

-¿Puedes tomarme en serio, por una vez?

-Perdona, continua.

-Toda yo soy un lío. Ahora mismo no tengo claro por dónde va mi vida

y... apareces tú y es como tener otro frente abierto. No sé si me explico. No quiero un nuevo conflicto con mi madre, sólo me faltaba eso.

Jaime la había llamado, tal como prometió hacer. Dejó pasar dos días, tal como prometió hacer. Y luego volvió a llamarla, faltando, así a lo que había prometido hacer. Alba sucumbió a la cuarta llamada. No pretendía evitarlo, sólo ganar algo de tiempo para decidir qué iba a hacer con Jaime. Aceptó cenar con él sin tener todavía una respuesta clara. Sólo sabía una cosa, le apetecía volver a verlo, le gustaba estar con él.

-Entiendo.

-No. No lo entiendes. Porque me apetece muchísimo conocerte, pero no sé si es buena idea.

-¿Intentas decirme que no es buena idea por qué a tu madre no le sentaría bien?, ¿a pesar de que a ti te apetece hacerlo?

-Más o menos.

-Joder, Alba. Esto es peor de lo que me imaginaba. Tienes demasiado miedo a fallarle a todo el mundo y, por miedo a fallarles, estás dejando pasar tu vida. Estás en una encrucijada y ni siquiera sabes hacia dónde quieres ir. Es como ir al rescate de una niña pequeña que se ha perdido.

-Rescatarme, ¿de qué?

-De tu madre, de la abuela. De ti misma...

-Me estás asustando, ¿tan mal me ves?

-No sé, dímelo tú, ¿cómo te ves?

Alba no contestó, giró la cabeza incómoda. Jaime resopló.

-No es así como quería que fuese esta cena. -Alba permanecía en silencio-. Oye, lo entiendo, no estás preparada, necesitas pensártelo. Quizás no he tenido en cuenta que estás entre la espada y la pared, y no es mi intención hacerte sentir incómoda, ni forzar una situación para la que... - Jaime suspiró, dándose por vencido-. Creo que es mejor que lo dejemos, deberíamos marcharnos.

Jaime intentó ponerse de pie. Alba, sentada continuó hablándole.

-Estar contigo es diferente. No tengo que justificarme, no me pides explicaciones, me entiendes... y me pregunto ¿por qué tengo que renunciar a eso?

Volvió a acomodarse en la silla.

-Pero no me llamaste.

-No. No lo hice.

-¿Por qué?, ¿qué es lo que pasa contigo, Alba?, ¿qué es lo que quieres?

-No sé lo que quiero. Ese es mi problema. -Hubo un silencio entre ellos-.
Ayúdame.

-¿Cómo?

-Ayúdame a entender porqué te fuiste, por qué eres tan diferente al resto, porqué me siento como si nunca encontrase mi sitio...

-Alba...

-No te vayas, por favor. Explícame lo que nadie quiere explicarme, dime lo que nadie se atreve a decirme.

Un camarero apareció para servirles los platos. Jaime aprovechó para valorar si valía la pena poner las cartas sobre la mesa. Era arriesgado, si se equivocaba con ella... pero era Alba. Cómo negarse.

-¿Qué problema tienes con el mundo?

-Con el mundo no. Conmigo. Tengo un montón de gente a mi alrededor, compañeros de trabajo, familia, amigos de Dani, Dani...

-¿Y?

-Pues que... estoy cansada de todos. Siento que tengo que esforzarme para encajar con ellos, no puedo ser realmente yo y... me siento muy... sola... -suspiró-. Y, ahora, estás tú, casi como caído del cielo, y resulta que contigo no me siento tan extraña, haces que todo sea más fácil, y, sin embargo... seguir viéndote podría convertirse en lo más difícil del mundo. Y sigo perdida, y me pides que me decida y, yo...

Alba, de nuevo, inmolándose ante él. Empezaba a pensar que era bastante camicace.

-Alba... -Jaime se rindió-, ¿qué quieres de mí?, ¿cómo puedo ayudarte?

Sonrió tímidamente. Por fin una puerta se abría ante ella. Se inclinó levemente hacia delante, clavando sus ojos en Jaime, apuntándolo como dos misiles a punto de disparar.

-Ayúdame a entender. Háblame sobre esta familia.

Jaime jugó a despistarla.

-¿Porqué es tan importante para ti? Fíjate en todos nosotros, miramos hacia otro lado. Por algo será.

Alba se dejó caer en el respaldo de la silla, necesitando su apoyo. Estaba en un punto muerto en su vida. No avanzaba, no retrocedía, tan sólo seguía allí. Esa noche tenía la oportunidad de saber algo más sobre su familia, de entender los silencios, las medias palabras, las ausencias, la amargura con que su madre vivía, la resignación con la que soportaban a la abuela, el distanciamiento de Jaime, tantas cosas que ahora él podría explicarle y

sacarla de la oscuridad en la que se había movido hasta ahora. Siempre pendiente de las palabras de su madre, guiándola hacia dónde a ella le convenía. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser una niña, sin embargo, el mutismo de aquella familia seguía turbándola, haciendo de ella una mujer insegura incapaz de avanzar por miedo a acabar como todos ellos, resignados a unos destinos grises. Necesitaba conocer más del pasado y del presente y Jaime estaba allí, como una caja de Pandora. Le asustaba y cautivaba a la vez. Le atraía porque poseía las respuestas que ella necesitaba saber.

-Quizás tengas razón, y lo más cómodo sea mirar hacia otro lado. Pero yo quiero conocer la verdad, mala o buena. Necesito que me hables con franqueza porque...nadie lo hace.

Jaime la compadeció. Alba, el enigma en sí misma, andaba a ciegas y supuso que no debía de estar bromeando cuando se arriesgaba de aquella manera, exponiéndose ante él, un desconocido.

Estuvo tentado por aquella voz que le pedía ayuda, aunque sabía que debía ser cauto.

-Escuchar la verdad no te hará más feliz. Alba las verdades escuecen. ¿Qué tiene de bueno remover toda la historia?, ahora estamos aquí, empezamos de cero a conocernos, no te pido más.

-Es que es mí historia, y nadie me cuenta nunca nada...

Jaime vio en ella a la mujer frágil en la que, los demás, la estaban convirtiendo y lo desesperada que estaba por salir del círculo cerrado en el que se encontraba, rodeada de gente que le reía las gracias permanentemente, impidiéndole evolucionar. Vio a una Alba asfixiada y él... le importaba demasiado como para dejar que se ahogara.

-¿Es que no ves lo que ocurre?, ¿no ves lo que haces?

-¿Qué... ocurre... qué...?

-Intentas contentar a todo el mundo. Y eso te está pasando factura. Es imposible hacerlo bien siempre. No puedes seguir por ese camino, debes enfrentarte a ti misma y luego a los demás. Habrá a quién decepcionarás, a quién dejarás atrás y a quién harás daño. Forma parte de la vida y de la madurez entenderlo y aceptarlo. -Alba lo miraba escéptica, como si escuchase un sermón-.

Como habrás podido notar yo he decepcionado a muchos en esta familia, pero he sido fiel a mí mismo. Y he de decir que duermo muy bien por las noches. -La apuntó con el tenedor, desafiante-: ¿a quién vas a decepcionar

tú?, espero que no sea a ti misma.

Alba lo escuchaba, cribando información, sin entender a dónde quería llegar.

-¿A mí misma, qué quieres decir con eso?, ¿tengo que pasarme la noche descifrándote?

Jaime parecía concentrado y Alba lo encontró interesante, tan pendiente de ella.

-Tengo mis dudas sobre ti.

-Y, sin embargo, te arriesgas mucho conmigo.

-Pero yo no tengo nada que perder, tú en cambio...

-¿Me estás amenazando?

-Te estoy poniendo las cartas sobre la mesa. No quiero que digas que no soy lo bastante sincero contigo. Yo estoy fuera de vuestras vidas. Tú formas parte de la suyas y la verdad, no te veo escapando de tu destino. -Alba frunció en el ceño, sin saber, exactamente, qué le estaba echando en cara-. La abuela, tan recta y orgullosa... tu madre, guiándote siempre hacia dónde le conviene... No sé si serías capaz de hacer daño a nadie. No sé si soportarías el peso de la culpabilidad recayendo sobre tus hombros. -Jaime prosiguió en tono burlón-: la dulce Alba, no puede ser una niña mala. No puede decepcionar a la familia, a la orgullosa madre, al bueno del padre... ¿Qué va a pasar contigo?, ¿a dónde vas Alba?, ¿hacia dónde quieres ir? Sé que lo sabes, sólo que no te atreves si quiera a pensarlo.

Alba inspiró profundamente, aguantándose las ganas de abofetearle. Jaime tenía razón, las verdades escocían como si tirasen alcohol en una herida abierta. Se sintió arder de rabia: -Eres un cabrón. No eres nadie para juzgarme.

La vio encenderse frente a él, sabiendo que era el culpable, lamentando el papel que le había tocado en aquel encuentro y, sin embargo, debía continuar: -Pero vosotros si podéis, ¿verdad? Vosotros podéis decidir quién es apto o no para pertenecer a esta familia. Os tomáis el derecho de criticarme y juzgarme porque he vivido siempre según mis propias convicciones y no las de los demás. La libertad tiene un precio. ¿Estarías dispuesta a pagar el tuyo? , o... ¿seguirás prefiriendo la comodidad de vivir bajo el mismo techo que papá y mamá?

Alba se incorporó enfurecida, siendo, sin quererlo, el centro de atención, durante unos segundos, entorpeciendo el paso de un camarero al que casi le tira los platos que portaba, como un equilibrista de circo, y que la miró con

cara de pocos amigos.

-No tengo por qué escuchar esto. No voy a consentir que te sigas riendo de mí. No tienes ningún derecho a...

Jaime se había puesto en pie, frente a ella. La sujetó del brazo, intentando que volviera a sentarse, en parte para rebajar la tensión del momento, y conseguir que la gente de las mesas cercanas, dejaran de mirarlos. Y en parte, porque le importaba lo que Alba pensase de él y pretendía demostrarle que, a pesar de lo que pudiera parecerle, estaba de su lado. No se reía de ella, sólo le tendía una mano que ella no veía. Si la dejaba ir, sabía que nunca tendrían la oportunidad de aclararlo. Si la dejaba ir, lo seguiría viendo a través de los ojos de su madre. Si la dejaba ir..., se dio cuenta de lo mucho que deseaba retenerla, de que no quería dejarla marchar.

-Tengo el derecho que tú me has dado. Tú querías tener esta conversación, necesitas tenerla porque dudas, lo que significa que aún no te has perdido del todo. Alba, no eres como ellas y, a pesar que lo intentas, sabes que no quieres serlo. Déjame ayudarte.

Se dejó caer en la silla, quieta y sin saber qué decir. Aquellas palabras... ¿era lo que había estado esperando? Sólo aumentaban sus dudas y ahora no sabía, realmente, cuál era su bando.

Los movimientos a su alrededor la hicieron volver al restaurante donde cenaba con Jaime. La gente había vuelto a sus conversaciones, olvidándose ya de ellos. Alba lo miraba interrogante, buceando en sus ojos grises, impasibles y serenos. Jaime le daba tiempo para que se acostumbrara a mirar sin venda, esperando una reacción. Una reacción que no llegaba porque no sabía cómo responder. ¿Realmente estaba siendo sincero?, ¿qué quería de ella?, ¿realmente la veía tan frágil?, o... ¿sólo lo hacía para parecer más interesante?

Desde que tuvieron la oportunidad de conocerse, Alba no paraba de repetirse que Jaime era su tío, como una especie de mantra, cada vez que estaba con él. Ahora lo miraba como un hombre. Un hombre que la conocía mejor de lo que imaginaba y se sentía avergonzada porque descubría sus puntos vulnerables. En otras circunstancias, se hubiera marchado. Hubiera puesto fin a aquellos encuentros furtivos que sólo podían traerle más quebraderos de cabeza. Pero Jaime tenía razón, ella no era como su madre, ni como su abuela. Quizás se parecía más a él de lo que quería reconocer.

Debería haberse alejado de Jaime desde el primer día. Lo supo mientras no dejaba de mirarla, con tanta intensidad que Alba se estremeció. Acarició

su mano por encima de la mesa mientras le hablaba en silencio, reconfortándola, conociendo sus miedos, entendiéndola como casi nadie lo hacía. Alba sintió un escalofrío al notar el contacto cálido de su piel. No era compasión lo que veía en sus ojos, era algo diferente. Algo que la intrigaba manteniéndola expectante, y supo que aquella puerta que se estaba abriendo no llevaba a ninguna parte. Una puerta que era principio y fin en ella misma.

No dejaba de pensar en lo extraño de la situación, que despertaba en ella una curiosidad morbosa, atreviéndose a mirar con ojos de mujer a aquel hombre que aparecía ante ella como una revelación. Cuando la notó más calmada, Jaime continuó: -Siento haber sido tan brusco. Hay veces que no hay dos maneras de decir las cosas.

-Ya... bueno... supongo que me lo he buscado. Nadie me obliga a estar aquí, así que..., -Alba se aclaró la garganta incómoda-, ¿realmente me ves tan acomodada en la familia, tan incapaz de tomar mis propias decisiones?

Jaime la miró, medio sonriente.

-Y tú, ¿me ves tan horrible como dicen que soy?, un monstruo egoísta...

-¿Es una pregunta trampa?, si yo contesto que no, ¿tú también contestarás que no?, -e hizo una mueca de fastidio-.

-Intento decirte que los dos tenemos ideas preconcebidas. Sé que eres capaz de tomar decisiones, pero necesitas alejarte y aclararte. Y ya va siendo hora de que lo hagas. Y... también sé que no crees que yo sea tan horrible, hasta me atrevería a decir que... -dejó la frase colgada mientras la miraba divertido-.

-¿Qué?

-Que te gusto.

-No.

-Yo creo que sí, -reía maliciosamente-.

-No es verdad.

-He visto las miraditas que me echas de reojo, cuando crees que no te veo.

-Pero... ¡serás creído! Y vanidoso y... creído..., -repitió sin encontrar las palabras para calificar tanta desfachatez-. Eres tú el que me miras. Y... ¡cómo me miras!

-¿Cómo te miro?

Alba negaba con la cabeza. Lo había vuelto a hacer. Jugaba con ella sacándola de sus casillas, mientras él parecía divertirse con cada encerrona.

-No pienso seguir aquí hablando...

-Pues vámonos.

-¿Qué?, ¿a dónde?

-A tomar el aire y luego una copa. Vamos a continuar esta conversación en otro sitio.

Alba pensó que todavía podía rectificar y abandonar a tiempo, huir una vez más, y refugiarse en su llana vida. Dani había vuelto ya del viaje de trabajo. Habían hablado, le había explicado lo de su abuela y se había mostrado más comprensivo que otras veces. Podía aparecer por su casa, sorprenderlo y pasar la noche con él. Llevarse una botella de vino a la cama y pasar la noche despiertos, haciendo el amor. Hacía mucho tiempo que no hacían cosas divertidas, juntos. Y, por unos instantes, Alba casi supo lo que quería, supo lo que debía hacer.

-Pensé que sólo habíamos quedado para cenar. No me dijiste nada de salir por ahí.

-Mil perdones señorita, no sabía que tenía que pasarle una cronología con todos los acontecimientos por adelantado. En la próxima invitación formal intentaré subsanar estos errores.

-Mira que eres repipi. Y mira que me molesta que lo seas.

-Pues yo no sabía que eras tan aburrida. Esto es una cena informal puede acabar a las once de la noche o de la mañana. Supongo que tus padres no te estarán esperando despiertos, -hizo una pausa-, ¿no? -Alba abrió mucho los ojos, como si Jaime acabara de descifrar la verdad-, Alba no me jodas que todavía...

Alba soltó una carcajada, a la que siguieron muchas más. La cara de Jaime era de puro susto.

No podía parar de reír.

-Vale... ¿así que tú también sabes hacer bromas?

Alba no dejaba de reírse mientras lo señalaba con el dedo.

-Alba uno, Jaime cero. Tú ganas, casi me lo trago, por un momento vi a tu madre esperándote en bata en un sillón hasta que entrabas por la puerta, como si tuvieses quince años.

-Uy, ¡qué bah!, con quince años sólo podía salir hasta las diez de la noche, -dijo Alba secándose con el dorso de la mano unas lágrimas divertidas-

-Cuando dejes de burlarte de mí, nos vamos.

-No sé, Jaime, -dijo sin convicción, esperando ser arrastrada por él-

-Ni lo sueñes, Alba. Esta noche no pienso dejarte escapar, -tirando por

tierra cualquier pensamiento que le aconsejaba volver a casa-.

19

1940

Esperanza no murió porque no la dejaron. Su familia fue a buscarla, rescatándola, en un incomprensible deber de alargar su agonía, manteniéndola viva.

Si la vida fuese justa...él no habría muerto. Muchos no habrían muerto. Pero no existía la justicia para ellos y nadie pagaría por los muertos que no debieron ser, ni por el sufrimiento que no se debió padecer. Y en la boca de todos, un regusto amargo por haber sido vejado en la vida y en la muerte.

Esperanza ya no vivía, desde que vio morir a José. Y su espectro se paseaba entre el frío aire de las habitaciones de la casa familiar.

El marido la devolvió con vergüenza y decepción en la mirada, como quién cambia un regalo que no le ha gustado porque no era lo que esperaba. La familia la acogió con deshonra y resignación.

Se había convertido en un lastre que, su hermano mayor, Pedro, se encargaba de recordarle continuamente, en aquella casa. Ella era una carga vergonzosa que debían ocultar, por miedo o por el “qué dirán”, porque la gente de bien podía sentirse orgullosa de ser honrada y pobre, pero no de tener un loco en casa. El amor no era una prioridad, ni siquiera una opción. Romper barreras por amor era una locura. Eso es lo que les decían a los vecinos, que Esperanza había enloquecido. Por loca la tenían, y compadecían a la familia por ello, como si no tuviesen bastante con las penurias que compartían con el resto del pueblo.

Sus hermanos continuaban desaparecidos, sin regresar de la guerra. Los hombres que quedaban en su casa, su padre y su hermano mayor, no eran capaces de mirarla a la cara, tal era el desprecio que por ella sentían. En los ojos de su madre podía ver la desolación que le producía tenerla allí de nuevo.

El marido de Esperanza, Fernando, se encerró en su casa, sintiendo la desgracia sobre sus hombros, preguntándose por qué tuvo que pasarle a él, con la única satisfacción de saber que la guerra, al pasar cuentas con el pueblo, incendió la iglesia, los santos y al cura que los casó, don Francisco.

Cerrando un capítulo de su vida, porque con él, desaparecieron todos los documentos que allí se guardaban, incluido el que recogía el testimonio de su unión. Ardieron, como si al quemarse pudieran borrar las huellas de aquella boda sin amor, que Esperanza intentó evitar suplicando a don Francisco para que se apiadase de ella. El fuego deshizo lo que un día quiso unir el hombre, a la fuerza, dejándoles libres de nuevo, si eran capaces de no volver atrás y olvidar de sus memorias aquel matrimonio.

Las noches que el cansancio le ganaba la partida y lograba dormirla, soñaba con José. Lo veía vivo, haciendo tareas cotidianas que ella recordaba, antes que empezara la guerra. Lo veía mirarla, bajarla de la mula. Sentía sus brazos, sus manos fuertes sujetándola, sus labios en los de ella, sus ojos dulces atravesarle la piel... Podía sentirlo igual que antes, como si aún estuviese vivo. Se despertaba en mitad de la noche, sudorosa y agitada. Lloraba en silencio, notando el dolor que le traspasaba el alma. Notando el contacto del trozo de papel que José le había dado, quemándole la piel. Recordaba entonces las palabras de su gitano: “no dejes de pensar en mí, Esperanza, es lo único que me llevo...” Y la promesa que le hizo antes de morir: “siempre estarás conmigo, gitano.

Cuidaré de tu sangre como si fuese la mía”. Encontraba en su promesa un calor que la reconfortaba y una fuerza capaz de tirar de ella, a pesar de su notable deterioro físico. Estaba preparada para cumplir con su palabra.

20

Salieron del bar estrenando sensaciones, descubriendo poco a poco, las reglas del juego.

Alba agradeció el aire gélido sobre el rostro. Sintió el frío de la noche penetrando a través de su ropa, bajo el abrigo, erizándole la piel, mientras lanzaba miradas intermitentes hacia Jaime, intentando descubrir más sobre aquel hombre, hasta ahora invisible. Ahora, era más real que nunca y paseaba junto a ella por una ciudad durmiente.

-¿Dónde me has dicho que vamos?

-No te lo he dicho.

-Bueno, pues dímelo ahora.

-A tomar una copa, -Jaime le contestaba distraído, sonriéndole travieso-.

-Sí, pero... ¿a dónde?, no pretenderás tenerme toda la noche dando vueltas. Hace demasiado frío...

-Deja de lloriquear, he conocido a abuelitas más decididas que tú. Hay un local aquí cerca. Allí podremos hablar. -Jaime la miró ladeando un poco la cabeza-, tendrás que confiar en mí.

Alba cedió, no sabía si por él o por las copas de vino que se había tomado cenando. Seguía sus pasos por un asfalto difícil y resbaladizo, como él, bajo la luz blanquecina de las farolas, iluminando el pavimento gris. Las calles aparecían ante ellos como pasadizos de un laberinto, cruzándose unas con otras. Parecían adentrarse hacia las entrañas oscuras y húmedas de aquella ciudad, la que le había visto nacer y que, Alba, despreciaba por encima de todas las cosas, sintiéndose atrapada por ella y, sin embargo, reconfortada a cada paso que daba, reencontrándola en la soledad de la noche.

Jaime ralentizó el paso y colocó su brazo sobre los hombros de Alba.

-Espero que no te hayas enfadado conmigo por lo de antes. No pretendía molestarte. A veces me falta tacto, pero... me has pedido la verdad y eso es lo que pienso. Si te he ofendido...

Alba se detuvo a su lado.

-No tienes que disculparte. Soy yo la que debería hacerlo por pedirte explicaciones a ti, cuando nadie más quiere dárme las. Tú has sido el único que me has hablado con franqueza, te lo agradezco.

Supongo que tengo que empezar a tomar decisiones, algunas difíciles...

-Pero...

-¿Pero, qué?

-Vamos, Alba. Siempre hay un pero...

-Bueno... es que... no sé en qué situación nos deja esto ahora. Me gusta estar contigo y quiero que me expliques tu versión de la historia, pero no puedo llegar a casa y decirle a mi madre que te has convertido en mi tío preferido, ¿comprendes?, ella no lo entendería, ella no debe saber... -Miró a Jaime, buscando en sus ojos la aprobación de las palabras que no se atrevía a decir en voz alta-. Y

luego está lo de la abuela, no sé qué va a pasar con ella. Mi madre no deja de presionarme para que le consiga plaza en la residencia donde trabajo, ¡cómo si fuese fácil!, precisamente ahora que no estoy en mi mejor momento profesional porque estoy a punto de mandarlo todo a...

Jaime la observaba. De nuevo Alba al borde del precipicio, incapaz de dar un paso atrás, incapaz de saltar. Se acercó más a ella, sus cabezas casi tocándose. La cogió de los brazos, intentando tranquilizarla.

-Tranquila, no seas tan dura contigo misma. No te lleva a ninguna parte. Por mí no tienes que preocuparte, no voy a pedirte nada, y menos, que me defiendas delante de los demás, no es mi estilo, me basta con que dejen de manejarte a su antojo. Lo de la abuela es otro tema. Tu madre nos está presionando a todos. Sé que tiene razón, es mayor y tenemos que hacernos a la idea, sobretodo ella, que es a la que más le va a costar admitirlo. Es una cabezota. Encontraremos una solución, tanto si es en la residencia donde trabajas como si es en otro sitio. Tu madre debería dejarte un poco en paz, esto es asunto nuestro.

Alba notó que Jaime se tensó al tocar el tema de la abuela. Suponía que verla en aquellas condiciones tampoco era fácil para él. Por mucho que un hijo se alejase, seguía siendo un hijo y a Jaime debía dolerle su madre igual que a todos los demás, pensó. Miró a su alrededor y comprobó que no sabía dónde estaba.

Jaime la observaba, confuso, mientras caminaba hacia adelante y hacia atrás, intentando ubicarse entre tantos callejones cargados de historia y años.

-Y... ¿ahora qué pasa?

-Pues que no tengo ni idea de dónde estoy, ni de a dónde me llevas.

Jaime sonrió de manera seductora.

-Tranquila, no voy a raptarte.

Alba fingió un aplomo que había perdido desde que salieron del bar y se

dejaba guiar por él.

-Estoy muy tranquila, pero me gustaría saber a dónde vamos. Ahora mismo me siento como Alicia en el país de las maravillas.

-¿Cómo?

-Pues eso, como Alicia, todo el cuento detrás de un conejo chiflado que la hace ir de aquí para allá, metiéndola en un lío tras otro.

Jaime soltó varias carcajadas, haciendo que su risa corriera libremente calle abajo, rebotando en los solitarios portales.

-No me lo puedo creer. ¿Eso es lo que soy para ti?, ¿un conejo loco?, ¿en serio? Me has dicho cosas mejores, la verdad.

-No he dicho eso, he dicho que yo me sentía como... -Jaime se tapaba la boca para evitar seguir riéndose de sus ocurrencias, Alba se dio por vencida... ¡bah!, qué más da, ríete si quieres.

Que más le daba hacerse entender si ni siquiera ella era capaz de hacerlo. No entendía a aquella ciudad, ni la situación, ni a aquel hombre al que, irremediablemente, seguía el juego, incapaz de abandonar la partida, sin explicarse el porqué.

Jaime dejó de caminar. La noche les traía restos de música de algún local cercano.

-¿Ya hemos llegado?

-Casi.

Examinó a su alrededor y miró a Jaime.

-Esto es extraño. No sé qué hago aquí, en mitad de la calle contigo. Sé quién eres, pero apenas te conozco, mientras que tú... es como si pudieras leer mis pensamientos o ver dentro de mí.

Él la contemplaba. Los ojos de Alba brillando en la noche eran infinitamente bellos, profundos y llenos de vida. Eran dos ventanas por las que Alba emergía al mundo, sin entender, demasiado, el complejo mecanismo que la hacía avanzar hacia el caos perpetuo. Sus ojos lo atrapaban.

-Quiero que entiendas que si estoy aquí es por ti, y que nunca te haría daño.

Dos siluetas se dibujaban en el callejón en penumbra, frente a frente, sosteniéndose la mirada, quemándose en ella, queriendo descubrir más. Alba echó a andar, incapaz de soportar la fuerza que emanaba de los ojos de Jaime, sacudiéndola por dentro como un volcán, despertando un calor que ya no recordaba.

El silencio de la noche se instaló entre ellos, sin que ninguno de los dos se atreviese a romperlo. Un pensamiento en voz alta lo hizo.

-Me pregunto hacia dónde miraba, por qué no te he visto durante todos estos años.

Jaime encogió los hombros y dejó escapar un largo bufido.

-No quiero que pienses que culpo a tu madre solamente, no se ajustaría a la verdad, ninguno estamos libres de culpa. Todos hemos ayudado a construir esta situación y hemos enterrado durante años toda la miseria debajo de la alfombra, haciendo ver que no pasaba nada. Discusiones, palabras que no debimos decir, portazos y demasiados reproches. Pero ya nos ves... de cara a la galería nos mantenemos juntos, la abuela no hubiera permitido jamás que fuese de otro modo. Vivimos en una continua guerra fría, en una desesperante calma que te hace estar alerta. Por eso no puedo quedarme.

Ni pude antes, ni podré ahora. En realidad, somos un fracaso y me avergüenza mostrártelo, pero es lo menos que puedo hacer por ti. A todos nos ha interesado este distanciamiento, así que si buscas culpables... Lo siento Alba, quizás sí tenga razón tu madre en pensar que soy un impresentable.

Alba se estremeció. Jaime parecía estar dispuesto a mostrarle sus entrañas sólo para que ella entendiera y obtuviera respuestas que, durante tantos años, le habían negado.

-Podrías haber hecho lo mismo conmigo y, sin embargo, estás aquí. No creo que seas un impresentable, más bien creo que optaste por desaparecer porque lo que veías no te gustaba. Yo también he querido escapar más de una vez, esa idea es tentadora, no creas, pero... no he tenido nunca valor.

-¿Por qué no estás con él?

-¿Con quién?

-Ya sabes, con tu novio... ¿Dani?

-¡Puaff! Vaya pregunta. Eso mismo me reprocha media familia. Y... por dios, no me sueltes tú también lo de que se me va a pasar el arroz o que me quedaré para vestir santos, porque...

-No tenía intención, la verdad. Pero me sorprende que no te hayas planteado salir de tu casa ¿Por qué no te has casado o fugado ya con él?

-No lo sé. Puedo contestarte mil razones diferentes que he ido ensayado cada vez que alguien me salía con la preguntita, pero son todas falsas. Yo creía que la necesidad de casarse y tener hijos te llegaba con la edad. Pero a mí, aún, no me ha pasado. Ya te lo he dicho antes, soy complicada.

Debería tomar una decisión, hacer lo que todos creen que es lo correcto,

pero lo dejo para más adelante. Y así llevo muchos años. No sé hacerlo mejor, es la respuesta más sincera que puedo darte.

-Esperas que las cosas pasen para no tener que tomar tú la decisión.

-Triste, ¿verdad?

-Es tu vida. Hay que respetarlo. Cuando estés preparada lo harás. Y... ¿a tu novio no le importa?

-No estoy segura... supongo que así nos va bien... más o menos, aunque últimamente... Además no me apetece hablar de eso.

-Caray, acabas de decir mucho con pocas palabras. Disculpa no tenía que haberte preguntado.

Supongo que no debe ser fácil.

Bajó la cabeza avergonzada y Jaime le sonrió.

-Quizás me arrepienta pero... ¿puedo preguntarte por qué has empleado tiempo en conocerme?

Se sonrojó, antes de haber acabado la pregunta. Jaime cogió aire de golpe mientras tiraba la cabeza hacia atrás, como si la pregunta le hubiera pillado desprevenido.

-Puedes, preciosa, pero no lo hagas. -Jaime la miró intensamente-. Hay cosas difíciles de explicar.

Tiró de ella hacia el final del callejón.

-Vamos.

La luz y el alboroto se hicieron evidentes al girar la calle, que apareció poblada por tribus urbanas difíciles de catalogar. Jaime abrió los brazos: -Ya hemos llegado.

Alba giró sobres sus talones. Si el infierno tuviese puertas, serían las que tenía ante ella. Dos altos y pesados bloques de grueso acero cerraban la entrada hacia lo desconocido. Alzó la vista hasta el final de aquella descomunal entrada. Coronando las puertas un cartel con caligrafía siniestra, "La cova del diable", hacía presagiar lo peor.

-¿Esto es lo que entiendes por "un lugar para charlar"?, ¿pero qué clase de local es éste?

Jaime puso cara de gamberro.

-Justo lo que necesitas, un antro de perdición. Pero no se lo digas a tu madre, -rió maliciosamente-.

-Intuyo que no será lo único que no pueda explicarle, -se dijo Alba, poniendo los ojos en blanco-.

Casi tuvo que empujarla hacia el interior. El portero le saludó con un

apretón de manos, amigable, pero frío, como corresponde al cargo que desempeña en la noche. Es la autoridad, la metáfora de San Pedro, decidiendo si abre o no las puertas del cielo, valorando si se es digno de poder entrar en el local. El hombre que taponaba la entrada, barrando el paso con una cadena, era de poderosa complexión, de cuello robusto y ancho torso, musculado en exceso. La camiseta de lycra negra que ceñía su cuerpo bajo la americana, daba escandalosas prueba de ello. Alba no podía dejar de repararlo de arriba abajo, mientras Jaime intercambiaba palabras con él que ella no podía escuchar. Apenas un gesto leve con la cabeza para dar por finalizado el saludo y dejarle el paso libre, no sin antes intercambiar un par de miradas perniciosas con Alba, como si no fuese merecedora de traspasar aquellas puertas sin su consentimiento y estuviera en deuda con él por ello.

Jaime tenía razón, el interior de “La cova del diable”, era un antro. Un universo paralelo impensable, pero real, se abrió ante ella al traspasar el portón. La música atronadora y salvaje la sacudía por dentro y por fuera y, la ausencia de luz la cegaba, haciéndola andar a trompicones los primeros pasos, obligada a plantarse en mitad de nada, temiendo dar pasos en falso. Jaime, a su lado, le hizo un guiño de aprobación.

-¿Qué te parece?

-Sórdido y tétrico. ¿Por qué me has traído aquí?

Jaime se encogió de hombros. El estruendo impedía cualquier conversación a una distancia prudente, obligando a acercarse demasiado, a gritarse al oído, acariciando con el aliento el cuello en cada frase, inspirando el olor del otro, sumándose a la locura colectiva que abarrotaba el local. Alba no pudo aguantar más la curiosidad:

-¿Qué te ha dicho tu amigo culturista?

Jaime la miró extrañado.

-¿Quién?

-El de la puerta.

La miró sorprendido, restándole importancia.

-Ah... nada...

-No mientas. Me miraba mientras hablabais.

No pudo evitar reír ante la curiosidad impertinente de Alba. Se apartó un poco para mirarla divertido, sabiendo que no tenía posibilidad alguna de control sobre lo que la rodeaba, aunque ella aún no lo había descubierto. Al llevarla allí, quería comprobar si sería capaz de romper el lastre que arrastraba, como si aquellas densas puertas, al cerrarse tras ellos, pudiesen

cortar el cordón umbilical que unía a Alba a la única realidad que conocía, ignorando todas las demás, que ahora él pretendía mostrarle.

-El “culturista”, como tú lo has bautizado al pobre, quería saber si eras lesbiana. Creo que le has gustado. Le he invitado a tomar una copa con nosotros. Luego te lo presento.

-Pero... ¿qué se ha creído ese...? y dicho sea de paso, ¿qué le ha hecho pensar que yo era lesbiana?

-Jaime soltó una carcajada al ver su cara perpleja-. No, en serio, si es por como visto... o por como camino, no sé, dime, ¿en qué puede notar él esas cosas?

Cuánto más descolocada estaba Alba, más divertido lo encontraba Jaime, como si su plan estuviese saliendo a la perfección.

-Bueno, verás, no sé si te lo había comentado antes, es un detalle sin importancia, este local... es de ambiente...

-Sí, ya lo veo que tiene ambiente, está abarrotado.

-No, Alba, -Jaime hizo una pausa para que entendiera lo que iba a decirle, sin margen de error-.

Me refiero a que viene mucho público gay, -la miró para ver su reacción-, espero que no te moleste.

Alba se quedó callada un momento, eso no se lo esperaba. De nuevo, Jaime, la descolocaba, sin saber a qué atenerse. Por un momento pensó que él, ella... No supo qué decirle, sólo asintió levemente con la cabeza, mientras miraba el resto del local.

¿Molestarle? No. Hasta podría ser que viera a Laura por allí. “Esta ciudad sigue siendo un pueblo en muchos aspectos”, se dijo. Pensó en ella, “mierda, ¿qué le diría si se la encontraba?”, la borró de un plumazo creyendo que era una posibilidad remota y que también sería mala pata.

Siguió pensando en Jaime, mientras lo miraba disimuladamente. ¿Por qué le había preguntado si le molestaba qué el local fuese de ambiente?, qué tontería, por supuesto que no le importaba.

Excepto... porque abría una posibilidad que no había contemplado hasta ahora. Las ideas parecían ordenarse en su mente. Ahora todo parecía encajar: la soltería de Jaime; su estilo de vida; los reproches y secretos en torno a él... Su familia, avergonzándose de él, apartándolo, negándole a ella la oportunidad de conocer la verdad y, a un hombre, que le parecía sorprendente. ¿Molestarle?, ¿por qué había de molestarle el lugar o lo que significaba?

Y, sin embargo... le molestó. Le dolía no conocer a Jaime, le dolía el tiempo que no habían compartido y el esfuerzo que nunca hizo por acercarse a él. Le dolían las ganas de abrazarlo y ni siquiera entendía por qué.

21

1940

Un catorce de febrero, Esperanza salió de su casa para no volver, empujada por un santo enamoradizo que la obligaba a ir en busca de su destino.

Atrás dejaba su alma; su familia, rota por la desgracia y la guerra; un hermano muerto, otro desaparecido y uno aún por regresar; una hermana boba, una madre consumida y un padre viejo, cansado y resentido; una amiga, un amor y una historia envenenada.

Se marchó en busca de una calma que no encontraría. Se marchó con el alba, con el frío de la mañana, con la soledad del silencio de un camino por hacer. Se marchó cruzando el pueblo y la carretera que se llevó a José, yendo en su busca, a pesar de que ya no estaba, guardándose su recuerdo como el mejor secreto, con la determinación del que sabe que le queda algo por hacer.

La vieron alejarse con paso firme y el tímido sol de cara, único testigo y compañero de viaje, alumbrando su destierro, subiéndose el paquete que llevaba como único equipaje, que se le resbalaba del brazo a cada paso que daba. Y se perdió, carretera adelante, su figura fue disminuyendo, hasta convertirse en un punto insignificante en la lejanía, hasta que un desnivel la hizo invisible y Esperanza, desapareció para siempre. Sin mirar atrás, porque atrás nada le quedaba; sin despedidas, porque estaba todo dicho; sin penas, porque la pena la llevaba dentro. En su mente una promesa y en el corazón una fuerza que la haría seguir hasta que en su cuerpo no quedase ni un aliento de vida.

Mientras el mundo entero se embarcaba en una guerra salvaje, ella, haciendo de la causa de José la suya, y de su amor su bandera, partió con un rumbo y un destino, ignorándolo todo, cruzando una España rota, reprimida y represora, encontrándose a su paso un país en ruinas y desiertos de amargura que la acompañarían en su dolor, como si el universo entero llorase la muerte de José.

Del viacrucis que la llevó a recorrer medio país, en busca de un imposible, apenas guardaría recuerdos, y los pocos que consiguiera rescatar,

serían borrosos y confusos, inciertos como un sueño, como si todo lo anterior a llegar a su destino fuese un espejismo, apenas retazos de imágenes de un viaje a los infiernos, por lugares que no recordaría, tropezándose con gente sin rostro, igual que ella, sucios, pobres, huyendo del hambre, del hombre y de sí mismos, en busca de una hogar que no encontrarían. Recordaría el aire seco y frío contándole la cara, el sol de febrero y marzo calentándole la espalda, el dolor de pies, el dolor de estómago vacío, las noches por el camino, trenes atestados de miserables a la deriva, niños, madres, abuelos, hombres heridos, hombres con uniformes, interrogándola al verla viajar sola.

Recordaría haber pasado junto a un árbol con una sola copa pero con el tronco abierto en dos, resquebrajado como la tierra que pisaba, dejando una vacío intermedio, un agujero mágico suspendido en tierra de nadie. Mientras caminaba acercándose, observaba curiosa aquella figura extravagante de la naturaleza que, por diferente, era hermosa y no pudo resistirse a atravesarlo, como si de una puerta mágica se tratase, pudiendo entrar en otra realidad menos cruel, que le diera la oportunidad de sonreír.

Pero Esperanza continuó sin sonreír incluso cuando, a pesar de su ignorancia y su cansancio, llegó a Barcelona, dejando los caminos de arena y adentrándose en la confusión de aquella telaraña urbana que le asustaba y atraía de igual forma, sin llegar a imaginar que en ella se quedaría, siendo testigo de su metamorfosis.

Durmió y vivió en la calle, abrazándose a la pobreza y la miseria, haciendo largas colas para conseguir un trozo de pan duro, vendiendo lo único que tenía para sobrevivir, su cuerpo. Sabiendo que el tiempo corría en su contra y que debía cumplir su promesa, a pesar de estar sola, y de saber que sus fuerzas estaban a punto de fallarle. Pero la línea de la vida, de su mano, eran largas y hacían que ella siguiera en pie.

22

Jaime estiró de Alba hacia una de las barras laterales.

-Tomemos algo.

Se giró hacia ella.

-¿Qué quieres tomar?

-Vodka con limón.

Se lo repitió al camarero, un chico guapo que Alba juzgó demasiado joven para estar allí. Al darle el vaso, Jaime le sostuvo durante un momento la mano entre las suyas.

-Debes saber algo...

Alba lo interrumpió, por miedo a descubrir lo que no quería saber.

-No tienes que darme ninguna explicación. Yo... te debo una disculpa. He sido tonta por no haberme acercado antes a ti. No nos hemos dado la oportunidad de conocernos y... ahora lo lamento.

Sonó como si creyera que llegaba demasiado tarde.

-No, Alba, no hagas eso. No te culpes, ya te he dicho que ninguno estamos libre de pecado. Tienes que entender que siempre nos ha interesado tapar según qué cosas. La abuela..., bueno ya la conoces, debe tenerlo todo bajo control, hasta que se vuelve intransigente, incluso cruel. Se ha encargado de dar siempre una imagen de normalidad. A todos nos ha dejado mella, de una u otra forma, pero ninguno somos como ella, ¿entiendes lo que te digo?, ninguno. Aurora ha intentado protegerte de ella, de su carácter, de sus críticas..., lo ha hecho tan bien, que sigue protegiéndote porque cree que aún lo necesitas y ha hecho de ti una mujer perdida que no sabe cómo continuar su camino. En el fondo eres una víctima más.

Jaime hizo una pausa para tomar un sorbo de su consumición olvidada. Evitaba mirar directamente a Alba, sabía que debía dolerle oír aquello, ver como su mundo era sólo un escenario de papel construido a su medida, ver como la habían engañado para mantener una vida irreal.

Llegado a ese punto, quiso seguir:

-Yo te veía de lejos, entre ellas dos, en medio de una lucha que nunca has entendido. Tan serena, tan dócil, siempre intentando complacerlas sin conseguirlo, buscando un gesto de aprobación que no llegaba... porque ni siquiera te miraban. Se me partía el alma, deseaba alejarte de ellas dos,

pero... ¿cómo?, ¿quién era yo para sacarte de allí?, sólo una persona egoísta que nunca aparecía por casa, ni preguntaba, ni veía, ni sentía... -Miró su vaso y dio un trago largo-. Han intentado moldearte a su antojo, sin ver qué eras diferente, sin entender que aquella batalla no es tuya, ambas tirando hacia su lado, hasta casi romperte. Y tú, al contrario que yo, jamás te has atrevido a oponer resistencia, tan solo dejas pasar el tiempo, quedándote atrás, con ellas, sin valor para avanzar tú sola. Y dejaste de verme porque ya no mirabas a través de tus ojos.

Jaime se tomó de golpe lo que le quedaba de consumición, con la mirada hacia el fondo del local. Ofrecerle a Alba respuestas era doloroso también para él.

Alba, muda, lo observaba. Tenía un nudo en la garganta. Sólo podía tomar sorbos rápidos y nerviosos de su vaso, haciendo desaparecer la bebida vertiginosamente. Era incapaz de decir nada por miedo a llorar, y se aguantó las ganas de echarse en sus brazos y refugiarse en él, que parecía estar junto a ella para rescatarla del círculo en el que permanecía encerrada, abriéndole los ojos, sacándola de su engaño, mostrándole todo lo demás.

Miraba a su alrededor confundida, ¿qué se supone que debía hacer ahora? No podía odiar a su madre, ni a la abuela. Le agradecía a Jaime su franqueza, su tiempo, su valor para hablarle de aquella manera, pero... ¿cómo debía reaccionar después de aquello? La derrota guió sus palabras y la voz le tembló al decir:

-No me siento capaz de traicionarlas, no puedo dejarlas atrás sin más. No sé cómo tú pudiste...

yo...

Jaime asintió, aceptando sin condiciones su decisión, porque era lo único que podía hacer, dejarla elegir libremente, una oportunidad que nadie más le había dado. Aceptó ser él, de nuevo, el exiliado de su lado y la abrazó consolándola mientras le susurraba: -No tienes que hacer nada. Sólo quiero que sepas que estoy aquí.

Por un momento, se sintió inseguro, a pesar de estar en su terreno. El hecho de tener a Alba al alcance de su mano, iniciándola en aquel liberador camino, le atraía tanto como le asustaba. No sabía hasta dónde sería capaz de llegar y se apartó de su contacto. Pidió dos nuevas copas.

-Éstas van por nosotros, porque no deberíamos renunciar nunca a lo que realmente queremos, ni por miedo, ni por mucho que pueda molestar al resto del mundo.

Brindaron, refugiándose en la mirada del otro. Jaime quería enseñarle que existían otras salidas, que podían ser dueños de su destino, siempre que estuviesen dispuestos a pagar un precio por ello.

Alba seguía dudando de ser capaz de encontrar cual era su sitio, pero había dejado de pensar cuando Jaime la tomó por la cintura, arrastrándola con firmeza hacia él. Con un gesto le indicó que le siguiera hacia el fondo de aquella cueva, refugio inhóspito de tantas almas en pena.

Sus ojos brillaban por la leve embriaguez que empezaba a sentir, y por el efecto que producía en ella Jaime. Deseó dejarse llevar y se abandonó apenas unos segundos, dejando caer los párpados, mientras avanzaba tras él, tirada por su mano. Notó como se soltaban. Abrió los ojos, Jaime no estaba, desapareció engullido por la masa humana que se extendía sobre la pista. Por un momento temió correr la misma suerte. Intentó avanzar, pero le fue imposible. Estaba, absurdamente, perdida en la negrura del bar, bajo flashes de luz cegadora, en mitad de la nada, sola, y, sin embargo... libre, como no lo había sido antes, abrazada por una multitud que no la dejaría caer y que nada esperaba de ella. Volvió a cerrar los ojos, sin importarle lo perdida que estaba entre tanto desconocido, saboreando su soledad, como un regalo de la noche.

La presión de una mano sobre su brazo, la sacó de su particular oasis, tirando de ella con fuerza. Volvió a ver el rostro de Jaime, recostado sobre unos sillones en la pared del fondo.

Entonces supo que el brazo que la rescataba era del culturista de la entrada. “¡Ups!”, pensó, mientras la arrastraba sin mediar palabra, como si no fuese merecedora de poder estar allí.

Sin tiempo a valorarlo, vio como el hombre de acero caía sobre ella como un vampiro, comiéndole, literalmente, la oreja, poniendo una nueva consumición en su mano.

-¿Estás bien?

-Sí, gracias... pensé que no podría salir nunca, -rió nerviosa-, hay mucha gente, ¿no?

-A esta hora, siempre, luego se vacía un poco. De nada, pensé que te iría bien una ayudita, -y le guiñó un ojo-.

Sonreía, forzada, mientras se tocaba el brazo dolorido por la presión del mastodonte. No le había caído bien al verlo y se reafirmaba en su primera impresión. “¿Qué querrá este ahora?, en menuda encerrona me ha metido Jaime...”. Pensaba mientras, Álex, o eso creía que le había dicho que se llamaba, continuaba hablándole al oído, disculpándose porque tenía que

volver al trabajo, y preguntándole con descaro si podían verse más tarde. “... para lo que surja...”, fueron sus palabras.

Pensó, posiblemente por el efecto del alcohol, como sería el sexo con un hombre como él, “¿tendría el pene en proporción a todo lo demás?...”, sacudió la cabeza intentando borrar aquello de su mente.

Lo imaginó con una desnudez de revista: perfecto, frío. Seguramente la penetraría en seguida, rítmicamente, concentrándose en él, aguantándose encima suya con sus fuertes brazos musculados, sin rozarla apenas, sin tocar su piel, sin sentirla. Sacudió la cabeza para alejar los pensamientos morbosos, además sólo eran suposiciones, porque no tenía intención de comprobarlo. Con la babeada en la oreja tenía suficiente.

Buscó los ojos de Jaime en la oscuridad, sin encontrarlos. Lo odió por ello. Apareció al cabo de pocos minutos, justo a tiempo de despedirse de Álex, que regresaba a la entrada, dejándola con el vaso a medias, y la sensación de haberse quitado, literalmente, un peso de encima. Jaime le sonrió.

-¿Qué tal?, -y movió la barbilla, señalando hacia el portero que ya se alejaba-

-¿Dónde estabas? Tu amigo es un plasta. -Alba le respondió molesta-

-Pero si es un encanto el chico, -Jaime bromeaba divertido-

-¿Crees que es divertido que te babeen la oreja?, no tiene gracia. Dime una cosa, ¿pensabas que me iba a liar con él... ¿ese era tu plan para esta noche?, pero...¿tú en qué mundo vives? ¿Para eso me has traído aquí?

-No digas tonterías. Quería que me acompañaras para enseñarte este lugar. Es tan extraño que me reconforta, me hace sentir más... “normal”. Esperaba que a ti te pasase lo mismo y evitar, así, que acabes ahogándote en tu propio vaso de agua.

-¿Y piensas que la solución a mis problemas es enrollarme con tu amigo?, ¿en serio?

Alba gesticulaba enfadada delante de él. Podía oír su corazón, latir rabioso, dentro de su cabeza.

-Oye tranquila, ¿cuál es tu problema?

-¡Tú eres mi problema!

Jaime la miraba, encendida. Negaba con la cabeza sin entenderla.

-Lo del culturista surgió al llegar aquí, lo que quieras hacer con él es asunto tuyo. Ya eres mayorcita.

Eres atractiva, joder, ¿también voy a tener yo la culpa de eso?

Alba se quedó en silencio, envuelta por el bullicio ensordecedor del local. Jaime continuó: -Te juro que no era mi intención buscarte ningún lio, siento que te haya molestado. Cualquiera mujer estaría orgullosa de ligar con un tío como Álex. ¡Joder me lo ligaría hasta yo! En cambio tú...

-Yo... ¿qué?

-Eres rara, -Alba arqueó las cejas, Jaime le cogió la mano-. Por eso me gustas.

Aquella declaración consiguió bajar sus defensas.

-Gracias, he pasado de atractiva a “rara” en cero como dos segundos, -rieron-.

Jaime le apartó un mechón de pelo de la cara. Alba sintió un escalofrío recorrerla. Carraspeó, intentando recuperar la compostura.

-Y hablando de otra cosa... tú...

-¿Yo?

-Tú..., no sé cómo preguntarte esto, tú y Álex...

-Yo y Álex, ¿qué quieres decir?, es un conocido. No te montes películas.

-Has dicho que te lo ligarías.

-Pero... ¿qué coño...? Sabes lo que es hablar en sentido figurado ¿no?

-¿Qué pasa, no es tu tipo?

-Tía estás mal de la cabeza. -Y la miró extrañado-.

-Oye lo siento, pero... ¿qué quieres que piense?, me confundes... no es que tengas que darme explicaciones, pero voy a ciegas contigo. -Alba lo miró interrogante, con su mano en la de Jaime-.

Esta noche..., tú, yo... no sé qué pensar.

Jaime dio un paso atrás. Se pasó la mano por el pelo, despeinándose intranquilo. Su cara se ensombreció. Parecía estar debatiéndose en un gran conflicto.

-Tienes razón. No debería...no sé si esto es buena idea, Alba.

-Pero...

-Creo que deberíamos irnos.

-¿Y ahora qué mosca te ha picado?, me dijiste que te conociera, y ahora me despachas con un “deberíamos irnos”, -Alba gesticulaba enfadada, imitándolo-. ¿Es por lo que te he dicho sobre Álex?, oye no tienes que explicarme...

-No es por eso.

-¿Es por lo que pueda pensar mi madre?

-¡No!

-¿Por la abuela, por mí, por...?

-No, no, no...

-Jaime..., -Alba le cogió la cara entre sus manos. Jaime se deshizo de ellas-.

-¡Dios!, no debería haberte traído aquí.

-Te juro que no te entiendo, ¿por qué?

-Porque... no estoy seguro de poder controlarme, -la miró expectante-. No te veo como mi sobrina. Te veo como una mujer, ¿entiendes? Una mujer que... ¡dios!, me gustas. Alba tengo que parar esto antes que...

-Y si no quiero que lo pares...

La música seguía envolviéndolo todo. Jaime miraba a Alba. Alba le devolvía la mirada, preguntándose qué estaba pasando. Jaime desvió la cabeza, negando: -No puedo permitirlo. Todo esto es por mi culpa y no voy a ponerte en una situación tan... -no supo definirlo. Suspiró y la miró de nuevo-. Es mejor que nos marchemos. Esto es un absurdo.

Ninguno de los dos deberíamos estar aquí, ya lo sabes. Tú y yo sabemos que es mejor dejarlo estar.

Mañana lo agradeceremos y lo veremos de otra forma.

Jaime no sonreía, sólo la miraba impaciente, ansiando que Alba se pronunciase, como en la canción: "...si tú me dices ven...". Pero...:

-Tienes razón.

-Sé que tengo razón, -la miraba intentando encontrar una excusa para no dejarla ir-. Pero no me has dicho lo que quieres tú.

Alba sólo podía mirarlo, sin atreverse a decir nada. Jaime suspiró mientras asentía: -Te llevaré a casa.

La cogió de la mano guiándola hacia la salida, imprimiéndole toda la seguridad que era capaz a través del cálido contacto, aprovechando los últimos momentos que sabía pasaría con ella antes de devolverla al mundo que la tenía secuestrada.

Alba se paró en mitad del bar, tirando del brazo de Jaime, obligándolo a volverse hacia ella.

-Si nos vamos..., no volverás a hablarme de la manera que lo has hecho hoy, lo sé. Sé que esperabas más de mí, pero... yo...no sé si...

Jaime se desesperaba al verla dudar y no poder ayudarla más.

-¿Qué es lo que quieres, Alba?

Se aferraba a su mano, sabiendo que si la soltaba ya no la recuperaría. En su mente, el caos le impedía pensar, mientras sentía como su mundo se

derrumbaba.

La mano de Jaime la sostenía, impidiendo que cayera al vacío. Estaba a un paso de él y, sin embargo, les separaba un océano de dudas.

Aquella noche Jaime había apostado por ella, abriéndole los ojos. Si salían por aquellas magníficas puertas que abrían y cerraban “La cova del diable”... Alba no podía contestarle, porque ignoraba lo que quería, pero podía decirle lo que no quería: -No quiero perderte, ahora no podría...

-Alba... estoy aquí.

La abrazó, con miedo a que escapara, notando su cuerpo, sintiéndola, sufriendo el contacto húmedo de sus lágrimas y el de sus tibios labios en su cuello, rindiéndose a ella, sin vuelta atrás.

-No quiero ir a casa.

Jaime la miró y asintió.

-Vamos, -y tiró de ella hacia la salida-.

23

Barcelona, Marzo 1940

Le costó un tiempo ubicarse en la ciudad, desconocida y enigmática. En encontrar a aquella extraña, le iba la vida.

Había conseguido algo de ropa usada pero limpia y decidió que no debía demorarse más. Se plantó delante del portal. Sacó el papel que José le había dado y que guardaba cerca del corazón.

El nombre de la calle y el número coincidían. La puerta de la entrada entreabierta invitaba a asomarse, a descubrir qué sorpresas guardaba tras ella. Sin duda, la sencillez del portal no hacía justicia al edificio, porque el interior le pareció la antesala de un palacio. Un palacio roto, sucio y húmedo, abandonado a su suerte, ocupado ahora por gente que no pertenecía a él. En las grises paredes se leían consignas guerrilleras, medio borradas. Los altos muros, heridos de muerte por balas perdidas, olían a pobreza y moho creciendo en sus rincones, a miedo resbalando por ellos, a ciudad derrotada y destruida, a polvo y escombros.

La entrada era bastante amplia, aunque oscura. La poca luz alcanzaba a divisar al fondo, una señorial escalera, testigo mudo de tiempos mejores.

Se acercó al pie de los escalones, largos, anchos y deteriorados, apagados y sin brillo alguno y, al alzar la vista, descubrió el magnífico hueco que se abría en el centro de aquellas escaleras. Se acomodó la bolsa, que todavía conservaba, en el brazo y se dispuso a ascender por ellas, cual princesa, intimidada al contemplar la altura que alcanzaba a cada paso, temiendo que sus esperanzas o ella misma rodaran por aquellos escalones.

Llegó al primer rellano, amplio y algo más luminoso aunque igualmente deteriorado. Volvió a sacar el papel de su pecho: segundo piso, puerta tres. Siguió subiendo, mientras experimentaba el vértigo por primera vez, asustándola todavía más de lo que ya lo estaba, manteniéndola junto a la pared, sin dejar de perder de vista la altura que la separaba del suelo, superando sus temores, sudando a cada peldaño.

El segundo y último piso estaba bañado en una claridad blanca que provenía de la parte alta del edificio. Hilos de luz entraban con fuerza por los agujeros que dejaban los trozos arrancados del techo.

Desde donde se encontraba buscó con la mirada el número tres, pero no

lo vio en ninguna de las cuatro puertas de la planta. Se acercó algo más a todas ellas, una a una, con sigilo, como una intrusa temiendo ser descubierta infraganti. Siguió sin ver ningún número, ni la sombra del tiempo grabada en la pared, dejando su perfil para poder ser descubierto.

Volvió junto a las escaleras y desde allí contó tres, echándolo a suerte. Se colocó nerviosa delante de la puerta, mirando la madera arañada y podrida, inflada por la humedad y el desgaste de los años. Cogió aire y la aporreó con fuerza con los nudillos, cerrando los ojos, mientras el galopar salvaje de su corazón retumbaba en el eco del pasillo. Ni siquiera sabía qué hacía allí, pero no veía otro lugar dónde ella debiera estar. Algo la había empujado hasta aquella puerta y ahora...

Una voz ronca contestó a través de la puerta:

-¿Quién llama?

Le pareció que era la voz de un hombre, quizás mayor. Continuó a pesar de su nerviosismo: -Buenas tardes tenga. Estoy buscando a Carmen Serra.

Sólo recibió silencio por respuesta.

-¿Oiga?, ¿me oye?

-No conozco a nadie con ese nombre. Se equivoca.

Esperanza insistió temerosa de encontrarse perdida: -Tiene que conocerla, ésta es su dirección.

-Aquí va y viene mucha gente y yo no hago preguntas. Váyase.

-Pero es que... vengo desde muy lejos, no conozco a nadie y... tengo que encontrarla.

Su acento la delataba dejando ver que, probablemente, estuviese diciendo la verdad, pero el temor, era más fuerte que la curiosidad o la compasión hacia aquella desconocida: -Ya le he dicho que no la conozco”, ¡déjeme tranquilo!

Aquel hombre parecía asustado. Quizás, en otras circunstancias, hubiesen podido charlar frente a una taza de café caliente. Ahora tan siquiera había asomado la cabeza por la puerta.

Un silencio extraño se apoderó del edificio. Un silencio expectante que se colaba por debajo de cada puerta, atento a la respiración de Esperanza, que se sentía caer como si el hueco de la escalera la estuviese engullendo mientras se decía: y...ahora, ¿qué?

El ruido de un cerrojo rebotando en las paredes, la sobrecogió. La última puerta del rellano se abrió despacio, con desconfianza, dejando paso a la imagen que Esperanza esperaba con ansia, no sabía si para escupirle a la cara

o abrazarse a ella, como a un clavo ardiendo, lo único que le quedaba.

Asomando en el umbral, una mujer joven en avanzado estado de gestación, recelosa e intrigada. Sólo tuvieron que mirarse a los ojos para reconocer en la otra la huella de la desesperación.

-¿Eres Carmen Serra?

-¿Quién la busca?

-Debo encontrarla, -Esperanza tragó saliva quedándose con la boca seca-, le traigo noticias del padre de su hijo.

Y sus ojos se posaron en aquel vientre prominente exultante de vida que la apuntaba, como si las fuerzas que no encontraba debiera de buscarlas en él.

La mujer notó el desamparo en su mirada y supo que con ella no corría peligro: -Pasa dentro, hay que andarse con cuidado de lo que se habla en la calle.

El interior del piso era un habitáculo minúsculo, apenas una habitación de paredes desnudas salpicadas por grandes manchas de humedad, que resbalaban del techo. Una cama, una mesa gastada, que también servía para cocinar y un armario sin puertas formaban la totalidad del mobiliario. Algunos cubos, bolsas con ropa vieja, y un par de mantas se amontonaban en uno de los rincones, sepultando cucarachas del tamaño de ratones. Se respiraba tristeza en el aire viciado de la estancia, que apenas podía ventilarse por una estrecha ventana que daba a la calle por dónde Esperanza había llegado.

La mujer cerró tras ellas la puerta con sigilo, sin olvidarse de los cerrojos que le daban una falsa tranquilidad. Se miraron sin saber qué decirse, sabiendo que, probablemente tenían mucho que contar.

-Eres Carmen Serra, ¿verdad?

Formuló la pregunta deseando que no lo fuera, porque en su interior, jamás había querido conocerla. Pero a la vez... deseaba que fuese ella, porque su camino acabaría allí. Su promesa, empezaría entonces.

-Eso depende de para qué quieras saberlo, -el miedo la hacía ser cauta, hasta con una infeliz como ella-.

Pero Esperanza ya no tenía miedo, sólo dolor y rabia. Se tomó su tiempo para responder, para calcular si quería o no contestar, sabiendo que si hablaba, ya no habría marcha atrás.

-José ha muerto.

Un latigazo frío la recorrió entera, haciendo que se le aflojasen las piernas y le temblara la voz, porque el hecho de decirlo en voz alta, suponía aceptar

que era cierto y que su gitano no volvería, dándose cuenta de lo solas que las había dejado y de cuánto lo necesitaban.

La mujer se llevó las manos a la cara y luego, acarició su vientre, apenada y derrotada de nuevo, sin saber qué decir.

La invitó a sentarse en un lado de la cama, el único asiento que podía ofrecerle, y a tomar un poco de manzanilla caliente para que les templara el ánimo y porque poco más podía ofrecerle.

Esperanza no podía dejar de mirarla, preguntándose por qué José encontró consuelo en los brazos de aquella mujer menudita, ahora voluminosa. La seguía con la mirada mientras se movía con dificultad, preparando el agua azucarada que haría las veces de merienda, intentando adivinar qué intenciones traía la recién llegada, reconfortada por compartir su soledad, obligándola a dejar de mirar las cuatro paredes que la rodeaban, sudando desesperación por sus poros, impregnándole el ánimo y envenenando el aire que la asfixiaba.

Se sentó junto a ella, empujada por el peso de su vientre. Le ofreció el vaso caliente para que bebiera, y esperó en silencio. Ninguna de las dos sabía cómo empezar a preguntar sin ahondar en la

herida.

-Aquí todos me llaman Carmeta. Cuando he oído que alguien gritaba mi nombre, se me ha helado la sangre. Nadie está tranquilo, todos tenemos miedo. ¿Cómo es posible que me hayas encontrado?

-Aunque parezca una locura, me envía José. Me dio tu dirección antes de morir.

-Entonces... ¿pudo regresar a su casa antes de...?

Esperanza asintió, bajando la cabeza, concentrándose en la bebida, evitando mirarla cara a cara.

-Tú eres Esperanza, ¿verdad?

Asintió.

-No dejaba de hablar de ti, -dijo avergonzada-. ¿A qué has venido?, deberías haberte quedado en tu casa, rehaciendo tu vida.

-Mi vida ya estaba rota, se rompió cuando se lo llevaron...allí no me queda nada.

-De todas maneras, no deberías haber venido...

-Le hice una promesa.

-¿Qué?

-Le juré que cuidaría de su hijo y voy a cumplirlo.

-Pero eso es... una locura...

-¿Locura?... una locura es que él esté muerto. La locura es saber que ya no volveré a verlo, ni tocarlo, ni sentirlo..., -hizo una pausa para dar un sorbo a la manzanilla, empezaba a notar que las fuerzas le fallaban-. He venido a ayudarte. Y no pienso marcharme.

Carmeta se conmovió al escuchar a Esperanza con tanta entereza. En su rostro veía la devastación de haber aprendido, demasiado pronto, lo que era el dolor. Le cogió la mano y se la apretó, asintiendo con la cabeza. Empezó a hablarle, primero tímidamente, para ir descubriéndole su historia junto a José.

De esa manera supo del tiempo que José pasó fuera de casa, obligado a combatir en una guerra que nunca entendió y en un bando que no eligió. Cómo llegó a conocerlo, en Barcelona, y el camino que siguieron hasta perderse por los Pirineos, rumbo a Francia, en busca de la salvación. Le explicó los meses en campos de refugiados, cercados como animales, hambrientos y enfermos la mayoría, moribundos otros tantos.

Carmeta le explicó que ella creía en la guerra y en la causa republicana. Creía saber contra lo que luchaban y lo hacía con la pasión y la entrega de quién no deja nada por el camino. José, en cambio, estaba perdido y ella lo

encontró.

Conocía la existencia de Esperanza porque él la recordaba siempre, como un talismán, ayudándole a aguantar, ansiando el momento de volver junto a ella, haciendo planes para no caer en la desesperación.

Explicaba el tiempo que pasó con José, sabiendo que sus palabras se clavaban como agujas en el corazón de Esperanza, hurgando en la herida demasiado reciente como para dejar de sangrar.

Pero no podía ahorrarle la verdad que venía buscando. Le explicaba, con tristeza y lágrimas en los ojos, la lucha por no perder la guerra, la huída, el camino hacia la nada, la gente moribunda, los trastos abandonados en los bordes de la carretera. La desesperación y el miedo de cada uno reflejado en la mirada del otro; el llanto de los niños; el llanto de los hombres; su llanto, el frío, el hambre... Y le explicó también que la desesperación es mala consejera y, sabiéndose solos y perdidos, quizás para siempre, la noche los acercó como animales, para evitar morir de frío o para recordar sentirse vivos. Y juntos siguieron hasta que José empeoró y se lo llevaron, separándolos, sin saber que sería para siempre.

Hablaron hasta entenderse, porque condenadas estaban a hacerlo. Hablaron porque tenían todo el tiempo del mundo para compartir su pérdida. Hablaron esa tarde y esa noche, porque tenían hambre y sed de respuestas que ya no debían demorarse más. Y, porque, su soledad compartida ya no era soledad. Nadie las esperaba a cenar, ni a dormir, ni a la mañana siguiente. Solas no eran nada.

Juntas tenían un desafío, un futuro.

Hablaron, porque la voz de sus historias era el arma que podía salvarlas, rescatándolas del olvido, dándoles un motivo para salir adelante.

24

Jaime condujo hasta su casa, un piso en el centro. Dejó el coche en el parquin y caminaron hasta la entrada. Alba lo miraba confusa. Nunca había estado allí y no estaba segura de lo que eso significaba. Pero estar a su lado era lo único que tenía claro esa noche.

-Entra, aquí estaremos tranquilos.

Era acogedor, aunque algo frío para su gusto, supuso que era masculino y punto. No habían dicho mucho durante el camino. Jaime se deshizo del abrigo y fue directamente a la cocina.

-¿Qué quieres tomar?

-Hombre... si tuvieses algo para picar me vendría bien, creo que por hoy ya he bebido bastante.

Jaime asomó, al momento, haciendo malabarismos con una cerveza, una botella de agua y varios paquetes de galletas. Alba le ayudó y lo pusieron en una mesa baja, frente al sofá, en donde se acomodaron. Alba se dejó caer y echó la cabeza hacia atrás. Jaime, a su lado, la observaba.

-Bonita choza.

Jaime casi escupió la cerveza, atragantándose con ella al escuchar a Alba semejante afirmación.

-¿Bonita choza?, te superas a ti misma por momentos. Recuérdame que no vuelva a dejarte beber vodka. ¿Tienes idea de lo que cuestan estos muebles? Choza... sí claro...

-Ya te ha vuelto a salir la vena repipi. Mira que eres pijo, a veces. ¡Encima que te hago un cumplido!

-Sí, claro, ya me conozco tus cumplidos: tío raro; conejo loco; mi casa es una choza... ¿me dejo algo?

-Oyeeee, tranquilo... Para ser la primera vez que vengo a tu casa no estás siendo muy agradable, que se diga, -y cogió un paquete de galletitas saladas con el que empezó a pelearse intentando abrirlo. Jaime, la miraba divertido-

-Estar contigo es terriblemente cómodo, -dijo mientras bebía a morro la cerveza-

-Lo dices como si fuese una tortura.

-En este momento, lo es. -Jaime le sonreía inquieto-

-¿Qué?, deja de mirarme así. ¿Intentas provocarme?

-No tienes ni idea de lo que se me pasa por la cabeza cada vez que te tengo tan cerca. Daría cualquier cosa porque fueses una mujer más y no mi sobrina. Eso me está matando. No pensé que esto... -Se incorporó hacia delante, carraspeó para aclararse la voz-. No puedo perder el control contigo, Alba.

Y la miró de reojo.

-Ya... bueno... entonces tendré que drogarte, o mejor atarte..., -levantó las cejas cómicamente-.

Rieron y Jaime jugueteó con su pelo.

-¿Cómo no te das cuenta de lo genial qué eres?, andas todavía creyendo que no eres capaz de volar, y... no he conocido a nadie con tanta capacidad para hacerlo. ¿Te das cuenta de lo diferente qué eres cuando estás tú sola?

-Cuando estoy sola no, cuando estoy contigo. ¿Eres un príncipe que has venido al rescate de la damisela en apuros?

- Te aseguro que no soy ningún caballero. Mi trabajo me está costando contenerme.

-¿Qué eres?, ¿cómo hiciste para no necesitar a nadie y salir adelante?, cuéntame algo más sobre ti...

-Ya estamos otra vez, me has engañado para que te traiga a mi casa y sonsacarme información.

Pedazo de cotilla estás tú hecha...

-¡Qué bah!

Jaime le sonrió.

-Voy a echar de menos nuestras conversaciones. Son divertidas.

Alba lo miró extrañada.

-¿Me estás echando?

-No, claro que no. Pero... seamos sinceros, esto... no es muy normal.

Alba bebió un poco de agua, empezaba a notar el cansancio de aquella noche.

-Quieres hablar de normalidad, ¿en serio? He vivido esforzándome por encajar en lo que, se supone que es, una familia normal, cuando resulta que nada es lo que aparenta ser. Y, además, mírame, hecha un manojo de inseguridades. -Miró a Jaime-. No quiero seguir como hasta ahora, me ahogo y...no sé a dónde voy. Yo no sé si esto es normal para el resto del mundo, sólo sé que desde que apareciste, las cosas tienen otro sentido. Siento que no soy tan...

-¿Rara? Porque no te engañes, eres rara Alba, -y se rió mientras la

acercaba hacia él en el sofá-.

-Mira quién habla... aún espero que me aclares muchas cosas de ti que no consigo entender, por tu culpa vamos a tener que seguir viéndonos a escondidas.

-Sabes que sí. A no ser que quieras que a tu madre le dé un infarto de miocardio, como poco.

Jaime se puso serio, mientras apretaba sus manos, torturándolas nerviosamente.

-Alba...no nos engañemos, tomar un café contigo es una cosa y lo de esta noche... Esto no está bien.

-Es la segunda insinuación a que desaparezca de tu vida. Si tan mala compañía soy sólo tienes que decírmelo. Sé coger una indirecta.

No llevaba ni diez minutos en aquel piso y ya la estaba echando.

-Sólo digo que...

-Lo que no entiendo es por qué tanta insistencia en conocernos si ibas a dejarme de lado. ¡Mierda!, va a tener razón mi madre...

-Alba, estás siendo muy injusta conmigo. No quiero decir que tengas que marcharte...

-Claro que sí. Has dicho que esto no estaba bien. Hasta dónde yo sé, eso es una manera educada de decir "ahí tienes la puerta". Pues entendido.

-Pero... ¡qué testaruda eres!, -Jaime se pasaba la mano por el pelo, una y otra vez-. No quiero que te vayas. Así no. Te mereces la oportunidad de elegir, de decidir tu camino. Si te vas es porque tú decidas que no quieres volver a verme.

Alba, lo miraba incrédula.

-¿Me estás diciendo que la decisión es mía?

-Alba, piénsalo, es que no puede ser de otra forma. Yo estoy fuera, pero tú...

-...yo estaría entre la espada y la pared.

-Sí, y no creo que te convenga. Es más fácil dejar de vernos. Un problema menos para ti.

-Ya... pero es que... tú no eres un problema, quizás para los demás, pero para mí no.

-Volvemos al punto de partida.

-Esto va a ser complicado.

-Es lo que quiero que entiendas. Por eso debes ser tú la que decidas.

-Tú estás loco. ¿Has oído algo de lo que te he contado sobre mí? No soy

capaz de tomar decisiones, me da pánico...

Se quedaron en silencio, aguantándose la mirada.

-Ahora eres tú la que me está provocando, -sonrió. Alba le devolvió la sonrisa-. Dios mío, dame fuerzas, -y puso los ojos en blanco-. Señorita, creo que va siendo hora de que la devuelva a su casa.

-¡Qué! ¿Ya?, ¿tú no decías que esto podía durar hasta las once de la mañana? Un rato más, no quiero irme todavía.

-Y... ¿qué es lo que quieres? Supongo que sabes que estando aquí corres un grave peligro.

Jaime la miraba travieso.

-Pues... quiero... ser millonaria...

-Eso estaría muy bien.

-Y...viajar por todo el mundo...

-Suenan genial.

-...quiero... no tener que preocuparme por si me despiden del trabajo...; ni preocuparme por si mis padres se sienten decepcionados conmigo...; ni por mi relación con Dani...

Alba entró en vorágine, había abierto la caja de los vientos y parecía dispuesta a dejar salir todo lo que la atormentaba.

-Alba, deberías...

Jaime la observaba perplejo. De nuevo se inmolaba ante él, sin punto intermedio.

-...quiero elegir, quiero... sentirme como antes, cuando el mundo no era tan complicado. Quizás Laura tenga razón, quizás mi vida se ha vuelto gris.

-No sé quién es esa Laura, pero sé que no eres gris. Sólo estás... confundida.

-Pues a veces, es como si todo fuese gris y triste y yo...quiero volver a sentir.

Jaime acercó su mano a la suya y se la acarició.

-¿Sientes esto? -Alba lo miró expectante-

Fue más allá y rozó con las yemas de sus dedos el antebrazo de Alba, dibujando siluetas en cada caricia, mientras volvía a preguntarle: "¿sientes esto?".

Era incapaz de contestarle, estaba aterrada y, a la vez, deseando que Jaime siguiera tocándola.

Tiró de ella y la colocó sobre él, en el sofá, frente a frente. Sus cuerpos muy cerca. Le pasó la mano por su espalda hasta la nuca, haciendo caricias en

círculos sobre ella.

-¿Y esto?

Alba cerró los ojos, suspirando. ¿Por qué con Jaime era todo tan fácil, incluso excitarse?

-Dime que pare y pararé.

Apoyó su frente en la de ella. La respiración de los dos era agitada y sus pechos respiraban al unísono. Jaime le acariciaba el pelo mientras esperaba una reacción. Sus ojos buscaban los suyos, pero sólo veía conformidad.

-Alba, por favor, impídemelo. No debemos...

-Hazlo..., -ordenó-.

Jaime la atrajo con fuerza. Su mano en la nuca, acercándola peligrosamente. Sus labios casi rozándose, el fruto prohibido.

-Alba... -susurró-.

La apretó contra él, sintiéndola, acercando sus labios todavía más. Un solo roce y pararía, sólo quería saber a qué sabía Alba.

Puso sus labios sobre los suyos. Eran cálidos y dulces. Suaves. Se entreabrieron y sus lenguas se buscaron, tímidamente, al principio. Casi temerosas de entrar en el otro. Alba hirvió por dentro, Jaime le sabía bien. Sus lenguas se enredaron deseosas durante un tórrido beso. Se saborearon largamente. Al separarse, se miraron, como si lo hicieran por primera vez. Alba se incorporó, sorprendida de sí misma. Jaime, se levantó también, como empujado por algún resorte interior que le obligaba a hacerlo.

-Madre mía... ¿qué ha pasado ahí?, -y señalaba el sofá dónde acababan de besarse-.

-Joder, Alba...

-Madre mía, madre mía...

-Es culpa mía, te dije que no podía..., tendría que llevarte a casa antes de que... -Jaime se pasaba las manos por la cara, disculpándose mil veces por no haberse controlado-.

-Madre mía...

-Deja de repetir eso, por dios.

-Es que... madre mía, besas muy bien.

-Alba, eso no ayuda.

No podía dejar de desear que siguiera besándola. Fue hacia él y apoyó su cabeza en su pecho, buscando su protección. Jaime la abrazó. Alba estaba en una nube, se sentía terriblemente atraída hacia él.

-¿Qué vamos a hacer?, -preguntó Alba-.

Jaime suspiró, entre culpable y confortado por tenerla justo dónde quiso tenerla siempre. No podía ponerla en aquella encrucijada.

-Alba..., joder. Ayúdame un poco.

-No soy tan fuerte como tú.

-Claro porque te has bebido el vodka como si fuese agua.

-¿Insinúas qué esto es un calentón por ir “alegre”?

-No lo sé. Pero no quiero que mañana te arrepientas y me maldigas por no haberte parado a tiempo.

Sólo te digo que es mejor que te lleve a casa y mañana lo hablamos.

-No, -Jaime se sorprendió de su contundencia-. No quiero ir a casa. Si no quieres que esté aquí me iré. Llamaré a un taxi y arreglado.

-Está bien. -Jaime cedió, divertido-. Puedes quedarte aquí, si quieres. Yo dormiré en el sofá.

-Yo dormiré en el sofá. Además has dicho que es de los caros, seguro que es muy cómodo.

-No seas tonta, eres la invitada, dormirás mejor en la cama.

-De todas formas, no creo que pudiera dormir, aunque quisiera. Están pasando demasiadas cosas por mi cabeza, y en todas sales tú.

-Joder, Alba. Pasas de un extremo a otro. Hace unas horas ni siquiera estabas segura de querer cenar conmigo, y ahora...

Sabía que era complicada, y eso hacía que Jaime también anduviera a ciegas con ella.

-Cuando me miras... no es lo mismo, no creo que nadie me haya mirado como tú, nunca. Contigo ser yo me resulta fácil. Contigo... deseo perder el control. Y sé que es... extraño porque somos... tú eres mi... Pero no puedo evitarlo. Me atraes. Mucho. Y no sé si es normal o raro, sólo sé que... sólo quiero estar cerca de ti.

Jaime, desarmado después de lo que acaba de oír, se rindió. Dio un par de pasos rápidos hacia ella y volvió a besarla, de pie, en mitad del salón, que parecía girar en torno a ellos. El destino había tejido para ellos una trampa caprichosa, con la magia de la noche revoloteando dentro y fuera de ellos, silenciando de una vez sus conciencias.

La negra noche se los tragó, embrujándolos, sin darles más tiempo a preguntarse qué estaba pasando con ellos, tan sólo sintiendo el momento, extraño y encantado. Alba saboreaba con deleite cualquier sensación nueva, con los sentidos alerta. Jaime parecía estar allí para rescatarla y la deseaba como nunca. Su deseo la turbaba hasta estremecerla, manteniéndola

enganchada a él, que ejercía su control sobre todo lo que le rodeaba, incluida ella, dejándose llevar.

Jaime la abrazaba, manteniendo su cuerpo pegado al suyo. Sintió la erección de Jaime bajo el tejano. La deseaba tanto que le dolía. Alba lo notaba y su cuerpo reaccionaba a sus caricias, como aquellas primeras veces que ya no recordaba. Era excitante y nuevo. Peligroso para ellos. Con los miles de hombres que podía haber conocido, tenía que encapricharse del único con el que no podía tener un desliz. Porque... ¿aquello era un desliz, no? Ella quería a Dani. Pero Jaime... estaba deseando saber a que sabía su cuerpo.

Alba se dejó hacer. Jaime se deshizo del jersey. Su cuerpo ardía. Le gustó lo que vio. Quería sentirlo. Se quitó, también, el suyo y Jaime acarició sus pechos por encima del sujetador, mientras la besaba con gula. Una mano bajó hasta su entrepierna. Alba gimió.

-¿Estás segura?

-¿Y tú?

-Yo he preguntado primero.

-Pero eres un caballero y me responderás antes.

-Si fuese un caballero no estaría haciéndote esto... -Y Alba volvió a gemir-. Por mí podría hundirse el mundo entero, que no me movería de tu lado.

La guió hacia el dormitorio, amplio y funcional. Se quedaron mirando la cama. Jaime volvió a besarla, los labios, el cuello, los hombros... Alba acariciaba su espalda, su torso desnudo. Bajó con cuidado una tira del sujetador. La respiración agitada, Jaime le susurró antes de seguir: -Yo... no he planeado esto, Alba. Dime que es una locura.

Alba, enganchada a él, le repitió:

-Es una locura, -se separó para poder mirarlo a los ojos-, pero es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Deslizó su lengua por el cuello, su pecho, su abdomen... Jaime enloqueció.

-Joder, Alba, como sigas así... Si supieras las cosas que se me pasan por la cabeza, saldrías corriendo.

-Si supieras tú las mías no volverías a llamarme "niña buena".

-Déjame que te demuestre lo buena que creo que eres.

Jaime tiró con fuerza de la ropa de la cama, y la tumbó en ella, ayudándola a desprenderse de la ropa que le quedaba, excepto la ropa

interior, que iría desapareciendo por momentos.

Hizo lo mismo con su ropa, que quedó esparcida por el suelo de la habitación. Se tumbaron de lado. Uno frente al otro. Jaime contemplaba la desnudez de Alba, deleitándose en ella.

Acariciando su espalda, sus muslos. Sus dedos bajaron hasta colocarse dentro de su sexo. Alba respondía a sus caricias, excitándose cada vez más. Besaba su vientre, sus pechos. Flotaba, tocando la piel de Jaime, sintiendo su calor, su sexo erguido para ella, poderoso. Hasta que no pudieron más y la penetró con fuerza. Ambos se estremecieron al sentir al otro. Alba, con la cabeza echada hacia atrás, mientras Jaime saboreaba sus pechos en cada embestida. Susurraba su nombre: "Jaime...", pidiéndole más, y él se lo daba. Jaime esperó a que Alba llegase al orgasmo para dejarse ir el también.

Mientras sus respiraciones volvían a serenarse, Alba sólo podía pensar en que era feliz. Feliz con mayúsculas. No sabía cuánto tiempo tardarían en llegar los nubarrones, ni los inconvenientes, ni los "peros". Sólo sabía que estaba dónde quería estar. Alargó la mano hasta los labios de Jaime, que los mordisqueó, jugueteando con ellos. Se puso de lado, volviéndose hacia él.

-Dime que para ti también ha significado algo, he estado a punto de desmayarme... ¡por dios, qué potencia!

-Joder... ha sido... increíble., -Jaime todavía tenía la respiración entrecortada-

Alba se subió a su pecho y buscó de nuevo sus labios. Luego se acurrucó junto a él. Jaime se deshizo de ella con suavidad y se incorporó.

-No te muevas, ahora vengo.

Fue al baño y al volver trajo consigo, las galletitas saladas y un par de aguas.

-¿En tu casa se puede comer en la cama?, ¡qué maravilla!, -dijo mientras atacaba al paquete de galletas con ansia-, creo que me mudaré a vivir contigo.

Sólo cuando lo hubo dicho, se dio cuenta de lo que acababa de decir. Jaime carraspeó, nervioso.

-No sé que se supone... ¿quieres quedarte?

-¿A vivir? -Alba se incorporó a mirarlo, incrédula-

-Bueno... me refería a pasar la noche, o lo que queda de ella.

-...creo que debería marcharme. Si amaneciera aquí mañana sería un poco incómodo. Además quedé en acompañar a mi madre al hospital, así que...

-¿Estás segura? porque... por mí no hay problema.

-Sí, claro, sin problema, -¿qué había sido eso, ahora se ponían serios?, después de... ¿qué se supone que iba a pasar ahora?

-Vale, te acompaño. Espera que recupere la ropa.

-Si encuentras la mía me la vas pasando.

Se vistieron en silencio, mirándose a escondidas. Ninguno estaba seguro de lo que iba a pasar.

Jaime la cogió de la mano al salir de su casa, eso la reconfortó. Durante el trayecto, hablaron sobre la música que llevaba en el coche, a Alba le parecía demasiado estridente. Jaime sonreía ante sus ocurrencias. Llegaron.

-Bueno... voy a ver si consigo dormir un rato...

-Intenta no despertar a tu madre...

-Graciosillo.

-Te llamaré ¿vale?

-¿Vale?

La retuvo un segundo por el brazo, antes de que pudiera marcharse. La besó largamente.

-Para que me recuerdes mientras duermes.

-Cómo si pudiera olvidar lo que acabamos de hacer..., -puso la mano tapándose la cara y salió del coche-.

-Más te vale que me devuelvas las llamadas o me veré obligado a dejarte un millón de mensajes, -gritó mientras se alejaba y ella le sonreía-.

25

Se asomó al espejo del baño, queriendo comprobar si era capaz de sostenerse la mirada. ¿Qué estupidez había hecho?

La imagen que le devolvió, lejos de enfurecerla, la preocupó. Su rostro reflejaba culpabilidad, transpirándole por todos los poros de su piel. Sus ojos eran culpables, sus labios eran culpables, su mente, su deseo... el rastro efímero de las caricias de Jaime sobre su cuerpo. Toda ella era culpable, sintiéndose aplastada por el peso de sus actos, más asustada que arrepentida, mientras una náusea amenazante, la forzaba a mantener una mueca estúpida. “Madre mía, qué desastre. Me lo van a notar...”, se decía.

Se preguntó porqué se empeñaba en complicar su vida, una y otra vez, cogiendo atajos que no la llevaban a ninguna parte. Se preguntó, porqué a pesar de saberse culpable, no tenía remordimientos, sólo un cosquilleo inquieto en el estómago al recordar el tacto del aliento de Jaime en su cuello.

Intuyó una leve sonrisa en su rostro resacoso, justo antes de soltar el primer chorro líquido y agrio al que siguieron otros, hasta quedar vacía, temblorosa y pálida, con el regusto amargo quemándole la garganta, la mano contra la pared sosteniéndose mientras unos acuciantes pinchazos en la sien vaticinaban un persistente dolor de cabeza.

Unos golpes en la puerta del baño, le hicieron estallar la cabeza.

-Alba, cariño, ¿te encuentras bien?

Cogió aire y abrió la puerta del baño sin compasión, exponiéndose ante su madre sin reservas, sin red, esperando un veredicto. Pero sólo encontró preocupación en sus ojos, unos ojos que la herían doblemente, porque le recordaban a los de Jaime.

-Me vuelvo a la cama.

-¡Hija de mi vida!, que mala cara tienes. ¿Quieres que te prepare una manzanilla?

Con sólo oír el nombre de la infusión, su estómago se aceleró. Negó con la mano: -Me voy a la cama, no me encuentro muy bien. Debí coger frío ayer...

-Vaya por dios, ¿quieres que llame a Dani?, a lo mejor no os sentó bien algo que cenasteis anoche.

Aurora suponía que si Alba no pasaba la noche en casa, era porque estaba

con Dani, con el que algún día sería su marido, ella no perdía la esperanza. No contemplaba más opciones, porque su hija no era de ese tipo de personas irresponsables y frívolas, ella era una buena chica. Alba se apresuró en contestar.

-¡No!, estará trabajando, lo llamaré más tarde. Será un resfriado...

-Pues yo que tú lo llamaba y se lo preguntaba... por si acaso. Voy a traerte un zumo, te sentará bien.

-Mamá, no hace falta, en serio, no me apetece nada ahora mismo. Sólo quiero echarme un rato más, a ver si se me pasa.

-No deberías estar con el estómago vacío, voy a...

La voz de Alba sonaba sincera, intentando no levantar sospechas. El miedo que sentía a ser descubierta, la mantenía lúcida, rápida. No podía permitir que su madre supiera lo que había pasado y tampoco cual era, realmente, su situación con Dani. Volvió a su habitación, dejándola atrás, para esconder la cabeza bajo la almohada, para no gritar, no pensar... Para no escuchar a sus padres hablando de ella desde el salón.

-Déjala tranquila, la agobias demasiado.

Era la voz de su padre, defendiéndola, como siempre.

-No digas tonterías. Tengo que cuidar de ella, está enferma.

-Alba no está enferma, ha llegado a las cinco de la mañana, está cansada, por eso te da la razón, si la dejaras en paz...

-Esa es tu solución para todo, que la deje tranquila. Pues no pienso hacerlo, porque me necesita, ¿es que no la has visto?

El padre de Alba, Ginés, dejó a su mujer por imposible, sabiendo que, jamás la dejaría marchar del todo.

En parte lo entendía. Aurora existía por y para su hija. Al nacer Alba, le arrebató su vida, regalándole la posibilidad de compartir la suya y Aurora se aferró a ella, y continuaba caminando a su lado, olvidándose de sí misma.

Ginés siguió mirando a través de los cristales de la ventana del comedor, aquel sábado que había amanecido con el cielo abarrotado de nubes grises que dejaban escapar hilos de luz valientes rompiendo cúmulos de tormenta, en una lucha por escapar de la oscuridad. Se quedó colgado de sus pensamientos, sin decir nada más. Al pasar a su lado, Aurora lo miró sin atreverse apenas a parar, tragándose las ganas de quedarse a contemplar el mundo junto a él, de volver a sentir que era su hombre, un orgullo que ya no sentía.

Se consolaba a sí misma diciéndose que eran cosas de la edad. Pero se

engañaba. Porque el amor no envejece, madura, como la fruta en el árbol, haciendo que su sabor sea dulce y jugoso. Y

Aurora entristecía al pensar que ella no llegaría a aquel punto porque, un día dejó de tirar del carro y lo vio alejarse, dejándolo escapar.

También sabía que Ginés, mientras se alejaba de ella, se acercaba a otras mujeres, las miraba, las deseaba... pero ya no quería saber más.

No quería saber que su marido la engañaba cada vez que podía; ni que se había convertido en un don nadie que perdía el norte cuando veía una falda. No quería saber lo que ya sabía, porque mirar hacia otro lado era su mejor opción, la más cómoda para todos. Para ella, para Alba, para seguir con la imagen de familia que se había construido durante años, su fracaso personal.

Hacía tiempo que había dejado de ser sólo víctima para convertirse en cómplice, tapando las huellas de un marido infiel, asiduo a diversos locales de alterne. Un hombre anulado en casi todos los aspectos de su vida por una mujer dominante, que sólo podía mandar en la cama a mujeres que no eran la suya. Un infeliz al que Aurora encubría porque se sabía responsable de haberlo convertido en lo que era, consintiendo y no queriendo mirarle a los ojos, porque no quería oír su versión. No quería escuchar sus razones, porque las razones de Ginés para engañarla eran los motivos de Aurora para dejarle ir una noche por semana. Tan sólo era un hombre que no acertó a ver a tiempo que al lado de Aurora no sería feliz, y cuando quiso darse cuenta, ya era demasiado tarde para desmontar la torre que era su matrimonio. Un matrimonio sin mentiras, porque no hacía falta mentir, sin discusiones, sin amor. Sólo el terrible sentido del deber de Aurora, víctima y verdugo, aguantaba aquella casa. Y, en medio, Alba, ajena a todo lo que no era ella misma, el flotador al que ambos se agarraban para no hundirse.

Aurora entró en la habitación de su hija y se sentó en el borde de la cama.

-Cariño, ¿estás mejor? ¿Necesitas algo antes de que me vaya?, voy al hospital con la abuela.

Las palabras de su madre parecían venir de una realidad paralela a la que Alba se resistía a volver. Gruñó, como única respuesta. Aurora se levantó y se dirigió hacia la puerta, dispuesta a dejarla bajo las sábanas. La voz de Alba sonó a sus espaldas: -Espera, voy contigo.

Su madre la miró, incrédula:

-No, no. Si no estás bien...

-Te acompaño. Así me espabilo.

-Alba, no hace falta. Prefiero que te quedes si estás mal. Ya sabes lo

tedioso que es pasarse el día allí con tu abuela. Además, he hablado con tío Miguel y la abuela parece estar tranquila.

-En serio, prefiero acompañarte, -dijo incorporándose, mostrándole a su madre que podía hacerlo-.

Aurora se dio por vencida:

-En fin, hija, mira qué eres cabezota..., te preparo algo mientras te arreglas, pero date prisa.

Alba la vio alejarse, era consciente que, mientras siguiese bajo su mismo techo, su madre, la seguiría tratando igual que cuando tenía quince años.

Jaime tenía razón, era la niña de mamá, y ella lo permitía. Un pensamiento resacoso vino a ella: Jaime. Lo de la noche anterior le parecía lejano, pero, sobre todo, le parecía irreal, una locura.

Estaba confusa y ni siquiera tenía claro cómo debía sentirse. De todas formas, soportar a su madre y a su abuela, le resultaba más fácil que el peso de su conciencia torturándola en la cama, así que arrastró su cuerpo hasta la ducha, sintiendo como el vapor del agua caliente abría los poros de su piel, borrando las huellas de las caricias de Jaime, resbalando por su espalda, saltando al suelo y escapando por el desagüe.

El aire frío las recibió cuando salieron a la calle, bajo un cielo gris, para dirigirse hacia el hospital, donde Soledad continuaba ingresada. Alba no miró el reloj, pero debían ser más de las once del mañana. Se estremeció. Su madre le preguntó si se sentía bien. Asintió, aunque la verdad es que estaba asustada, como una adolescente a la que han pillado fumando. Sabía que se movía en la cuerda floja y que dependía de Jaime para que nadie se enterase de su travesura, sin saber, todavía, si ella sería capaz de soportar el peso de aquel secreto.

Al llegar, saludaron a Miguel, que les dio el relevo para acompañar a Soledad. Se le veía cansado, aunque más tranquilo que en días anteriores. La abuela estaba mejor y eso los relajaba un poco a todos. Soledad dormitaba y Alba se acercó para besarla. Abrió los ojos: -Alba...

-Hola abuela, ¿cómo te encuentras?

-Alba... ¿qué has hecho?

-¿Qué... yo... qué dices abuela?

¿Era su imaginación o su abuela la estaba acusando? A ver si su madre iba a tener razón e iba a ser verdad que tenía algo de bruja... Palideció, se giró hacia su madre...

-Mamá... la abuela...

Miguel se acercó hasta ella y le dijo que siguiera durmiendo. Soledad volvió a cerrar los ojos, olvidándose de Alba.

-Todavía no tiene la cabeza clara, mezcla las cosas y los recuerdos. No os asustéis si os confunde.

Le están poniendo mucha medicación, vete a saber... espero que cuando mejore le vuelva la cordura, sino...

-Bueno, anda y vete tú ya, que llevas muchas horas aquí.

-Sí, voy a ver si descanso un poco, porque en ese sillón se duerme fatal. Por cierto, me ha llamado Jaime, luego se pasará un rato, por si quieres salir a comer.

-Uy, qué detalle, -se burló Aurora-, a ver si con la edad se está ablandando.

-Aurora, por favor, tengamos la fiesta en paz. Que ya tenemos bastante con lo que tenemos...

-Qué sí hombre... qué sólo bromeaba, parece mentira que no me conozcas.

-Ya, bueno, luego te llamo.

Se despidieron en la puerta de la habitación, pero Alba ni se dio cuenta, se quedó colgada en el momento en que su tío había dicho que Jaime se pasaría un rato... Sabía que iba a estar allí, recordaba que ayer se lo había dicho, entonces... ¿por qué lo hacía?, ¿qué pretendía? Había salido del confort de su cama huyendo de sus pensamientos y resulta que acababa de meterse en la boca del lobo. Las dudas volvieron, como un animal hambriento, a rondarla. Le había creído, le había seguido hasta su casa, hasta su cama... y ahora temía enfrentarse a él frente a su madre. Su corazón se estaba acelerando por minutos, la sola idea de estar los cuatros en una misma habitación, hacía que le faltase el aire. ¿Pensaba delatarla? Lo negaría una y mil veces. ¿Lo haría?, ¿había sido ese su plan desde el principio? No estaba pensando con claridad, cuántas más vueltas le daba, menos claro lo veía. Ya nada parecía tener sentido. Y ella empezaba a hiperventilar. Su madre no dejaba de mirarla de reojo.

-Alba, cariño, no tienes buena cara. No deberías haber venido.

-Empiezo a pensar que tenías razón..., creo que voy a salir al pasillo, a que me dé un poco el aire.

-Mejor vete al baño y te refrescas un poco, que estás más pálida que la abuela.

Alba cogió su bolso y salió al pasillo. Su madre, asomada a la puerta de la habitación le gritó mientras se alejaba:

-Si ves que te mareas vuelve...

Alba ni se giró, le hizo un gesto con la mano, intentando que se olvidase de ella, mientras todo el personal la miraba como un bicho raro. “Gracias, mamá. Recuérdame que te estrangule cuando vuelva”, pensó, mientras apretaba la mandíbula y empujaba con fuerza la puerta del lavabo.

Salió del baño, algo más sosegada, pero sin ganas de volver a la habitación. No quería esperar que apareciese Jaime y acabaran de hundirla entre todos. Se sentó en uno de los sillones de una de las salas de descanso.

Delante de ella una pared de vidrio separaba a los enfermos del resto de la ciudad. Alba miraba a través de los cristales, sin atreverse a salir fuera, a pesar de que necesitaba sentir el aire fresco en el rostro. Las pocas horas de sueño empezaban a hacer estragos en su cabeza y en su estómago, ahora más calmado y hambriento. Eran más de las doce.

A su alrededor, una hilera de máquinas expendedoras, ofertaban envoltorios con comida dentro. “Quizás si como algo...”. Se puso en pie y se dirigió hacia una de las máquinas. Metió la mano en su bolso buscando el portamonedas, que no conseguía encontrar sólo palpando así que lo buscó, con la cabeza dentro del bolso, mientras continuaba caminando en la misma dirección.

Prácticamente lo atropelló, echándose encima de él, a pesar de que la vio venir y, frenó a tiempo.

-¡Cuidado! -Jaime, ante ella, sonreía divertido-

Alba casi olvidó respirar al toparse con él, sin verlo venir. “Joder, qué guapo está”, pensó, “¿es que el sexo no tiene los mismos efectos para todos?, ¿porqué él luce un aspecto fantástico como si hubiese dormido sus ocho horitas y yo apenas me aguanto con pinzas?, ¡qué asco de vida!”.

Los pensamientos cruzaban por su mente, mientras intentaba descubrir qué iba a pasar.

-Debes mantener las distancias en público, si no quieres que ingresen a tu madre. Aunque comprendo que soy irresistible para ti...

Así que se había levantado gracioso, ¿eh?

-No creo que sea un buen momento para bromas. -Intentaba que no se le notase lo asustada que estaba-. ¿Por qué has venido?

-¿Cómo que porqué he venido?, ¿cómo no voy a venir? La abuela está ingresada, ¿recuerdas?

-Mi madre está aquí ahora, no hacía falta que vinieras. Además ayer te dije que yo la acompañaría, ¿por qué me haces esto?, ¿quieres torturarme?, no ves que la situación es...

-Tranquila, Alba, por favor. Empiezo a pensar que eres rara de verdad, pasas de un extremo al otro.

Joder... estás... temblando.

Tenía miedo. Temía que la hubiese engañado y que nada de lo que dijo la noche anterior fuese cierto, devolviéndola de nuevo, a un punto muerto en su vida, a un callejón sin salida. Le había creído y ahora, no sabía cómo mirarlo sin echarse a temblar, sin bajar la mirada, sin sentir que toda la sangre se le agolpaba en la cabeza. Estaban en mitad del hospital, ni siquiera debían estar hablando, si llegaba alguien y los veía...

Jaime la cogió discretamente del brazo y la hizo caminar hacia un pasillo lateral, abrió la puerta de un despacho vacío y entraron. Se puso ante ella y le alzó la cabeza, buscando sus ojos.

-Alba... te estás convirtiendo en mi causa perdida. Si lo llego a saber no te dejo beber tanto vodka...

-¿Eso es lo que piensas que me pasa? ¿Crees que estoy resacosa?

-Sé que no es sólo eso. Te preocupa lo que va a ocurrir ahora. A mí también, pero...

-Sí, claro. Por eso te paseas como si nada, ¿cómo lo haces?

-Escucha, yo me juego tanto como tú. Esta situación es tan violenta para mí como para ti. No podría traicionarte porque no te lo mereces, y porque tú eres tú y tu madre otro asunto aparte, ¿tanto te cuesta creerme?

-¿No te asusta que se den cuenta o lo que puedan pensar? Porque yo estoy aterrada.

-Me asusta lo que pienses tú de mí. Los demás me resbalan. Llevan muchos años resbalándome.

Pero tú... Joder Alba, lo de anoche...No sabía si hoy te habrías arrepentido o me denunciarías por acoso, yo qué sé... Tenía que venir a comprobarlo.

-No. Bueno... no sé... no me ha dado tiempo a pensar mucho. Es que no eres cualquiera, ¿sabes?, eso no lo hace más fácil.

-¿Crees que no me doy cuenta? ¿Crees que no sé que esto no tiene ni pies ni cabeza? Pero te miro...

y sólo te veo a ti.

La miró. Sus ojos iban de los suyos a sus labios. Se acercó todavía más.

Quiso abrazarla, tocarla, sentirla de nuevo. Alba dio un paso atrás.

-Jaime aquí... no puedo...

Asintió y se apartó un poco.

-Te eché de menos en cuanto bajaste del coche, debiste quedarte.

-Si te sirve de consuelo, a mí no me ha ido mucho mejor. Mi madre cree que algo de lo que cené ayer me sentó mal y no me deja tranquila. Hasta quiere llamar a Dani por si a él le ha ocurrido lo mismo.

Alba dejó caer el bolso hasta el suelo, en un gesto de derrota.

-¿Qué va a pasar ahora? En fin, no sé qué piensas... ¿cuál era el objetivo?

-¿El objetivo?, ni que fuese un reportaje periodístico, ¿había manera más fría de llamarlo?

-No estoy en mi mejor momento, he dormido poco, bueno, mejor dicho nada. Por tu culpa. Lo mínimo que podías hacer por mí es explicarme cuál es tu plan.

-¿Mi plan?, -Jaime cabeceó sonriendo y mordiéndose los labios-. ¿Ves esa mesa?, pues ahora mismo te pondría sobre ella y aquí mismo iba a...

-¡Jaime!, en serio. Mi madre está a pocos metros. Ni siquiera soy capaz de dejar de temblar.

-¿Siempre eres tan intensa? Alba, no eres transparente, nadie tiene que saber...

-Pero lo sé yo y...

-Vale, te diré lo que haremos. Ves hacia la habitación. Yo esperaré diez minutos. Cuando llegue, tú sales discretamente, mientras yo hablo con Aurora y con la abuela. Luego me marcharé. Fácil.

Alba se echó las manos a la cara.

-¡Qué desastre!, se me va a notar a la legua. Por cierto, tengo que volver con ellas, hace un rato que he salido y...

-Vamos.

-¿Qué? No, ¡qué bah! Tú no vienes.

-Te recuerdo que la abuela también está en esa habitación...

-Me da igual.

-Alba, esto es inevitable. En algún momento íbamos a coincidir...

-¿Y tiene que ser ahora?

-Considéralo un examen. Ponme a prueba.

-Te odio. Y mucho.

-Yo no.

Y se mordió el labio mientras le sonreía, mirándola lascivamente. Alba le

empujó hacia atrás.

-Que sepas que en cuanto entres por la puerta me iré fuera. Ya te arreglarás con mi madre.

-Verás, había pensado...

-Oh, oh...cada vez que se te ocurre algo...

-...le voy a decir que la sustituyo para que se escape a comer y cuando vuelva... nos vamos tú y yo.

Comida, siesta... lo que tú quieras... la tarde es nuestra.

-Eres perverso, -Alba sonreía de nuevo-.

-Pero te encanta mi plan.

-Tampoco te pongas medallas. Cualquier cosa es mejor que pasarse el día en un hospital. Además aún no te he dicho que sí. No sé cómo voy a escaparme de aquí.

-Ya se te ocurrirá algo..., -la cogió de la cintura y la apretó contra él. Alba quiso deshacerse del abrazo, pero Jaime la retuvo firmemente-. Te prometo que seré bueno, muy bueno contigo.

Le apartó el pelo hacia atrás y se inclinó sobre su cuello, besándolo suavemente. Alba se estremeció y notó un hormigueo entre las piernas. ¡Dios, sí era bueno!

-Para, por favor, o tendremos que hacer servir esa mesa de verdad.

Jaime le dio un beso rápido en los labios antes de dejarla ir, mientras le sonreía. Alba le devolvió la sonrisa y salió hacia la habitación, de vuelta a la realidad, esperando que su madre no tuviera el poder de leerles la mente.

26

Odiaba el olor que le impregnaba la bata blanca que llevaba para hacer su trabajo en el geriátrico en el que trabajaba. Aquel olor a rancio y tristeza que le calaba la ropa y, más aún, hasta el pelo y la piel le olían a caduco, a pesar de usar un perfume fuerte y dulzón, que dejaba un denso rastro que podía seguirse fácilmente, de habitación en habitación, a lo largo de todo el pasillo de la segunda planta.

Aquel lugar la estaba consumiendo. Eran muchas las razones que tenía para alejarse de allí y sólo una que la obligaba a quedarse.

Alina, era una mujer de apenas treinta años, delgada, rubia de tez transparente y ojos claros.

Tímida, callada, reservada y seria, con la inseguridad que da conocer a penas el idioma. Hacía ocho meses que había llegado desde Rumania, buscando trabajo, estabilidad, una oportunidad que creía se merecía, dejando familia, amigos, casa y un perro.

Acababa demasiado rota como para acudir a otras entrevistas de trabajo que le permitieran abandonar el suyo, librarla de la carga que era entrar a diario en el centro y emprender la inconmensurable labor que significa cuidar y atender a personas, la mayoría ancianos, apartados a una lado por no poder seguir el ritmo impuesto, repudiados por la vida, olvidados, en muchos casos.

De poco le servía a Alina tener bajo el brazo un título universitario para librarse de limpiar culos decrepitos o bocas desencajadas, que alimentaba mecánicamente, mientras se distraía con la televisión, que permanecía continuamente encendida en la mayoría de habitaciones, como la única ventana a la que los pacientes podían asomarse para olvidar dónde estaban, llenando de luz y sonidos unas estancias demasiado vacías.

La primera vez que tuvo que bañar a un paciente sintió náuseas. Aquél era un hombre pellejudo y maloliente, quizás por llevar meado demasiadas horas, a la espera de su turno para el aseo. No sabía cómo poner las manos para no tocar, como hacer el trabajo sin hacerlo. Y deseó poder cerrar los ojos y no estar allí. Pero allí estaba. Ella y el anciano, desnudo, indefenso, blancuzco como los azulejos de la pared del lavabo, con las pocas carnes que le quedaban aplastadas contra un frío taburete que, evitaba que se

desplomara.

Alina creyó que vomitaría encima de él, para acabar de humillar a aquel hombre que, en algún momento, había sido joven. Quizás en otra época hubiera sido capaz de hacer que Alina perdiera la cabeza por él, ella que era tan enamoradiza y que, sin embargo, ahora se negaba toda oportunidad, evitando entablar cualquier relación, desubicada en un país que no conocía. Relegada a un trabajo para el que no servía y al que se entregaba como única vía para poder legalizar su situación, aislada por el idioma, que aprendía a bocados. Obviando que, mientras ella le enjabonaba, el hombre encerrado en aquel cuerpo, se moría de pena y vergüenza por tenerlas al aire delante de aquella muchacha de cara pálida y ojos cristalinos que, tiempo atrás, bien pudo haber sido su perdición y, sin embargo, en aquel impersonal lavabo, la humillación que sentía no le dejaba mirarla, dirigiendo su rostro hacia el suelo, contándose una y otra vez, los dedos de los pies para distraer su mente y no ser consciente de lo que aquel baño suponía para ambos.

A pesar de todo, Alina, seguía trabajando, aplazando el momento de buscar algo mejor.

Aquella mañana, Alba, se disponía a hacer la ronda y empezar a visitar a sus pacientes. Alba, pese a la poca fe que tuvo nunca en ella misma, consiguió acabar, tres años más tarde de lo que hubiese pretendido, la carrera de psicología, entrando a formar parte del personal sanitario de aquel centro geriátrico tras una inacabable sucesión de empleos mal pagados y sustituciones que le privaban del trabajo en el momento en que empezaba a sentirse segura en él, sin darle tiempo a ganar la experiencia necesaria para avanzar en su carrera o aspirar a algún puesto mejor. Hasta que acabó en aquel centro privado, ocupando el lugar de un anterior compañero de facultad, que la recomendó, haciéndole, a priori, un gran favor, evitando que continuase dando tumbos.

Alba entró en la residencia como soporte para ayudar y acompañar a los ancianos, muchos de ellos con la cabeza despejada y en plenas facultades, frustrados por su incapacidad física, su encierro, su soledad o el abandono al que los sometían sus familias. Era una espectadora de primera fila, viendo las miserias humanas, sintiéndolas, sabiendo que era cuestión de tiempo que fuese ella la que estuviese dentro de aquellas paredes.

Alina detuvo el paso desgastado de Alba en mitad el pasillo.

-Tú abuela no muy bien conmigo. Dile yo soy tu amiga, ¿sí?

Estaba acostumbrada a su peculiar manera de hacerse entender en

castellano.

-¿Qué ha pasado?

-Yo entro habitación. Ella no querer yo entro. Grita mucho a mí...

Alina gesticulaba, esforzándose por hacerse entender.

-Cuánto lo siento. Voy a hablar con ella. Tendrás que tener paciencia, le va a costar adaptarse. Está acostumbrada a hacer las cosas a su manera y no quiere aceptar que ya no está en su casa. Si vuelves a tener problemas con ella avísame.

-Vale, no importa. Pero tú decir que no grito más.

Alba continuó su camino con la sensación que los problemas no habían hecho más que empezar.

Todavía hoy, después de haber pasado casi dos años, recordaba el momento en que su madre, aprovechando una de aquellas reuniones familiares que no dejaban indiferente a nadie, presumiendo de los logros de su hija, les anunciaba a todos que había conseguido trabajo en una de las mejores residencias de la provincia de Barcelona. Exageraba, como siempre que se refería a ella, y Soledad no tardó en desbaratar el discurso de Aurora:

-No sé de qué os alegráis, no es un trabajo agradable. Alba, hija, ¿estás segura?, con la carrera que tienes podrías buscar algo mejor. Hazme caso, piénsalo. Más te valdría casarte y dedicarte a formar una familia, que ya no tienes veinte años...

El resto, se esforzaba por dedicarle a Alba una sonrisa idiota, simulando el malestar de tan desalentador parecer, mientras se tragaban la vergüenza ajena que sentían hacia Soledad que, con los años, parecía haber perdido la compasión, hurgando en las heridas abiertas de aquella familia, empecinada en resistir las embestidas de la matriarca, que dictaba veredictos sin conocer la piedad.

Nada le hacía pensar, entonces, que acabaría siendo uno de los pacientes de su propia nieta, teniéndola a su lado en tan penoso trance, haciendo las cosas mucho más difíciles para ambas.

Desde el momento en que su madre le pidió que moviera los hilos para poderla ingresar en el lugar donde trabajaba, Alba lo hizo, sin alcanzar a ver lo que se le avecinaba: no era una paciente más, era su abuela, y no sabía cómo acercarse a ella, tan furiosa como estaba por verse encerrada allí.

Diciembre llegaba, con sus días cortos y sus noches heladas. Llegaba y con él, la desesperación para Soledad. Sin saber cómo, mejoró y, al mejorar, recuperó la cordura, para entender que ya nada estaba en sus manos, que su

vida había dejado de pertenecerle.

Alba se esforzaba, como casi todos, en arrancarle una aprobación, un aplauso mudo, una mirada de afirmación, algo, por lo que volver a la habitación, la doscientos trece, sin tener que coger aire antes de entrar, sabiendo que Soledad sacaría las uñas, defendiéndose de cualquier gesto amable, como si fuese un ataque, haciendo imposible y agotadora su estancia allí.

Estaba cruelmente lúcida. Conocía, entendía. Se veía postrada, recluida, privada por siempre más de lo que la sustentaba: su casa, su balcón repleto de macetas; su butaca y su manta vieja para taparse mientras miraba la televisión o hacía ganchillo cuando la vista o el dolor de cabeza se lo permitían.

Entendía, con amargura su situación, escandalizándose de la manera de actuar de su familia, decidiendo por ella, tomando decisiones que sólo a ella le pertenecían.

Todos decían que era cuestión de paciencia. Soledad no tenía paciencia. Decían que era cuestión de tiempo. Tampoco tenía tiempo. Soledad se negaba a colaborar. No permitía que la ayudasen a vestirse, ni que la acompañaran por el pasillo, por si perdía el equilibrio. Ni siquiera permitía que le diesen conversación. Su higiene personal se convirtió en una tarea difícil. Se quejaba porque la querían duchar y porque no lo hacían. Se negaba a medicarse, no tomándose las pastillas, que decía no reconocer, en un acto de rebeldía que no podía permitirse, creyendo que así mantenía la dignidad, dominándola, siendo ella en última instancia la que acababa decidiendo y, Alba, estaba entre su abuela y la pared, poniendo en peligro mucho más que su empleo, arrepintiéndose por segundos de tenerla tan cerca, sintiendo que nada bueno podía salir de aquella situación.

-Tu familia debe estar muy orgullosa de ti.

La voz profunda de la mujer, la apartó de sus pensamientos, haciendo que se fijara en la persona que tenía delante, dándole la espalda, sentada en una silla de ruedas que Alba empujaba sin entusiasmo.

Solía acompañar a los pacientes fuera del edificio, a un patio interior, donde un lánguido sol ponía la nota de color entre aquellas paredes frías, apenas tocadas por el sol de invierno.

Hasta ese momento, la mente de Alba viajaba una y otra vez hasta Dani. Los últimos meses habían sido un desastre y no acababan de volver al equilibrio que había aguantado la relación durante años. Sabía que era culpa suya. Volver a lo de antes ya no le valía. Quizás por eso buscó, desesperadamente, reconciliarse con Laura. Quizás por eso se acostaba con Jaime. Quizás por eso seguía buscando sin saber muy bien qué buscaba.

Le resultaba tedioso llamarle y empezar una conversación para acabar discutiendo una y otra vez, por cualquier cosa. Le molestaba que cada llamada, cada encuentro le dejasen un regusto amargo. Ella siempre había sido así con él, un tira y afloja. Y Dani, siempre estaba ahí para ella.

Ahora lo notaba distante y frío, y no podía reprochárselo. Pero le dolía. Dani todavía le dolía. Y eso, era algo, a lo que no estaba acostumbrada.

Acababa de llamarla para decirle que sus amigos iban a alquilar un apartamento para pasar fin de año en la nieve, esquiendo. Contaban con ellos. Dani estaba encantado con la idea.

-¿Qué me dices?, será divertido y original.

-Y hará un frío de morirse. No podremos salir del apartamento en los dos días. No me parece un planazo, la verdad.

-Mira que eres aguafiestas.

-Ostia, Dani, es que no estoy de humor para irme y menos con la que tengo liada con mi abuela. ¿Y si hacemos otro plan?

-No gracias. Me conozco de sobra tus planes: cenar cada uno en su casa y juntarnos después de las uvas. Alba, en serio, hagamos algo diferente, por favor. Sólo tú y yo.

-Y tus amigos. De película, vamos.

Sabía que estaba siendo injusta. Dani apenas le pedía nada. Pero es que ahora no era buen momento... o quizás sólo era una excusa para seguir distanciándose. Hubiera sido más honesto hablar con él. Explicarle que necesitaba un tiempo para aclararse y espacio para pensar si quería o no seguir en una relación tan usada. Pero era ella...

-Mira, no sé que lo que te pasa. Sólo sé que así no podemos seguir. Si quieres venir me lo dices, y si no tú misma. Yo iré de todas formas. Estoy harto de esperar que te vengan bien mis planes. Ostia, Alba, eres tan... difícil...

Eso era lo que tenía en su cabeza mientras sonreía a aquella anciana de pelo níveo y aspecto endeble, que le mandaba un mensaje de ánimo, -Psee, no sabría decirle. Tampoco me van a nominar a la hija del año, ni nada de eso...

-Pues yo creo que haces muy bien tu trabajo. Aunque, ¿no crees que pasas demasiado tiempo aquí?

Alba puso la mano sobre su hombro, agradeciéndole la intención. Notó en su cuerpo el traqueteo de la silla sobre el suelo.

-Trabajo aquí. Debo estar aquí, -protestó Alba-

-Sí, sí, muy bien, pero no deberías pasar tanto rato. Tendrás un marido guapísimo esperándote en casa.

Alba suspiró, armándose de paciencia. Que la sermonease una paciente era ya lo único que le faltaba.

-No se preocupe por eso. No estoy casada. Problema resuelto.

-¿Qué no estás casada? ¿Estás separada?, ¡vaya por dios! Pues échate un novio. En el tercero hay un enfermero soltero, si quieres subimos...

-Clotilde, tranquila, no se emocione, que ya tengo novio. Al menos de momento...

-Madre mía, esta juventud... Pero, ¿qué tenéis en la cabeza? Trabajo y trabajo. ¡Niña! En la vida hay otras cosas más que trabajar. Cuando yo era jovencita era pobre como las ratas, pero sabíamos disfrutar de lo poco que teníamos. Ahora tenéis de todo y, sin embargo, no disfrutáis de nada. Claro no tenéis tiempo, siempre estáis trabajando.

-Clotilde, antes eran otros tiempos. Ahora las cosas son diferentes.

-¡Qué sabrás tú de la vida! Los tiempos cambian, pero siempre necesitamos lo mismo. Si pudiera cambiarme por ti y salir caminando, como tú haces sin darle la mayor importancia, aprovecharía hasta el último segundo para hacer las cosas que me gustan. Bailaría, viajaría y me buscaría un

hombretón que me tratase como a una reina. El calorcito humano es el mejor, tú ya me entiendes, -y le guiñó un ojo pícaramente-.

Alba sonrió cómplice, poniendo una de sus manos sobre las suyas.

-La teoría está muy bien, en la práctica a mí me resulta más complicado. Aún no he encontrado la fórmula para vivir sin trabajar, y tampoco estoy segura de haber encontrado a mi príncipe azul, así que... ya ve lo perdida que ando todavía.

-Por dios, qué tonta eres.

-Vaya, Clotilde, muchas gracias.

-No sabes la suerte que tienes. Mírate, eres joven y muy guapa. ¿Cuánto crees que dura eso? Nada te pone límites, tienes un millón de posibilidades a tu alcance. ¿Porqué conformarte? Si yo fuese tú no las dejaría escapar. Si yo fuese tú...

La anciana se quedó colgada de sus palabras, perdiéndose en ellas, siendo consciente de lo que ya no recuperaría nunca. Miró a su alrededor, y una sombra de dolor enteló sus ojos. Un dolor que traspasó la silla y llegó hasta ella. Miró a Alba a los ojos, a quién apenas conocía, y le reveló aquella obviedad certera, una gran verdad:

-No debes desaprovechar el tiempo. Busca tu destino, nos lo debes a todos los que ya no podemos hacerlo.

Acababa de asistir, sin pedirlo, a una clase magistral de la vida.

-Parece fácil cuando lo dice usted... pero yo ni siquiera sé por dónde empezar.

-Enamórate, es la sal de la vida. Con eso se te pasan la mitad de los males. Te lo digo yo que me he casado tres veces.

-¡Caray!, era usted una "Mata Hari". No me extraña que los hombres cayesen rendidos a sus pies, es usted muy guapa.

-Ahora estoy más arrugada que una pasa, pero aquí donde me ves no me perdía un solo baile. Y te aseguro que era el centro de las miradas.

-Estoy segura que sí. -Alba la miraba enternecida, intentando ver en ella la mujer que había sido-.

¿Puedo preguntarle algo?

-Pues claro.

-¿Qué cambiaría si volviese atrás?, bueno suponiendo que quisiera cambiar algo.

Clotilde se recogió las manos sobre el regazo, y llevó su mirada hasta el final del patio.

Asintió varias veces antes de responder.

-Haría que mi vida no fuese una carrera para llegar hasta aquí. Y me gustaría que en la balanza, no pesaran tanto las cosas que dejé por hacer. -La mujer miró directamente a los ojos de Alba-, no dejes de vivir por miedo a la vida, ¿me entiendes?, es lo peor que te puede pasar, que llegue este momento y tengas que lamentarte no haber vivido suficiente.

-Lo que dice es muy sabio, y muy difícil a la vez. Nunca encontramos tiempo...

-Siempre hay tiempo. Siempre hay una primera vez para todo. No temas equivocarte.

-Eso me resulta difícil. Las equivocaciones pesan mucho.

-Deja de preocuparte y hazlo, tú no eres como ella.

-¿Cómo quién?

-Como tu abuela. Esa mujer lleva mucho tiempo muerta por dentro.

-¡No diga eso!, es tozuda e impaciente y le costará adaptarse pero...

-No lo hará. Ni siquiera lo intenta. Hazme caso, tú aún estás a tiempo de salvarte. Sal de aquí y disfruta. A nosotros sólo nos queda vivir de recuerdos y... no siempre es agradable.

La anciana la apuntó con su dedo huesudo y titubeante, acercándose lentamente. Alba se retiró hacia atrás, dándose por aludida:

-Sólo puedo decirle que lo intentaré.

-No es suficiente. Debes hacerlo, por los que ya no podemos salir de aquí. Prométemelo.

-Está bien. Le prometo que lo intentaré. ¿Contenta?

Clotilde bajó lentamente el dedo, sin dejar de mirarla y, Alba tuvo la sensación que acababa de cerrar un trato que no sabía si sería capaz de cumplir.

Barcelona, Marzo 1940

Carmeta recordaba para Esperanza, su salida de Barcelona, en camión. Un camión viejo, polvoriento y cansado, como los caminos que había recorrido.

Barcelona, su ciudad, estaba destruida, enterrada en escombros y derrotada. Era cuestión de días, horas quizás, que la ocupasen los vencedores, que hiciesen su entrada triunfal, con los brazos en alto, como gimnastas desfilando orgullosos, profanando un suelo sagrado para Carmeta.

No quería estar. No debía estar allí cuando llegasen.

José iba en aquel camión repleto de desechos humanos que tiritaban de hambre y dolor. Las heridas estaban al descubierto, también las del alma, porque a aquellas alturas, nadie se esforzaba en esconder sus temores, presagiando lo peor.

La suerte estaba echada y todos eran conscientes de ello. Su única esperanza era que aquel camión fuese capaz de llevarles hasta la frontera, su única salida. Heridos y derrotados era toda su carga.

José llevaba una venda sucia y mal colocada por improvisadas enfermeras, camaradas voluntarias que, como Carmeta, intentaban ayudar en lo que pudieran.

Estaba sentado frente a ella, sus pies se tocaban por la falta de espacio. Era uno más y, sin embargo, no pudo evitar fijarse en aquellos ojos dorados y tristes, pero dulces aún, perdidos en el aire, hasta que se encontró con los de ella.

Notaba el traqueteo agitándola contra otros pasajeros, sintiendo el dolor de los heridos bajo su piel, heridos demasiado débiles que no debieron moverse para viajar. Heridos que se apretujaban contra ella y que temían más quedarse atrás que morir en el intento. Héroe anónimo dirigiéndose a la nada para escapar del horror. El invierno se aliaba también contra ellos.

Las primeras horas de camino transcurrieron en silencio, con el desamparo planeando sobre sus cabezas y el miedo sentado a su lado, escuchando quejidos, suspiros y lamentos ahogados entre tanta decepción, con el ruido de fondo del viejo motor agarrándose a los restos de carretera para continuar.

La luz fría de la mañana, clara y limpia, dibujaba rostros en las caras de hombres y mujeres, hasta entonces sólo un montón de miseria, el contenido de una fosa esperando ser cavada, avanzando hacia los Pirineos, principio y fin de todos sus planes.

Carmeta no pudo dejar de conmoverse por aquel muchacho frente a ella que trataba, sin éxito, de mantenerse erguido, escurriéndose, hundiéndose entre el resto, perdiéndose en la orgía de cuerpos, unidos por la necesidad de huir.

-Deja que te ayude.

Trató de incorporarlo. La herida que llevaba debajo del hombro, en el costado derecho no le permitía moverse demasiado, sin hacer muecas de dolor.

-Cuando paremos intentaré conseguirte vendas limpias, éstas no aguantarán mucho más.

José dejó que la chica le ayudase a incorporarse, y se dejó caer contra ella para evitar seguir resbalando.

-Gracias.

Carmeta asintió.

-¿Eres enfermera?, ¿por eso nos acompañas?

Carmeta negó con la cabeza.

-No lo soy, pero las he ayudado durante la guerra. Algo he aprendido. Me llamo Carmen, pero todos me llaman Carmeta.

-José.

-¿De dónde eres?

-De Jaén, ¿y tú?

-De Barcelona.

Carmeta pronunció el nombre de su ciudad con orgullo, un orgullo bañado en pena por dejarla atrás, en manos de sus enemigos. Intentó apartar de su mente aquellos pensamientos que la envenenaban y enfurecían, sabiendo que cualquier gesto era ya inútil.

-Si la hubieras visto antes de la guerra... ya casi no la recuerdo.

-A mí me pasa igual con la cara de alguna gente, tengo miedo de olvidar sus rostros o, que al volver no los reconozca. Parece que lleve una eternidad fuera de mi casa.

José la miró con curiosidad:

-¿Por qué no te has quedado en Barcelona?

-He luchado contra ellos. Ahora entrarán y...

Se quedó pensando en qué pasaría cuando los vencedores alcanzasen su ciudad, arrasando con lo poco que quedaba, buscando puerta a puerta, ¿qué sería de los que se habían quedado atrás?

José interrumpió sus pensamientos:

-No lo entiendo. Deberías haberte quedado, estarías a salvo.

-Nadie estará a salvo en cuanto el ejército entre en Barcelona.

-¿Porqué lo hiciste? ¿Por qué decidiste luchar?

Carmeta desvió la mirada y se quedó pensativa, como si reflexionase la respuesta.

-Por defender mis ideales.

-¿Es que acaso unas ideas son más importantes que todas las personas que dejas atrás? No consigo entenderlo. No entiendo nada de lo que ha pasado. Yo tenía una vida, una familia, una novia, planes... Aquí sólo tengo un arma y el deseo de regresar sano a casa.

Carmeta no pudo contarle su historia, porque no era capaz de hacerlo. No pudo contarle que vio cómo mataban a su padre y a su hermano; ni pudo describirle el temblor de los cimientos de su ciudad durante los bombardeos, ni cómo corrían aterrorizados en la noche para sumergirse en los refugios, ni que escondía la cabeza en el regazo de su madre para no oír aquel ensordecedor ruido, hasta que su madre enfermó y murió por falta de medicinas y alimento. No pudo decirle lo sola que estuvo, ni la rabia ni el dolor que acumulaba dentro; ni pudo, tampoco, contarle que el odio hacia los que se lo habían arrebatado todo era todo lo que le quedaba. No supo cómo explicarle sus convicciones, porque de nada le habían servido y le habían llevado hasta aquel camión, a aquella huída.

-¿Cómo se llama?

-¿Quién?

-Tu novia.

-Esperanza.

-Esperanza, -repitió-, es un nombre que te vendrá bien recordar. Debes recuperarte, seguro que estará esperándote.

-Me lo juró. Juró que me esperaría y nos iríamos juntos a empezar de nuevo.

-Es una chica afortunada por tenerte.

-¿A ti quién te espera?

-Esta guerra se ha llevado a demasiada gente. Ya no me espera nadie, no tengo prisa por volver.

El viaje fue largo y frío. Las condiciones fueron empeorando a medida que avanzaban, dejando tras ellos, paisajes helados, campos sembrados verdeando al trasluz, masías desnudas, hileras de árboles secos, caminos rotos, vidas rotas, mientras el perpetuo ruido del camión avanzaba con ellos.

Intentaban no pensar, olvidar antes de vivir lo que había de ser, por lo que los detalles del camino quedaron enterrados en la memoria colectiva de todos los que compartían la angustia en aquel viaje.

Una avería les obligó a parar durante un rato. Estaban muy cerca. Más cerca de la frontera, más lejos de casa. Más cerca de la salvación y más lejos. Junto a ellos, grupos de gente desamparada intentaba a pie un camino difícil, escapando de una muerte segura, huyendo de un ejército que les pisaba los talones, viejos y niños envueltos en mantas, arrastrando su vida por blancos senderos sin retorno, la desesperación era su abrigo y el miedo su sombra. En mitad de aquella parada fortuita, Carmeta no lo pensó, o quizás sí lo hizo, y por eso le dijo a José: -Deja tu arma. Tírala.

-¡Qué dices! ¿Te has vuelto loca? Es lo único que tengo para defenderme.

-Aquí eres un soldado. Sin tu arma eres un civil más. ¿Quieres volver a casa con tu familia?

Entonces tira tu arma y ven conmigo. Nos mezclaremos con ellos, seguiremos andando, tendrán que dejarnos pasar cuando lleguemos a la frontera.

-Pero si nos vamos... estaré desertando, nos buscarán y...

-No seas ingenuo, no le importamos a nadie ya. Hemos perdido la guerra, nadie va a venir a salvarnos. Ahora estamos solos. Así que seguiremos por nuestra cuenta, es la única oportunidad que tenemos de llegar a Francia.

-¡Pero no podré hacer el camino a pie!

-Te ayudaré, ya estamos cerca.

-No... Sálvate tú, eres mujer puedes mezclarte entre ellos y...

-Necesito que vengas conmigo. Siendo dos será más fácil. Déjame ayudarte, necesito hacerlo para saber que no todo ha sido inútil. Nunca debiste venir a esta guerra, devolvete a casa sería lo justo.

Te ayudaré, y podrás volver con Esperanza.

José dejó caer su fusil, desarmándose ante ella y ante el mundo y, mientras lo hacía, se sintió de nuevo libre para escapar, para volver, por fin, a casa.

De entre los bultos que se iban encontrando a su paso, abandonados en mitad de los caminos, robaron ropas y una botella de alcohol, que sabía a

rayos, pero que les calentaba el estómago y las entrañas.

Hicieron el resto del camino acompañando a una caravana de gente, arrastrándose y arrastrando con ellos la vergüenza de la derrota, la humillación del que se sabe que lo ha perdido todo.

Hombres, mujeres, ancianos, soldados, todos juntos formando una masa densa y desesperada que empujaba por escapar y entrar en Francia, mientras el país vecino, ponía más barreras y luchaba por poner orden en la marabunta humana que se les venía encima.

Por toda respuesta, obtuvieron el encierro. Los cercaron como a animales, miles de personas sin techo, sin alimento y sin posibilidad de continuar.

José resistía a duras penas. El frío y el hambre no ayudaban a su recuperación y su herida no curaba. Carmeta lo miraba con lástima y se preguntaba de dónde le nacían las fuerzas, pero era consciente que se le estaban agotando.

Había oído historias de otros camaradas que habían conseguido escapar y continuar su viaje a través de Francia, consiguiendo algo de dinero para sobrevivir unos días y encontrar algún contacto que les ayudase. Era arriesgado, José no estaba lo suficientemente fuerte como para fugarse y vivir como proscrito, pero tampoco sobreviviría mucho tiempo en aquellas condiciones. Le explicó su plan y le dijo que confiara en ella, aunque ni ella misma confiaba en poder salvarle.

De noche, a ciegas, en silencio y a escondidas, como malhechores, salieron en busca de una vía de escape. Se escondían de día y caminaban de noche, robando para comer y compartiendo guarida con animales de corral en dónde se resguardaban. No se conocían apenas y, sin embargo, uno sin el otro, no sobrevivirían. Carmeta le animaba asegurándole que saldrían adelante y que, cuando fuesen abuelos explicarían aquellas historias a sus nietos, porque iban a tener una vida larga y feliz. José la creía porque debía hacerlo, aunque se sintiese morir a cada intento de moverse, por el terrible dolor de su herida.

Muchas noches tenía fiebre y le pedía a Carmeta que lo abrazase y que no le dejara morir de frío. José llamaba en sus delirios a Esperanza, pero ella no estaba allí. Ni siquiera pensaron en que pudiesen estar haciendo algo mal, porque la muerte llamaba a su puerta en cada aliento de vida que daban, viviendo el momento como el último. Y empezaron a amarse para sentirse vivos, el mejor regalo que podían hacerse.

No tardaron mucho tiempo en encontrarlos. José era una carga difícil de

mover. Cuando los descubrieron, estaban acurrucados, durmiendo, despertándose aliviados porque había acabado su viacrucis. Aterrados, porque desconocían lo que les iba a ocurrir entonces. No conocían el idioma, agravando su miedo y su temor. Carmeta sólo pudo ver cómo se llevaban a José, como la separaban de él y la devolvían al mismo lugar de dónde habían salido, desesperándose por la falta de noticias, sin saber qué iba a ser de ella ni qué había sido de José.

Cuando Carmeta, finalmente, pudo regresar a Barcelona, se encontró con pobres, huérfanos, hambrientos y desamparados, la herencia de la guerra en su ciudad, violada, ultrajada, rota y derrotada, que arrastraba la decepción por sus calles, intentando rehacerse y renacer de sus escombros, entre muertos, enfermos y huidos. Los que quedaban, se miraban a la cara sin entender aún qué les había pasado. Entre ellos, Carmeta, sintiéndose una extraña en su propia tierra, obligada a esconderse para sobrevivir.

Carmeta sabía ahora que, todo el esfuerzo por salir con vida, por sacar adelante a José, no había servido de nada y se acariciaba, tristemente el vientre, fruto de su unión con él, sabiendo que su hijo era huérfano antes de nacer, y que de su padre sólo tendría el testimonio que ella pudiera darle.

Las lágrimas silenciosas de Esperanza, resbalaban en un largo descenso, tocando fondo, quedándose arrinconadas con el resto de su dolor.

Desde la tumba, José les hacía un guiño, su último movimiento en la partida que el destino truncó, poniéndolas frente a frente, hombro a hombro, una junto a la otra en aquella cama, como partes complementarias de un todo capaz de hacer frente a la dura vida que les esperaba. José sabía que dejaba a dos mujeres solas y desamparadas, su única oportunidad residía en ser aliadas.

-Le prometí a José en su lecho de muerte que no le olvidaría y que cuidaría de su sangre como si fuese la mía. Aquí estoy. No me preguntes cómo he llegado, porque creo que me ha traído el último aliento de José, su fuerza o la mía, no lo sé, pero cumpliré mi promesa. Me quedaré contigo, me necesitas. Yo os necesito.

Los días navideños fueron especialmente tediosos. Todos quisieron volcarse con Soledad, trayéndola a casa para los festejos, guardándole un lugar privilegiado en la mesa. Intentaban lavar sus conciencias, soportando a cambio su punzante compañía. Pero Soledad no encontraba nada a su gusto, poniendo el listón demasiado alto, inalcanzable para ellos.

La rabia que sentía por sentirse fuera de casa, se mezclaba con su impotencia y su pena, para escupir amargura por los ojos y veneno por la boca. Soportaban su presencia como quién sufre un juicio amañado, sabiéndose condenados de antemano. Nadie respiraba tranquilo, Soledad estaba allí, haciendo que ellos caminasen de puntillas.

Empezaba la última cena del año bajo la mirada furiosa de Soledad, que no les perdonaba que la mantuviesen encerrada y mucho menos que organizaran celebraciones a su costa, sólo para acallar sus conciencias.

A sus ochenta y seis años estaba abocada a depender de la ayuda de otros para sobrevivir. Su movilidad era muy reducida, apenas podía dar dos pasos sin sentir el punzante dolor en la cadera y caer de rodillas. Su cuerpo nada tenía que ver con la esbelta figura que había lucido en otros tiempos. Ahora era lento, pesado, casi denso. Pero sentía que todavía era ella, todavía podía recordar el número de identidad, el del teléfono de su casa. Recordaba dónde guardaba las bombillas de repuesto y los recibos que le enviaban del banco. Recordaba olores, nombres, anécdotas... Estaba dolorosamente lúcida y veía la farsa a su alrededor: aquella familia que ella había ayudado a formar y que ahora parecía un circo en día de función.

Miguel llegaba tarde y Aurora, que ejercía de anfitriona cediendo su casa para celebrar aquel fin de año, se ponía nerviosa. Se movía arriba y abajo de su casa, poniendo sillas y sacando copas, cualquier cosa para no oír a Soledad.

Alba naufragaba, perdida entre el barullo, atrapada en una cena trampa. “Bonita manera de acabar el año”, se dijo a sí misma, mientras miraba a su alrededor. “Si lo llego a saber me voy a esquiar con Dani, cualquier cosa hubiera sido mejor que esto”, se lamentaba mientras se acababa la segunda copa de vino y veía pasar la cena ante ella. Aunque sabía que no habría podido irse, no en aquellas condiciones, no con Dani resentido y distante.

Le había llamado antes de empezar a cenar. La conversación había sido corta y fría. Sólo sabía que la nieve estaba estupenda y que habían podido esquiar todo el día. Estaba cansado y no saldrían. Claro que eso tampoco la dejaba muy tranquila, en el refugio había unas cuantas chicas y muchas sin pareja, pero eso se lo había tenido que sacar con sacacorchos, porque Dani sólo le habló de unas cuantas parejas. ¿Sería capaz de engañarla...?

Es algo que se había planteado muchas veces a lo largo de los años de relación. No siempre habían estado bien, aunque nunca como ahora. Y, a veces, se preguntaba si Dani tenía la necesidad de buscar afecto o sexo en otras mujeres. Luego había un acercamiento y todo volvía a ser como antes. Dani siempre le abría las puertas, porque era Alba, su debilidad. Ahora... no sabía qué iba a pasar. De todas formas, ¿quién era ella para juzgarlo?

Era casi medianoche. La hora bruja de la última noche del año. Las mujeres se agolpaban alrededor de la mesa, recogiénola, haciendo hueco para poner los racimos y el cava, preparándose para las campanadas, invocando la buena suerte.

El móvil de Alba sonó encima de la mesa.

-¿Podéis quitar los dichosos teléfonos de la mesa?, -Aurora gruñó-.

Alba se afanó en cogerlo antes que nadie reconociese el número que la llamaba: Jaime. Se encerró en su habitación antes de contestar.

-¡Feliz fin de año!, ¿cómo va la cena?, ¿es tan terrible como se preveía?

-No, es peor. Dime que estás abajo, dime que has venido a buscarme. Dime que sólo tengo que echar a correr para caer en tus brazos y olvidarme de todo.

Alba, sin filtros, volvía a sorprender a Jaime. Al otro lado silencio.

-¿Jaime? Hola, ¿sigues ahí? -Se oía ruido bullicioso de fondo-.

-Sí, disculpa.

-¿Qué te pasa?, ¿va todo bien?

-Iba bien, hasta que te he escuchado. No sé qué me ocurre contigo...sólo quería desearte feliz año, pero... cada vez que me pides algo yo... Te juro que me desarmas.

-No quería hacerte sentir mal, oye bromeaba, en serio, esto no es tan terrible, estoy acostumbrada.

No te preocupes. ¿Qué tal tú?

-Rodeado de superficiales, y echándote de menos. Hazme un favor.

-Claro.

-Espérame. Creo que podría llegar sobre las dos de la mañana.

-¿Qué dices?, si estabas en no sé dónde, ibas a pasar allí la noche ¿no? No te preocupes, te llamaré mañana.

-Mañana queda demasiado lejos. No podré esperar tanto. Tendrá que ser hoy. Tú espérame, iré a buscarte. Tengo una botella reservada para brindar por el año nuevo contigo y se me ocurre cómo podemos empezar el año, ¿adivinas?

-¿Jugando a las cartas?

“Ummm, casi, pero no. Cuando estés en mi cama te demostraré de lo que hablo.

-Con una condición.

-¿Cuál?

-¿Me dejarás comer en tu cama?

-Siempre.

-Entonces te esperaré. Feliz Año, Jaime.

-Feliz Año, Alba. Una última cosa... ¿puedes felicitar al resto de la familia de mi parte?

-Sí claro, ahora mismo voy no te jode..., -rieron cómplices-.

Alba salió sonriente, los ojos le brillaban como no lo habían hecho en toda la noche.

Aprovechó ese momento para acercarse a su abuela.

-Aquí están tus uvas, ¿quieres que te ayude?, -le preguntó tras ponerle delante su plato con la docena correspondiente-.

-No.

Volvió a intentarlo.

-Puedo ayudarte quitándoles la piel y las semillas, como me hacías cuando era pequeña. Son mucho más fáciles de tragar.

El tono hosco de Soledad chocó de nuevo contra ella.

-Lo haré yo.

-Pero... puedo ayudarte.

-Puedes, pero no debes. Atenderme es tarea de otra persona.

Alba miró hacia la cocina, dónde el ruido de platos se mezclaba con la voz organizadora de Aurora.

-¿Te refieres a mi madre?

Soledad siquiera le contestó. Empezó a pelar uvas, desnudándolas con sus largas uñas. Alba continuó.

-Hoy está muy ocupada con tanta gente. Ya la conoces, le gusta que todo salga como ha planeado.

También lo hace por ti, ¿sabes?

Alba sintió que, de nuevo, sus palabras chocaban contra una pared fría y dura, como su abuela. Pensó que no tenía sentido seguir hablando con alguien que te ignora de una manera tan evidente, e hizo ademán de levantarse. Soledad le habló entonces: -¿Estás segura de lo que haces?

-¿Cómo dices?

-Con tu vida, ¿estás segura de lo que haces?

-Caray abuela, que pregunta, supongo que sí.

-Vaya respuesta.

-¿Qué quieres que te diga?, no sé qué decirte. Me has pillado de sorpresa.

-Podrías decirme que tienes un trabajo que te gusta, que eres feliz con tu marido y tus hijos, que estás deseando verles crecer felices y sanos. Podrías decirme que tu marido es el hombre más maravilloso del mundo. Podrías decirme que estás muy segura de lo que haces con tu vida porque estás exactamente, dónde quieres estar. -Alba tragó saliva, mientras veía como su abuela despellejaba las uvas y a ella también-. Pero tú no sabes qué decirme. No te veo feliz en tu trabajo, porque no es un buen trabajo. Nunca traes a tu novio a casa, ni te oigo hablar de él, ni hacer cosas con él. Ni tienes planes de boda, ni hijos, ni nada. Y... sin embargo, hoy te brillan los ojos como si estuvieses...feliz. Y yo te pregunto, ¿estás segura de lo que haces?

Alba volvió a tragar saliva. Su abuela... o era muy sabia o muy bruja. O las dos cosas. La estaba poniendo en serios apuros.

-Abuela... ya sé que no te gusta como vivo mi vida pero...

-¡No me cuentes monsergas!, puedes vivir tu vida como te parezca. El problema es que lo tienes todo patas arriba. Eres como una niña caprichosa.

Llevaba días intentando que su abuela se abriera un poco más a ella y le explicase cómo se sentía, sin éxito. Si al estar fuera de la residencia había conseguido hablar más, bienvenido, aunque fuera a costa de tener que regañarla.

-Abuela, no tienes que preocuparte por eso, por no estar casada no estoy cometiendo ningún crimen, creo yo.

-Pero, Dani y tú...

-Somos novios, si quieres llamarlo así.

-Vamos, que ni tú sabes lo que sois exactamente. Y él, ¿qué dice? ¿Nunca te ha dicho si quiere formar una familia?

-Bueno... es bastante tranquilo. Menos mal, sino no hubiéramos aguantado tanto tiempo.

-Y, ¿por qué no está aquí contigo?

-Porque quería ir a esquiar y yo prefería quedarme.

-Mira que sois insensatos. Deberíais estar aprovechando el tiempo que os quede para estar juntos.

-Uy, abuela, eso a mí me da mucho agobio. Sólo de pensarlo...

-Si no le quieres lo suficiente como para estar a su lado, déjalo libre. Tiene derecho a que le amen de verdad, a encontrar a alguien que luche por él, que no le dé agobio estar junto a él. Tiene derecho a ser feliz.

La paciencia de Alba estaba tocando fondo, empezando a notar el poder de Soledad en ellos.

-Mira, abuela, lo siento, pero esto no va contigo, son cosas más...

-¡Claro que va conmigo! Dani no es cualquiera. Dani es como de la familia...

-¿Pero qué dices?

-Conozco bien a su padre, y a su abuela. Y también... -Soledad se quedó callada, midiendo sus palabras-. Te aseguro que no es cualquiera. Alba piénsalo, podrías ser tan feliz con él...

-Abuela, caray, que pesadita estás. Eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees?

-Ten cuidado, Alba.

-¿Por qué?

-Porque el tiempo pasa y no te espera. -Hizo una pausa y siguió hablándole-. El otro día... tío Jaime...vi como te miraba. No me gustó.

-¿De qué hablas?

-Ya sabes de lo que hablo. No olvides quién es quién en esta familia.

-Pero abuela...

-Es un liante. Ten cuidado. Sólo tú puedes devolverlo a su lugar. No dejes que se acerque demasiado.

Una semana antes, Jaime había estado en la residencia, visitando a Soledad. Alba ni siquiera sabía que iba a ir a verla, hasta que, se lo encontró junto a ella en su habitación. Soledad miraba a través de la ventana, refunfuñando y sermoneándolo, mientras Jaime, le hacía relativo caso.

Alba entró sin llamar, esperando encontrarse a su abuela sola. Se quedó unos instantes frenada, sin saber si entrar o echar a correr. Unos instantes en los que sus ojos no se apartaban de Jaime, interrogándolo con la mirada: “¿qué coño haces aquí...?”

Jaime, que permanecía de pie, se había girado al oír que entraba alguien

en la habitación.

Llevaba una americana y tenía las manos en los bolsillos del pantalón, en una postura casi profesional, como si tratase asuntos importantes con Soledad. Al verla, no pudo reprimir una media sonrisa. Su mirada le quemaba. Se adelantó hacia ella, saludándola cortésmente, mientras su abuela no les quitaba el ojo de encima. Era como los animales, podía oler el miedo y Alba estaba aterrada.

Jaime aprovechó su llegada para despedirse. Al pasar junto a ella, dirección a la puerta, le rozó apenas la mano con la suya, lo suficiente como para que Alba se estremeciera, haciendo que lo deseara terriblemente. Si no hubiera estado su abuela delante, hubiera salido tras de él.

Quizás fuese más transparente de lo que imaginaba, quizás Soledad fuese más lista de lo que todos pensaban.

Siguió pelando las uvas, sin levantar la vista, como si todo lo que tuviese que hacer fuese aquello, ignorando ya a Alba, que iba a despedir el año igual que lo había vivido, perdida y desconcertada, caminando a ciegas, mordiéndose las ganas de preguntarle acerca de aquel hombre al que su abuela conocía muy bien.

30

-¿Vas a salir, ahora?

-Sí, voy...

-Pero si es tardísimo, yo creí que te quedabas en casa.

-Mamá, ¡que es fin de año!, hoy todo el mundo sale tarde.

-Ya... pero como no estaba Dani, pensé...

-Tranquila, voy a casa de Laura, me quedaré allí hasta mañana. Así no tengo que moverme más.

-Ya bueno...

-Feliz Año, mamá. No te preocupes, estaré bien.

-Pero ves con cuidado.

-Claro.

Aurora se quedó mascando un adiós, mientras Alba descendía hacia la calle. Eran más de las dos de la mañana, Jaime la esperaba abajo, asegurándose que desde dónde se encontraba no podían verlo.

Llevaba toda la noche pensando en escapar de su casa. Su tío Miguel se había marchado hacía un rato y ella ayudaba a recoger platos y copas a su madre, mientras pensaba en Jaime y en cómo le deseaba, sin quitarse de la cabeza las palabras de su abuela.

Entró en el coche y el perfume de Jaime la recibió. Iba elegantemente vestido con traje oscuro y camisa blanca.

-Feliz Año Nuevo, -dijo con una sonrisa-

-¿Feliz Año?, y... ¿ya está? Llevo conduciendo casi dos horas. Creo que me merezco algo más que eso, -Jaime la atrajo hacia él-

-Bueno, yo llevo esperando casi dos horas. Supongo que habrá valido la pena porque por la tele están dando unos programas fantásticos.

-No es exactamente lo que tenía en mente...

-Ya, ni yo tampoco.

La mano de Jaime, se posó en la rodilla de Alba, deslizándose por su pierna, subiendo por el interior de su muslo. Alba puso su mano sobre la de él, parándolo.

-Vámonos, -le dijo riendo-aquí pueden vernos.

-Y... ¿no te parece excitante que nos puedan descubrir?

-Más bien no. Me bloqueo sólo de pensarlo.

-Sí, ya me di cuenta el otro día en la residencia. Por cierto, esa bata que llevas para trabajar... no puedo quitármela de la cabeza. Te imagino con ella y sin...

Jaime abrió los ojos y se mordía los labios, negando con la cabeza.

-¿Sabes que estás enfermo no?, es sólo una bata.

-Sí, pero te queda de cine.

-¿Por qué no me dijiste que ibas a ir a ver a la abuela?

-No sabía que tenía que pedirte permiso. Que tú trabajes allí no cambia nada.

-Pues mira, no estoy de acuerdo. Lo cambia todo. Que sepas que me acabo de llevar un sermón de la abuela. No sé que debió ver el otro día, pero se ha pasado un rato avisándome.

-¿Avisándote de qué?

-Avisándome sobre ti. ¿Eres un liante?

-¿Yo?, qué dices, creí que te había quedado claro, Alba. Puedo bromear pero sabes que...

-Pues la abuela, que digo yo que algo le habrás hecho para que piense así, me ha dicho que me aleje de ti porque eres un liante y no le gusta cómo me miras.

-¡Joder!, no pierde detalle. ¡Qué mujer!

-Si me hubieras avisado que venías... te hubiera esquivado y no me habría pillado de sorpresa. No sabía qué hacer cuando te vi allí.

-Improvisas fatal.

-Lo sé. Y tú, encima, no dejabas de mirarme de una manera... no me extraña que la abuela se diera cuenta.

-¡Qué bah!, eras tú la que no me quitabas los ojos de encima.

-Y el hecho de tocarme los dedos al irte...

-Te encantó.

-Para nada...

-Ya claro..., -sonrió levantando las cejas-

-¿Crees que la abuela es capaz de imaginarse...?

-La abuela siempre ha sido mal pensada, con el agravante que ahora, además, está enfadada y rabiosa con nosotros, por verse en una residencia. Por mí puede decir misa. Ya te lo dije, lo que pienses los demás me resbala.

Alba se quedó callada, mirando a través de los cristales del coche que Jaime conducía. Él se dio cuenta.

-¿Qué ocurre?

-Pues que eso no me tranquiliza, especialmente. No dejas de repetir lo poco que te importa la opinión de los demás, en cambio yo... me moriría si supiesen...

-Alba, su opinión no me ha importado nunca. Eso no es nuevo. He sido franco contigo desde el principio.

-Sí, supongo.

Paseaban por una ciudad dormida y silenciosa, excepto por pequeños grupos de jóvenes que celebraban la entrada del año nuevo. Jaime miraba la carretera, pensativo. Alba puso su mano sobre su rodilla, obligándole a mirarla unos segundos y sonreírle.

-Lo siento. No puedo culparte, tendrás tus razones. Y yo tengo que aprender a vivir sin su aprobación...

Jaime empezó a hablar, concentrado en la carretera.

-Cuando acabé el instituto, les dije a mis padres que quería seguir estudiando...

Alba dejó de hablar y lo miró sorprendida, ¿a qué venía eso? Jaime continuó.

-...quería ir a la universidad. Yo pensaba que les haría ilusión que uno de sus hijos estudiase. Pero la verdad es que no fue como yo imaginaba. Al abuelo no le parecía mal. Pero a la abuela... no había quién la hiciese cambiar de opinión. Ella prefería que les ayudase con la tienda. Estudiar le parecía demasiado caro, teniendo en cuenta que podía conseguir cualquier trabajo para ganarme la vida. Las broncas eran continuas. Un día la discusión fue tan grande que amenacé con irme de casa.

La abuela me abrió la puerta sin pensárselo y me dijo que podía marcharme. Así, sin más. Me hirió tanto... que recogí unas cuantas cosas y me fui. Estuve unos días en casa de Miguel. El abuelo vino a verme para convencerme de que volviese. Podía volver, pero tenía que renunciar a mis sueños.

Lo rechacé. Supongo que le di tanta pena que me dio dinero para que pudiera ir tirando una temporada. Busqué un trabajo y me pagué la matrícula del primer año de carrera. Así fue cómo desaparecí de sus vidas. Tu madre, igual que todos, quería ayudarme, siempre y cuando renunciara y volviera a casa con los abuelos.

Jaime se quedó en silencio, mientras conducía. Alba, petrificada, digería, lentamente, aquella información.

-Jaime... yo... no sabía...

Estaba sin palabras. ¿Realmente aquello había pasado en su familia?, ¿la abuela había sido capaz de echar de su casa a su propio hijo? Tenía carácter y mal genio pero aquello era una barbaridad. ¿Y su madre, y tío Miguel? No podía creerlo y, sin embargo, el rostro de Jaime estaba tenso, podía notar cómo le dolía hablar de aquel episodio.

-No sé qué decir.

-No hace falta. No le he contado esto a nadie, - y recalco-, a nadie. Alba... la abuela me echó de casa con la conformidad del resto. ¿Puedes entender ahora que me resbalen?, ¿puedes entender que los desprecie por quitarme todo lo que tenía?

-Yo... lo siento...

-No Alba. No quiero que te disculpes. Esto no va contigo. Pero debes entender que para mí ya no...

me fallaron hace mucho... Sólo quiero que no me juzgues por ser tan frío con ellos.

Alba notaba como la sangre se le agolpaba en la cara, furiosa, mientras, las lágrimas asomaban a sus ojos.

-No puedo creer que te hicieran eso. No puedo ni imaginarlo...

-Créeme, si te lo he contado es porque no quiero que pienses que soy un monstruo insensible que pasa de todo. Lo que tú pienses sí me importa.

-Ya, pues, ahora mismo acabas de ganar muchos puntos conmigo. Esto no me lo esperaba.

Alba se quedó pensativa.

-¿Qué puedo hacer?

-Alba, te repito que esto no va contigo. No tienes que hacer nada porque eso pasó hace mucho tiempo. Y por tu bien te digo que es mejor que no intentes sacar el tema en tu casa o sabrán quién te lo ha explicado. ¿Tú no eras la que querías conocer más sobre esta familia?, pues acabas de enterarte de una de tantas otras.

-¿Hay más, me refiero a... qué más puede haber...?

Jaime había entrado en el parking de su edificio. Paró el motor del coche y todo se quedó en silencio. Había evitado mirar a Alba mientras le explicaba aquel episodio familiar, humillante para él. Pero había decidido hacerlo porque no quería que le continuase cuestionando su alejamiento con el resto. Ahora, en la oscuridad del coche, la miró. Los ojos de Alba brillaban intensos y Jaime se relajó, encontrando la tranquilidad que necesitaba junto a ella.

-Si no me equivoco sigue siendo Fin de Año. Y, si no me equivoco, te

prometí que abriría una botella para celebrarlo. Empezar contigo el año me parece el mejor plan. Así que ¿qué te parece si dejamos a los demás aparte?

-Espero que esa botella sea muy buena, porque me has dejado el ánimo por los suelos.

-Lo sé. Pero no quiero evitarte la verdad. Es lo que ellos llevan haciendo durante toda tu vida, te esquivan la realidad para que no puedas toparte contra ella. Debes verla y hacerle frente, sólo así conseguirás desenvolverte sin ellos.

-Duele.

-Lo sé.

Jaime le apartó un mechón de cabello que le caía sobre la cara y le acarició la mejilla.

-Subamos, me debes un masaje por haber conducido durante tanto rato sólo por ti.

-Deberías dármelo tú a mí. He sido yo la que he tenido cena familiar, ¿recuerdas?, eso gana a conducir unas horitas, ¿no?

-Abrimos el vino, nos ponemos cómodos y lo decidimos sobre la marcha.

Jaime le cogió la mano y jugueteó con ella. Se la acercó hasta los labios y empezó a besarle los dedos, lamiéndolos. Alba notó cómo se le encogía el estómago.

-Subamos o no hará falta ni abrir el vino.

Sólo cerrar la puerta tras de ellos, se abalanzó sobre Alba, besándola, llevándola contra la pared de la entrada. Aquel beso significaba mucho, porque llevaba esperando para hacerlo desde que habló con ella, por teléfono, esa noche. Alba se deshizo del abrigo, dejándolo caer en la entrada.

-¿Qué hay de la botella y del brindis que me has prometido?

-Tendrá que esperar, ahora estoy concentrado en algo mucho más importante.

Colocó una mano sobre la pared y apoyó su frente en la de Alba.

-No soporto que me mires a través de sus ojos, no es justo para ninguno de los dos.

-No lo hago, pero a veces... las dudas vuelven.

-No, si puedo evitarlo.

-Pero no puedes estar constantemente convenciéndome de lo contrario. Un día será mi madre, otro la abuela... siempre habrá comentarios contra ti.

-Alba, mírame. ¿Qué dice tu corazón?

Lo miró, perdiéndose en aquellos ojos que la devoraban y hacía que se

sintiese poderosa a su lado.

-Que contigo estoy a salvo.

-No dejaré que te sigan manipulando.

-No puedes hacer nada, son...

-Puedo estar aquí, siempre que me necesites.

-Ahora te necesito. -Subió su rodilla hasta la entrepierna de Jaime, acariciándole su sexo por encima del pantalón-. ¿Has venido a salvarme?

Jaime pegó su cuerpo al de Alba. Le besó suavemente el cuello, subiendo hasta alcanzar su oído y le susurró:

-He venido a follarte, porque no puedo dejar de pensar en otra cosa que no sea estar dentro de ti.

Alba se estremeció, aferrándose a él. La mano de Jaime bajó, buscando su sexo. Se abrió paso entre sus medias y se coló dentro de ella. Alba gimió, mientras buscaba su boca, su lengua, su cuello. Le apartó el abrigo, la americana. Jaime, en camisa blanca, le pareció más atractivo que nunca. Empezó a desabrocharle los botones de la camisa, mientras le mordía los labios. Le acarició el torso, lamiéndole los pezones. Quiso desabrocharle el pantalón, pero Jaime tenía otros planes. Le desabrochó el vestido que cayó al suelo y, tras él, el sujetador. Jaime jugó con sus pezones llevándolos hasta su boca. Alba le rodeó con sus piernas su cintura, subiéndose en él. Piel con piel.

Jaime la besó con furia.

-Te quiero ya en mi cama.

Al llegar a la habitación, a la que entraron dando tumbos, la ropa que faltaba fue desapareciendo a estirones por la urgencia del momento. La penetró en seguida, primero despacio, tan despacio que Alba creyó que el tiempo se pararía. Luego cambiaron de postura, él detrás, con su pecho pegado a su espalda, mientras le susurraba su nombre y le decía cuánto la deseaba. Alba sólo podía flotar, mientras llegaba al primer orgasmo de la noche, notando la sacudida de Jaime después de ella.

-Joder..., -suspiró, satisfecha.- Feliz Año, Jaime.

-Te aseguro que ha valido la pena llevar media noche conduciendo por ti. Feliz Año, pequeña, -y la besó en los labios-.

-Ahora, ¿ya podemos brindar?

-Diría que nos lo hemos ganado, voy a por la botella y unas copas. No te muevas, aún no he acabado contigo, - y le guiñó un ojo mientras se marchaba desnudo hacia la cocina-.

-De paso... ¿podrías traer algo para picar?, si la noche se presenta movidita necesitare coger fuerzas, -le gritó sonriente desde la cama-.

“Sí señor, así da gusto empezar el año”, se dijo contenta.

31

Barcelona, Mayo de 1940

Al poco tiempo, nació el hijo de José, un varón, un niño moreno y menudito. El fruto maduro que se abrió paso, deslizándose a través de su madre que quedó exhausta, después de muchas horas de parto en aquella habitación, improvisado hospital que Esperanza dispuso de la mejor manera para que Carmeta estuviera cómoda y limpia.

Creía que estaba preparada, que ya nada podría conmoverla, pero cuando vio asomar la cabeza del niño entre las piernas de aquella mujer, sintió el frío, el miedo y el dolor que había acumulado hasta entonces recorrer su espalda, colarse dentro y rasgar su alma que sangraba lágrimas porque no era ella la que paría a aquel niño, ni José estaba vivo para ayudarla a criarlo.

Recogió a la criatura como un regalo, un cachorrito que pasaría a ser el centro de sus vidas, lo único que les daría fuerzas para seguir adelante.

Aquel bebé inquieto y llorón, parecía entender que tenía a dos mujeres dispuestas a sacarlo adelante costase lo que costase. Pronto se convirtió en una bolita de carne risueña que sólo les daba alegría y les tenía robada la voluntad a merced de los deseos que ellas imaginaban de él. Les anesthesiaba el corazón.

Fueron años de trabajo y esfuerzo, de una calma del dolor, los más dulces que Esperanza pasaría al lado del bebé, que llevaría por siempre el nombre de su padre. Desde que llegó fue la luz, el faro que las guió en una única dirección, la vida en estado puro, llenándolas de una sensación de plenitud, dándole sentido a todo lo que habían vivido hasta llegar a él, sin dejarles un minuto para lamentarse de sus vidas, prisioneras, por siempre, de una pena eterna.

32

-No os entiendo, siempre estáis como el perro y el gato.

-¿Cómo no voy a discutir con ella si cada día está más intransigente?

El año nuevo llegó, sin novedades para Soledad, que seguía en el centro geriátrico, haciéndose a la idea de que, probablemente, sería para siempre.

Alba seguía intrigada con su abuela, ¿qué le habría querido decir con aquellas palabras? Cada día que pasaba la notaba más distante y le inquietaba más su abuela, que guardaba para sí todos los secretos, cerrada herméticamente, sin dejar escapar siquiera alguna pista para que ella pudiese ayudarla a adaptarse a su nueva vida. Alguna pista que le ayudara a conocer la verdadera historia de su familia, los motivos de cada uno para hacer lo que hacían.

Alba creía que su madre podría ayudarla.

-Mamá, ahora mismo tenemos que tener paciencia con ella.

-Lo intento, pero me supera. Sabe exactamente cómo sacarme de mis casillas, es que me puede...

-A veces tengo la sensación que entre vosotras hay un agujero insalvable, una pared, levantada durante años, que ninguna de las dos está dispuesta a derribar. Por el amor de dios, mamá, os habéis tenido que entender en algún momento de vuestras vidas, tiene que haber recuerdos en el pasado, algo por lo que valga la pena ceder para que os llevéis mejor.

-No saques las cosas de quicio, Alba.

-No lo hago, sé de lo que hablo, llevo observándoos muchos años.

-No sabes nada. No tienes ni idea del carácter que tiene, ni lo que es crecer a su lado, siempre recordándote que nunca harás nada a su gusto, que nunca serás lo suficientemente bueno, condicionando su cariño, racionándolo, devolviéndote en gotas lo que tú le dabas a mares.

Conseguía que le tuviéramos miedo. Tu abuela es una batalla perdida. Somos lo que ha hecho de nosotros, ahora no tiene derecho a reclamarnos nada.

-Por muy atrás que miro, siempre la recuerdo fuerte, y ahora...es como un animal herido, cada vez que nos acercamos a ella responde con violencia. No sólo conmigo, con todo el personal del centro, incluso con el resto de pacientes. Nunca ha sido una persona fácil, pero últimamente... y, a la vez,

sus ojos me devuelven tanta tristeza que... no sé cómo ayudarla. Temo que caiga en una depresión de la que ya no salga. Tiene que haber algo que le guste lo suficiente, mamá tienes que ayudarme, debes tener alguna foto con el abuelo que...

Aurora negaba con la cabeza.

-Ninguna foto la hará cambiar de idea.

Alba la miraba sorprendiéndose de su falta de colaboración.

-¿Es que no te importa...?

-Pues claro que me importa, -Aurora hizo una pausa-, pero tienes razón en algo, he tardado muchos años en levantar una pared para que no pueda hacerme daño.

Alba la entendía, pero continuaba insistiendo, incapaz de creer que toda la relación entre su madre y su abuela se basase sólo en lo que ella había visto.

-Debéis de tener recuerdos en común, algo bueno entre las dos, no puedo creer que...

Aurora la interrumpió, buscando en sus recuerdos algo que ofrecerle a su hija.

-Nos cuidaba cuando enfermábamos. Nos alimentaba y nos obligaba a ir escrupulosamente limpios y bien vestidos. Nos crió y nos sacó adelante, en un tiempo muy difícil, mientras trabajaba en casa y en la bodega del abuelo. Es una luchadora incansable. Nunca la vimos desfallecer, decía que aquello no era duro, que ella había conocido cosas mucho peores, aunque nadie le preguntaba por ellas. No malgastaba ni en ella ni en los demás. En casa se aprovechaba todo: las sobras de comida, las sábanas viejas, la ropa que se quedaba pequeña, para todo había una segunda oportunidad. La necesitábamos, le debemos mucho. Recuerdo al abuelo haciéndole bromas, consiguiendo a duras penas que sonriese, como si ella no se pudiese permitir entretenerse en ser feliz, como si no lo mereciera. Sólo una vez, una sólo en tantos años, vi en sus ojos algo que no supe entender. Era miedo.

Hizo una pausa, considerando si debía contar o no aquel capítulo, pero Alba la instaba a seguir, a no cerrarle de nuevo la puerta. Prosiguió, sabiendo que, mientras Soledad estuviese viva, la miraría y recordaría el pasado con dolor.

-La abuela nos había recogido a la salida del colegio. Era invierno, porque recuerdo que nos obligaba a taparnos hasta las orejas con aquellas bufandas de lana que picaban tanto. Yo debería tener unos once años, como mucho. Por aquel entonces no había tanto tránsito como hoy en día, pero

caminar por la calle con tres niños inquietos era complicado. Nos llevaba cogidos de la mano y amenazaba a quién intentara soltarse, con castigarnos de por vida. Aquel día paramos, de regreso a casa, a comprar en el mercado y en cuánto pudimos, nos deshicimos de su mano para corretear por aquellos pasillos, entre paradas de fruta, carne y pescado. Jugábamos, sin pensar en nada más que en divertirnos, escondiéndonos unos de otros y persiguiéndonos al ser descubiertos. No sé cómo pasó, quizás estuve demasiado tiempo escondida, el caso es que cuando me quise dar cuenta, no reconocía lo que tenía a mi alrededor, todos los pasillos me parecían iguales y me encontré sola en medio de todos ellos, sin saber hacia dónde dirigirme. Por mucho que miraba no les veía, ni a los niños, ni a la abuela. No supe qué hacer, sólo me quedé quieta, mirando, sin hacer nada. Me quedé allí, en medio, mientras la gente pasaba a mi lado con bolsas y cestos cagados de compra sin percatarse de aquella niña asustada con expresión boba, que no sabía si le daba más miedo haberse perdido o el momento en que la encontrasen. Al parecer sólo estuve sola unos minutos, pero a mí me pareció una eternidad. Pero lo peor aún había de llegar. Lo supe cuando la vi enfilarse el pasillo donde yo me encontraba, con mis hermanos de la mano, la cabeza levantada, mirando hacia todos lados, sin llamar la atención, pero nerviosa, buscándome. Hasta que me vio, y se acercó corriendo como pudo, arrastrando a los niños y las bolsas de la compra con ella. Lo veía en su mirada de fuego, el miedo, y deseé que no llegara nunca a mi lado, porque la temía más que nada en el mundo.

Recuerdo que dejó caer las bolsas y cayó de rodillas ante mí fundiéndome con la mirada. Noté su ira entrar dentro de mí y llegar hasta mis huesos, y entonces me pegó un bofetón que me hizo girar la cara y bajar la cabeza. Recuerdo que no me atreví a alzar la vista ni a volver a mirarla en varios días. Nunca me había pegado y nunca más volvió a hacerlo, ni siquiera se lo explicó al abuelo, quedando entre nosotras.

Aurora sacudió la cabeza, como regresando de vuelta, dejando atrás algo diminuto, pero doloroso.

-En eso consisten mis recuerdos. No creo que te ayuden, ni a ti, ni a ella.

33

-Deberías hablarlo con ella.

Alba paseaba por la habitación de Soledad.

-No iba a escucharme.

Su madre y su abuela discutían casi a diario, y Alba, entre ellas, intentaba que alguna de las dos diese su brazo a torcer.

-Pero deberías decirle que no la odias.

-¡Pues claro que no la odio!

-Pero mi madre cree que sí.

-Sólo una mente tan retorcida como la suya puede pensar eso.

Alba recordó la conversación con su madre, y las frías palabras con las que se refería a sus años de infancia.

-Ella no ha olvidado un día en que casi se pierde y al encontrarla...

Soledad pareció recordar aquel momento, asintiendo con la cabeza.

-Deberías haber visto la cara de espanto que tenía cuando la encontré.

Aquel bofetón me dolió más a mí que a ella. Me precipité. Tuve tanta suerte de encontrarla, si llego a perderla... Nunca me lo perdonó y me sentí tan avergonzada que no me atreví a contárselo al abuelo. Pobre Aurora.

Soledad se quedó pensativa, reviviendo aquel error que ya no podía subsanar.

-Aunque no quiera verlo, sé muy bien cómo estoy. Sé que no puedo valerme por mí misma, que este pesado cuerpo no me obedece como antes. Quisiera correr... pero estas dos poderosas piernas que han tirado siempre de mí ya ni siquiera me aguantan. Sé que mis manos ya no son firmes. Sé que estoy torpe y me he vuelto gruñona. ¿Crees que me gusta verme así?, - su abuela hizo una pausa y se quedó mirando por la ventana-. Cuando tu madre me mira... es como si no fuese nadie para ella, como si nada de lo que yo diga pudiera alterarla, porque no le importa. No soporto lo que hace, sólo quiero que se vaya para apartar su mirada fría de mí.

Alba notó la tristeza en la voz de su abuela.

-Al verme a través de sus ojos, he comprendido cuánto me detesta, me he visto insoportable y desagradecida, terca y exigente. Y, a pesar de todo, tu madre sigue viniendo cada día, a mi lado, arrimando el hombro tal y como se espera de una buena hija. Es fuerte, siempre lo ha sido, me sobrevivirá y se

reirá bajito frente a mi tumba. No tengo nada que reprocharle, la culpa es mía. Con apenas nueve años ya era una niña seria y responsable que parecía no necesitar a nadie. Es una superviviente y yo le he fallado, porque no he sabido entenderla ni quererla como ella necesitaba que lo hiciese. Sólo era una niña pequeña, con un padre que no la entendía y dos hermanos pequeños a los que cuidar y yo... si hubiera estado más cerca de ella, si le hubiera prestado más atención... pero había tanto por hacer... El abuelo y yo nos entregamos al trabajo. Eso y tres niños pequeños que cuidar me tenían tan ocupada de día y tan cansada de noche que no tenía tiempo para pensar en disfrutar, ni siquiera de los niños. En su lugar, fue surgiendo esa amargura con la que me levanto todas las mañanas y me acuesto todas las noches. Veía mi caída y no fui capaz de ver que, conmigo, me llevaba también a Aurora de la mano. Debí guiarla y lo he hecho muy mal y... ahora ella... Toda una vida intentando hacer lo correcto, intentando no equivocarme, no fallar para acabar fracasando en lo más importante.

Alba las había visto discutir miles de veces, y le intrigaba aquella retahíla de reproches que Soledad se iba dando, uno tras otro, sin ahorrarle unos detalles que, hasta entonces, le habían sido negados. No se atrevía a interrumpirla, dejándola hacer, hasta ver hacia dónde le llevaba la charla de su abuela, que estrujaba, cuidadosamente, un libro entre sus manos. Un libro que Alba reconoció como uno de los libros que el centro ponía a disposición de los pacientes, en la sala de estar, junto con un montón más de revistas y puzles.

Su abuela continuó, cansinamente.

-Tu abuelo, pobre, debió de tener la misma sensación conmigo cuando veía que se le escapaba la vida con sesenta y ocho años, aún fuerte como un roble que no lo doblegaba ni la gripe. No dejó de ir ni un solo día a abrir la bodega, así diluviara o nevara. La bodega era su triunfo personal, vino sin nada desde Extremadura a Cataluña y buscó su oportunidad, para él y su familia. Estaba tan orgulloso que creo que si supiese que tras su muerte lo vendimos, hubiera vuelto a morir de rabia o pena, la misma con la que me miraba con aquellos ojos débiles por la enfermedad, casi sin fuerzas ni para hablar, intentando decir todo lo que había callado. Le entendía sin palabras, y sé exactamente qué me hubiera dicho si le hubieran quedado fuerzas y tiempo para hacerlo, pero fue todo tan rápido, el cáncer lo devoró por dentro, dejando una carcasa hueca, sólo huesos. Se murió con la certeza de saber que nunca pudo borrarle la pena con la que llegué a él. Me necesitaba y yo a él,

aunque entonces no lo sabía. Le quise, supongo, era un buen hombre y vivir con él me salvó de la locura y de estar sola. Sus ojos moribundos me reclamaban una razón, explicaciones que nunca me pidió en vida, porque no le importó nunca ni quién era, ni de dónde venía, me acogió sin reservas y sé que nunca se arrepintió. Mi Fermín, que en gloria esté. Le recuerdo, a menudo, cuando conseguía sacarlo de sus casillas y él respiraba profundamente, cogiendo mucho aire por la nariz, hasta que se le inflaba el pecho, haciendo gala de esa paciencia de santo con que dios le dotó. Creo que siempre me estuvo agradecido por casarme con él. Tu abuelo era alto y simpático, pero nada del otro mundo. Yo, la verdad, levantaba más de un piropo del más osado. Ahora cuesta imaginarme, pero tenía la piel clara y estaba tan delgadita del hambre que había pasado... No me mires así, Alba, en mi época no hacían falta las dietas de ahora, te aseguro que nos dábamos tortas por un buen trozo de pan. Pero queda todo tan lejos, casi como si fuese una película antigua...

Ambas mujeres quedaron en silencio, Alba agradeciendo que, su abuela le diese la oportunidad de compartir aquellos recuerdos, no siempre fáciles de digerir.

-Abuela... ¿has sido feliz?

-Alba, aquellos tiempos... las circunstancias... no se pensaba en la felicidad como la entendéis ahora. Claro que hubo buenos ratos, no estabas todo el día lamentándote, pero los terribles momentos que nos tocó vivir...

-¿Te refieres a la guerra civil?

-Vosotros no podéis imaginar lo que es una guerra ni lo que vino después, que te borraban las sonrisas a ostias, no estaban los tiempos para andar mariposeando ni pensando en la felicidad, bastante tenía uno con sobrevivir al hambre, al frío, o a cosas peores. Además, esa es otra película aún más antigua que no quiero recordar.

Notó como su abuela se incomodó removiéndose, torturando el libro que recogía entre sus manos.

-¿Te gusta ese libro?, si quieres otro o pasatiempos, o revistas, sólo tienes que pedírmelos y te traeré...

-No, no necesito nada. Este libro está bien.

Soledad se quedó pendiente de la mirada de Alba, que esperaba a que su abuela continuase.

-Y tú, ¿es que no tienes nada más que hacer que andar de cháchara conmigo? ¡Vete a psicoanalizar a otro viejo que de mí no vas a sacar nada

más!

-Vale, miss simpatía, ya te dejo tranquila. Luego me pasaré antes de marcharme, a ver si necesitas algo.

-Por mí no te molestes.

-No es molestia, es trabajo. Me pagan por ello, ¿recuerdas?

Alba esbozó una gran sonrisa frente a Soledad, que hizo un gesto con la mano para que se fuera.

-Sólo una cosa más, ¿te acuerdas del día que llegué a tu casa y me encontré con el padre de Dani?

Soledad lo recordaba, cómo olvidarlo, no se lo quitaba de la cabeza. Pero no podía permitir que nadie supiese más de lo que ella les había contado.

-Ahora no, Alba, estoy cansada.

-Ya, pero es que me gustaría saber cómo es que os conocéis, desde cuándo, por qué yo no lo sabía, si tan importante es para ti ¿porqué nunca lo vimos por casa?

Alba hizo una pequeña pausa para tomar valor para preguntarle algo más.

-¿Tienes algo que contarme, abuela?...

Soledad la interrumpió.

-Alba ya te lo expliqué en su momento y no tengo nada más que decir. ¿No te ibas?

Alba, al salir, cerró la puerta tras de sí, dejando a su abuela a solas con sus fantasmas.

Sacudió la cabeza en un gesto de resignación porque a pesar de que Soledad había consentido hablar con ella, sabía que jamás le abriría su cofre de los recuerdos porque, fuese lo que fuese lo que hubiera allí dentro, lo guardaba celosamente para ella.

34

El móvil retumbó en la soledad del piso. Jaime contestó. Al otro lado la voz de Alba. Sonrió.

-Hola.

-Hola, -dijo alegremente-, ¿estás en casa?

-¿Ocurre algo?

-No. Es que... estoy cerca ahora mismo y... me apetecía verte, -rió nerviosa-.

-Ya. Y... ¿cómo de cerca estás?

-Bastante.

-¿Cómo de bastante?

-Muy, muy cerca. Abre la puerta.

Jaime sonreía divertido, mientras caminaba hacia la puerta de la entrada. Cuando la abrió vio a Alba sentada en los escalones que llevaban al siguiente piso, con el móvil en la oreja y riendo como una niña traviesa. Por un momento, Jaime, que también seguía sosteniendo el móvil, tuvo miedo. Miedo de perderse en sus profundos ojos y ahogarse en ellos, sintiendo el poder de Alba sobre él. No quería pensarlo, pero... ¿y si sólo era un juego?

Y, a pesar de todo, Alba estaba allí.

-Creo que podemos colgar, -dijo sonriente-. Se incorporó y balanceó ante Jaime una botella de cava que llevaba en la mano. En sus ojos el deseo y en sus labios la tentación.

-¿Celebras algo?

Se acercó hacia él. Sus rostros casi rozándose. Le cedió el paso y entraron. La veía cómoda en el papel de seductora. Le sentaba bien.

-¿No sabes llamar para pedirme una cita? Esto es allanamiento de morada. Además tenía pensado salir...

-Pues qué pena, porque yo tenía otros planes. ¿Tienes un par de copas?

-En la cocina, pero en serio, iba a marcharme...

Alba se fijó en él, intentando averiguar si realmente era cierto. ¿Y si tenía cosas que hacer?

¿Acaso le había preguntado si le venía bien quedar con ella? Empezó a pensar que su idea había resultado genial en su mente, ahora... no estaba tan segura.

-¿Puedes?, -le ofreció la botella para que la abriese mientras ella sostenía las copas-. Al menos podrás tomarte una copa conmigo, ¿no? Ya que he venido hasta aquí... ¿tienes idea de lo que cuesta aparcar en tu barrio?

Jaime sonrió. Sabía que sucumbiría a ella, porque era un sueño hecho realidad, porque era Alba.

-¿Qué te hace pensar que retrasaré mis planes para quedarme contigo?

-Pues... entre otras cosas... porque mi idea es mucho mejor.

Dejó la copa encima de la barra de la cocina y empezó a desnudarse, quedándose en ropa interior. Se acercó hasta él, que disfrutaba mirándola y dejándose hacer. Alba le quitó el jersey, acariciándolo con las yemas de sus dedos. Acercó sus labios a los suyos, mordiéndolos, besándolos con avidez, mientras le susurraba: -Volvamos a aquel lugar, a la “Cova del Diable” y quédate conmigo para siempre.

Y Jaime, enloquecía, con aquel efímero sueño y ya nada podía separarle de Alba, sintiendo, la calidez de su cuerpo cerca del suyo.

La llevó hasta el salón y se tumbaron en el sofá. Jaime la besó, pasándole la lengua por cada rincón de su cuerpo. Alba flotaba al contacto con la piel encendida de Jaime. Y mientras él lamía su cuerpo, ella no pudo esperar más, desabrochó el botón de sus tejanos y metió la mano en busca de su sexo. Jaime enloqueció. Se deshizo de los pantalones y la penetró, con fuerza. Alba se mordía el labio para no gritar. Cada cosa que descubría la excitaba más. Las embestidas de Jaime y tenerlo dentro de ella era brutal. Alba arañaba su espalda, apretaba sus nalgas, sentía su vientre sobre el suyo, su pecho jadeante sobre ella, su lengua en su boca, sus labios mordiendo los de ella, que tuvo un orgasmo sublime, arqueándose entera, mientras Jaime le susurraba su nombre, acabando él también. Exhaustos, uno sobre el otro.

Alba se puso encima de su pecho, dejando que Jaime recobrara el aliento. Jaime apartó un mechón de pelo que caía sobre el rostro de Alba mientras la miraba.

-¿Qué piensas?

-Nada, que me encanta cuando los planes salen bien, -sonrió-.

-A todo esto..., aún no me has dicho a qué venías, -Jaime jugaba con su pelo-.

-Básicamente a seducirte.

-Pues vuelve cuando quieras, -rió-. Venga, confiesa, ¿qué pasa?

-Debo ser un libro abierto, porque todo el mundo parece saber exactamente qué tengo en mente.

¡Qué fastidio! Vale, necesito tu ayuda.

-Claro, ¿qué puedo hacer por ti, pequeña?

-Podrías hablarme un poco de la abuela, de cómo era antes, cuando era más joven, a ver si tu...

Se habían bajado hasta el suelo, estirados a los pies del sofá, sobre una alfombra gigante que cubría el salón. Jaime se incorporó y fue a por algo para cubrirlos. Alba, ajena a la incomodidad de él, seguía insistiendo, mientras se acurrucaba a su lado.

-Alba, ahora no me apetece hablar de ese tema.

-¿Qué tiene de malo hablar de la abuela?

-Nada, pero ahora no me apetece.

-Pero, ¿por qué? Sólo te he pedido...

-Me has pedido que recuerde y no quiero hacerlo. Ahora no.

-¿Qué pasa “ahora”?

-Joder Alba, acabamos de follar. Ha sido... genial y no me apetece acordarme ni de mi madre, ni de la tuya. Ostia, ¿puedes dejar al resto de la familia aparte? Voy a acabar volviéndome loco, mi conciencia no me dejará dormir por las noches.

Alba respondió, impulsivamente, sin medir sus palabras.

-Tú no tienes mala conciencia.

Jaime se levantó molesto y buscó sus pantalones.

-¿Eso es lo que crees?, ¿eso piensas de mí?, -la miraba irritado mientras se vestía-

-No he querido decir eso..., lo siento. No quería decir...

Jaime se sintió incómodo.

-Dejémoslo, ¿vale?

-No puedo dejarlo, Jaime, ¿qué os pasa a todos, qué teméis que descubra?

-Alba, por favor, te rogaría que dejaras los psicoanálisis para tus pacientes.

-Ahora la abuela es mi paciente, y necesito vuestra ayuda. No me deja llegar a ella, no sé cómo acercarme...

-Señal que está en plenas facultades.

Jaime puso algo de música intentando, inútilmente, distraer la atención de Alba, para que desistiera en su empeño de sacar el tema de Soledad.

-¿Lo ves?

-¿Qué?

-Mi madre opina exactamente igual que tú, que debo dejarla, que ella es

así.

-Pues, sin que sirva de precedente, por una vez estoy de acuerdo con tu madre.

Alba, enfadada, se vestía a estirones, viendo que, aquella conversación no la llevaba a ninguna parte.

-Pues la abuela me preocupa y me sorprende que los demás os quedéis con los brazos cruzados. No puedo creer que..., -seguía parlotando mientras recogía su bolso-. Me voy. Te juro que no os entiendo, -y se giró sobre sí misma en busca de la puerta-.

-Espera... -Jaime la sujetaba por la muñeca-,...no te enfades...

Alba se resistía a volverse hacia él, que ya dibujaba una sonrisa en su cara.

-Eres como una niña.

La rodeó por la espalda con sus brazos, sentándola sobre sus rodillas, empujándola hacia él.

-A ver, ¿qué quieres saber?

- Quiero ayudarla a que se integre mejor, si hay algo que pueda motivarla... algo que le interese, quizás cuando vivía con el abuelo...

Jaime no quería tener aquella conversación. Sabía que no podía ayudarla, pero se resistía a dejarla marchar.

-Bueno, básicamente, trabajaban. Luego vino la enfermedad del abuelo, en fin, no han tenido una vida fácil, ni mucho tiempo para divertirse.

-Ya, y... ¿alguien con quién le gustase mantener contacto?

-No, que yo recuerde. Se lleva bien con los vecinos, pero tanto como para querer verlos... Había una señora con la que se hablaba, una amiga creo de cuando eran jóvenes... pero no sé quién es.

Tendrás que preguntarle a ella.

Alba se incorporó. Su rostro dejaba ver la preocupación que sentía.

-La tarde anterior a que ingresaran a la abuela en el hospital, estuve en su casa, llevándole algo de compra. Probablemente no me esperaba porque no estaba sola.

A Jaime le sorprendió lo que acababa de escuchar, como si le costase trabajo creerlo. Alba continuó.

-Me quedé de piedra cuando, al entrar a saludar, vi que la acompañaba un hombre. Yo conozco a ese hombre. Es el padre de Dani.

Alba esperó la reacción de Jaime.

-¿Qué Dani?

-Ya sabes, Dani. Mi...

-¡Oh!, ese Dani. ¿En serio?, -Jaime estaba intrigado-. Es un poco raro ¿no?, ¿qué te dijo la abuela?

-No mucho, la verdad. Que era hijo de una amiga suya, y que la visitaba con regularidad ahora que no se encontraba bien de salud. Pero, ¿sabes?, fue todo muy extraño. Ver allí al padre de Dani, con la abuela, saber que se conocen... No sé, Jaime, parece que todo acaba y empieza en ella.

-Lo siento, Alba. Yo sé tan poco como tú, -y se sorprendió de que fuera cierto-.

-No sé qué pensar, nadie me aclara nada.

-Siento no poder ayudarte más. Y... ¿Dani?, ¿qué dice?

-Más bien nada, que no tenía ni idea, pero que por lo que a él respecta, ya le parece bien que las familias se conozcan. -Alba suspiró, dándose por vencida-. Tendré que volver a hablar con él.

La sola idea le produjo mucha pereza.

-Quizás si lo que me dijo la abuela era cierto, quiera ver a su padre más a menudo...

Jaime le acariciaba la espalda, subiendo hasta su nuca.

-Y... dime, este Dani... ¿qué tal con él?

-¿Y eso a qué viene?

-Me preocupo por ti, ya sabes que eres mi sobrina preferida.

Alba se giró hacia él, sonriente.

-Demuéstramelo.

Jaime la cogió de la cintura y tiró de ella con fuerza, pegándola a su cuerpo. La miró en silencio, y en silencio la besó, hasta que se rindió de nuevo ante él, dejándole hacer.

Había conseguido levantar el pesado neceser, desde el fondo del armario hasta la cama. Aquel trozo de armario era, ahora, todo lo que tenía, y, lo que contenía, sus únicas pertenencias, que habían quedado reducidas a cuatro mudas de jersey y pantalón, ropa interior y tres camisones, dos pares de zapatos, un chaquetón que apenas usaría y el neceser, donde ahora Soledad hurgaba, intentando encontrar su cepillo y la pasta de dientes.

Era una señora afortunada. La asistenta social se lo había dicho el día del ingreso, mientras le guiñaba un ojo:

-Tiene usted suerte, su habitación dispone de un gran baño y su compañera de cuarto es muy simpática, es la señora Luisa, que lleva aquí unos tres años, si tiene alguna duda ella podrá ayudarla, es una veterana.

Soledad se sentía cualquier cosa menos afortunada. Echaba de menos su casa, su espacio, su fuerza, poder volver a tener el control. Desde aquella cama, que no era la suya, vivía una vida que ya no dirigía y aunque su genio permanecía intacto, no pasaba lo mismo con el resto de su cuerpo, al que apenas podía dominar sin ayuda.

La furia que sentía era lo único que la mantenía. La desesperación ya ni siquiera tenía cabida en aquella habitación extraña, dejando paso a una profunda amargura y a una dolorosa resignación.

Soledad tropezaba con todo y le costaba girar con el ridículo andador que le había proporcionado el centro, para que, si su equilibrio se lo permitía, pudiera moverse por la planta con cierta libertad.

Fracasaba en su intento de conseguir alcanzar el cepillo de dientes sólo con una mano, sin soltar del todo el andador, para no caer. Se sintió torpe. Lo tenía allí mismo, ante ella, era tan sencillo y sin embargo... le costó demasiado alcanzarlo. Una vez lo tuvo, avanzó a trompicones hasta el baño y se dejó caer sobre un taburete de plástico, frente al lavamanos, pudiendo abandonar así el condenado andador que tanto la incomodaba.

Destapó, con manos temblorosas, el tubo de pasta dentífrica, su pulso no era el de otros tiempos, y acabó por tirar una parte al suelo del baño. Al fin, más enfadada que satisfecha, pudo notar el cepillo en su boca, el frescor familiar de la marca de toda la vida. Al menos eso no había cambiado. Abandonó el cepillo en el borde del lavamanos, en un peligroso equilibrio,

mientras intentaba alcanzar el vaso para enjuagarse. El cepillo cedió a la fuerza de la gravedad, cayendo al suelo, fuera de su alcance, dejando un reguero de espuma blanca y azul sobre las baldosas grises del suelo del baño.

Maldijo su suerte, pero ni por un momento pensó en pedir ayuda. Se agarró al baño con fuerza y levantó con fatiga el culo del asiento, quedando en una ridícula postura, desafiando toda lógica y haciendo caso omiso al sentido común que le decía que esperase a que viniesen a ayudarla.

Soledad no podía permitir que su evidente torpeza quedase al descubierto, e intentaba, inútilmente, alcanzar el cepillo que había rodado por el suelo, con riesgo evidente para ella que, a cada movimiento suyo, estaba más cerca de acabar junto a él.

Alina asomó con miedo la cabeza por la puerta. La habitación estaba vacía y desordenada.

Pasó de largo, pero retrocedió al creer haber oído ruido dentro del baño. Empujó la puerta corredera hasta abrirla por completo, dejando en evidencia a Soledad que, apenas podía sostenerse por más tiempo sin caer.

La sostuvo sin mediar palabra y la ayudó a incorporarse y volver al asiento. Cuando la tuvo frente a ella quiso preguntarle qué le había ocurrido, pero al ver su rostro se asustó. La mirada era de fuego, sus ojos estaban enrojecidos, quizás por el esfuerzo, su pelo gris alborotado y de la boca salía una espuma blanca que Alina no supo identificar. Era la viva imagen de la locura. Salió corriendo en busca de ayuda, mientras Soledad se limpiaba la cara con el dorso de la mano y maldecía a aquella mujer extranjera que ni si quiera la entendía. Sintió unas ganas irreprimibles de orinar. Intentó alcanzar el agarrador junto al wáter, pero estaba demasiado lejos para ella que, al intentar levantarse, se quedó medio incorporada. “Qué chica más tonta, mira qué dejarme aquí y salir corriendo”, pensó, mientras en aquella postura, sólo pudo sentir correr el tibio líquido amarillento por sus piernas, sin poderlo controlar, dejando un charco pestilente a sus pies, empapando su ropa y sus zapatos.

Sabía que no podría aguantar mucho más sin desplomarse, el dolor constante en la cadera, unos pinchazos intermitentes que privaban de fuerza el músculo de la pierna derecha, haría que cayese de rodillas de un momento a otro, empeorando la lamentable situación en la que se encontraba. Su única ayuda había escapado corriendo, mientras ella le maldecía los huesos y ahora, Soledad no quería ver ni mirar. Pero la imagen del espejo la enfrentaba a aquello que tanto temía, aquello en lo que se había convertido, una vieja de

cara enrojecida por la vergüenza de saberse inútil y miserable, igual que el resto de ancianos a los que con tanto odio miraba. Y sintió que nada la empujaba a quedarse, llegado a aquel punto sin retorno sólo deseaba que la pesadilla acabase, sólo quería desaparecer. Nunca imaginó que al final de sus días se vería abocada a aquel desbarajuste continuo de su rutina, exiliada de su hogar, despojada de sus cosas que la rodeaban y acogían con aquel cariño tranquilo que nos devuelven los objetos que llevan con nosotros demasiado tiempo, dándonos una seguridad reconfortante.

Su vida se había caído por el retrete y no se atrevía a tirar de la cadena, por el vértigo que le daba verla desaparecer. Tuvo la certeza que por mucho que luchara, ya nada podía hacer por ella y supo que era el momento de zanzar cuentas pendientes y dar la cara, porque su vida estaba a punto de saltar por la ventana, abandonándola, dejándola sola, y no le importaba.

Una sensación de alivio la invadió ante aquel liberador pensamiento, como el que sabe que ha llegado a su destino y podrá, por fin, descansar. Pero todavía quedaba una cosa por hacer, una última cosa.

36

Los incidentes y los días iban pasando. El tiempo corría en su contra y Soledad lo sabía.

Antes de abandonar el centro, Alba se detuvo en la habitación de su abuela. Se había quedado dormida mirando la televisión desde la cama. Hoy tampoco había querido levantarse.

Desde el incidente del baño, Soledad se había sumido en una profunda desidia. Alba la observaba en silencio, junto a ella. Se sorprendió de no haberse percatado del profundo deterioro de su abuela. En poco tiempo parecía haber envejecido mucho. Su mirada estaba vacía y sus ojos manchados por toda una vida. Una gruesa capa de piel le colgaba de la cara dibujada por venas lilas, bajando por su sien plateada. Sus manos, de dedos largos, temblaban, haciendo de ella una mujer mayor profundamente cansada, que ha perdido la partida porque ha dejado de luchar, y, al darse por vencida, había perdido lo que la mantenía enganchada a la realidad, permitiéndose cada vez más momentos para encerrarse en ella misma, aislándose de todo lo demás, reencontrándose con sus recuerdos, deleitándose con ellos, quitándoles el polvo, ordenándolos parsimoniosamente, saboreándolos uno a uno, disfrutándolos por última vez. Recordando a su difunto marido, Fermín, a los niños, su casa... Soledad se ocupó de ellos. Cuidó a su marido hasta el final, mientras moría lentamente a su lado, sabiendo que la familia estaría a salvo con ella cuando él faltase. Ella, que le ayudó a crecer a base de trabajar a su lado, mientras él la admiraba en secreto y la amaba, pese al insondable misterio que la envolvía, levantando entre ellos enigmas que Fermín se dedicó a superar durante los años que duró su matrimonio con Soledad, que le hizo jurar, antes de casarse, que no le haría preguntas. Una mujer dispuesta a pasar desapercibida, a pesar de su figura y su belleza, preocupada en no parecerlo, como si creyese no merecerlo. Fermín la amó siempre, desde el día en que la vio entrar en su bodega, con cara de ángel.

Mientras moría de un tumor maligno, que le devoraba las entrañas, Soledad lo acompañaba sabiendo que sólo les quedaba el rato de charla para compartir.

-Nunca te he pedido explicaciones, ni te he reprochado tu silencio, ya lo sabes. -Soledad, a su lado, asentía con la cabeza-. Pero me gustaría

preguntarte, quisiera pedirte...dime tu nombre...

-Ya sabes mi nombre., -sonreía haciéndose la despistada-. Y le susurraba, avergonzada, su nombre al oído.

-Me gusta. Dime más cosas que no sepa.

-Eres un liante, como si no tuviese nada mejor que hacer.

-Es que no hay nada mejor que hacer.

Alba, cogió su mano. Le dolía verla así. Su abuela no había envejecido de golpe, era ella la que había estado mirando hacia otro lado. Y ahora... le desgarraba un poco el alma. No quería ver que aquella estática anciana que había sido todo un carácter, un capitán dirigiendo el barco, ya no lo era, y los necesitaba, aunque ella no quisiera reconocerlo.

Se sentía culpable por no ayudarla más, por no pasar más tiempo con ella, por no estar a su lado mientras se iba dejando la vida, poco a poco. Se sentía culpable por haber apoyado a su madre en la decisión de ingresarla en la residencia. Se sentía culpable por no querer ver que, cada día que pasaba allí dentro, se moría un poco más y envejecía a marchas forzadas, porque le habían quitado todos los motivos para no hacerlo, y ya no le quedaba nada por lo que luchar.

Se sentía culpable y triste y sola y miserable. Sintió unas ganas profundas de abrazarla y preguntarle qué es lo que podía hacer por ella. Quería que su abuela la guiase y le dijera qué es lo que debía hacer. Ella, su abuela, que ya formaba parte de los sabios que conocen el destino con sólo mirar a los ojos.

Pero Soledad parecía estar muy lejos de allí. Y Alba sintió que cada ocasión que perdía de comunicarse con ella, dejaba escapar la oportunidad de entenderla.

Le soltó la mano y se acercó para darle un beso en la mejilla. Soledad pareció despertar.

-¡Alba!, estás aquí.

-Hola abuela, venía a despedirme, pero estabas dormida...

-Bueno, estoy cansada, debe ser por la cantidad de medicación que me hacéis tragar.

-¿Pero qué dices?, todo lo que tomas te lo pautó el médico.

-¿Y qué va a saber ese médico de mí...?

-Abuela, por favor, ya hemos tenido esta conversación muchas veces. Debes tomarte la medicación por tu bien.

-Por mi bien, por mi bien... -repitió con sorna-, ese medicucho no tiene ni idea de lo que necesito.

Y te aseguro que estar aquí no me hace ningún bien.

-Ay, abuela, esto es difícil... no puedes marcharte...

-Pues por lo menos a ver si puedes conseguir que dejen de tocar todas mis cosas. Me lo registran todo.

-¿Quién lo registra todo?

-Esas que entran y lo ponen todo patas arriba.

-¿No te referirás a las señoras de la limpieza?

-Abren los cajones, miran los armarios, cambian las cosas de sitio... ¡no quiero que lo hagan!

-Vale, vale, tranquila. Puedo hablar con ellas y decirles que limpien sin tocar nada. Me van a mandar a paseo... o me dirán que limpie yo, y con razón, -respondió resignada-

-Tú tómatelo a broma, si quieres. Pero a mí me dan mala espina. No quiero que sepan mis asuntos, ni mis cosas. No quiero que me juzguen.

-Qué cosas dices. Hacen su trabajo, no se entretienen en juzgar a nadie. Bastante faena tienen...

-Tú díselo, porque la próxima vez...

-Tranquila, hablaré con ellas.

Soledad intentó incorporarse para no estar tan recostada, pero no pudo hacerlo. Y le pidió a Alba si podía ayudarla. Una vez estuvo más erguida, alargó el brazo y recogió el libro que tenía sobre la mesita que había junto a su cama. Lo había rescatado de una estantería de la sala de estar y lo tenía con ella, sin que Alba entendiera muy bien por qué. Abrió la tapa y cogió un sobre que había dentro. Lo miró y lo sostuvo entre sus manos temblorosas.

-Necesito que envíes esta carta por correo, -y alargó el brazo hacia ella, mientras ordenaba-, no vayas a decírselo a nadie, son cosas mías que no os interesan.

-Pero... ¿qué es esto? ¿No lo entiendo?

-Ni falta que hace. Te acabo de decir que son cosas mías.

No sabía de qué iba aquello. Miró la carta, iba dirigida a un hombre que vivía muy lejos de allí, Pablo García.

-Abuela, en serio, ¿de quién es esta carta? Y, ¿quién es ese señor? ¿Te la ha dado alguien?, y...

¿Por qué tengo que enviarla?

-Alba, preguntas demasiado. Haz el favor de no alzarme la voz que se va a enterar todo el mundo, -gruñó-. Si te la doy es porque me fio de ti y sé que me guardarás el secreto. Sólo es una carta que tengo que enviar, ¿qué más te

da lo demás?

-Hombre abuela, es que es raro. Podrías al menos decirme...

Soledad alargó la carta hacia ella. Alba la cogió, ¿qué otra opción tenía? Además sólo era una carta y si con eso su abuela se quedaba más tranquila, por ella no había problema.

-Está bien, la enviaré, pero algún día tendrás que explicarme qué significa.

-No te preocupes, cuando llegue el momento, tendrás tus respuestas.

Alba se levantó para marcharse y dejarla descansar. Estaba cerrando la puerta tras de sí, cuando escuchó de nuevo a su abuela.

-Alba.

-¿Si?

-No estás sola, tienes a Dani. Recuérдалo.

-Sí, lo sé.

Hubo un silencio, como si ambas reflexionaran.

-¿Por qué conoces a su padre?

-Porque la vida es una broma pesada.

-Abuela...

-Ya te lo explicaré en otro momento, tú ten paciencia.

-La verdad es que no entiendo nada de lo que pasa últimamente...

-Te prometo que tendrás tus respuestas.

Soledad parecía volver a caer rendida por el sueño, pero aún tuvo tiempo de recordarle: -No te olvides de enviar la carta.

-Descuida abuela, que descanses.

-Tú también, hija. Hasta mañana.

Alba se marchó de la habitación con la sensación de que, cada paso que daba por acercarse a ella, más lejos estaba de conocerla. Suspiró resignándose. En su pensamiento ahora Dani, ¿cuántos días hacía que no hablaban? Debía verlo y aclarar las cosas.

Cuando Alba hubo cerrado la puerta, Soledad recostó la cabeza sobre la almohada. En noches espesas como aquella, en la que el sueño la vencía a intermitencias, cansándola y desesperándola aún más, solía distraerse mirando a través de la ventana de la habitación. Desde la cama podía ver un trozo de cielo, suficiente para que, en noches como aquella, la luna hiciera acto de presencia, iluminando el cuarto, trayéndole recuerdos de otros tiempos, un pasado que no siempre quería recordar. La luna la hipnotizaba.

Se alzaba ante ellos majestuosa y soberbia. Falsa como la cara que oculta, magnífica como la cara que muestra. Le fascinaba y la temía por igual, vampiresa de la noche, alimentándose de la luz de sus presas para resurgir en un círculo perpetuo, dándole la seguridad a Soledad que, pasara lo que pasara, ella siempre regresaría a su cielo, como ahora, como entonces, la luna ocupando el lugar que le corresponde, siguiéndola a través de la vida, viéndola envejecer. Imperturbable, lejana y fría.

37

-¡¡¡¿Qué has hecho qué?!!!

Laura la miraba con horror.

-No hagas que te lo repita, -Alba esperaba su veredicto con cara de miedo-.

Su conciencia la estaba torturando. O, simplemente no podía aguantar más con aquel secreto dentro. Había decidido que tenía que explicárselo a alguien. Pero no podía hablar con nadie sobre su... ¿lío? con Jaime. Nadie excepto... Laura. Si había alguien con poco sentimiento de culpa, era ella. Siempre tenía la autoestima por las nubes. Eso sí, su juicio podía ser letal. Pero tenía que arriesgarse. Quedó con ella para cenar y por poco se les atraganta el plato.

-Tú... me estás tomando el pelo. ¿Dónde está la cámara oculta?

Alba negaba con los ojos cerrados.

-¡No puede ser! ¿En serio?

Alba asentía, todavía con los ojos cerrados, sin atreverse a abrirlos hasta que Laura acabase de creérselo.

-Eres... eres... o sea, que no te metes en mi cama pero ¡¡¡te tiras a tu tío!!!

-Dicho así... suena mal.

-Es que está mal. Muy mal. Lo sé hasta yo, que hay ciertos límites. Pero por dios, ¿tan desesperada estás? A saber la edad que tendrá ese señor... Me da asco hasta a mí.

-¡No, que bah! Es atractivo, divertido y muy, muy...

-No quiero saberlo. No vayas a darme detalles que soy capaz de vomitar aquí mismo. ¿Es que tu depravación no tiene límites? Mírate, tienes una sonrisa de oreja a oreja. ¡No te arrepientes!, -y se tapó la boca con las dos manos, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo-.

-Cambiarás de idea en cuanto lo conozcas.

-¿Es que piensas presentármelo? ¡Estás loca! Tú..., -y la señaló con el dedo-, ...dime quién eres y qué has hecho con mi amiga, porque está claro que tú no eres Alba.

-Lo sé, estoy en una nube. No duermo, no me concentro en nada. Miro a mi madre y veo a Jaime, es una locura...yo no hago estas cosas, pero

Jaime... no sé...

-Alba, por dios, es el hermano de tu madre. ¿Eso no debería haberte frenado?, que será lo siguiente, ¿uno de tus primos? Vas a necesitar mucha terapia para salir de esto.

-Sé lo que parece. Es raro y...

-Asqueroso.

-No me ayudas, Laura. Intento explicarte que Jaime no es... cuando estoy con él no me siento...

-Mal, Alba, mal. Ni tú misma te entiendes.

-Te caerá bien, tiene un puntito... creo que te gustará, -le sonrió divertida-

-Ni de coña voy a seguirte el juego.

-Tendrás que darme tu opinión con conocimiento de causa digo yo...

-Ni loca. Yo no me meto en este berenjenal. No deberías haberte metido ni tú.

-Ya... tarde. Ya estoy hasta el cuello. No creo que no haya rincón de su casa en el que no hayamos...

Laura la miraba atónita.

-Dime, ¿en qué momento te has convertido en una depravada sexual?, porque no me cuadra.

Además si querías hacer algo exótico, haberme llamado a mí, idiota. Llevo años esperando, -dijo enfadada-

-Oye, ¡estas cosas surgen y punto!, no se levanta una pensando: “a ver a que miembro de la familia me tiro hoy”.

-A ver, Alba. ¿Eso qué ha sido? ¿En qué estabas pensando? Explícamelo, porque te juro que no lo entiendo. Será que no hay gente en el mundo...

-Ya... pero él... me conoce, me entiende. De alguna manera, conectamos y...

-Supongo que sabes que está abocado al más absoluto de los fracasos.

-Supongo... no sé... en realidad no lo he pensado mucho...

Laura suspiró.

-El otro día, en casa de mi tía, cuando hablamos, intentaba explicarte exactamente esto. No sabes lo que quieres. Eres una bomba de relojería que puede explotarnos en la cara en cualquier momento.

Laura la miraba inquisidora y paternal, y Alba aguantaba la regañina porque sabía que pese a sus reproches, estaba de su lado.

-Aunque yo me rindo. No tienes arreglo y no creo que lo tengas nunca.

Una cosa es un desliz, una válvula de escape. Llevas demasiado tiempo con Dani y eso... es loable, en serio, porque Dani...

bueno... tiene ese carácter que a mí me exaspera... en fin, tú sabrás porque sigues con él. Una aventura es excitante y... algo nuevo, pero esto... ¿qué se supone que es?

Alba explotó.

-¡Que no lo sé!

-¿No te estarás enamorando?

-No...

-Alba...

-¡Yo qué sé! Estoy hecha un lío. Es tan diferente a todo...

-Joder, Alba. La has liado, pero bien. Tienes que aclararte, no puedes estar detrás de tu tío. ¿Y si decide chantajearte con explicar vuestro... lío? Estás con el culo al aire. Cómo has podido ser tan tonta...

-No lo hará. Yo también lo pensé al principio, pero sé que: primero, él tiene tanto que perder como yo; segundo, no creo que quiera que se acabe, y tercero, creo que confío en él.

-Y, a todo esto, ¿qué pasa con Dani?

-No mucho, casi no le veo, y cuando hablamos es para acabar pelándonos, así que...

-Tienes que hablar con él y explicarle...

-Ni loca, ¿cómo voy a decirle...?

-No. No digo que le cuentes esto, pero tiene derecho a saber qué coño te pasa por la cabeza. Te aseguro que sé exactamente cómo debe sentirse y no es agradable. ¿Acaso sabes lo que Dani quiere?

-Bueno, es difícil saberlo, casi no me habla. Ni si quiera me llama.

Alba sacó el móvil del bolso. Buscó algo en la pantalla y se lo mostró a Laura, que se inclinó levemente hacia delante a mirarlo. Las dos leen:

Alba: ¿firmamos una tregua?

Dani: estoy muy liado

Alba: vale. Me avisas cuando no estés tan ocupado Dani: ok

Ambas se miraron con cara de preocupación.

-Eso fue la semana pasada, y sigo esperando que dé señales de vida. Creo que se ha hartado. Sé que soy un desastre...

-Eres un caso perdido. Me sacas de mis casillas. Si no te quisiera tanto te abofetearía. Tienes que aclararte y arreglar las cosas. ¿Entiendes? Por tu salud mental y... la de todos nosotros.

-Y, ¿cómo se supone que voy a arreglarlo? No sé por dónde empezar.

-Primero aclárate tú y luego habla con Dani. Se lo debes. No tienes por qué seguir con él, pero le debes una explicación. No te marches sin más, Alba, duele demasiado. Sé de lo que hablo.

Alba la miró con tristeza, Laura la había perdonado, pero no había olvidado el daño que le había hecho, desapareciendo de su vida sin más. Le apretó la mano, intentando consolarla. Laura la miraba interrogándola.

-¿Le quieres?

-Claro que le quiero, es Dani. Pero seguir como hasta ahora... no puedo. No después de lo que está pasándome. Sólo pensar en darle explicaciones y volver a discutir...

-Y... el otro... ¿es tan bueno como para tirarlo todo por la borda?, ¿incluida tu familia?

-No, -Alba la miró directamente, acercándose a ella para que pudiera escucharla bien-. Es mejor.

Es...explosivo. Es más.

-Vale, no sigas que me estás dando mucha envidia, cacho de guarra.

-Los orgasmos son como el aria de "Nesum dorma" cantado por Pavarotti.

-Vamos que no te habían follado así en tu vida. Pero que perra la tía, y yo aquí haciéndome ilusiones... Pero, ¿es suficiente?, ¿vale la pena?, no digo en la cama... ya me entiendes.

Alba se quedó callada unos instantes, pensativa.

-Hay algo en él... algo que no conozco todavía... pero me atrae. Mucho. Me gusta la manera tan intensa que tiene de mirarme; como me besa el cuello, casi sin rozarlo, apartando con cuidado mi pelo hacia atrás; -se dejó caer en la silla, reconfortada con lo que iba recordando-; me gusta cómo suena mi nombre cuando lo susurra en mi oído; la cadencia pausada de su voz; sus manos sobre mi espalda; la manera que tiene de hacerme reír. Me gusta cuando camina a mi lado y me sonrío distraído. Me vuelve loca cuando lleva traje y echa la americana hacia atrás para poner las manos en los

bolsillos del pantalón. La manera que tiene de desearme... Me gusta cuando me habla, pero sobre todo cuando me escucha, porque no me juzga. Y sólo puedo pensar en estar cerca de él, encima de él; él encima de mí; él detrás de mí; dentro de mí...

Laura la miraba con los ojos muy abiertos.

-¡Dios! Alba estás coladita por ese hombre. Te estás enamorando. ¡Pero si apenas le conoces! Sabía que con Dani nunca sería así. Y tú también lo sabes. Ten valor para afrontarlo, Alba. Y yo no sé porque te aguanto. No te mereces ni que te coja el teléfono. Yo aquí escuchándote, mientras tú me pones los dientes largos, contándome cómo disfrutas con otro. No tienes corazón. Te odio.

Alba sonreía.

-Sé que no puedes, así que...

-Tienes razón, y mira que lo he intentado. Anda dame un abrazo, que creo que lo necesitas. Sabes que si las cosas se ponen feas puedes venir a casa, ¿verdad?

-Gracias. No sabes cuánto necesitaba hablar contigo.

-No me extraña. No entiendo cómo has podido vivir con tanto pecado guardado dentro de ti, -y ambas rieron-.

38

Alba: ¿sigues tan liado? Debe ser que sí, porque sigo esperando que me llames.

Dani: semana de locos en el trabajo. ¿Cenamos? Habías dicho algo de una tregua, ¿no?

“Vaya”, pensó Alba, “eso sí que no me lo esperaba”.

Alba: sí, pero eso fue antes de que me ignoraras soberanamente.

Dani: sorry. Muy, muy liado. El trabajo horrible.

“O eso, o me estás poniendo una bonita diadema de cuernos”. Eso lo pensó, pero no se lo dijo. Entre otras cosas porque ella no era la más indicada y no tenía ningún derecho a hacerlo, habidas las circunstancias.

Alba: bueno, vale. ¿Llevo pizzas del italiano?

Dani: ok. Yo pongo las cervezas.

Alba: mejor vino.

Dani: ok. Vino y cerveza. Te dejo.

Alba dejó el móvil de nuevo en el bolsillo de su bata. ¿Eso había sido un reencuentro, una tregua o algo parecido?, porque le había dejado bastante fría, la verdad.

Su móvil vibró de nuevo en su bolsillo. “¿Querrá echarse atrás con la cena?” Lo miró. Y sonrió.

Jaime: ¿cenas hoy conmigo? He reservado mesa en el mejor restaurante de la ciudad: mi casa.

Alba: tú no quieres cenar, sólo quieres llevarme a la cama.

Jaime: ¿tanto se me nota?, no quiero parecer desesperado. ¿Te apetece?

Alba: Muchísimo. Pero tendrá que ser mañana. Hoy va a ser complicado. Ya te contaré.

Jaime: Ohhh...qué fastidio, ahora tendré que llamar a ver si puedo anular la reserva y cambiarla para mañana. Con lo que me apetecía verte...

Alba: siempre te apetece. Reconócelo.

Jaime: qué creída eres. ¿En serio no puedes quedar hoy?, yo soy el primer plato.

Alba: no me lo pongas más difícil. ¿Y qué hay de segundo?

Jaime: tú.

Alba sonreía divertida. Jaime conseguía ponerla de buen humor. Pero hoy debía pensar en Dani y en cómo iba a enfocar la cena con él. Tampoco podía planear mucho, no tenía ni idea de qué se le pasaba por la cabeza. Quizás estuviese tan harto de discutir que simplemente le dijera “arrivederci bambina”. O quizás volviese a ser el mismo Dani de siempre y la perdonase sin más.

Llegó un poco antes de lo previsto, con las pizzas en la mano. Llamó al timbre de abajo, en parte porque iba cargada y era lo más cómodo. Y en parte porque quería ver por dónde iban a ir las cosas. Por su parte, lo tenía claro: así no podían seguir. Ya no. Después de Jaime, no. No era justo para ninguno, y menos para Dani. ¿Pero qué decir?, ¿cómo acabar una relación antigua sin que corriera la sangre?, y aún otra pregunta, ¿de verdad quería que su relación con Dani acabase?

Mientras subía por las escaleras se notó nerviosa. “uff, esto será complicado”.

Dani le abrió la puerta sólo con el pantalón de pijama, con una toalla en la mano, secándose el pelo. Parecía que lo había pillado en la ducha. Lo miró sorprendida y lo recordó. La firmeza de su vientre, sus manos grandes y sus piernas largas... se quedó parada en la puerta, observándolo.

-¿Es que no tienes las llaves?, -Dani, la miraba extrañado desde la puerta-

-Ehhh... sí, pero voy un poco cargada y por no dejar las pizzas en el suelo...

Dani se apartó, dejándola pasar.

-Huele bien.

Alba lo olió al pasar junto a él, recordándolo.

-Sí, muy bien. ¿Tienes hambre? He llegado un poco pronto, si quieres esperamos un poco...

-Para nada. Tengo un hambre de lobo.

Alba fue hasta la cocina y dejó las pizzas. Se miraron incómodos.

-¿Qué pasa contigo?, ¿ya no te acordabas de que tenías novio?

-¿Yo?, mira quién habla. Llevo esperando una semana para hablar contigo.

-Oye, no quiero discutir, estoy harto. Sé que no te sentó bien que me fuese a esquiar pero es que nunca...

-No, no es eso...

Alba empezó a sentir todo el remordimiento y la culpa que no había sido capaz de sentir hasta entonces. Había llegado el momento de enfrentarse a Dani, después de estar engañándole con Jaime.

Y no tenía ni idea de qué iba a decir, ni hacer, ni de lo que iba a pasar. Sólo podía mirarlo, sin camisa, despeinado, oliendo a él, con esos ojos tan dulces que siempre la perdonaban y a los que siempre volvía. Suspiró, sin darse cuenta.

-Anda ven... y me cuentas lo que te pasa.

Dani sirvió dos copas de vino y le dio una a Alba, que, por primera vez en mucho tiempo, se sentía una extraña en aquel piso.

-No sé qué decirte, no es nada y es todo, ¿entiendes?

-No mucho, la verdad. Puedes concretar algo más.

“Es que si concreto la lío, porque la he liado muy gorda, Dani, cariño, que te estoy poniendo los cuernos, pero unos cuernos como una catedral, con Jaime. ¿Qué no sabes quién es Jaime?, claro que sabes quién es, es mi tío. Que sí, que ya lo sé, arderé en el caldero más grande del infierno, por infiel y mala persona, porque no sólo te estoy engañando a ti, os estoy engañando a todos, a toda mi familia, y debería sentirme mal por lo que hago, pero es que el problema es que no siento que esté haciendo algo malo, ¿entiendes?, y me siento rara, pero muy, muy rara, porque aunque te lo explique no me vas a entender. Y se va a liar y... ahora llega lo peor... porque aún hay más, sí, y es que la verdad es que no sé si quiero perderte, joder, Dani, que yo te quiero...”

Todo eso pensó, a la vez que sorbía un trago de vino. Lo miraba y sopesaba todo lo que tenía en la cabeza y que no le diría nunca. Y, mientras Dani esperaba, Alba sólo dijo: -Estoy agobiada.

-Ya.

-A ver... entiéndeme.

-Lo intento, Alba, te juro que lo intento, -Dani, confuso miraba como Alba se servía otra copa de vino. Y todavía no habían empezado a cenar-.

-Estoy hecha un lío, con todo... como... agobiada.

-Sí, eso ya lo has dicho, -Dani empezaba a perder la paciencia-. Para mí tampoco está siendo una temporada especialmente fácil. Casi no te veo y cuando lo hago es para discutir y quedarme con mal cuerpo; en el trabajo estamos desbordados y te juro que un día cometeré una locura con el cabrón de mi..., -respiró hondo para calmarse y continuar-, pero bueno, dejemos ese tema.

-Pero... si yo creía que estabas bien en tu trabajo, ¿no?

-Alba, tú crees que todo el mundo está bien, menos tú.

-¿Me estás llamando egoísta?

-Pues, la verdad...

-¡No te atrevas!, intento explicarte...

-No me explicas nada, porque no te aclaras...,

Dani estaba alzando la voz.

-¿Puedes decirme qué es lo que quieres, Alba? Yo no sé qué más hacer para estar bien contigo.

Últimamente, estás distante y no entiendo qué ocurre.

-Que estoy harta de todo, Dani. Y creo que todavía estoy a tiempo de vivir mi propia historia y no la que los demás tenían planeada para mí. Quiero algo más de la vida, pero todavía no sé qué es.

-Alba, no me jodas, que ya no tienes veinte años. Céntrate de una vez, déjame o vivamos juntos, pero decídetelo, porque yo necesito respuestas.

-Hablas como un puto banquero.

-¡Soy un puto banquero! Y te recuerdo que gracias a eso pago las facturas de este piso en el que ¡tú te escondes cada vez que el mundo te asusta, mientras yo tiro del carro para que tú te aclares! Ostia Alba, despierta de una puta vez.

-Estoy despierta y no me gusta lo que veo.

Intentó salir de la cocina, pero Dani se lo impidió, poniéndose delante de ella.

-No, Alba. Hoy no te irás y dejarás la conversación a medias. Hoy te quedarás hasta el final y me dirás qué coño te ocurre.

Alba, se quedó sin argumentos. Normalmente se marchaba sin más, y dejaba pasar el temporal. Hoy tenía que enfrentarse a él, y no sabía hacerlo.

-Soy una mala persona.

Hizo una pausa para volver a llenar su copa, mientras Dani la miraba, temiéndose lo peor.

-He ayudado a mi familia a encerrar a mi abuela en la residencia donde trabajo y ahora... no sé si esa era la mejor opción para ella.

-Pero... ¿qué estás diciendo?, no puedes sentirte mal por eso, -Dani respiró aliviado-, ella no podía vivir sola, tú misma lo dijiste.

-Sí, pero... me está costando tenerla allí. Lo lleva mal y lo está haciendo todo más difícil para las dos. Además no la veo bien y en casa nadie me ayuda... todos me presionan y sólo quería distanciarme un poco, de todo,

para ver si así, me animaba o me aclaraba. Supongo que todo esto de mi abuela me ha dado mucho bajón, se me ha hecho un mundo..., -suspiró-, ... ya sabes cómo soy.

Había vuelto a hacerlo, había conseguido bajar la guardia de Dani, que la miraba con ojos dulces y tiernos.

-Pues a decir verdad, no sé si me acuerdo de cómo eres...

Dani la cogió por la cintura, en un intento de abrazo que Alba aceptó sin mucho entusiasmo.

Tenía el pelo todavía mojado, y olía a su gel de ducha. La piel limpia y suave... sin querer acarició su espalda, cerró los ojos por un momento, como si pudiese borrar los últimos meses, y se relajó, aspirando aquel olor tan familiar. Tenía intención de proponerle que se diesen un tiempo y ese abrazo no se lo ponía fácil. Notó cómo el tímido abrazo se había convertido en una gran caricia.

Ahora las manos de Dani bajaban por su espalda, hasta su trasero.

-Has dicho que tenías hambre.

-Sí, tengo mucha hambre.

Acercó los labios a los suyos. Y la besó, sus labios gruesos y cálidos, el sabor de siempre...

Alba no sabía si era por él, o por el vino, pero respondió a Dani con avidez, y le deseó, como hacía tiempo que no le pasaba.

Mientras se besaban, recordaron sus besos, sus abrazos y sus bromas bajo las sábanas; sus desayunos y sus cenas. La manera que tenían de tocarse... Alba recordó cómo se enamoró de él, saliendo de aquellos bares de estudiantes que olían a cerveza; cómo la hacía sentir cada vez que la miraba y la primera vez que hicieron el amor. Recordó todas las cosas que el tiempo y la monotonía habían enterrado, y eran tantas que, le dolió no haberse dado cuenta de que siempre lo tenía a su lado, con sus silencios pacientes y su mirada dulce, haciendo que su caos cobrara sentido.

Se hundió en su torso, aspirando su esencia, encontrándose en ella. Alba, levantó la mirada buscando la suya. Sonrieron.

-¿Ya has vuelto?

-Siempre vuelvo.

-Esta vez, tenía mis dudas.

Alba le pasó los dedos por el cuello, acariciando su nuca y su pelo revuelto.

-No te vayas más, Alba. Quédate conmigo, -y cogió sus manos y las

enlazó con las suyas-.

Alba lo miraba con deseo y Dani ya era suyo de nuevo.

-¿Me visto y cenamos? O... ¿pasamos directamente al postre?

Y Alba se sorprendió a sí misma diciendo:

-Pasemos al postre.

Dani, volvió a besarla, mientras intentaba quitarle el jersey, que cayó al suelo de la cocina.

Alba se deshizo del pantalón con rapidez y Dani la subió a la encimera, haciendo sitio, apartando con la mano las cajas de pizzas olvidadas. Le quitó el sujetador y lamió sus pechos, haciendo que Alba gimiera. Se bajó los pantalones del pijama y su sexo erguido, apareció ante Alba.

-¿Aquí?, ¿en la cocina?

-¿No te pone? Aquí no lo hemos hecho nunca. Y yo no puedo esperar más.

Le separó un poco las piernas y la penetró. Primero con cuidado, como si no supiese si iba a ser bien recibido, luego más profundo. Dani dejó escapar un gemido largo y lento, como si acabase de encontrar el placer más absoluto. Alba, se arqueaba y volvía para buscar la boca de Dani, mientras reconocía el sabor familiar de su sexo, acoplado en armonía con el suyo, en una coreografía largamente aprendida. Fue rápido e intenso y el orgasmo llegó pronto.

Dani, todavía dentro de ella, dejó caer su cabeza sobre la de Alba, mientras su respiración se iba acompasando.

-Te quiero, Alba.

-Lo sé.

Y selló sus labios con un beso cálido y húmedo.

39

-¿Estás bien?, ¿en qué piensas?

Dani acababa de aparecer en calzoncillos y la miraba apoyado en el marco de la puerta de la cocina. Los ojos aún pegados de sueño y una sonrisa boba de felicidad conformista, colgada de su rostro, por tener a Alba de nuevo con él.

Después de meses de alejamiento, habían pasado la noche mezclando vino y sexo con algún que otro trozo de pizza frío, haciéndoles dormir poco y revivir tiempos mejores.

Alba removía compulsivamente la taza de café que acababa de prepararse, con la mirada perdida entre dos gotas de grasa, enganchadas a uno de los azulejos de la pared. La mente vacía y el alma también, intentando sentirse culpable sin conseguirlo, buscando algo de remordimiento en su interior por no jugar limpio con Dani, por no ser sincera con él, por no tener el valor para dejarle ir.

-¿Qué voy a hacer contigo?, -dijo al fin-.

Dani sonreía, mientras iba hacia a ella.

-Se me ocurren algunas ideas bastante lujuriosas y muy apetecibles, así que si quieres más...

-¿No estás cansado?

-De ti, nunca.

-No me refería a eso.

-Lo sé, pero estás tan pensativa que casi me estás dando miedo. ¿Tengo que preocuparme, Alba?

-¡No! ¿Por qué...? -El corazón de Alba dio un vuelco, ¿acaso Dani también podía leer su mente?-.

-No sé, estás aquí, pero... a veces me pregunto qué se te pasará por la cabeza.

“Más te vale no saberlo”, pensó, y le cogió la mano cariñosamente.

-Es que... siento que soy un desastre, que acabo por estropearlo todo, no soy capaz de solucionar nada por mí misma. Durante todos estos años, si no hubiese sido por ti... creo que estaría en un manicomio o algo peor. Tú me enganchas a la realidad y quieres compartirla conmigo y yo no sé si...

-¡Eh!, para un poco, no seas tan dura contigo misma. Todos tenemos

momentos de bajón. Estoy aquí, ya lo sabes, -y la abrazó sintiéndola indefensa y vulnerable, algo más cercana-. Estoy aquí, Alba, estoy contigo. Lo demás tiene arreglo.

-¿De verdad lo crees?, ¿crees que todo tiene arreglo? Pues eres más ingenuo de lo que creía, -y le dio un beso rápido en los labios-, pero me gusta que lo pienses.

Dani se retiró un poco para mirarla de frente y confesarle algo obvio, aunque ella quisiera pasarlo por alto.

-Estoy enamorado de ti. Te quiero y creo que es hora que estemos juntos. Cásate conmigo, Alba.

Alba miraba a Dani, en paños menores y no sabía qué decir, ni qué pensar. Sólo podía notar cómo caía, y caía, y caía hacia una negrura inmensa que se la tragaba...

-¿Alba?

-Ostia, Dani, es que así, de sopetón, pues no sé qué decir...

-Hablo en serio. Casémonos.

Alba lo miraba sin entender cómo habían llegado a allí, a aquella minúscula cocina, a la que había entrado llevando únicamente una camiseta de Dani, con la intención de prepararse un café y entender porqué no había sido capaz de dejarle. Él hablaba de planes en común, de un presente y un futuro, de compartir casa, sus vidas... Estaba emocionado, como si hubiese llegado su momento, sabiendo que, cuánto más hondo cayera, más cerca de él estaría. Y Alba, medio desnuda, con la taza humeante en la mano, lo miraba estática, sin saber cómo reaccionar.

-Ya hemos hablado de eso alguna vez, y...

-Dejemos de hablar y hagámoslo. -Dani esperó paciente una reacción que no se produjo-. ¿No dices nada?

-No sé qué decir. Yo... no sé qué pensar... Y tú vas a llegar tarde al trabajo.

-Ostia, sí. Me voy a vestir. -Salió de la cocina vociferando-, piensa en lo que te he dicho y luego lo hablamos cenando, ¿vale?

Pero Alba ya no lo escuchaba, no oía a un Dani eufórico, planeando por los dos, mientras ella recogía su ropa y sus miedos, sus dudas sobre aquella relación, para salir huyendo, una vez más, dejándole saborear sus sueños, antes de decidir si se los iba, o no, a romper en pedazos.

Sintió que el piso la ahogaba, que Dani la presionaba, y sólo caía, y caía, y caía... y deseó volver a la "Cova del Diable" y ser engullida por ella y

quedarse allí para siempre.

40

Intuía que no le quedaba tiempo, porque tenía la certeza del que sabe que va a morir.

No le importaba. Ni siquiera le asustaba, sólo lo acataba como una parte más de la vida, la última.

Los ojos de Soledad estaban perdidos en algún lugar de sus recuerdos. Recuerdos que había conservado celosamente y, ahora, esperaba poder recuperar la calma al reencontrarse con la figura que llevaba grabada en sus retinas hacía demasiado tiempo. Creía que había llegado el momento de retomar todo aquello que la vida le arrebató. Estaba preparada para recibir a la muerte.

Soledad se despertó temprano, después de un sueño intranquilo. Miró fuera, a través de la ventana, buscando un consuelo que no encontró. El día parecía tranquilo. Respiró hondo y se preguntó si la vida le daría la oportunidad de poder marchar en paz. Quedaba un asunto pendiente, un asunto que llevó con ella toda la vida, sin atreverse a confesarlo nunca.

Había pasado las últimas semanas dejando en orden sus cosas. Lo tenía todo bajo control, como a ella le gustaba. Y, aunque se sentía algo inquieta por la incertidumbre de lo desconocido, estaba emocionada, por creer en el reencuentro y aliviada por poner fin a tanta amargura.

Cuando Alina llegó a su habitación, el sol tibio de la tarde tocaba los pies de la cama. La encontró recostada, demasiado tranquila, demasiado quieta. La llamó primero desde la puerta, sin recibir respuesta. Se acercó a Soledad con cautela, sin atreverse a despertarla por miedo a que se enfadase con ella. Pero seguía en silencio. Alina no era médico, ni enfermera, pero su intuición le decía que algo no iba bien. Llegó hasta ella, y la zarandeó, llamándola. Primero despacio, luego más enérgicamente. Soledad no abría los ojos. Le tomó el pulso, en un acto mecánico por comprobar si seguía con vida y acercó su rostro a su pecho por ver si respiraba. Encontró un pulso débil, pero suficiente, para que las piernas le dejasen de temblar. Salió atropelladamente al pasillo, hasta el puesto de la enfermera, a la que no le costó entenderla, sólo con verle la cara de susto que Alina traía.

Todo fue muy rápido, llamar al médico, localizar a Alba, llamar a la ambulancia... Todo fue muy rápido...

41

Jaime abrió la puerta. Sonrió. Alba sólo tímidamente. No quedaba en ella ni rastro de la mujer seductora del último encuentro. Se hizo a un lado y la dejó pasar.

-Llego pronto, lo sé.

-Bueno, quizás no podías esperar más a verme... Lo comprendo, sé que soy irresistible.

Alba no respondió.

-Se diría que hay algo que quieres contarme y no sabes cómo hacerlo.

-¿Siempre lo adivinas todo?

-Esta vez me lo estás poniendo muy fácil. Traes mala cara y... no te has echado encima de mí nada más verme, así que... ¿qué ocurre?

-Dani me ha pedido que me case con él.

Había dejado caer la bomba. Y ahora esperaba a ver el alcance de la devastación. Jaime se quedó quieto, serio, puso las manos en el bolsillo del pantalón.

-Vaya... joder... sí que es... sería la cosa...

Se quedaron en silencio, manteniéndose la mirada.

-Antes de seguir esta conversación, aclárame qué quieres que haga. ¿Qué vienes buscando, Alba?, ¿quieres que me bata en duelo con él y que te convenza de que es una mala idea casarte?, o... ¿más bien esperas que sea tu paño de lágrimas y que escuche sin tomar partido? Porque... no sé qué esperas de mí. Y eso... me asusta... mucho.

Alba, se dejó caer en el sofá. Puso la cabeza entre sus manos. Y notó cómo las lágrimas asomaban a sus ojos sin su permiso. Jaime se arrodilló ante ella.

-Vamos, Alba, no puedes... esto era la consecuencia lógica de una relación larga, en algún momento tu novio iba a cansarse de tenerte sólo a tiempo parcial, no puedes decir que te pilla por sorpresa...

-Pues sí, para que veas lo tonta que soy, me pilla por sorpresa.

-Y... ¿qué quieres hacer?

-Lo que hago siempre, esconder la cabeza debajo de la almohada y esperar a que pase el temporal.

-Esto no va a pasar, lo sabes. Dani espera una respuesta. Y creo que se la

debes.

Alba lo miró extraña. ¿Cómo podía ser tan generoso con ella?

-Tú no me pides que me quede.

Jaime se incorporó, tomando distancia para contestar, mientras se atusaba el pelo nervioso.

-No puedo. No podría hacerte eso. -Se sentó junto a ella.- Alba, yo... tú sabes que esto no lleva a ninguna parte.

Alzó la mirada y le sostuvo la suya con rabia, ¿cómo podía decirle eso?

-Sabes que tengo razón. ¿Es que acaso estás dispuesta a dejarlo todo? Es... imposible, los dos tenemos una vida hecha, no podemos escaparnos como dos adolescentes.

La mirada de Alba le devolvía ahora preocupación, escuchando su razonamiento.

-Deseo con todas mis fuerzas poder estar contigo todos los días, a todas horas. Pero lo dos sabemos que es una relación clandestina. ¿Podemos seguir juntos?, por supuesto que sí. Podemos cenar, desayunar, dormir y follar, sí, siempre sí. Pero siempre escondiéndonos, vigilando, ocultándonos, haciéndonos sentir que hacemos algo horrible. Eso es lo que puedo ofrecerte.

Jaime cogió una de sus manos y la mantuvo entre las suyas, acariciándola levemente. Luego continuó.

-Pero no puedo prometerte que pasearemos, ni que saldremos a cenar con amigos, ni que compartiremos asientos en el cine. Ni que pasaré a recogerte al trabajo, ni que me casaré contigo, ni que tendremos hijos. Nada de eso nos está permitido, y lo sabes. Quiero que te quedes conmigo, sean cuales sean tus condiciones, pero no voy a pedírtelo, porque no te mereces tan poco como puedo darte. Ni siquiera llego a crearme que quieras estar aquí y que sigas respondiendo a mis llamadas, que sigas queriendo estar en mi cama. Para mí es un sueño, pero sé que algún día despertaré o lo harás tú y te preguntaré qué has hecho con tu vida. Como tu amante te ruego que te quedes conmigo, pero como tu tío te aconsejo que te cases y que formes una vida nueva junto a él, una vida que puedas compartir. No una vida en la sombra, conmigo. Te diría que te marchases y que no volviesses nunca.

-¿Me estás dejando?

-Yo no te dejaré nunca. Pero quiero que entiendas... no puedo pedirte que te quedes. No es justo.

- ¿Y si decido quedarme contigo?

-Aunque me duela, aunque te pierda para siempre y me odies... tendría

que decirte que es imposible.

Lo siento, Alba.

-Me estás dejando.

-No lo entiendes, ¿verdad? Siempre estaré a tu lado, siempre voy a estar aquí para ti. Estas ganas de ti, no van a desaparecer, te lo aseguro. Nos queda mucha vida, mucho que decir, mucho que explicar. Millones de abrazos y caricias por compartir. No, Alba, no te estoy dejando, sólo te digo que tú y yo...

-...tú y yo... pertenecemos a aquel lugar, a “La cova del Diable”, y... fuera de allí, no podemos tener ningún futuro, no en las circunstancias que tenemos.

Jaime sonreía tristemente.

-Eres una chica lista, siempre lo he sabido.

-Di, más bien, que soy tan rara como tú.

-Ya empezamos con los piropos, qué manía tienes de ponerme adjetivos poco agradables...

Y pasó un brazo por su cuello, tirando de ella, que se refugió en su pecho, buscando su protección. Jaime le acariciaba el pelo y Alba supo que podría quedarse con él para siempre, porque no era su amante, Jaime se había convertido en su refugio, en su gran amigo.

-Te quiero, Jaime, te quiero tanto que no me imagino la vida sin ti. Te quiero tanto que, si me lo pidieras, me escaparía contigo, sin mirar atrás.

Le alzó el rostro, poniéndolo a la altura del suyo.

-Lo sé, por eso mismo no puedo pedirte.

Los ojos de Alba iban de sus ojos a sus labios, pidiéndole en silencio que la besara. Jaime puso una mano sobre su cuello y la atrajo hacia sí, besándola suavemente, apenas rozándolos con su lengua. Alba se encendió, se montó sobre él, besándole con furia. Furia porque no podía dejarle.

Furia porque nunca sería suyo. Se movía sobre su sexo, acariciándolo con sus caderas por encima de la ropa. Las manos de Jaime recorriendo su espalda por debajo del jersey...

...y el móvil de Alba sonando, en el fondo de su bolso. Sonando..., sonando...

-Déjalo.

-No pensaba cogerlo.

Pero entonces... Como un fogonazo en su mente, Alba se deshizo rápidamente de Jaime y se abalanzó sobre el bolso con un mal

presentimiento. Vio en la pantalla de su móvil el número del trabajo y lo supo.

-¿Qué? Alba, por dios, ¿qué ocurre?

-Es la abuela. Se muere.

Lo demás fue correr y correr, por el piso de Jaime, por las escaleras, por el parquin, por las calles céntricas de la ciudad. Jaime serio, Alba blanca. Jaime concentrado, Alba asustada. Jaime asustado, Alba nerviosa... hasta llegar a la puerta de la residencia. Alba corría, Jaime detrás de ella, hasta la entrada. Llegaron a tiempo de verla subir en la ambulancia. Alba se coló dentro. Alguien intentó detenerla y alguien dijo “tranquilo es la nieta”. Las puertas se cerraron y el mundo desapareció y dentro de la ambulancia, que volaba sobre el asfalto, Soledad en la camilla y Alba sobre ella.

-¡Abuela, abuela!, ¿me oyes?, aguanta por favor...

El sentimiento de culpabilidad que llevaba colgado desde hacía semanas, se hizo insoportable.

Y sólo podía animarla a seguir. Soledad apenas era consciente de lo que pasaba, pero en los ojos de su nieta veía un miedo que no entendía. Miedo a soltarle la mano, a dejarla marchar. Un miedo frío y negro que sacudía a Alba por dentro. Mientras Soledad sólo quería decirle “tranquila, pequeña.

Déjame descansar”.

Se abrieron las puertas de la ambulancia y el mundo reapareció. De nuevo los nervios, la preocupación, la prisa, y la urgencia en las llamadas a su madre y a su tío. Alba la acompañó por los pasillos de urgencias, aunque la dejaron fuera del box mientras intentaban salvarla. Asustada y sola, como una niña pequeña, llamó a Jaime convulsivamente: “estoy dentro, ven por favor”, rogó.

Cuando lo vio aparecer se tiró en sus brazos, sin importarle el lugar donde estaban. Soledad se moría.

-Se muere, lo sé, lo he visto en sus ojos. Jaime... se ha rendido...

No pudo seguir, sólo llorar, avergonzada, delante de Jaime, que la abrazaba y le repetía que no era culpa suya.

Los momentos que siguieron fueron confusos. Entrar y salir del box de Soledad, sin importar que, ellos, seguían allí, esperando a que les dijese algo.

Sus padres atolondrados buscándoles por urgencias; su tío Miguel,

desconcertado... Las horas esperando, las palmaditas en la espalda, porque sólo cabía esperar. Los partes médicos confirmando las pocas esperanzas de que se recuperara. Alba tenía náuseas, no sabía si por los nervios o por el asco que le daba sentir la lástima de los demás sobre ella. Y Jaime había desaparecido.

Dani llegó un poco más tarde, preocupado, nervioso, intentando protegerla, abrazarla... Ni siquiera se dio cuenta de lo esquiva y distante que estuvo con él. Dani supuso que Alba estaba afectada por su abuela. Alba sabía que era algo más. Y Jaime no aparecía.

Era muy tarde cuando lo vieron entrar.

Nadie sabía quién era, ni de dónde venía. A Soledad no se le conocía más familia de la que allí se encontraba. Pero aquel hombre, pueblerino y sereno sabía a quién venía a ver, como si la mismísima muerte viniera a buscarla. No se dirigió a los familiares, tampoco hubiera sabido qué decirles. Tan sólo se interesó por el estado de Soledad y pidió poder estar unos momentos con ella a solas.

Nadie supo jamás de qué habló con ella. Fuera lo que fuese que había venido a decirle quedó entre ellos, dejándoles la certeza que Soledad había guardado muy bien sus secretos y que en realidad poco conocían de la mujer que espiraba en una cama de hospital.

Alba miraba sin ser vista. Miraba a aquel extraño. Estaba casi segura de poder identificarlo, sintiéndose cómplice y traidora, espía y detective, creyendo ingenuamente que sabía más que los demás. Aquel hombre la desconcertaba más que al resto, porque ella le había hecho venir. Estaba segura que la carta que su abuela le pidió que enviara, tenía mucho que ver.

Al verle salir de urgencias, le siguió por pasillos abarrotados. El hombre caminaba despacio, cabizbajo y Alba, tuvo la sensación que había empequeñecido desde que lo vio entrar. Esperó a no ser vista por los demás para abordarlo.

-Disculpe señor.

El hombre tenía la mirada perdida en algún lugar, lejos de allí, los ojos enrojecidos y el semblante serio. Alba sintió pena y no pudo evitar cierta ternura hacia aquel desconocido, envuelto en un traje antiguo, y que había hecho un largo viaje sólo para pasar unos minutos con su abuela.

-Disculpe, -repitió, para asegurarse que la escuchaba-.

El hombre miró sin querer ver y respondió sin querer responder.

-No puedo ayudarla, señora, no soy de aquí.

Alba insistió.

-Sí puede, -y su determinación hizo captar la atención del extraño, que se giró a mirarla. Alba continuó.- ¿Es usted Pablo García?

El hombre palideció. Frunció el ceño sorprendido. En su rostro el desconcierto.

-¿Cómo sabe que yo...? ¿Quién es usted?

Alba lo tranquilizó.

-Soy la nieta mayor de Soledad. Mi nombre es Alba. Ella me pidió que le enviara la carta.

El hombre pareció dudar.

-Yo envié la carta, pero no sé nada más. Mi abuela siempre ha sido muy reservada con sus asuntos.

Puede que no tenga derecho a hacerlo, pero tengo que preguntarle quién es usted y de qué la conoce.

Pablo García continuaba sin mirarla, cautivo de su silencio y sus pensamientos. Alba continuó.

-Mi abuela se muere y quizás nunca podré preguntárselo.

El hombre buscó su mirada.

-Nunca la conocí. Nunca he sido nadie para ella, a decir verdad, ella para mí tampoco. Ésta es la primera y la última vez que nos veamos, no debe preocuparse por mí.

-Pero..., -intentó protestar, aquello no le bastaba.-

El hombre levantó la mano indicando que no tenía intención de dar más explicaciones.

-Déjelo estar señorita. A veces no damos cuenta que las personas que tenemos alrededor son enigmas que no resolveremos. Ella nunca miró atrás. Respetemos su voluntad.

Alba asintió, sabiendo que no le quedaba más remedio.

Pablo García reflejaba en su mirada la bondad de la buena gente que no acostumbra a mentir, porque no tiene nada que ocultar. Sólo había venido a una cosa y ya la había cumplido. Podía marcharse. Puso su mano sobre el hombro de Alba, como si le diera ánimo o el pésame anticipado por la pérdida de su abuela y siguió su camino, pues nada lo retenía allí.

Alba se quedó con el convencimiento de que a su abuela la habían perdido hacía tiempo o que quizás nunca la habían sabido encontrar.

La magia existe. Está donde no miramos, detrás de la mirada de la gente, en lo que no cuentan y hay que querer descubrir; en un roce al pasar; en las

sonrisas que nos regalan; en el vacío de una ausencia; en la emoción de un reencuentro; en los ojos de un hombre enamorado; en la caricia de un susurro; en un beso inesperado... Creemos conocer a las personas con las que convivimos, pero sin embargo, en ocasiones, sólo conocemos lo que ellas han querido mostrarnos, tan sólo la imagen que nos devuelve el espejo, sin ver más allá.

Lo mismo ocurría con Soledad, atrincherada en su papel de matriarca, de mujer dura sin dejar adivinar qué es lo que había tras aquel disfraz, sin dejar que nadie la conociese demasiado.

Soledad se apagó de madrugada, antes de que amaneciera del todo, para poder seguir el camino que la llevaría de vuelta a casa. Murió de cansancio, murió descansando y poniendo fin a aquella lucha que había sido su existencia. Murió dejando una historia tras de sí, una vida que había sido un enigma para su familia. Murió dejándolos huérfanos y tranquilos. Murió dejando una huella dura y seca que ya no se marcharía. Murió con tristeza y alivio, igual que las muertes que se esperan y tardan en llegar. Soledad murió.

42

Salieron adelante como el sol de invierno derritiendo gotas de escarcha, como las olas del mar deshacen la roca para convertirla en arena, poco a poco y con tesón. Con fatiga y con más pena que gloria y con un hermoso retoño regordete y sonriente que les anesthesiaba el alma y les hacía sentirse satisfechas por verle a crecer, pese a toda la miseria que los rodeaba.

Eran tiempo difíciles de miedo en las calles y hambre en las casas. La represión acechando tras la puerta, esperando sigilosamente cualquier indicio para entrar.

A penas había pasado un año del nacimiento del bebé, cuando Esperanza, Carmeta y el pequeño, abandonaron la ciudad de Barcelona, gris y peligrosa, para instalarse en un pueblo costero cerca de la ciudad condal, pero, lo suficientemente lejos como para darles la oportunidad de empezar de cero, los tres, una vida mejor. Unos parientes lejanos de Carmeta le ofrecieron un bajo con patio. No lo dudaron, ahora debían cuidar de Josep y no podían flaquear.

Lloraron el día que el niño voceó “papá”, sin saber a quién reclamaba y, aunque por fuera no lo parecía, por dentro no dejaban de llorar, Esperanza por permitir que José se marchara y Carmeta por no haberlo podido salvar, arrancándole la mitad a su hijo, una mitad que no le dolería, porque nació sin ella.

Esperanza escribió muchas veces a Anita, con noticias de su sobrino, que nunca conocería, más que por alguna foto que ya de más mayor, les enviara. Y recibía, a cambio, la gratitud infinita de una familia que, sin ser la suya, la añoraban y recordaban mucho más. Así fue como, con los años, fue enterándose de cómo estaban en su casa, de cada sobrino que nacía, de su eterna niña Teresa, envejeciendo felizmente, mientras sus padres, ya mayores, iban derrumbándose por el peso de la edad y el agotamiento, hasta apagarse como velas; de sus otros hermanos que seguían trabajando en los olivos, y de tantas otras cosas que Anita quisiera contarle, con la ilusión viva de esperar su vuelta.

Esperanza no volvería. Ni para las bodas, ni los bautizos, ni para el entierro de sus padres, primero el de él, y luego ella. Esperanza nunca pudo

volver, porque mirar atrás la hacía romperse en mil pedazos. Y, descubrió que, el día a día, le servía de antídoto y olvido, durmiendo su mal de amores y acallando su mala conciencia. Y se agarró a la rutina, se aferró a ella como el náufrago al tronco de madera que le ha de salvar, manteniéndolo a flote. Se obstinó en el orden de las cosas hasta volverse intransigente, concentrándose en las pequeñas ceremonias cotidianas que daban un sentido estricto a su vida, imponiendo casi sin querer, su rectitud, que le iba empapando el carácter y sus maneras, que iban dejando atrás a la frágil Esperanza, cubriendo con un frío manto su corazón.

El día que tanto temía llegó. Desde el mismo momento en que entró en la vida de Carmeta, sabía que no era para siempre. Debía cumplir su promesa y luego... apartarse para que siguieran su camino.

Josep crecía sano y feliz. Ellas trabajaban turnándose las tareas dentro y fuera de casa con el cuidado del niño, pero... ante los ojos de extraños, sólo eran dos mujeres, nunca una familia.

Carmeta hacía más de un año que mantenía relaciones formales con el encargado de la tienda en dónde trabajaba, ganándose el pan que tanta falta les hacía, mientras Esperanza servía en una casa de buena posición, un rancio empresario venido a menos, pero que todavía conservaba cierto status social. Fue allí donde aprendió la mayoría de modales de los que alardeó en muchas ocasiones. Y, era de allí de dónde conseguía sacar algún que otro trozo de carne que ellas no podían permitirse y que, gustosamente, cedían a Josep, que era la forma en que mejor les sabía.

Pero Esperanza lo sabía. Sabía que era cuestión de tiempo que Carmeta encontrase un hombre bueno. Era cuestión de tiempo que se replantease qué clase de vida iba a llevar su hijo, sin un padre que velara por él. Era cuestión de tiempo que su tiempo junto al hijo de José se acabase y entonces... ella debería seguir su camino hacia ninguna parte.

Aquel hombretón la miraba. Bajo la casa en que servía había una bodega de vinos a granel, frutos secos, verdura, especias, y otros pocos alimentos propios de un establecimiento que olía a licor dulce y tenía el suelo manchado de priorato y tintos baratos. A Esperanza le fascinaban, especialmente, los descomunales barriles que vestían la pared del fondo, amontonándose unos sobre otros, en un imposible mecano de madera y vino. La señora de la casa tenía cuenta en la bodega que, a través de un recadero solía servirle el pedido a domicilio, una vez por semana. Pero casi siempre faltaba algo más, unas olivas, una botella de anís para acompañar los

desayunos del señor, cualquier detalle que le daba la oportunidad a Esperanza de bajar a la calle y acercarse hasta el establecimiento, con el uniforme bien encajado en su débil figura y el cesto colgado en el brazo, el pelo negro recogido en un moño, tensándole su fina piel blanca y sus facciones.

El dueño, revivía cada vez que Esperanza atravesaba la puerta, adentrándose en la penumbra de su territorio. A pesar de ser un hombre joven, tenía tres criaturas a su cargo, a las que apenas podía dedicarles tiempo y que, en muchas ocasiones, se entretenían con la compañía de clientes y amigos que le ayudaban.

Esperanza sabía que, aquel hombre se volvía de gelatina cada vez que tenía que atenderla y, a pesar de sentirse halagada, su rostro reflejaba la tristeza que llevaba dentro. Apenas conversaba y lo despachaba con cuatro monosílabos. El hombre, a pesar de su rudeza, se mostraba amable y atento.

No le desagradaba, pese a eso, Esperanza jamás se permitió sonreírle, como si no lo mereciera.

Una tarde de agosto, de calor bochornoso y plomizo, que se aferraba a la piel como un vestido caliente y húmedo, Esperanza entró en la bodega al cobijo de sombra en la que resguardarse, de un sol de infierno. El cesto, a pesar de estar casi vacío, tiraba de ella hacia abajo y la sombra de la bodega fue convirtiéndose poco a poco, en oscuridad mientras su cuerpo se desvanecía antes de llegar al mostrador. No llegó a desplomarse, alarmado ante el estado de Esperanza, el tendero dio la vuelta a la barra y la alcanzó antes de que pudiera caer, sujetándola sin esfuerzo, con sus grandes brazos. La ayudó a sentarse en una de las sillas de madera y le puso un poco de hielo en la nuca, mientras la obligaba a tomarse un mosto frío, que la ayudó a reanimarse. Esperanza, azorada, miraba de reojo al hombre que no se apartaba de su lado.

-Gracias. Es usted muy amable. No sé que me ha pasado.

-Es este calor, señorita, que nos está matando. ¿Se encuentra mejor?, ¿quiere usted que llame a alguien?

-No se moleste. Se lo agradezco, ya me encuentro bien, gracias. Debo volver a casa de la señora.

Esperanza aturdida y avergonzada, se incorporó de golpe, haciendo que su cabeza volviese a girar como una peonza.

-¿Está segura de que se encuentra bien?, ¿quiere tomar alguna otra cosa?

El tendero jamás había imaginado poder estar tan cerca de ella, intentando alargar en lo posible el momento. Esperanza negó con la cabeza y salió de la

bodega, todavía algo mareada. Ya en la calle, la voz del tendero la sobresaltó nuevamente.

-Disculpe, señorita, -Esperanza se volvió-, se olvida usted el cesto.

-¡Ay, dios mío!, vaya cabeza. Además, ni siquiera le he pedido la botella de anís que venía a buscarle.

El propietario sonrió solícito, como si hubiera llegado la oportunidad que había estado esperando.

-No se preocupe, aguarde aquí, enseguida se la traigo.

Y desapareció antes de que pudiera negarse. Volvió en menos de un minuto, con la botella bajo el brazo y sin el trapo que siempre vestía sobre el hombro.

-La acompaño.

Esperanza se ruborizó, sin poder remediarlo.

-No puedo permitirselo.

-Insisto. La señora es una de mis mejores clientas, no me gustaría que por este incidente...

-No tiene usted por qué preocuparse. En lo que a mí respecta... además si no llega a ser por usted yo...

-Entonces de acuerdo. Usted primero.

Esperanza caminaba turbada, llevando a aquel hombretón a su lado, esperando que nadie les viese, sintiendo de nuevo la agradable sensación de saber que alguien se dejaría la piel por ayudarla.

Llegaron al portal, sin mediar palabra, acompañados por los pasos sordos del sol tras ellos, quemándoles los talones. Avergonzada, se despidió con prisa.

-De nuevo mil gracias.

-No hay de qué. Es lo menos que podía hacer.

Se volvió hacia la portería, sintiendo la presencia del tendero a su espalda, que se debatía entre la indecisión de saber si era o no el momento de hacerle una pregunta que le rondaba hacía meses y no creía poder vocalizar.

-Disculpe la molestia, señorita.

Esperanza, con la puerta entre abierta, se giró a mirarlo sin saber qué esperar.

-Dígame.

El hombre se retorció los dedos mientras aguantaba, a duras penas, la mirada de aquella mujer que le tenía robado el pensamiento.

-Ya sé que es un atrevimiento por mi parte, pero me preguntaba... si una

muchacha tan bonita como usted, tendría ya un marido o un novio que sería lo más normal del mundo con su porte y su decencia.

El tendero tragó saliva. Tenía la boca seca y mascullaba la sensación que había metido la pata.

Esperanza endureció su mirada, esquivando la suya. Quiso mentir, pudo hacerlo y tirar por tierra las ilusiones de aquel hombre que, claramente la pretendía, pero recordó la delicadeza con la había recogido, justo antes de llegar a desplomarse, ¿cuánto tiempo hacía que nadie la acariciaba?, su tiempo con José quedaba ahora muy lejos. Quizás era tiempo de seguir.

-Una vez me enamoré de un chico de mi pueblo, pero lo mataron en la guerra. No me he casado y no he vuelto a tener novio. Ya ve usted que soy un poco sosa y no dispongo de mucho tiempo para festejar.

El rostro del bodeguero se iluminó.

-Yo la encuentro muy agradable, -y se sonrojó-.

Un emocionado silencio se abrió entre ellos.

-Bien, pues no la entretengo más, cualquier cosa que necesite no dude en disponer de mi ayuda.

Mejórese.

-Gracias, lo haré.

-Disculpe que la moleste de nuevo. Es que... me preguntaba si podría... decirme su nombre. No sé su nombre.

Esperanza dudó hasta encontrar una respuesta. Ya a solas, en el rellano de la portería, sonrió.

LA LUZ

43

La vida es un enigma por descifrar. La de Soledad había sido la búsqueda de una paz, que nunca encontró, abrazándose a la muerte en sus últimos momentos, como la única salida. Había pasado por la vida como una hormiguita, un puntito minúsculo entre millones, haciendo el camino como los demás, dejando un vacío al irse.

La muerte, nadie sabe lo que es. Es el “off” de la vida. Es la pérdida, la tristeza, quizás la calma. Es la última broma del destino. El abandono de uno mismo y de los demás, como ahora Soledad, dejándolos atrás, saliendo definitivamente de sus vidas para no volver a dirigirlas, cortando el cordón, para dormir el eterno sueño del olvido, para rodearse de nada, para no ser más, cerrando el círculo, haciendo que todo tenga un sentido.

El entierro transcurrió sin incidencias en un viernes frío y duro como Soledad. Dentro de la iglesia de barrio, que acogía el féretro y a la familia, algunos sollozos profanaban el silencio húmedo de aquel santuario. Cabezas agachadas, rostros serios, sintiendo el dolor o el alivio que aquel ataúd representaba para cada uno.

Alba acompañaba a sus padres, y Dani acompañaba a Alba. El peso del remordimiento hundiéndola en el banco de madera de la primera fila, compartida con sus tíos y primos. Jaime se sentaba detrás de ellos, esquivando, una vez más, el lugar que le correspondía, dejándose acompañar por una mujer que Alba no supo reconocer. Cayó en la cuenta que, nunca se habían prometido nada, ni se pedían cuentas, ni se prometían fidelidad, ni nada de lo que suele hacer una pareja al uso. Porque no lo eran. Eran mucho más, y se moría por no poder sentarse a su lado y reposar la cabeza sobre su hombro y que Jaime le susurrara al oído que ella no tenía la culpa de lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera pudo despedirse al final del entierro, porque Jaime abandonó el cementerio el primero.

Alba no quiso regresar a su casa, dijo que pasaría el resto del día con Dani. Sus tíos y sus padres se marcharon juntos, a lamerse las heridas unos a otros. No quería verlo. Y Dani siempre era su puerta de atrás, esa que siempre dejaba abierta para que ella pudiese escapar.

Respetó su silencio y su tristeza sin interferir demasiado. Le bastaba con acurrucarse con ella en el sofá y dejar pasar las horas sin prisa. Cada día que

pasaba, le costaba más dejar aquel piso en el que se escondía. Hablaba con su madre por teléfono, y pasaba por su casa a ratos, pero las noches eran de Dani.

Mientras estuviese en aquel piso, estaba a salvo. Se refugiaba, del mundo, de sus padres, de su trabajo, de sí misma, sintiéndose triste y despreciable. La muerte de su abuela le había dolido doblemente, porque no sólo la había perdido como abuela, también como paciente, sabiendo que no había hecho lo suficiente para ayudarla a remontar su encierro. Era una derrota personal, pero también profesional.

Removía la cena de un lado a otro del plato, jugando con el tenedor, sin decidirse a probarla.

Su mirada, perdida en algún lugar muy lejos de aquella mesa en la que cenaba con Dani.

-Venga, Alba, cena un poco. Al final voy a empezar a preocuparme...

Sin levantar la mirada del plato confesó lo que la atormentaba: -Yo la encerré allí. Ella estaba furiosa y no pude ayudarla. Yo la encerré y ella se dejó morir, Dani, lo sé. Lo vi en sus ojos en la ambulancia, -escupió las palabras como si fuese el veneno que la corroía por dentro.-

Dani dejó los cubiertos sobre el plato y la miró preocupado.

-Alba, ese camino no te lleva a ninguna parte. Tú no la encerraste. Estaba muy mayor. Las cosas deben aceptarse tal y como vienen, culparte no va a servir de nada y no hará que te sientas mejor.

Sentía lástima por ver a la mujer que amaba derrumbarse, una y otra vez, sintiéndose triste y responsable. Sólo podía estar junto a ella, como hacía siempre.

-Deberías dejar ese trabajo, eso te ayudaría. Lo entenderán, todos lo entenderán. Además, llevabas tiempo pensándolo.

Dani la miraba impotente, mientras Alba continuaba con sus ojos puestos en la cena. Le dolía no poder consolarla, la rabia por no ayudarla más.

-Dios, deja ese trabajo y vivamos juntos. No te vayas más, Alba. Quédate conmigo, deja que cuide de ti.

La voz de Dani sonaba lejana y prometedora, tendiéndole una mano difícil de rechazar. Una mano a la que Alba era incapaz de aferrarse del todo.

-Tu solución para todo es que vivamos juntos, o eres tonto, o... en verdad me quieres.

Dani sonrió.

-¿Tú qué crees?

Alba calló, bajando de nuevo la mirada hacia el plato. Dani se levantó de golpe.

-Tengo algo que enseñarte.

Se dirigió hacia el pasillo que llevaba a la habitación y dejó que lo engullera sin encender ninguna luz. Alba lo escuchaba abrir y cerrar cajones, luego pasos volviendo a oscuras, llevando en sus manos un álbum de fotos antiguo. Dani arqueaba las cejas arriba y abajo, intentando captar la atención de Alba, como si llevara en sus manos una especie de tesoro. Lo dejó caer sobre la mesa y se sentó a su lado, olvidando ya su plato.

-¿Qué es esto?

-Un álbum de fotos familiar. ¿Preparada?

-Dani... no estoy de humor para ver fotos de gente que no conozco con pantalones anchos y camisas de colores chillones...

-No, no es eso.

Se puso serio, como en pocas ocasiones.

-¿Recuerdas el día que viste a mi padre en casa de tu abuela?

No esperó respuesta y abrió el libro, cargado de imágenes y recuerdos. Pasaba las páginas con rapidez, sin dar tiempo a Alba a fijarse en ellas, hasta llegar a una en la que se detuvo. Señaló una fotografía y dejó que Alba la examinara, y reconociese en ella las dos figuras que sonreían abrazadas, una junto a la otra, dando testimonio de un tiempo mejor en el que la amargura parecía haberse quedado detrás de la cámara. Se acercó, fijando la vista en una de las dos señoras que aparecían en la instantánea. Al fin dijo con asombro: -Es mi abuela, miró a Dani extrañada. ¿Qué haces con una foto suya?, ¿quién es...?

Dani se adelantó.

-Son tu abuela y la mía y... espera, aún hay más.

Continuó pasando hojas, buscando con las manos y los ojos aquello que quería mostrarle.

-Mira, aquí está. Es tu abuela con mi padre en brazos, cuando era pequeño, y en esta otra, está junto a mi padre y mi abuela, ¿ves?

Dani se apartó para que Alba se acercase y comprobara que era cierto.

-Estuve hablando con mi padre. Era verdad, nuestras abuelas se conocían desde jovencitas, no sé exactamente de qué. Ahora mi abuela está muy mayor y apenas sale de casa, pero no quiso faltar...

Alba le interrumpió.

-La vi. El día del entierro, junto a tu padre. Pero no supe quién era. No la

conozco, ni mi madre, ni mis tíos, ¿porqué?, ¿porqué mi abuela no nos habló de ella? Es como si hubiera llevado vidas paralelas.

El silencio recorrió el piso y se sentó frente a ellos, que continuaban mirando las fotografías.

-¿Cómo se llama?

-¿Quién?

-Tu abuela.

-Carmen.

-Carmen, -repitió Alba, concentrándose en buscar en su memoria aquel nombre, intentando deshacer la sensación de estar perdida en su propia vida,- no la conozco.

-¿A mi abuela?

-No, a la mía.

Tardó más de lo esperado en volver a su lugar de trabajo. Pidió unos días para estar al lado de su familia, dejando que las responsabilidades le resbalaran, como hacía siempre.

Su móvil se iluminó con una llamada. Identificó el número y estuvo tentada a dejarlo sonar.

Pero, finalmente, contestó. La directora, su jefa, la llamaba personalmente para trasladarle su más sentido pésame y el de todo el personal y lamentar no haber podido acudir al entierro. De paso, se interesó en saber cuándo tenía pensado reincorporarse al trabajo y preguntarle qué pensaban hacer con las pertenencias de su difunta abuela. Alba le aseguró que en breve, irían a recogerlas y que pasaría por su despacho para hablar de su reincorporación. La cuenta atrás empezó cuando acabó aquella conversación. Tenía menos de cuarenta y ocho horas para decidir si dejaba, o no, su trabajo.

-Mamá, a mí me hace tan poca gracia como a ti, pero tenemos que ir y recoger...

-Alba, lo siento, pero no me veo capaz. Además, ¿para qué queremos toda esa ropa?, llama al trabajo y diles que las cedemos al centro, para otros pacientes, ellos sabrán aprovecharla mejor.

-¿En serio?, ¿eso es lo que se te ocurre?, ¿regalar sus cosas?

-Alba, la abuela apenas se llevó nada más que ropa y cosas de aseo a la residencia, ¿crees que se perdería mucho si las cedemos al centro?, ellos podrán darle una utilidad y nosotros nos evitamos un mal rato.

-No creo que fuera eso lo que la abuela hubiese querido. Voy a ir a por sus cosas, vengas conmigo o no.

Paseaba nerviosa por el piso de Dani, enfurecida por el comportamiento de su madre. ¿Cómo podía ser tan...?

Después de horas de pensarlo y dudar, finalmente, hacia media tarde, se decidió a llamar.

-Jaime...

-Alba..., -hizo una pausa tratando de encontrar las palabras,- ...¿cómo estás?, pensé que necesitarías unos días... a veces va bien alejarse de todo.

-Sí, eso he hecho. Pero...

Un desconcertado Jaime respondía a la llamada, con la vaga esperanza

que Alba le echase de menos y volviese a él.

-¿Qué ocurre?

-Necesito que me ayudes.

-Claro, ¿qué pasa?

-Tengo que ir a recoger las cosas de la abuela al centro y... no creo que pueda hacerlo sola.

Sintió la respiración de Jaime al otro lado del teléfono.

-No deberías hacerlo tú. Llamaré a tu madre y a Miguel y nos encargaremos nosotros.

-Ya lo he intentado. Mi madre se niega a ir, prefiere regalar las cosas de la abuela al centro. Pero...

no creo ella quisiera dejar... bueno, ya no importa demasiado, pero es que... voy a ir a recogerlas, Jaime, creo que es lo justo.

-Lo que no es justo es que tengas que cargar también con esto. Debemos darte vergüenza. –Suspiró–.

Tranquila, yo iré contigo.

A la mañana siguiente, Jaime pasó a recogerla.

-¿Has desayunado?

Jaime la miraba con cara de sueño. Alba negó con un nudo en el estómago, Jaime lo intuyó.

-Alba, nadie tiene la culpa.

-Lo sé, pero... yo la veía cada día y... no pude ayudarla.

-La abuela no se dejaba ayudar.

Rodaban por la ciudad, cargando con demasiados remordimientos, en un día soleado y frío de cielo turquesa. Alba no pudo evitar cierto resentimiento contra todos ellos.

-¿Por qué, Jaime?, ¿por qué, incluso ahora, seguís manteniendo distancia con ella?

-Porque era ella. Y siempre había sido así. Tú la tuviste como abuela. Yo la tuve como madre... y tengo que vivir con eso el resto de mi vida. Era dura, Alba. Con ella y con nosotros. Alba, yo... no puedo explicarte mejor lo que siento. Además, no creo que deba justificarme.

-No pretendía..., lo siento.

-No, soy yo el que lo siente. Tú estás haciendo más de lo que te toca. Cuando acabemos con esto, tu madre me va a oír.

-No, por favor, no quiero que te enfades con ella por mí.

-No es sólo por ti, es por ella. Te manipula, te pide que te involucres

cuando debería ser ella la que diera la cara. Esta familia da asco, estás cargando con una responsabilidad que no es tuya.

-Jaime... no, por favor, no importa...

-A mí sí me importa, Alba. Debería...

Alba puso la mano sobre su rodilla. Jaime la miró preocupado un instante, abandonando la visión de la carretera.

-Dejémoslo, vale.

-Vale. Sabes que siempre voy a estar a tu lado, ¿verdad?

- Lo sé. -Se giró a mirarlo.- Pero desapareciste. Apenas pude verte en el tanatorio, ni el entierro...

Jaime la miró de reojo, sin dejar de vigilar la carretera.

-No la echaré de menos, Alba, pero con ella cierro un capítulo muy doloroso de mi vida. Verte a ti tan afectada hace que me duela más. Y... verte con Dani... una cosa es saberlo y otra tenerlo delante. Tuve que salir de allí. Espero que lo entiendas.

-Pero cada vez que te vas... me dejas sola.

-Ese es nuestro problema. Sólo podemos vernos a solas, y hay momentos que con eso no basta.

Verte y no poderte abrazar, ni consolar... eso me mata. Estos días están siendo muy difíciles, no sólo por lo de la abuela.

-Pero... venías muy bien acompañado.

-Tengo una vida. ¿Tengo que pedirte perdón por eso? En esa vida hay historias que no conoces, pero que forman parte de mí. No puedo cambiarlo.

-La miró con tristeza.- Esto va a ser siempre así.

Alba aguantaba su mirada a duras penas, casi a punto de echarse a llorar, aunque se resistía.

Jaime tenía razón, aquellos días no estaban siendo fáciles, y no sólo por la pérdida de su abuela.

-No me importa. No pienso dejarte.

Jaime devolvió la vista a la carretera.

-No tienes que hacerlo. Pero no me elijas a mí.

Alba sintió una punzada dolorosa en la boca del estómago, pero no quiso replicarle, porque sabía que tenía razón, aunque no quisiera oírlo. Llevó la mirada y su pensamiento fuera del coche, a través de los cristales, intentando aguantar las lágrimas.

Llegaron a la calle de la residencia.

-Voy a buscar aparcamiento. ¿Te dejo en la puerta? O, si prefieres puedes

acompañarme.

-No. Está bien, debo pasar por el despacho de mi jefa primero. Voy a dejar el trabajo.

Alba abrió la puerta del coche para salir. Jaime la frenó, sujetándola del brazo, evitando que se marchara sin darle explicaciones.

-¿Qué dices?, pero... ¿estás segura de lo que vas a hacer? Si por nuestra culpa pierdes tu empleo...

no podré perdonármelo...

-Tranquilo. Sonrió encogiéndose de hombros. Dani tiene razón, debería haberlo dejado hace tiempo.

Me da demasiados dolores de cabeza, y ahora... quizás es el empujoncito que me faltaba.

Jaime entendió que eran muchos los motivos que la movían a hacerlo, y la dejó bajar.

-Bien. Te esperaré en recepción, luego recogeremos las cosas de la abuela.

-Vale.

Hay gente que se pasa la vida sintiéndose miserable, sin serlo. Y otras que, siéndolo, son incapaces de sentirlo. Alba recogía las pocas pertenencias de Soledad, como si profanase su recuerdo, con miedo a descubrir entre ellas, algo más sobre su abuela, algo que la alejase de ella todavía más.

Jaime, a su lado, compartía, en silencio, la asfixia de aquella habitación que ya no olía a Soledad, removiendo su ropa, guardándola junto con una pequeña radio que la acompañó en tantos momentos rotos de sus últimos días. No se atrevía a mirar a Alba a los ojos por miedo a encontrarse con ellos y descubrir que la muerte de Soledad también le dolía.

Alba escudriñaba el fondo de los cajones, buscando, no sabía exactamente qué, cualquier cosa que le sirviera para reconciliarse con su abuela y consigo misma. Buscaba una razón, una explicación que Soledad en vida no le dio.

Jaime guardó las últimas prendas y cerró la bolsa. Se colgó, sobre el brazo, un abrigo que ya no cabía, y miró a su alrededor. Alba continuaba mirando los cajones del armario, pasando la mano por dentro, para no dejar escapar nada.

-Alba, creo que ya está todo.

Alba se incorporó y suspiró. No había encontrado nada. Se llevaban las mismas cosas que trajo su abuela consigo el día que ingresó.

-El libro, ¿era de la abuela?

Jaime señaló hacia el rincón. En la mesa auxiliar, junto a la cama, descansaba el libro que Soledad había cogido prestado de la sala de ocio del centro. Un libro olvidado por todos que ella quiso rescatar y que la acompañaba a todas partes. Ahora, abandonado de nuevo, esperaba ser devuelto a su lugar.

-No, pertenece al centro. Creo que ya lo tenemos todo.

-Bien. ¿Nos vamos?

Alba sentía que, si abandonaba aquella habitación sin encontrar respuestas, ya no sería capaz de encontrarlas nunca. Pero no había nada. Resignada se volvió hacia Jaime.

-Sí, vamos.

Salían de la habitación, cuando Jaime cayó en la cuenta.

-Oye, debería ir a buscar primero el coche y acercarlo hasta la puerta, no podemos pasearnos por media ciudad con tantas bolsas.

Alba las miró. Realmente pesaban. La idea de Jaime le pareció acertada.

-Tienes razón. Ves, te espero aquí.

Al salir Jaime, le dedicó una mirada cariñosa que Alba agradeció con media sonrisa. Ya casi habían acabado. Le faltaba muy poco para salir de allí y no regresar más. Dejando atrás mucho más que un sentimiento de culpa. Dejó las bolsas en el suelo y se sentó a esperar, sobre la cama que había sido la de su abuela, imaginando cómo había sido su estancia allí. Mirando por la misma ventana que, de noche Soledad, contemplaba la luna. Aprovechando aquel último momento para despedirse de ella. El libro, sobre la mesilla, le hizo recordar a su abuela, sorprendiéndola como siempre, el día que decidió adoptarlo y sacarlo de la estantería, donde acumulaba años y polvo. Lo cogió, empujada por un impulso o la necesidad de tenerlo en sus manos y sentir el tacto de aquel libro que acompañó a su abuela más que ella, el mismo tacto que notó Soledad.

Lo abrió por la primera página, igual que hizo ella el día en que le dio aquella extraña carta.

Y, entonces, lo vio. Estaba allí, todo ese tiempo había estado allí, escondido tras la tapa, un sobre blanco con su nombre: Alba. La letra era de su abuela. Buscó algo más entre las páginas. Nada.

Sólo un sobre con su nombre. Y las palabras de su abuela tomaron sentido: “te prometo que tendrás tus respuestas”.

Sus manos temblorosas sostenían el sobre con su nombre, sin saber qué

pensar. Suspiró satisfecha y amarga, pensando que, Soledad, siempre había estado lúcida, dejando los cabos atados, sabiendo que el sobre llegaría hasta ella o, moriría con el libro para siempre.

Se asustó. Deseaba conocer el contenido, pero... Jaime regresaría enseguida, y no deseaba hacerle partícipe del descubrimiento, al menos no de momento. Alba, nerviosa, lo guardó en el interior de su bolso. A los pocos instantes, Jaime apareció en la puerta.

-¿Lista?, tengo el coche abajo.

Recogieron las bolsas y abandonaron el edificio en silencio, sabiendo que poco más podían decir, encontrándose al paso compañeros de Alba que les daban el pésame y se interesaban por ella, dejando atrás a una mujer, Alina, que la envidiaba porque, Alba escapaba y ella continuaba encadenada a aquel lugar, esperando una oportunidad que tardaba en llegar.

Casi habían alcanzado la puerta de salida, cuando les salió al paso una anciana. Iba en silla de ruedas y Jaime observó que era de una fragilidad alarmante, aunque mantenía la compostura y la sonrisa traviesa.

-Alba, cariño... siento tanto lo de tu abuela. Lo siento muchísimo.

-Gracias, Clotilde.

Quedaron en silencio, ellos cargados de bolsas, intentando alcanzar la puerta. La mujer impidiéndoselo.

-Debes estar muy apenada. Sé cuánto te preocupabas por ella. Y ella también lo sabía, créeme.

Jaime, desconcertado, era espectador sin entender qué clase de relación mantenían Alba y aquella peculiar señora.

-Usted...lo sabía, ¿verdad?

Clotilde puso sus manos huesudas sobre las ruedas de su silla y las giró hacia adelante, acercándose a ellos, para hablar con más intimidad.

-Tu abuela... ya no le interesaba el mundo de los vivos. Era su hora, estaba preparada para marcharse. Ella así lo decidió, y si los jóvenes no podéis ni siquiera respetar eso... Mira qué sois tontos. Esas cosas no podéis decidir las vosotros, por mucho que creáis saber el funcionamiento del mundo... en realidad no tenéis ni idea. Acéptalo, Alba, y continua con tu vida. Recuérdalo, sólo hay una oportunidad.

Se quedaron en silencio, mientras las palabras de Clotilde calaban en su interior.

-¿Es que no vas a presentarme a tu novio antes de marcharte?

-¡Oh, no! No es mi novio, Clotilde, es mi...

-Chica, pues qué pena, porque mira que es guapo.

-Muchas gracias, señora. Acaba de ganarse mi corazón.

-No me lo digas dos veces, que todavía sería capaz de robártelo.

Jaime rió.

-Estoy seguro que sí.

-Bueno, y ¿quién eres?

-Jaime, -se presentó-, admirador de Alba y, ahora, también suyo.

-Vaya, no me habías dicho, que era tan simpático. Mira, Jaime, si Alba no se decide, ya sabes dónde estoy.

-Por supuesto.

Le cogió la mano, besándola. Clotilde le sonrió, coqueta. Alba miraba la escena, entre divertida y perpleja. La señora Clotilde era todo un carácter, iba a echarla de menos. La anciana cogió la mano de Alba y la puso junto a la de Jaime, poniendo la suya sobre de las dos.

-Hacéis una bonita pareja.

-No somos...

-Ya sé lo que has dicho. -Hizo una pausa, mientras la miraba fijamente-. Pero también sé lo que veo. A mí no tienes que darme explicaciones, me da igual el nombre que le deis, eso es asunto vuestro. Sólo te pido que vivas, mucho y mucho tiempo. Y... que me traigas algunos bombones de vez en cuando, eso estaría bien.

Y sonrió, mientras se apartaba de la entrada, dejando la salida libre. Alba asintió, dándole un beso en la mejilla, Jaime la saludó y salieron hacia el exterior.

Ya en el coche, Alba respiraba inquieta. Jaime, antes de encender el motor, se preocupó por ella.

-¿Estás bien?

-Ha sido más duro de lo que pensaba.

-Lo sé, por cierto... ¿qué acaba de pasar ahí dentro? ¿Soy el único al que le ha dado un escalofrío lo que ha dicho esa mujer?

-Es... especial, ve más allá, lo que a nosotros se nos escapa.

Miró a Jaime, y sonrió.

-Le has gustado.

-Bueno, eso no es difícil...

-Creído.

-Quizás, pero he ligado.

-Sí, con una abuela centenaria...

-No estarás... ¿celosa?

La miraba, de aquella manera que la desarmaba y hacía que lo deseara.

-Gracias, -dijo mientras se acomodaba en el asiento, dejando caer la cabeza en él-. Creí que no podría hacerlo...

Jaime apartó un mechón de pelo de su rostro, llevándolo hacia atrás, acariciando al dejarlo, su cuello. Alba cerró los ojos un instante. Pensó que no bastaba sólo con creer en él, eso no bastaba.

Podría haber sido todo tan fácil... y, sin embargo, lo tenían todo en contra, como si la vida fuese al revés y ellos intentasen acoplarse, sin conseguirlo.

-¿Qué somos?

-¿Qué?

-Jaime, ¿qué somos?

-¿Tenemos que tener un nombre?

-No, pero... ¿qué soy para ti?

Jaime cogió aire, mientras pensaba en la respuesta.

-Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Desde que estás conmigo, soy mejor, soy más, y... sé que puede que acabemos y nos hagamos daño. Pero no importa. Porque siempre te tendré.

¿Qué eres?, no sé... un regalo, una visita, una amante, una sobrina, una mujer maravillosa y perdida que me permite compartir con ella su tiempo y su cuerpo y su visión particular del mundo. Y... a la que no quiero perder por nada del mundo.

-Joder, Jaime, ¿cómo voy a casarme con otro si contigo tengo lo que quiero?

-Pero no lo tienes todo, y los dos lo sabemos.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos. Jaime miró hacia atrás, las bolsas ocupaban parte del asiento trasero del coche.

-¿Qué hacemos con ellas?

-No sé. Deberíamos dejarlas en el piso de la abuela. Tengo llaves. Las dejaremos allí hasta que decidáis qué vais a hacer con él.

-¿Seguro que quieres hacerlo?

-¿Se te ocurre algo mejor?

-Me refiero a si estás segura de querer ir hasta el piso de la abuela. Puedo ir solo.

Alba suspiró, cansada.

-Voy contigo.

El coche arrancó, dejando atrás los céntricos callejones, saliendo de aquella maraña urbana que Alba odiaba.

Al llegar al portal, varios vecinos se arremolinaron a su alrededor, lamentando la pérdida de Soledad. Se deshicieron de ellos y entraron rápido en el bloque de pisos. El interior del portal, frío y oscuro, les recibió. Subieron y Alba buscó en su bolso el juego de llaves de casa de su abuela.

Entraron y dejaron las bolsas sobre el sofá. Incrementando la sensación de vacío en aquella casa, porque, de vivir Soledad todavía en ella, nunca lo hubiera permitido. Jaime pareció sentirlo, intuyendo que, aunque hubiese muerto, su huella había quedado impresa en cada uno de ellos.

-¿Las dejamos aquí o...?

Alba se encogió de hombros.

-Creo que las llevaré al dormitorio, estorbarán menos.

El piso estaba en penumbra. Mientras su abuela había vivido en él, siempre tenía las cortinas corridas en invierno, permitiendo que el sol entrara y calentara la estancia, ahora más bien fría.

Cuando el invierno remitía, le gustaba abrir las ventanas y dejar que el aire fresco y perfumado de sus flores, entrase, invadiendo todos los rincones del piso. Alba apartó las cortinas hacia un lado y pudo ver el pequeño balcón al que Soledad dedicaba horas enteras, ordenando y saneando sus plantas, algunas, sólo pequeños tallos en los que creía, como nunca había creído en ninguno de ellos.

Alba sintió su presencia y le pareció que todavía podía verla, allí mismo, en su balcón, regando su pequeño jardín. Jaime la sorprendió ensimismada en sus pensamientos, mirando a través del vidrio.

-¿Qué pasará ahora con este piso?, ¿qué será de todos estos tiestos y plantas?

Jaime miró hacia fuera, sin responder. Alba se desplomó.

-La anciana de la residencia tiene razón, tengo tanto miedo a vivir, que paso de puntillas, cuando debería estar exprimiendo lo que me quede de vida.

-Suspiró, abatida-No quiero acabar como la abuela.

Jaime la abrazó superando cualquier obstáculo, porque ella le necesitaba. Él la necesitaba.

-Eso no ocurrirá, lo sé. Créeme, tú no eres como ella.

Cuando hubieron cerrado la puerta del piso de su abuela tras ellos, supo que la estaban dejando atrás para siempre.

Alba no quiso regresar a su casa, ni a casa de Dani. Jaime propuso comprar algo de comer para llevar y que almorzaran en su casa. Antes siquiera de empezar a comer, hicieron el amor, de una manera calmada, en silencio, como dos viejos amantes, gravando en sus memorias el sabor del otro. Lo que pasase, de ahora en adelante, era una incógnita. Alba permanecía a su lado, todavía en la cama, jugando con sus dedos. Jaime tenía la mirada perdida.

-¿Qué piensas?

-Que quizás, sí que hacemos una buena pareja.

-La mejor. –Alba hizo una pausa para reunir el valor de hacerle una pregunta.- ¿Qué nos pasaría si me casase con Dani?

Jaime la miró, buscando sus ojos, acariciándole el pelo.

-Nada.

-¿Nada?

-¿Qué iba a pasar?, nada nuevo. Nadie sabe que nos acostamos, ni siquiera saben que nos hablamos.

Así que, seguiría siendo el hombre en la sombra. Nunca te dejaré, pero... entenderé que las cosas cambien y que no quieras... bueno, entenderé que seamos sólo amigos.

-¿Sin sexo? –preguntó Alba. Jaime asintió. ¿Estás loco?, ¡si es lo que mejor haces!

Jaime soltó una risotada, y se abalanzó sobre ella, besándola en la boca.

-Jaime... ¿por qué no nos quedamos aquí, para siempre?

-Es la mejor proposición que me ha hecho nunca una mujer desnuda. Aunque tengo otra para ti que te va a encantar.

Alba se incorporó, y lo miró curiosa.

-¿Traemos la comida a la cama?, ya debe estar casi fría...

Alba lo celebró, sintiendo que estaba viviendo más que nunca. Y el miedo, acechando debajo de las sábanas, la estremeció. Todavía debía tomar una decisión con Dani, ¿de verdad quería casarse con él?, ¿de verdad quería perderlo?, ¿de verdad Jaime estaría a su lado?

Aquel sobre le quemaba dentro del bolso.

A media tarde se despidió de Jaime, dejándolo solo y medio desnudo en su piso de eterno soltero. No quiso que la acompañara, le dijo que le vendría bien pasear un rato y despejarse.

Además, no le parecía bien que la llevase hasta el piso de Dani.

Vagó despacio por una ciudad que se había hecho mayor, como ella, a su ritmo y a la que no soportaba, porque le recordaba demasiado quién era. Y, Alba se esforzaba en olvidarlo y ser más libre, intentándolo, una y otra vez, volviendo siempre al mismo lugar.

Entró en un bar de uno de los callejones más apartados del centro. No estaba muy lleno, así que le daba la tranquilidad que iba buscando para poder decidir si iba a leer o no el sobre que había encontrado esa misma mañana. Tardó en decidir si estaba lista para enfrentarse a los reproches que su abuela le quisiera hacer desde la tumba. Imaginó sus palabras, hirientes como siempre. Pero... ¿y si su abuela quisiera despejarle, finalmente, las dudas?

Abrió el bolso y cogió el sobre que Soledad había escondido para ella. Lo sostuvo unos momentos, observándolo. Tan sólo su nombre: Alba, en la caligrafía titubeante de su abuela. Podía romperlo, tirarlo en alguna de las papeleras del bar, salir de allí y olvidarse de él, dejar de mirar atrás y empezar de cero junto a Jaime.

Recordó el rostro de su abuela, cansado, sabio; sus grandes manos temblorosas; su fuerza, escapándosele por los poros de su piel madura... y creyó que se lo debía, que su deber pasaba por abrir aquel sobre y enfrentarse a él, como un último gesto de sometimiento a la voluntad de Soledad.

Nerviosa, abrió el sobre, todavía sin saber si deseaba o no conocer su contenido. Respiró profundamente, para darse un momento más. El corazón latiendo acelerado. La incertidumbre, la duda jugando con ella, distrayéndola. Se mordisqueó las uñas, intentando saber qué contenía.

Quizás esperaba demasiado, o quizás no esperaba nada. En el interior, unas hojas de papel escritas a mano, la letra de su abuela. Parecía una carta. Leyó.

Querida Alba:

Mi nombre, aunque así lo habéis creído siempre, no es Soledad, y no soy

tu abuela...”

Vértigo, fue lo que sintió al leer la primera línea. Un vértigo que la envolvía, olvidándose ya del bar donde se encontraba, sólo sintiendo como caía, y caía... mientras se volcaba en la lectura de aquellas hojas, preguntándose qué sería lo que le quedaba por descubrir. Se entregó al relato, siguiendo su estela, sin saber a dónde la llevaría, con la sensación de tener en sus manos la clave del enigma que fue para todos Soledad.

La tarde languidecía, mientras Alba descubría, a lo largo de las páginas, una historia prohibida, oculta, amarga y triste, un conmovedor relato de lo que había vivido Esperanza, hasta llegar a convertirse en Soledad. Todo lo que fue, lo que ocultó, para sorpresa y estupor de Alba que, ni remotamente, había imaginado jamás que, aquella mujer poderosa y de carácter fuerte, arrastrase un lastre tan pesado, un secreto, una historia en la que ella y sólo ella era la protagonista.

“...debes saber, mi querida Alba, que hay cosas que pesan más que otras en nuestra conciencia y a las que tememos por encima de todo. Cuando me encontré con tu abuelo, Fermín, yo estaba sola, viendo cómo me arrebataban todo lo que tenía: Carmeta se casaba y se llevaba al hijo de José, Pep, lejos de mí. Tu abuelo estaba solo, tenía tres hijos a su cargo: Aurora, Miguel y... Jaime. Sólo me faltó mirarlo a los ojos para saber que me necesitaba. Yo los crié, pero no soy su madre, y en rigor, tampoco tu abuela, a la que no conocí y poco puedo decirte de ella. Obligué a tu abuelo a hacerlos pasar por mis hijos, con la única intención de ponerlos a salvo. Eran tiempos difíciles y peligrosos.

Fermín me contó, antes de casarnos, que la madre de los chicos le había abandonado por otro hombre, alguien influyente, nunca supe quién, pero creía que él y los niños podían estar en apuros si los localizaban. Una familia decente no levantaba sospechas ni recelos entre la gente del barrio. Por eso, lo hicimos. Hasta hoy. La única que pueda acordarse de aquello es Aurora, los demás eran demasiado pequeños. Tu abuelo y yo nos salvamos mutuamente y siempre me aceptó, a pesar de mi pasado y mis silencios. Supo mi verdadero nombre antes de morir, se lo debía. Nadie más lo sabe, sólo tú, también te lo debía. Nunca quise involucraros en mi pasado manchado por la vergüenza y la pena. Por eso siempre os mantuve al margen, unos de otros, y así pude mantener el contacto con Carmeta y su hijo, mi querido Pep, el hijo que nunca tuve. Aquel día que lo viste en casa, conmigo, supe que sería

cuestión de tiempo que acabases descubriendo algo. Sí, Alba, la duda que te asalta es cierta, Dani es nieto de José, mi querido y amado gitano. La vida es extraña y misteriosa y ha querido que el camino de estas dos familias vuelva a unirse, no me preguntes por qué, pues no tengo la respuesta, quizás tú la descubras junto a él. Por eso tú debías conocer esta historia, aunque no haya tenido el valor para contártela en vida. Fui egoísta y quise seguir siendo tu abuela hasta el final. Alba, debes encontrar tu camino y ser feliz junto a Dani, como yo no pude serlo con su abuelo. Mi historia es mi legado, confío que te ayude a salir de la encrucijada en que estás y que encuentres el valor para decidir hacia dónde quieres que vaya tu vida. Siempre tu abuela: Esperanza”.

Cómo sobrevivir a la vida, cuando uno es totalmente consciente de él mismo, de su existencia, de sus limitaciones, de su infinita ignorancia, insoportable carga para continuar. Cómo soportar la verdad, cuando nos han tenido engañados, viviendo en la penumbra. Cómo conocerla sin que nos duela.

Cuando Alba acabó de leer la carta, casi había anochecido. Sentada en el bar, frente a una mesa en la que acumulaba varias consumiciones, se sintió incapaz de moverse. Las respuestas aparecieron ante ella, descolocándola, estallándole en la cara. La vida entera era diferente, sin llegar a asimilar el alcance de las revelaciones que su abuela acababa de hacerle.

Las imágenes se amontonaban en su mente, su abuela en la ambulancia; el día que vio a Pep con ella; Dani; su madre; Jaime, y tantas otras que imaginaba del revelador relato que acababa de leer, la historia de una vida: Esperanza, José, la guerra, su familia, Carmeta... todo parecía quedar tan lejos, y sin embargo era tan real... Su abuela había querido que ella conociera la verdad, haciéndole un gran regalo, y ahora... ¿cómo seguir?, ¿cómo no hacerlo?

Dobló las hojas para devolverlas al sobre, y tropezó con algo más que había dentro. Una tarjeta. Un trozo de cartulina blanca, con el nombre de Jaime. Lo cogió para examinarlo. Y al girarlo vio que había algo escrito que no entendió.

Aturdida, pagó la cuenta y abandonó el bar. Sin saber qué camino coger, ni lo que debía hacer ahora. Pensó en Jaime. ¿Sabría algo de todo lo que había en la carta? No había mensajes para nadie más. Sólo la carta y aquella pequeña tarjeta.

La confesión de su abuela la había dejado confundida, porque acababa de mostrarle el pasado para que entendiera su presente, y ella... no dejaba de pensar en tantos detalles que ahora cobraban sentido, una razón de ser y... estaba aliviada, y triste, y feliz, y... todo a la vez.

Alba había encontrado la luz. Y esa luz la guió, encaminando sus pasos, desde las callejuelas del centro hasta la puerta que esperaba que se abriera para ella.

-Alba, ¿qué pasa?, ¿estás bien? Estás...blanca...

Sonrió, al escuchar su voz.

-Quiéreme. –Dijo en un susurro.- Quiéreme, aunque no lo merezca.

Y el abrazo que vino luego, lo dijo todo. Y un susurro cerca de su oído la tranquilizó, “cómo no voy a quererte...” Y sintió que ya no caía, que aquellos brazos la sujetaban, y el mundo dejó de girar a su alrededor, poniendo orden a su caos.

Ya de vuelta al asiento del tren, que le llevaría de regreso a casa, Pablo García repasaba, mentalmente, aquel extraño día. A sus sesenta y seis años experimentaba el odio y la pena que nunca antes había conocido. Estaba triste y cansado, pero llevaba junto a él, de compañera de viaje, la satisfacción de haber hecho bien las cosas, y no dejar asuntos pendientes, que era la única manera que conocía de poder conciliar el sueño de noche. Intentó cerrar los ojos, pero la imagen de Soledad venía a su mente, una y otra vez. Cuando entró en el box de urgencias, que olía demasiado a muerte, se encontró con la derrota echada en la cama. Avanzó temeroso hacia ella, calibrando sus fuerzas, sin saber cuánto tardaría en caer el muro que los separaba. No la conocía, pero la sintió fuerte. Su mirada era poderosa, como los misterios que encerraba. Aquellos ojos oscuros y grandes, como los suyos, le gritaban asustados y le agradecían, llenos de lágrimas, las palabras que había venido a decirle: “Yo te perdono”.

Era la hora de partir. El tren arrancó con un brusco tirón, iniciando la marcha. Se acomodó en el asiento, buscando un descanso que no encontraba. No se atrevía a cerrar los ojos por miedo a verla de nuevo y a la muerte, acechando junto a ella, aguardando que fuese su hora para arrancarla de allí.

Pablo García repasaba mentalmente sus acciones. Era agua pasada, ¿qué podía hacer si no?

Era hora de cerrar heridas. Palpó la carta que Soledad le había envidado y que llevaba con él, y la sacó del bolsillo interior de la chaqueta. La observó largamente, pensando cuánto mal podía hacer una simple hoja de papel, un papel en el que se graba con tinta un trozo de alma.

El persistente traqueteo del tren se agarró a su cuerpo, meciéndolo, consolándolo, llevándolo a casa, devolviéndole el temple y la calma que aquella carta le robó. Y sintió la necesidad de releerla, para que dejara de atormentarlo y poder seguir su camino, dejándola a ella atrás: “Estimado y desconocido sobrino:

Ignoro si conocías o no de mi existencia, no sé si Angelita, tu madre y mi cuñada, te habría hablado alguna vez de mí, Esperanza, la hermana pequeña de tu padre, mi hermano mayor, Pedro.

Estoy segura que te extrañará que, después de pasarme la vida intentando

olvidar quién era y todo lo que tuviera que ver con vosotros, me haya acordado de ti, precisamente ahora que veo el final de mis días. No puedo abandonar este mundo sin mirarte a los ojos y pedirte perdón.

Con diecinueve años, salí del pueblo con una pena en el alma, miseria en los bolsillos y la única obsesión de no volver jamás. Atrás dejaba mi infancia, mi inocencia y una parte de mí que, no podía llevarme porque para sobrevivir necesitaba olvidar.

Ahora, con ochenta y seis años, sigo esperando el olvido, que no llega y sigo recordando. Mi lucidez ha sido mi castigo. Mi conciencia me ha acompañado, sin dejarme ni un solo minuto de paz.

Me lo merezco. Ahora sólo aspiro a que la muerte se apiade de mí y me haga descansar.

Antes de que eso ocurra, debo hacer algo por mí, pero sobretodo por ti, porque te lo debo. Te debo más de lo que imaginas. Las escrituras a tu nombre de los terrenos en el pueblo que me dejaron mis padres al morir, tus abuelos, puede parecerte mucho, puedes no entender, pero créeme, yo no los merezco. No es un regalo, es un pago. Aunque... no es nada comparado con lo que yo te arrebaté y que nunca podré devolverte.

Por aquellos tiempos, la vida en el pueblo era muy dura, y los sueños de una muchacha joven quedaban relegados al buen o mal parecer de su familia. Al crecer, me enamoré como sólo puede uno enamorarse una vez, un amor adolescente y ciego que no me dejaba ver más allá. Mi familia no lo aprobaba y los hombres de casa estaban furiosos conmigo, porque les desafiaba, sobretodo mi padre y mi hermano Pedro, tu padre. Me convertí en una cruz con la que todos ellos tuvieron que cargar y una vergüenza con la que tenían que convivir. Por eso me marché, por eso y por...

El día antes de que escapase de allí, tuve que llevarles al campo, donde trabajaban, la cesta de la comida. A la vuelta, tu padre me siguió. Cansado de mi actitud, rabioso y herido en su orgullo, quería, a toda costa, hacerme entrar en razón. Veía como el abuelo debía agachar la cabeza mientras oía comentarios míos a su espalda. La ira se apoderó de él, a solas conmigo, en mitad del camino.

Me empujó, me abofeteó y escupió. Nada podía hacerme daño, porque mi alma ya estaba rota. El amor de mi vida había muerto al regresar de la guerra, a la que lo mandaron, injustamente. No sobrevivió a las heridas.

Aquel día, el destino quiso jugar con nosotros, llevándonos al límite a tu padre y a mí. Tu padre gritaba, y, entre carcajadas me confesó que había sido

él el culpable de que aquel muchacho de ojos dulces acabase en la guerra y muerto.

Explicaba, sin compasión, cómo lo había delatado, mandando a un inocente a morir, la manera más fácil de apartarlo de mi vida. Tu padre se reía de mí, de mi dolor, de mis lágrimas, escupiendo una verdad que me quemaba la piel.

Sólo quería que se callara, que dejara de reír, que me dejara llorar en paz. Sentí el dolor transformarse en rabia, en odio, mientras tu padre maldecía su nombre y el mío. Me volví loca, Agarré lo primero que encontré a mano y lo lancé. Sólo quería que se callara. La piedra lo alcanzó, aplastándole la cabeza, dejando el ruido seco, dentro de mí.

Yo maté a tu padre. Quedó estirado en el suelo, sobre un charco de sangre. Salí corriendo y volví a casa. Aquella madrugada me marché, dejando a mi hermano muerto en el camino. Tal y como estaban los tiempos, supongo que a nadie le extrañó encontrar un cadáver más, pero yo no he tenido un solo día de descanso desde entonces. Todos los días me miro las manos y aún puedo verlas manchadas de sangre, mi sangre, tu sangre. Dejé a tu madre viuda y embarazada, y a ti, huérfano antes de nacer. Lo siento, tanto. Debes cobrarte la deuda y saber que, si hay un cielo y un infierno, tu padre y yo nos encontraremos en el mismo lugar.”

La boda se celebró, tradicional y sencilla, sintiendo el cariño de los que les acompañaban y la fuerza de los que ya no estaban. El ramo, como manda el buen gusto y la madre de la novia, fue llevado a la tumba de los abuelos, los grandes ausentes. En el pensamiento de todos, la abuela, indistintamente de cual fuese su nombre.

Se dieron el sí, en una capilla de montaña y celebraron el banquete en una masía preparada para la ocasión, de hermosos jardines, donde los novios se fotografiaron con todo aquel que quiso posar junto a ellos. En boca de todos la curiosa historia de amor entre los recién casados, a los que no imaginaban pasando por la vicaría. Caras conocidas, vestidos largos, sonrisas y una copa de cava para brindar por la felicidad de la pareja, en un atardecer de julio.

No sabía si aquel era su sueño, pero allí estaba, disfrutando el momento, viviendo, tal y como había prometido a la anciana Clotilde, saboreando el cava y los aperitivos, los saludos y los besos, como protagonista del acontecimiento. Aurora, ejerciendo de anfitriona, no se separaba de ella, colocándole bien el vestido, demasiado sencillo para su gusto, pavoneándose, aceptando cumplidos, como reina y señora de la fiesta.

Alba lo dejó todo atrás, abandonando el salón en el que cenaban y a los invitados, esperando los postres. Hacía rato que veía la luna observarla entre los enormes ventanales que los separaban del exterior. La sentía a su espalda, iluminándola, esperándola en el jardín, testigo de su vida, igual que lo fue de la de Esperanza. Respiró el aire húmedo y cálido de la noche, mientras miraba cara a cara a aquel punto blanco en un cielo sereno, sintiendo el aroma del verano dentro de ella, estremeciéndola.

Unas pisadas a su espalda, la hicieron sobresaltarse. Se giró y sonrió. Jaime se aproximaba a ella, mirándola intensamente, de aquella manera tan peculiar que él tenía de mirarla y desearla. Se acercó y la besó en la mejilla.

-Jaime, me has asustado.

-Perdona, no lo pretendía. Estabas tan... concentrada. ¿Va todo bien?

-Sí. Sólo quería un momento para mí.

-Lo entiendo. –Sonrieron, tímidamente- ¿Te he dicho que estás preciosa?

Le dijo sin dejar de saborearla con la mirada.

-Unas veinte veces.

-¿Sólo? Estás preciosa.

Hubo un silencio intenso. Alba lo miraba cariñosa.

-La abuela solía salir al balcón a mirar la luna. Le recordaba a su pueblo.

Al verte... me la has recordado.

Cogió el vaso que Jaime traía y tomó un sorbo. Se lo devolvió, mirándole.

-Jaime, yo...

-Tranquila, estoy bien. Ya hemos hablado de esto muchas veces. Has hecho lo correcto.

Cogió su mano, jugueteando con sus dedos, mientras la miraba, provocándola.

-Por cierto... ¿quedaría muy mal si te seduzco el día de tu boda?, no te imaginas lo que te haría debajo del vestido...

Alba sonrió. Jaime estaría con ella, siempre.

-Eres un obsceno, deja ya de imaginarme o...

-O... ¿qué?

-O tendré que llevarme el vestido a tu casa para... jugar contigo...

-Estoy deseándolo, ¿cuándo dices que vuelves de la luna de miel?...

Jaime seguía jugando con sus dedos, incapaz de nada más, por miedo a ser descubiertos por algún invitado. Alba retiró su mano y ensombreció el rostro.

-Jaime, hay algo que... no te he dicho. Algo que puede no ser nada, pero que quizás sea importante.

Es algo sobre la abuela...

-Ya empezamos, pensé que habías dejado de torturarte por eso...

-Jaime, me dejó una carta.

Se miraron. Alba escrutaba el rostro de Jaime en busca de alguna reacción.

-¿Una carta?, ¿qué clase de carta?

-Supongo que me puse tan pesada con ella en la residencia que... pensó que me debía algunas respuestas.

-¿Te escribió una carta para despedirse de ti?

-Más o menos. Me explicaba muchas cosas, Jaime, cosas por las que yo le pregunté y otras por las que no, y ahora... no sé qué hacer con tanta información.

-No sé qué esperas que yo...

-Jaime, la carta llevaba mi nombre, iba dirigida a mí, pero... hay cosas que... deberías leerla.

Además, había algo más.

-¿Algo más?, ¿qué?

Alba se calló. Detrás de ellos, unos pasos acercándose.

-Estás aquí. Te estaba buscando. Sería imperdonable que te perdiera ahora que por fin he conseguido que te casaras conmigo. Debemos volver, nos esperan para el pastel.

Dani llegó hasta ellos impecablemente vestido de novio, con la mirada más dulce y feliz que jamás había lucido, una mirada heredada de su abuelo. Jaime lo miró con recelo. Alba le sonrió y fue hacia él. Se volvió:

-¿Vienes?

-Sí, ahora os alcanzo. Por cierto, todavía no había tenido la oportunidad de desearos lo mejor, felicidades, espero... -y, por un momento, sintió como se le atragantaban sus palabras-, espero que seáis muy felices.

Alba entró en el salón de la mano de Dani, su marido, sintiendo que fuera dejaba una parte de ella misma sin la que, no sabía si quería vivir.

El móvil vibró en el bolsillo de su americana. Lo dejó sonar. Cuando salió de la reunión de trabajo, en el despacho de uno de los socios de la empresa, y se supo solo, lo miró. Una llamada de Alba. Tan sólo hacía dos días de su boda. Se extrañó. Tuvo que reconocerse que, al principio, cuando Alba le dijo que iba a casarse con Dani, se le encogió el estómago pensando en la posibilidad de perderla. Pero era Alba... y ella lo quería todo, porque era incapaz de elegir. Pero esa llamada...

-Hola, Jaime.

-¿Qué pasa, pequeña?, ¿ya te has cansado de ser una mujer casada?, es imposible, si sólo hace dos días que...

-Muy gracioso, sí señor. Tengo que verte.

-Ah, ¿sí?, y ¿en qué estás pensando exactamente?

-Tengo que hablar contigo. ¿Recuerdas lo que te dije de la carta?

-Alba... sabes que te adoro y que haría cualquier cosa por ti, pero, en serio... tienes que pasar página y dejar de obsesionarte con la abuela...

-Jaime, tienes que leerla. Y luego hablamos. -Al otro lado del teléfono, silencio-. Por favor.

Suspiró.

-¿Cuándo?

-¿Te va bien vernos para comer?, luego tengo que volver al restaurante de la boda a recoger unas cosas y no quiero que se me haga muy tarde.

-Vale, comemos. – Miró su reloj-. En una hora en mi casa.

-Gracias, llevaré comida.

-Más te vale. Esto es una encerrona y lo sabes.

Alba llegó puntual, aunque Jaime ya estaba allí. Se había abierto una cerveza y se había quitado la americana. En camisa, le pareció irresistible, pero se lo quitó de la cabeza en seguida, porque lo que había que decirle le quemaba desde hacía tiempo y no quería demorarlo más.

-Hombre, ya está aquí la novia del año. Sí señor, tan increíble y... tan adúltera. –Se mofó-.

- No te burles. No he venido a... -se justificó- ...vengo a enseñarte algo.

-¿Una cerveza?

-Sí, por favor.

Alba se acomodó en el sofá, y cogió la cerveza que Jaime le tendía.

-¿Y la comida?, ¿no querrás matarme de hambre?

-En la bolsa, pero quizás primero... la carta.

Jaime puso los ojos en blanco.

-Si no fueras tan adorable, serías insufrible, espero que lo sepas.

Jaime se sentó junto a ella, armado de paciencia.

-Antes de que la leas tengo que decirte algo. –Alba hizo una pausa, mirándolo detenidamente-.

Dentro del sobre dónde guardaba la carta, había una tarjeta.

-Y... ¿qué es?

-No lo sé, pero lleva tu nombre.

-¿Cómo? -Jaime, extrañado, se levantó de su lado-Y... ¿puedo preguntar por qué no me habías dicho nada?

-No sabía si debía contártelo, la carta era para mí, pero... por alguna razón que desconozco... la tarjeta es para ti. Así que decidí que debías tenerla y conocer la existencia de la carta. Aunque antes tenía que ordenar ideas, tomar decisiones, estar preparada...

-Sí, -dijo Jaime en tono irritado-, preparar una boda, por ejemplo.

-Jaime, eso no es justo.

-Y, ¿ocultarme cosas sí lo es?

-No te lo he ocultado, sólo que... esperaba el momento.

-Pues el momento no pudo ser el mejor: el día que te casabas con otro. ¿Podrías ser más retorcida?

-Jaime estás siendo injusto y lo sabes. –Alba alzó la voz- ¡No me casaría con otro si hubiera tenido al opción de hacerlo contigo, imbécil!, ¿es que no

lo ves?

Un silencio atronador los envolvió. La mirada de Jaime, pasó de enfado a decepción, para acabar en derrota. Por fin había escuchado la verdad, lo que de verdad Alba sentía. Se sintió roto al escuchar aquello, a gritos, en mitad del salón. Alba creía que no había luchado por ella. No lo suficiente. No había nada más que decir.

- Creo que deberías marcharte.

-Jaime, por favor. Escúchame...

-Ha quedado muy claro, Alba.

-No. No hay nada claro en ninguna parte. Yo lo sé ahora, después de entender lo que la abuela quiso explicarme. Todo esto empezó por ella, no dejes que acabe aquí. Dime, al menos que la leerás.

Jaime, en silencio, no contestó. Alba dejó la carta encima de la mesa y salió del piso de Jaime, por primera vez, con la sensación de haberle fallado. Sólo esperaba que aceptase leerla y perdonarla.

Cuando Alba se hubo marchado, se sintió traicionado. Él, que le había empujado a hacer lo correcto, que era capaz de mantenerse en segundo plano, sólo para que ella pudiera tener una vida plena junto a Dani. Se sintió un perdedor, como alguien capaz de rendirse. La odió, la odió tanto que le dolió. Le dolió tanto que quiso llamarla para que volviera, lanzarla sobre su cama y hacerle el amor, muy fuerte, para que sintiera su dolor. Pero no lo hizo. Se abrió otra cerveza y la llevó hasta la mesa, dónde Alba había dejado la dichosa carta. Soledad conseguía fastidiarlo hasta después de muerta, manipulando a Alba, y ella ni siquiera era consciente de ello.

Decidió acabar con aquello, de una vez por todas. Cogió la carta entre sus manos, la miró y...

49

Alba se dirigía en coche hacia el lugar de su boda. Iba sola, Dani, ultimaba pequeñas cosas en el trabajo para poder irse tranquilo de viaje de novios.

Jaime, todavía sin salir de su cabeza, le preocupaba, nunca se había enfadado con ella. No quería hacerle daño, sólo quería que continuase cuidando de ella, y no había sabido decírselo. Le llamaría más tarde, odiaba dejar así las cosas con él, dejándola intranquila, mientras conducía hacia la masía.

Se miró varias veces el anillo enlazado a su dedo, que embellecía su mano, sintiéndose una mujer con dueño, definida por su categoría de casada. No tardaría mucho, sólo tenía que recoger algunos detalles y volvería a casa con Dani, pletórico desde que le dijo que se casaría con él. En su mirada llena, Alba notaba que todavía tenía mucho por darle.

Puso el intermitente que la sacaría de la autopista. El lugar, una antigua masía reformada para eventos, olía a montaña y a primavera y parecía un decorado, un escenario diseñado para momentos felices y días especiales. Un lugar de caminos bordeados de piedras y de caballos pastando libremente en su recinto.

No tardó en llegar, pero se encontró el aparcamiento vacío. Miró su reloj, quizás llegaba demasiado pronto y el personal llegase más tarde. Decidió esperar durante un rato en el frescor del aire acondicionado del coche. El día era bochornoso y gris y, el sol, parecía una sombra redonda, camuflada entre nubes densas. Notó el silencio a su alrededor, la carta de su abuela y Jaime en su pensamiento. Y un sopor se apoderó de ella, sintiéndose adormilada.

Salió disparada del coche, no quería quedarse dormida sola en el asiento del coche, y se puso a pasear mientras esperaba a que alguien apareciese. Notó el perfume un tanto pastoso de las flores, despejándola. Estaba sola, o eso creía. Oyó el relinchar inquieto de los caballos del restaurante y le pareció escuchar voces en la parte de atrás. Rodeó la masía centenaria, pensando que quizás los empleados accedieran al interior por alguna otra entrada. Quiso comprobarlo, quizás no estaba sola.

A medida que avanzaba, el paisaje iba cambiando. Una densa neblina empezaba a cubrirlo todo.

Alba estaba asombrada. La niebla se derramaba por la montaña, dejando un rastro húmedo. Los colores se habían apagado. Por más que miraba a su alrededor, no reconocía el lugar, como si se hubiese equivocado de sitio. Dio media vuelta para regresar al coche, aquel lugar le daba escalofríos.

Pero al girarse, se encontró con una silueta dibujada frente a ella. Un grito ahogado se quedó en su garganta y un respingo delató su sorpresa.

-No se asuste señorita, por favor.

Un hombre joven, de mediana estatura, moreno y peinado hacia atrás, vestido con ropa de trabajo, la miraba. Alba no esperaba encontrarlo allí, tan cerca. Dio un paso atrás, porque sí, estaba asustada.

-He venido a recoger unas cosas. Mi marido me está esperando. -El miedo hablaba por ella-

-Los lunes cierran, ¿no se lo dijeron? Hasta mañana no vendrá nadie.

Las palabras de aquel hombre no eran tranquilizadoras.

-Sólo vengo yo para poner de comer a los caballos.

-Volveré mañana, no se preocupe. Vendré mañana.

Alba sentía miedo y sólo quería regresar al coche y alejarse de allí. Pero el hombre continuaba hablándole.

-Oiga, ¿no es usted la de la boda del sábado? -Alba asintió-Fue una boda bien bonita.

Enhorabuena.

-Gracias, tengo que irme...

-Espere, dígame su nombre... -Alba se sorprendió, asustándose aún más...y dejaré el recado.

-No se preocupe, ya volveré, no es nada urgente. No quiero entretenerle más.

Inquieta y expectante, se separaba de aquel extraño a cada palabra, retrocediendo temerosamente. Él, en cambio, no se movía, sólo la miraba alejarse.

-Lo entiendo, está recién casada, tiene ganas de volver con su marido. Si yo me hubiese casado, también tendría prisa por volver.

Alba lo miró con extrañeza, y una profunda tristeza le invadió el alma. Dejó de retroceder y se paró a observarlo, apenas una silueta cabizbaja recortando la bruma. No se había percatado de lo joven que era. Sus palabras... había tanto dolor en ellas que, quiso contestarle.

-Es usted muy joven, seguro que algún día podrá casarse.

El hombre contestó sin mirarla, como si la respuesta no fuese para Alba,

sino para él mismo.

-Nunca podré casarme.

-No diga eso, quizás algún día...

-¡No!, aunque volví a buscarla ya no pudo ser, no tuvimos tiempo, el mío se agotó, separándonos para siempre.

Se quedó en silencio, acompañado por la quietud de la montaña, como si lo que acababa de revelar fuese demasiado terrible.

-Váyase, debe irse, la estará esperando.

Pero Alba ya no tenía prisa, ni miedo, sólo curiosidad por saber lo que aquel extraño había de decirle.

-¿Quién?, dígame, ¿quién me está esperando?

-Sólo usted lo sabe, no debe preguntármelo a mí.

-Pero... y si no sé la respuesta a mi pregunta.

-Búsquela, allí donde nadie más puede buscarla.

Alba bajó la mirada, apenada, pues apenas entendía lo que quería decirle.

-¿Cómo se llama?

-José.

-José, estoy segura que las cosas pueden arreglarse. Yo... no he visto nunca a nadie sufrir tanto por amor, su dolor me llega, puedo sentirlo... No lo entiendo, ¿por qué no puede casarse con ella?

El joven la miró con sus ojos color miel, los ojos más dulces que había visto jamás. Los ojos... -Alba sintió un escalofrío recorrerla entera-esos ojos... eran de Dani.

-Porque estoy muerto, -respondió-.

Un caballo relinchó a su lado. Alba se giró sobresaltada, buscando al animal sin verlo entre la niebla. Cuando volvió a mirar, el hombre ya no estaba. Lo llamó, "José, espere...", como quién llama a un fantasma...

El ruido de un coche entrando en el aparcamiento la despertó. Alba se había quedado dormida mientras intentaba no hacerlo. Se despertó con un escalofrío, y la sensación que el recuerdo de su abuela la perseguía, más allá de la vida. Y supo que lo seguiría haciendo hasta que dejase los cabos atados. Aquella carta que le había escrito, era para ella, pero no cómo las respuestas que siempre le pidió, sino como un legado que debía gestionar, una herencia que debía repartir con Jaime. Él, y sólo él, debía conocer el contenido de la carta y averiguar juntos qué significaba aquella tarjeta.

Abandonó el coche, del que nunca había salido, para saludar a la

encargada que le sonreía.

-Siento el retardo, ¿lleva mucho tiempo esperando?

Alba, todavía estaba confusa, aquel sueño... había perdido la noción del tiempo. Miró a su alrededor, queriendo confirmar que todo seguía en su sitio. No había niebla y, el lugar, pese a la ausencia de sol, seguía manteniendo una apariencia encantadora. Sonrió y la mujer le devolvió la sonrisa, esperando una respuesta.

-No sabría decirle.

50

Intentó ponerse en contacto con Jaime aquella misma noche. Y a la mañana siguiente, y por la tarde. Y al día siguiente, y al otro y cinco días más tarde. Sin obtener respuesta. Había iniciado el viaje de bodas junto a Dani, pero estaba resultando difícil concentrarse en algo que no fuese localizar a Jaime y hablar con él. ¿Habría leído la carta? ¿Estaría enfadado con ella por no habérsela enseñado antes?

No podía hablar con nadie sobre él. Era, como él mismo había dicho, el hombre en la sombra.

Su sombra, a la que no podía sacar a la luz sin que temblaran los cimientos de su vida. Esa idea le aterró y apenó tan intensamente, que Dani, pensó que había enfermado durante el viaje, que fue espectacular, salvando el estado de ánimo de Alba.

Regresaron cinco días más tarde. Dani animado y optimista, por empezar una vida junto a Alba, animándola a buscar otro trabajo y hacer planes a dos bandas. Alba, preocupada, sólo quería escapar de él, para ir en busca de Jaime y ver qué le estaba pasando.

-He quedado con Laura.

-Ah, bien, -respondió con desgana-pensé que íbamos a pasar por...

-Es que, ya sabes cómo es, no hay quien le diga que no y además creo que tiene un contacto al que podría pasarle mi currículum.

-Bueno, vale, pues dejaremos lo otro para mañana. No te preocupes. Ves y ponle los dientes largos con los detalles del viaje, -rió perverso-.

-No seas malo, -lo regañó-.

Cuando se hubo zafado de su marido, al que no se acostumbraba a llamarlo así, se dirigió sin dudarle hasta casa de Jaime. Antes, le dejó un mensaje en su contestador, para avisarlo de que iba para allá.

-Maldita sea, Jaime, ¡haz el favor de cogerme el puto teléfono!, estoy preocupadísima. Ya he llegado del viaje y voy a tu casa. Más te vale tener una buenísima excusa porque si no vas a oírme.

Y colgó, furiosa. Con él, y con ella misma.

Cuando llegó, enganchó su dedo al timbre, hasta casi fundirlo.

Una mujer rubia, madura, despeinada y en pijama, le abrió la puerta. Tenía los ojos todavía pegados de sueño y, supuso que acababa de despertarla

nada sutilmente.

Alba, intentó tragar saliva, sin entender qué pasaba. Sólo pudo enmudecer al verla. Y en su mente, miles de ideas y ninguna le cuadraba. ¿Jaime tenía otra amante?, ¿cuánto tiempo había durado su viaje de novios, cinco días o cinco años? La mujer la miraba atónita y enfadada preguntándole en un inglés muy británico:

-What's up?!

¿Una inglesa en pijama, en casa de Jaime?, ¿habría aterrizado en una realidad paralela? Dio un paso atrás, para asegurarse que estaba llamando a la puerta correcta. No había duda, era su piso.

-¿Jaime?, -fue todo lo que articuló a decir-.

-No Jaime, I Valery.

Alba no podía decir ni una sola palabra más. ¿Qué estaba pasando? Notó que las piernas se le aflojaban y pensó en llamar a la policía.

El móvil en su bolso empezó a sonar.

-Alba, no vayas a mi casa o te llevarás una sorpresa...

La voz de Jaime, por fin, la tranquilizó, a la vez que una rabia le crecía desde el estómago hacia la garganta.

-¿Te refieres a una sorpresa rubia, madurita, pero de buen ver que me acaba de abrir la puerta en pijama y, que además no parece entender ni torta de castellano?, porque si esa era la sorpresa que no querías que vieras, llegas tarde. Acabo de despertar a cenicienta y tiene mal genio. Oye... ¿qué coño pasa contigo? ¿Es que no podías...

-Alba, tranquila, no es...

-No, no tienes que darme explicaciones de a quién metes en tu cama, pero como mínimo podías dar señales de vida, he pasado cinco días sin pegar ojo y tengo unas ojeras que me llegan a los pies por tu culpa.

Jaime, al otro lado del teléfono, esperaba en silencio. Luego estalló en carcajadas.

-No te atrevas a reírte de mí o...

-No, no me... - hablaba entrecortado por la risa- ... no me río de ti. Intento imaginar la cara de Valery, no debe entender nada la pobre. ¿Podrías pasármela para hablar con ella?

-Serás... encima te preocupa lo que ella pueda pensar y ¿yo no?

-Alba, Valery es una colega británica. Hemos intercambiado los pisos, es una práctica usual en nuestra empresa. Ya sabes, así se ahorran los hoteles.

Se quedó sin palabras. Eso no se lo esperaba. Colegas de trabajo. Vaya

por dios, qué metedura de pata. Ups!

-Entonces... si ella está en tu casa, tú...

-Estoy en Birmingham, por trabajo, pensaba decírtelo pero la última vez que nos vimos... bueno...

lo siento. Debí avisarte.

-Sí, debiste hacerlo, en serio, no sabes lo mal que lo he pasado. No cogías mis llamadas.

-Bueno, usted disculpe, no dejo de ir de reunión en reunión, no he venido de vacaciones, precisamente.

- Pues no veo a tu colega muy estresada que digamos...

-Ostia, se me olvidaba, pásame con ella. Voy a explicarle la situación, no quiero que piense que eres una loca y llame a la policía. Y tú, prométeme que te vas de ahí zumbando. Ya hablaremos.

-¿Es que no vas a decirme nada más?, llevo unos días espantosos sin dejar de pensar en ti, imaginando cosas horribles, y ahora...

-Alba, respira. Te llamaré.

-Vale, pero me debes unas cuantas explicaciones.

-De acuerdo, y ahora pásale el móvil a Valery.

Cuando hubo recuperado su móvil, se fue de allí, tal como había prometido a Jaime. No sin antes recibir un abrazo y una mirada apesadumbrada de la tal Valery. A saber lo que le habría contado de ella. Al menos, se había quitado un peso de encima, Jaime estaba bien. Lejos, pero bien.

Ahora tenía que confiar en que, tal y como había dicho, la llamaría.

Cogió de nuevo el teléfono y llamó.

-Hola princesa, ¿ya has vuelto de tu maravilloso viaje?

-Hola Laura. Sí, llegamos ayer.

-Y... ¿qué tal?, -preguntó maliciosa-

-Ha estado bien. El lugar espectacular, sin duda.

-¿Sólo eso?, -contestó decepcionada-

-¿Qué esperabas?

-Es un viaje de novios, esperaba sexo a todas horas, esperaba algo así como... no hemos salido de la habitación ni para comer...

-Laura, que ya tenemos una edad...

-Y lo dice la mujer que, hasta hace poco se follaba a dos tíos a la vez.

-¡Laura!

-¿Qué?, es cierto.

-Hablando de eso... si por un casual te cruzaras con Dani... hemos estado juntas, ¿vale?

-¡No! A mí no me metas en tus líos, además... elegiste seguir con Dani, ¿no?

-Sí, claro. Pero eso no implica que tenga que repudiar a Jaime. Sigue siendo mi tío y además hay temas de mi abuela que todavía debemos aclarar.

-Bueno, princesa, tú sabrás lo que haces, pero no me metas en esto.

-Vale. -Dijo resignada-

Laura iba a colgar, cuando Alba insistió.

-Sólo una cosa más. Si alguien te dijera, hipotéticamente hablando, que debes buscar una respuesta allí dónde nadie más puede buscarla, ¿dónde la buscarías?

-¿Es un acertijo o qué?

- Tú piensa.

-A ver, “dónde nadie más pueda buscarla”, buscar una respuesta en un lugar donde nadie más puede buscar, que retorcido ¿no?

-¿Se te ocurre algo?

-No sé... debe ser un lugar tan personal que nadie más pueda entrar... - De golpe dijo:- ya sé, en tu corazón.

-¿Cómo?

- La respuesta es en tu corazón. Debes buscar la respuesta en tu corazón. Allí donde nadie más puede buscar. Fácil. ¿He ganado un premio?

-No, pero me has ayudado mucho.

-Pues me lo cobraré en especies la próxima vez que te vea.

-No tienes arreglo, pero te quiero.

-Yo también te quiero, princesa. Pórtate bien, ahora eres una mujer casada.

-Laura...

Alba la llamó, casi en un susurro, como si pretendiera dejarle una confidencia.

-No lo digas.

-Pero...

-Alba, por dios, creía que te habías aclarado.

-Pero y si... ¿me he equivocado? ¿Y si lo que dice mi corazón es otra cosa?

-Pero, ¡qué coño...!

-Laura, no dejes de pensar en él.

Al otro lado, silencio. Sólo la respiración de ambas mantenía el canal abierto.

-Ser tu amiga es un asco. Y no está pagado, quiero que lo sepas.

-Lo sé, soy un desastre.

-¿Un desastre? Eres una colección entera de desastres. Alba, te acabas de casar, relájate y date un tiempo para hacerte a la situación. A lo mejor sólo es cuestión de tiempo. En cuánto vuelvas al trabajo y retomes la rutina lo verás de otra forma.

-¿Tú crees?

-No mucho, pero algo tendré que decirte. Venga, cenamos el viernes y seguimos hablando.

-Hecho. –antes de colgar, Alba volvió a susurrar:- Laura...

-¡Qué pasa ahora!

-Gracias.

Esa noche cenaron con sus padres, que estaban encantados con tenerlos allí, como la parejita de recién casados, ¡por fin! Estaba segura que su madre se había quitado un gran peso de encima.

Además, desde que sabía que iban a casarse, estaba encantadora con Dani, al que se había pasado la vida ignorando y llamándolo poco menos que “perroflauta”. Ahora era su yerno y le hacía la pelota descaradamente. Dani estaba encantado. Alba empezaba a desesperarse. Su padre no tomaba partido y su madre tan insistente como siempre, planeaba su futuro, ahora con Dani de su parte. Sólo deseaba marcharse de allí.

Durante todos aquellos meses que pasaron desde el fallecimiento de su abuela hasta su boda, estuvo tentada muchas veces a hablar con su madre y explicarle la existencia de la carta. Pero lo descartaba una y otra vez. Aurora se las habría ingeniado para sacarlo de contexto y hacerla creer que su abuela se había desquiciado del todo antes de morir. Sólo podía esperar a hablar con Jaime.

51

Alba y Dani buscaban, casi desesperadamente, encontrar un ritmo que les fuese cómodo, en el que instalarse y empezar a funcionar como matrimonio. Tenían, tras ellos, una rutina desordenada de entradas y salidas. Ahora debían compartir el espacio continuamente, y eso ocasionaba algún que otro malestar. Pero Dani estaba muy por encima de eso, porque era feliz.

Miraban la televisión, relajados. Alba vio, por el rabillo del ojo, como Dani la miraba. Se giró y lo vio sonriendo.

-¿Qué haces?

-Mirarte.

-Qué tonto eres.

-No soy tan tonto. He conseguido que te cases conmigo.

Lo dijo y empezó a acariciarle la pierna, subiendo por el muslo.

-¿Qué intentas?

-¿Tú qué crees?, quiero follar con mi mujer.

Metió su mano entre las piernas, buscando su sexo por encima de la ropa. Alba se excitó, le gustaba cuando Dani dejaba de ser paciente y pasaba a la acción. Tiró de sus piernas hacia él, tumbándola. Y se puso encima de ella, moviendo su sexo sobre el suyo.

-Eres un chico malo...

Se deshizo de su pantalón, y el de Alba, y la penetró con frenesí, mientras Alba lamía sus dedos, excitándolo más.

-Quiero follarte cada día de mi vida.

-Dani...

Mientras las manos de Dani la recorrían entera.

Jaime regresó, por fin. Y recuperó, por fin, su piso. Le había resultado muy extraño haber estado allí y que él no estuviese para abrirle la puerta. Todavía le costaba quitarse de la cabeza la imagen de Valery abriéndole la puerta con cara de malas pulgas. No quería mostrarse conciliadora, esperaba hacerle ver que desaparecer sin decirle nada le había molestado, pero...

-Hola, pequeña

Alba, lo miró, seria. Jaime se apartó para dejarle paso. Alba fue directa hacia el salón, como si tuviese prisa por comprobar que todo estaba en orden. Sin girarse, dejó caer el bolso. Pretendía parecer distante, pero al darse la

vuelta y ver a Jaime, por fin, allí, los pensamientos rodaron y sólo pudo ir hasta él y... besarle, besarle y besarle hasta saciarse.

Jaime la recorría entera, asegurándose que volvía a estar con ella.

-Te he echado de menos.

-No te creo. No me llamaste.

-Lo siento, pensé que estarías ocupada, te ibas de viaje de novios ¡por dios!

-Aún y así, debiste llamarme.

Alba esbozó una sonrisa traviesa.

-Ahora tendrás que compensarme.

-¿Eres consciente que sería nuestra primera vez?

Lo miró sin entenderlo.

-Sería la primera vez desde que te casaste. Lo entendería Alba, en serio.

Cerró los ojos y cogió aire, como si el sólo hecho de imaginarlo le doliera.

-Dani... es mi camino..., pero no significa que vaya a renunciar a ti. No puedo.

Jaime fue hacia ella, le apartó el pelo hacia atrás, y le besó el cuello, hasta llegar a su boca, colándose en ella. Sus manos en la espalda, buscando alguna cremallera con la que deshacerse de la ropa.

-¿Cómo se quita este vestido?, ¿tiene truco?

Alba se apartó un par de pasos, mirándolo divertida.

-Claro que tiene truco.

Y tiró de los tirantes hacia los lados. El vestido resbaló entero, dejándola en ropa interior.

Luego se acercó a él, quitándole la camiseta, mordiéndole el torso, acariciando su espalda, su vientre, deshaciéndose de la hebilla del tejano y de los botones del pantalón. Jaime la cogió por el cuello acercándola a él, besándola con fuerza, saboreándola de nuevo.

-Dios, como me gustas.

-Jaime... no vuelvas a marcharte. Nunca.

-Lo haré cada semana si vas a recibirme así.

-No tiene gracia. No dejaría de buscarte si...

-Alba, es trabajo. Además, no puedo prometerte...

-Pues no lo hagas, pero tampoco te vayas más.

-¿Porqué sigues viniendo a mí? ¿Cómo puedo ser tan afortunado? No me cansaría de mirarte, siempre.

Puso sus dedos en sus labios, acariciándolos, recordándolos, y todo lo demás fue revivir lo aprendido junto a él.

Alba se paseaba con su camiseta como toda vestimenta, mientras Jaime organizaba papeles de trabajo en la mesa del comedor. Al pasar se acercó hasta él, que la rodeó por la cintura y le besó el vientre.

-¿Qué es eso?

-Lío y más lío... la empresa intenta abrir más clientes y son... de todo el mundo... no he parado, apenas, durante todos estos días. Reuniones y contactos con nuevos clientes... un agobio.

Se giró a mirarla, y sonrió.

-Por suerte tú estás aquí cuando vuelvo.

Y le dio un beso rápido, para volver a los papeles. Alba seguía a su lado, dudando en si interrogarlo o no.

-¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades?

-Valery es sólo una colega de trabajo, no tienes que...

-No. No es eso. Además, sé que no tengo derecho a estar celosa... es otra cosa... pero no sé si...

-Déjame adivinar, ¿la carta?

-Es que no quiero que vuelvas a enfadarte conmigo, si la rompiste, si no quieres volver a hablar conmigo... lo entenderé, Jaime, aceptaré lo que decidas. Sé que he sido injusta contigo y...

-No la he roto.

- ¿Ah no? Entonces... ¿la leíste?

-No.

-¿No?

- No pude, estaba demasiado enfadado.

-Lo siento.

-No estaba enfadado contigo

-¿Entonces?

-Estaba enfadado con la abuela.

-¿Cómo?

-Sigue manipulándote y no te das ni cuenta. Deberías ser tú quien tire la carta. Librarte de ella para siempre y continuar.

Jaime se levantó. Se acercó hasta un mueble bajo con cajones. De uno de ellos, recuperó el sobre que Alba le había dado. Se la devolvió. Alba la sostuvo entre sus manos, mirándola.

-Jaime, deberías leerla. En serio, creo que te va a sorprender.

Se quedó en silencio, mirándola, mientras parecía sopesar la respuesta.

-No me interesa. Tuve suficiente con toda la vida que pasé junto a ella.

Me falló, Alba, lo sabes.

Nada de lo que diga en esa nota puede cambiar eso.

-Lo sé, pero...

-Siempre hay un pero...

Alba suspiró y lo abrazó, dándose por vencida.

-¿Es tu decisión final?, ¿no hay manera de que cambies de idea?

-Me temo que no.

Asintió con la cabeza y llevó la carta hasta su bolso, donde la guardó.

-¿Qué vas a hacer con ella?

-No lo sé. ¿Qué debería hacer?

Después del verano, a mediados de septiembre, Jaime volvió a marcharse. Estaba seguro que serían pocos días, pero el tiempo se iba alargando y apenas podía escaparse algún fin de semana, para regresar el lunes, de nuevo lejos de ella.

Alba intentaba pasar rato con él, cada vez que regresaba.

-¿Cuándo volverás otra vez?

-Aún no me he ido.

-Pero vuelves a marcharte, y no sé hasta cuándo.

-Espero que pronto. Me cansa aquel lugar. El clima es horrible.

-Pues no vayas más.

-No puedo hacerlo, ya lo sabes.

-Entonces hazme el amor. Quiero quedarme con tu olor, con tu sabor. Envuelve mi cuerpo con el tuyo. Quiero sentirte tan dentro que duela, porque necesito que grabes tu recuerdo en mi piel, para que pueda sentirte cuando no estés. Para que cuando crea que me moriré sin ti, tu recuerdo sea tan fuerte que me consuele. Hazme el amor, Jaime, quiero sentirte de todas las maneras posibles.

Jaime le pasó los dedos por los labios.

-Y después de eso... ¿cómo podré irme?

-Y después de eso... ¿cómo podré vivir sin ti?

Sus ojos se buscaron en una mirada que era de fuego y deseo y miedo y todo a la vez. Alba acercó su mano al rostro de Jaime, recorriéndolo con las yemas de sus dedos, gravándolo en ellos.

Su cuello, sus labios... le ayudó a deshacerse del jersey, y ella del suyo, y siguió recorriendo su cuerpo lentamente, como si quisiera formar un mapa mental y guardarlo como un tesoro en su memoria. Su espalda, su torso desnudo. Su vientre. Jaime la miraba, dándole tiempo para que se despidiera. Y, empezó a entender que tardarían mucho tiempo en despedirse, que la suya iba a ser una despedida larga y difícil, porque se amaban, de una manera irracional y sin sentido, sin resistirse a ello. Empezó a besarla, solo un roce, una caricia con los labios. Bajó por su cuello, sus hombros, su espalda, sus pechos... y siguió besándola y saboreándola, a un ritmo pausado, apenas un susurro. Fueron a su habitación y allí siguieron haciendo el amor a fuego

lento, sintiendo y recordando cada caricia, cada beso, cada gemido, alargando el momento final, vaciándose y saciándose con cada embestida. Para que nunca, nunca, nunca, pudieran olvidar.

Pero Jaime volvía a marcharse. Y volvía dejarla sola. Y ella debía seguir viviendo, encontrando su lugar junto a Dani, adaptándose, a su nueva vida juntos. Sintióse una extraña dentro su propia familia, una familia de la que, ahora, conocía los secretos. Unos secretos que le quemaban porque no podía compartir con nadie sin poner en peligro el equilibrio que los mantenía unidos.

Aurora y Alba, tras la muerte de Soledad, habían vuelto a recuperar la complicidad de siempre. Alba era consciente que su madre estaba ahora menos angustiada y eso les daba un balón de oxígeno a todos. La odiaba por todo lo que le ocultaba, pero, era su madre, era imposible no necesitarla.

Dani la hacía feliz, a su manera, una manera que Alba valoraba porque, la hacía real.

Casándose con él, la vida seguía su camino, un camino en el que no debía elegir, sólo dejarse llevar.

Alba seguía buscando trabajo, con cierta apatía, como si nada pudiese motivarla lo suficiente como para sacarla de su zona de confort y encontrar un lugar en el que valiese la pena luchar.

Finales de octubre trajo consigo el frío, que se hizo esperar y con él, algo imprevisto, como lo son los grandes cambios.

Un escalofrío, como un terremoto, la recorrió entera, sacudiéndola, cuando la prueba de embarazo dio positivo.

Embarazada. Embarazada. Embarazada. No dejaba de repetirse. Sentada en el lavabo, con la cabeza entre las piernas, intentando esconderse del mundo. Pensó en Dani, en sus ojos, en sus manos, en cómo recibiría la noticia. Y luego... pensó en Jaime, haciendo cálculos mentalmente, ¿qué posibilidades había?, prácticamente ninguna. Pero...

-¿Jaime?

-Hola, pequeña. Sé que te dije que te llamaría, pero no te imaginas el lío que tengo con el trabajo, espero que esto acabe pronto...

-Jaime...

-¿Va todo bien?, -preguntó preocupado-. ¿Estás bien, Alba?

-Estoy... embarazada.

Sólo obtuvo un silencio, demasiado largo para su gusto, por respuesta.

-¿Embarazada?, ¿pero qué quieres decir...?

-Que voy a tener un bebé, eso quiero decir.

-¡Joder!

-Pues se supone que sí, que es por eso, -dijo sarcástica-.

-Claro yo... no, no sé... qué se supone que... ¡joder!

-Eso ya lo has dicho.

-Es que no sé qué decir, Alba. No esperaba algo así.

-Lo sé. Te aseguro que yo tampoco. Jaime, -hizo una pausa para reunir el valor necesario para decirle aquello-, estoy casi segura de que es de Dani.

-Ya..., pero...

-Debía decírtelo.

-Alba, ¿estás segura?

-¿Del embarazo? La prueba no miente, Jaime.

-Me refería a quién es...el padre.

-Sí, creo que sí.

-Alba, ¡por dios!, ¿estás segura? -Volvió a repetir-, si no fuese Dani...

-No lo digas.

-Pero... ¿y si...?

-No. No lo digas, Jaime. Estoy segura, Dani es el padre. Las cosas son como tienen que ser.

Alba suspiró, mientras parecía notar la impotencia de Jaime al otro lado del teléfono.

-Oye, cogeré un vuelo para este fin de semana. Nos vemos y hablamos, Alba tenemos que...

-No hace falta, Jaime. Además, creo que es mejor así. No quiero que cambies los planes por mí.

Estaré bien.

-Sé lo que haces, y no tienes que hacer esto sola. Si no estás segura...

-Admito que, cabe la duda razonable, pero, piénsalo, siempre fuimos muy cuidadosos. No es posible que... en cambio con Dani, bueno nos hemos relajado más y...

-No tienes que darme explicaciones. Si tú estás segura...

-Jaime...

-Siempre voy a estar a tu lado, Alba. Siento no poder estar ahora ahí, contigo. De verdad, lo siento.

-Ya... bueno, tranquilo. Te llamaré en unos días, cuando me haya hecho a

la idea.

-Alba... gracias. Gracias por decírmelo.

-Te llamaré.

Pero no lo llamó, ni contestó a sus llamadas. Le escribió un mail donde le decía que necesitaba espacio para asumir lo que le estaba ocurriendo. Que la perdonase. Y Jaime dejó de llamar. Cosa que todavía le dolió más, que pedirle que no lo hiciera.

Jaime llamó sólo una vez, para decirle que, de momento se quedaba en Birmingham. Alba no opuso resistencia, sólo dejó que, igual que vino, se alejase de ella. Sólo tenía que coger el teléfono, buscar su número y llamar. Sólo llamar y Jaime regresaría, a su vida, con ella. Sólo llamar. Pero no lo hizo. Un silencio lo cubrió todo. Su presente su pasado y su futuro. Su vida, el piso de Dani y su embarazo. Un silencio al que debía acostumbrarse, porque ella lo había elegido.

La noticia fue la guinda del pastel. Aurora revivió. Por fin, su sueño se hacía realidad. Dani enloqueció con la idea de ser padre. Los padres de Dani, obviamente, estuvieron encantados con la noticia. Y empezaron a organizar comidas y reuniones con los otros abuelos para repartirse las cosas que debían comprar, las que debían organizar, las visitas al ginecólogo, las pruebas que Alba debía hacerse. Cómo debía alimentarse, cuánto debía descansar, en qué debía pensar... Y Alba de nuevo, caía, caía y caía, atrapada por el peso de su embarazo y el silencio que se había instalado en ella desde que Jaime estaba lejos. No podía decir que era infeliz, ni que estaba mal. Estaba satisfecha porque todos parecían volcarse con ella. Dani estaba más complaciente que nunca y seguía deseándola. No podía decir que no tenía lo que quería, pero no lo tenía todo., y se sentía incompleta. Y sola, de nuevo. Sólo Laura la escuchaba y la entendía.

-¡Qué fuerte lo tuyo!

-Pero... ¿yo que te he hecho ahora?, sólo soy una inofensiva embarazada.

-Sí, sí... inofensiva, lo dudo. Me pones hasta preñada, que asco de mujer. Que sepas que estas guapísima.

-Debe ser un tema hormonal, porque sinceramente, no tengo el ánimo para mucho, últimamente.

-Ay que joderse, ¿sigues pensando en él?

-Cada día, a cada momento. Mi única válvula de escape es imaginar que hago la maleta y me planto en Birmingham y...

-Y follas como una loca, con barriga incluida. ¿Sabes que te has convertido en una obsesa, no? Y...

ya puestos, ¿no te gustaría probarlo conmigo?

-¡Laura!

-Tengo que intentarlo, quién sabe, quizás...

Alba rió.

-Además, es cuestión de tiempo que se te acabe la tontería. En cuanto te nazca Danielito, no te va a dejar tiempo de pensar en nada más.

-¿Cómo estás tan segura que va a ser niño?

-Ni idea. ¿Cómo estás tan segura que es hijo de Dani?

-Eres una cabrona. Eso lo has dicho con la mala intención.

-Un poco. Sólo para ver cómo te enfadas y así dejas de acordarte del otro.

-Touché. Bien jugado.

Un día, al regresar a casa, sacó del buzón un papel de correos. Parecía una carta certificada.

Miró el horario. Todavía podía acercarse hasta la oficina y recogerla. Iría caminando, le sentaría bien.

Al llegar al tablero y mostrar el papel, la chica se levantó y fue dentro a buscar una especie de paquete diminuto que le entregó. ¿Un paquete?, ¿de quién?, preguntó, pero la chica dijo que sólo podía decirle que venía desde Inglaterra. Y lo supo: Jaime.

Se le aceleró el corazón y notó que las piernas le temblaban. Un paquete de Jaime para ella.

¿Qué sería? Y, ¿por qué no le había dicho nada? La chica de detrás del tablero, le preguntó si se encontraba bien, porque había palidecido. Alba asintió y se marchó.

Cuando llegó a casa, lo desenvolvió rápido, empujada por la ilusión y por la curiosidad, como si Jaime hubiera podido viajar dentro de aquel paquete y esperara paciente que ella lo abriese.

Un sobre pequeño, acolchado y neutro. Ese era el contenido.

-¿Ya está? , -dijo en voz alta sin esperar respuesta-

Lo giró y sopesó, antes de abrirlo. Al despegar la solapa, miró el contenido. Casi no pudo verlo. Una llave, pequeña y solitaria dentro.

-¿Y esto?

Enganchado a un costado del sobre una nota. Discreta. Pero con la letra de Jaime: "Hola pequeña. Birmingham es frío y húmedo y no consigo acostumbrarme a este sitio. Sobre todo porque no estás tú y no tengo quién

me asalte en mi piso con ganas de seducirme, así que dedico mucho tiempo al trabajo. Creo que podré escaparme en unas cuantas semanas, pero no sé si querrás saberlo.

Te extraño, pero no te lo voy a decir, porque dijimos que no lo haríamos. Te busco en cada cara, en cada cuerpo, pero eso tampoco te lo diré. Ni te diré que estar lejos de ti es horrible, que saber que estás embarazada y saber que no es hijo mío, me hiere y me mata. Pero entiendo que es lo mejor que podría pasarnos. Creo que somos el amor perfecto en el tiempo equivocado y debo aprender a vivir con eso, porque soy el único culpable. Debería haberte dejado en paz, viviendo en tus tinieblas. Debería haber visto que lo nuestro era un juego peligroso y debería haberte salvado. Sé lo que estarás pensando, casi como si pudiera oírtelo decir: “pero me tienes”. Lo sé, pequeña, pero tenerte no me basta. Quiero tener el tiempo y el espacio para poder estar contigo. Alba, ahora soy yo el que lo quiere todo. Y los dos sabemos que eso es imposible. Siempre te tendré y siempre me tendrás, pero nada más.

Tengo la oportunidad de seguir trabajando desde aquí, y aunque no me entusiasma la idea, voy a aceptarlo. Alba, no voy a volver. Espero que entiendas lo que hago, eres una chica lista. Sin embargo, debo pedirte algo. Me ayudaría que, en mi ausencia, pudieras pasarte por mi casa de vez en cuando, para ver que está todo en orden. No es una obligación, puedes decir que no. Pero me gustaría que tuvieses la llave, para que puedas refugiarte si lo necesitas, para tener un lugar al que escapar, un lugar al que volver, aunque yo no lo haga.”

Cuando acabó de leerla, las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Entendía que Jaime se estaba despidiendo, a la vez, que le daba un lugar al que regresar. Le daba tiempo y espacio, tan generosamente como había hecho siempre. Jaime la cuidaba, y la quería y la deseaba y no dejaba de ser hermoso y raro y triste...

Escuchó las llaves en la puerta de la entrada. Dani volvía a casa. Se limpió con cuidado las lágrimas.

-Hola. ¿Cómo están mi chica favorita y mi pequeñín?

La besó y le acarició el vientre, con dulzura.

-Cansados y hambrientos. Este niño me absorbe toda la energía.

Sonrieron, complacidos, como si fuese lo mejor que les pudiese pasar.

-¿Qué es eso?, -preguntó Dani señalando el paquete que sostenía Alba-

-Es de Jaime. No va a volver. -Y, al decirlo, notó cómo se encogía algo dentro de ella-

Dani la miró sin entender.

-Me ha enviado la llave de su piso. Quiere que me ocupe mientras está fuera.

-Vaya, si que te tiene confianza.

-Teniendo en cuenta que no se habla con casi nadie de la familia...

-Sí, es cierto. Me alegro de que os llevéis bien. Parece un buen tío.

-Lo es.

-¿Ya le has dado la noticia?

-No, -mintió, mientras se acariciaba el vientre-, pensaba esperar un poco.

-Deberías decírselo. Le gustará saberlo.

Alba sonrió amargamente, cómo si Dani pudiese saber...

-¿Tú crees?

53

-He recibido el sobre.

Por todo saludo, aquella afirmación. Con frialdad, como una amenaza. Al otro lado, silencio.

-Hola Alba, me alegro de hablar contigo. Al menos, me has llamado.

-Te pedí tiempo.

-Te he dado tiempo.

-Me has dado con la puerta en las narices. No vas a volver.

-No. No puedo. Ahora no.

-Te necesito.

-No me necesitas, Alba y lo sabes. Y esto es sólo el principio. En cuanto tengas a tu hijo...

-Nada cambiará.

-Todo cambiará. Todo debe cambiar. Lo sabes igual que yo. Estoy contento por ti. Sabes que siempre estaré.

-Pero no estás.

-Sí estoy, pero estoy en el lado que me toca.

-¿Por qué no puedes ser un cabrón egoísta?, lo harías todo más fácil.

-Alba...

-Que sepas que te llamaré tanto que querrás volver sólo para que te deje en paz.

-Que sepas que contestaré a todas tus llamadas. Siempre.

-Me quedaré en tu piso y cambiaré la decoración. Creo que tiraré ese sofá que tanto te gustaba...

-No lo harás.

-No. No lo haré. Pero te echaré terriblemente de menos, duele que no estés. Tenía que decírtelo.

-Lo sé.

-Quiero que vuelvas.

-Y yo quiero conocerte de nuevo, que no seas mi sobrina, y quedarme contigo para siempre. Pero no siempre tenemos lo que queremos.

-No tenemos solución, ¿verdad?

-Pero me alegro de haberte conocido, aunque no podamos ser.

-Para mí siempre seremos.

-Te llamaré.

-Más te vale. Por cierto... no me habías dicho que tenías tan buenas vistas. Casi puedo ver la playa desde el balcón.

-¿Estás...? ¿Estás en casa?

-Sí, -dijo alegremente-. ¿Creías que no iba a usar la llave?, ¡madre mía! Este piso es de ensueño.

-Me estás dando miedo...

-Deberías tenerlo, no tienes ni idea de lo que has hecho al darme la llave.

-Alba... gracias.

-No me las des todavía. Esto te costará caro. Pienso cobrarte por esto. Así tendrás algún aliciente para volver. Ahora estás en deuda conmigo.

-Siempre estaré en deuda contigo. Tengo que dejarte. Pero...

-Lo sé, me llamarás.

-Alba...

-No lo digas. Se me haría raro. Ves a trabajar, mientras yo disfruto de tu casa.

Al otro lado, Jaime sonrió, mientras la imaginaba deambulando feliz por su piso, como una niña con un vestido nuevo.

Alba observaba el piso vacío de Jaime, silencioso e inerte. Se le iba a hacer duro volver sin que él estuviese, sólo su recuerdo vagando por los pasillos.

Se asomó de nuevo al balcón, mientras le daba vueltas a todas las cosas que habían quedado en el aire y no sabía si tendrían continuidad. ¿Qué pasaría cuando regresase Jaime? ¿Qué iba a hacer con la carta de su abuela? ¿Debía revelar su contenido a los demás? ¿Debía compartirlo con Dani?, al fin al cabo su familia también estaba relacionada con ella. ¿Qué pasaría con la nota que iba dirigida a Jaime y que no había querido leer?

La carta que le dejó su abuela, le dio la luz y, a la vez, la oportunidad de continuar o enterrar la historia de aquella familia para siempre.

Entró dentro y aspiró el olor de aquel piso que era un olor nuevo y viejo a la vez. Un olor que le recordaba a Jaime, que era su revelación y su tío y su amante y su amigo y era todo y ahora... no era nada. Y pensó que no era justo que se perdiese en el recuerdo. Igual que la vida de Soledad.

Sintió vértigo al recordarlo. Notó que caía, caía, y caía, como si el suelo se desvaneciera bajo sus pies.

Intentó recuperar la calma y no pudo evitar acordarse de su abuela. La sintió yerma y vacía, criando los hijos de otras mujeres, haciéndoles de madre

cuando ellas ya no podían. Y la imaginó comenzando aquella carta, haciendo un esfuerzo por recordar lo bueno y lo malo de ella misma, ofreciéndole su memoria como la mejor de las herencias.

Tuvo un impulso, que parecía provenir del centro mismo de sus entrañas. Se sentó a escribir una larga carta, para su futuro hijo, un testimonio sincero, una guía que le llevara de la mano en su vida, para que supiese la verdad sobre su familia, y nunca estuviera tan perdido como ella.

“Querido hijo mío:

Mi nombre es Alba y soy tu madre. La historia que ahora te contaré, se remonta a tiempos difíciles que tú no imaginas. No puedo asegurarte que todo lo que te cuente te vaya a gustar. Ni puedo prometerte un final feliz, pero puedo ofrecerte la historia de nuestra familia, porque, ésta, hijo mío, también es tu historia...”

AGRADECIMIENTOS:

Quiero dar las gracias a todas las personas que han creído en mí y a todas las que no lo hicieron porque, gracias a ellas este libro es una realidad.

A mi familia, por ser mi luz y mi refugio y permitirme robarles su tiempo y su memoria. A mis padres por enseñarme que nunca hay que rendirse. A mi hermano por estar siempre. A Vincen, por compartir conmigo su tiempo. A Gerard por su amor incondicional y a Berta por hacerme reír.

Os adoro chicos.

A los lectores, por supuesto. Sin vosotros no hay razón de ser.